IMPEDIMENTA

Jon Bilbao

Araña

ARAÑA

JON BILBAO

Araña

JON BILBAO

IMPEDIMENTA

Edición en ebook: febrero de 2023

Copyright © Jon Bilbao, 2023
Autor representado por The Ella Sher Literary Agency,
www.ellasher.com
Copyright de la imagen de cubierta © Craig Kosak, 2011
Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2023
Juan Álvarez Mendizábal, 27. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

Composición digital: leerendigital.com

ISBN: 978-84-18668-94-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

O let me be awake, my God!
Or let me sleep alway.

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE,
The Rime of the Ancient Mariner

In dreams I walk with you, in dreams I talk to you
In dreams you're mine, all of the time.

ROY ORBISON,
In Dreams

EL RÍO, UNA PASTA ESPESA QUE NO HACÍA OLAS

El padre era el jefe de la cantera. El padre apretaba los párpados conteniendo las lágrimas de frustración. Los dos obreros que le estaban ayudando simularon tener algo que hacer en otro sitio y lo dejaron solo.

La cantera estaba en Arenas de Cabrales, en la falda de los Picos de Europa. Llevaba tres días parada por una avería. El embrague del motor de arranque de una machacadora se había deshecho. No había reparación posible y la empresa fabricante no podía suministrar un repuesto antes de seis meses.

El padre había rebuscado en cuatro desguaces hasta conseguir un embrague de autobús. Pero el acoplamiento no servía para la machacadora. Había adaptado el acoplamiento del embrague viejo al embrague de autobús. Pero ahora, al ir a unir ambas piezas, se había dado cuenta de que tenía que soldar aluminio con aluminio. Y no había nadie en la cantera que supiera hacerlo, ni siquiera él. Inclinado sobre el banco de trabajo del taller, se preguntaba a quién recurrir.

Un empleado se acercó discretamente y carraspeó.

Llueve otra vez. Mucho.

Trabajar en el frente de la cantera con lluvia no era seguro. Además, no tenía sentido continuar acumulando material si no podían molerlo.

El padre miró el reloj. Era cerca del mediodía.

Podéis iros a casa. Se lo dices a todos.

Al salir del taller cargando con el embrague, el padre se encontró con un cielo de color grafito. Llevaba toda la semana lloviendo con saña. Era el 24 de agosto de 1983. Dos días después, otra tromba de agua desbordaría el Nervión y causaría treinta y cuatro víctimas mortales en Bilbao.

En Ribadesella el cielo estaba despejado. El niño y las visitas comían en la mesa de la cocina. Se les había hecho tarde; habían pasado la mañana en la playa. Aún llevaban puesto el bañador y

tenían el pelo apelmazado por el salitre. La madre iba de los fogones a la mesa y de ahí al fregadero, revolviendo el contenido de una cazuela de marmitako, retirando platos sucios e insistiendo al niño para que comiera también el pescado, no solo las patatas. Hacía caso omiso de las peticiones de las visitas para que dejara de trabajar un momento y se sentara con ellos. Ya tomaré algo después, se limitaba a decir. Tampoco había querido acompañarlos a la playa.

Imanol y Miren habían llegado la víspera. Él había estudiado peritaje industrial con el padre. Trabajaba para General Electric, lo que le obligaba a pasar temporadas fuera de casa. A Miren la había conocido en uno de sus primeros destinos: la puesta en marcha de una central térmica a las afueras de Johannesburgo. La delegación de General Electric se trasladaba cada mañana a la planta en un autobús acompañado por escoltas armados. Ella era la secretaria. Trabajaba en una caseta de obra. En un cajón de la mesa guardaba un revólver .38 facilitado por la compañía, junto con la recomendación de que no dudara en usarlo si se sentía amenazada. La planta estaba vigilada pero aun así se colaban intrusos a diario, y tampoco toda la plantilla era de fiar. Ella dejaba el cajón abierto para que cualquiera que se asomara a la caseta viera que estaba armada. Nunca había llegado a usar el revólver pero un par de veces sí tuvo que acercar la mano al cajón en gesto de advertencia. Esa historia le encantaba al niño, de once años, que cada vez que veía a Miren le pedía que se la repitiera.

Ella era de Górliz e Imanol de Munguía. La casi vecindad les ayudó a entablar relación. Ella dejó de trabajar después de casarse. Compraron un chalé en Plencia. Cada vez que alguien le preguntaba si no le apetecía buscar alguna ocupación, aunque solo fuera para no aburrirse durante las estancias de Imanol en el extranjero, ella sacudía la mano delante de la nariz y resoplaba. Bregar con catervas de obreros la había hartado. Asistía a clases de fotografía y ayudaba a sus amigas a decorar sus casas. Además, con el sueldo de Imanol tenían dinero más que suficiente, añadía siempre.

Cuando a Miren se le acababa el pan o quería más hielo para el agua se levantaba a cogerlo ella misma, en lugar de pedírselo a la madre, como esta insistía en que hiciera. La invitada llevaba una camiseta que le dejaba el ombligo a la vista y la braga de un bikini con estampado de piel de cebra. Imanol iba por el tercer plato de marmitako. Antes de sentarse a comer, había bebido una botella de sidra, acompañada de queso de Cabrales y cecina, sentado en la terraza de la casa, admirando la ría y el pueblo, situado en la otra orilla. Le colgaban los mofletes y el polo de Lacoste le quedaba tirante sobre la barriga.

Los dos acababan de volver de unas vacaciones en Estados Unidos y, como a Imanol aún le quedaban días libres, habían ido

seguidamente a Ribadesella. Un plan repentino. Se les había ocurrido mientras desayunaban en Plencia, sin haber deshecho todavía las maletas, motivados más por la congoja de regresar a la rutina que por el deseo de ver a sus amigos. Llamaron a la madre para anunciar que irían ese mismo día, llegarían a la hora de comer, pero no tenía que preocuparse, no hacía falta que preparara nada especial para ellos. La madre reaccionó con sorpresa. Claro, venid, venid, dijo con tono nada convincente. Imanol imaginó cómo se enjugaba el sudor de la frente con el bajo del delantal y comprobaba el contenido de la nevera mientras hablaba con él. Habría sido mejor anunciárselo a su amigo, pensó Imanol, pero a esa hora estaría en la cantera. Hablar con él era complicado, sobre todo si se encontraba en el frente de explotación. Podía tardar media hora en recibir el aviso de la llamada y llegar al teléfono más cercano.

La víspera, mientras cenaban todos juntos, Imanol y Miren les habían contado su viaje a Estados Unidos. Habían alquilado un descapotable y recorrido California, Nevada y Arizona. Miren habló casi todo el tiempo, concentrado él en comer. Dormían en moteles y cada mañana, antes de ponerse en carretera, se aplicaban protector solar en abundancia.

La madre iba y venía de la cocina a la mesa, atareada con minucias; el padre asentía, con la cabeza en otra parte; Jon, el niño, no perdía detalle.

Miren les contó cómo se perdieron de camino al Cañón del Colorado. Dejaron atrás la desviación que debían tomar —y que pasaron por alto porque no era más que una pista de tierra— y siguieron una carretera que comenzó a descender y, al cabo de innumerables vueltas y revueltas, fue a morir a la mismísima orilla del río Colorado. Estaban en el fondo del cañón, pero en ninguno de los sitios que aparecen en las tarjetas postales. No había nadie más que ellos. En cuanto apagaron el motor cayó un silencio que retumbaba, afirmó Miren, un silencio como nunca antes habían conocido, que se percibía con los cinco sentidos. El río, una lámina negra en apariencia inmóvil. Se quedaron hasta que ya no resistieron más el calor prensado de la base del cañón.

Un rato después se detuvieron en un pueblo a preguntar el camino. Más que un pueblo, un campamento de chabolas. Las viviendas estaban recubiertas de cartón alquitranado y de los aleros colgaban sonajeros de viento fabricados con huesos de animales. En el único bar, una camarera bizca y con unos dientes enormes les dio unas indicaciones. Llegaron así a un mirador atiborrado de turistas.

Estuvo bien, dijo Miren. El cañón desde arriba, genial. Te hace pensar. Te sientes muy pequeño y todo eso. Pero lo mejor fue lo otro, lo de perderse y el pueblo. Era… de verdad, dijo, y soltó un suspiro y

se llevó una mano al pecho. Hice montones de fotos.

Nunca se separaba de la cámara. Incluso ahora, mientras comía, la tenía encima de la mesa. Soltaba los cubiertos, apuntaba a través de la ventana y sacaba una foto. La madre y Jon miraban hacia fuera pero nunca identificaban qué le había llamado la atención. Imanol comía sin levantar la vista. Al otro lado de la ventana: la ladera calcárea donde los abuelos maternos del niño habían considerado apropiado construir la casa.

¡Anda! Está ahí tu marido, dijo Miren bajando la cámara.

Todos miraron hacia fuera.

En las escaleras de piedra que subían desde la cochera, el padre los saludaba sonriente. Sostenía en una mano las botas de trabajo cubiertas de barro. Su ropa también estaba embarrada. Tenía un corte sobre la ceja izquierda. El pecho de la camisa estaba manchado de sangre.

La madre corrió a abrir la ventana.

¿Estás bien?

Sí, tranquila.

¡Hostia puta! ¿Un accidente?, preguntó Imanol.

No sé si se le puede llamar así. Os lo cuento después de darme una ducha, dijo el padre, y dirigiéndose a la madre añadió: ¿Me traes un albornoz?

El padre fue hacia la puerta de la casa, donde ya no se le podía ver desde la cocina. La madre le llevó el albornoz, esperó mientras él se desnudaba y un momento después volvió a la cocina con expresión de desagrado y metió la ropa embarrada en la lavadora. Jon no se alteró. No era extraño que su padre regresara de la cantera sucio o con alguna herida leve o cojeando tras sufrir una caída. Lo del albornoz había sido por consideración a las visitas. Lo acostumbrado era que dejara la ropa sucia en un montón a la puerta de la casa y entrara en calzoncillos.

¿Ha dicho algo más?, quiso saber Imanol.

La madre negó con la cabeza.

¿Habéis terminado ya? ¿Qué queréis de postre?, dijo. Y a Miren: A lo mejor quieres aprovechar para ir a vestirte.

Tuvieron que esperar a que el padre se duchara y a que la madre le curara el corte en la frente para saber qué había pasado. Sentado a la mesa de la cocina, con un plato de marmitako delante, el padre les contó que al salir del trabajo la lluvia arreciaba. Esa mañana había ido a trabajar en su coche, pero creyó más seguro volver con el Land Rover que usaba para moverse por la cantera.

En lugar de regresar a casa por Onís, como era su costumbre, decidió bajar por el desfiladero del río Las Cabras. Este camino era

más corto, pero la carretera era estrecha y sinuosa, y se inundaba cuando llovía mucho. Pensó que aún tendría tiempo de pasar.

No fue así. Dijo que conducía con un ojo puesto en la carretera y otro en el río, cada vez más revuelto, del color de la tierra y cuyo nivel no dejaba de subir. En La Huera de Meré la carretera se bifurcaba: de frente seguía en dirección a la costa, hacia donde él iba; a la izquierda, un pequeño puente salvaba el río. Varios árboles arrastrados por la riada habían atascado los ojos del puente. El agua arremetía, pasaba por encima y se derramaba por la carretera formando una balsa. Detuvo el Land Rover y se bajó para comprobar la profundidad del agua. Dejó de avanzar cuando le llegó a las rodillas. La lluvia no cesaba de empachar el río. El agua se le arremolinó alrededor de las piernas. A punto estuvo de perder el equilibrio. Antes de volver al Land Rover vio cómo una vaca arrastrada por la corriente, aún viva, chocaba contra el puente y conseguía encaramarse al tablero. Pero apenas se puso en pie, un castaño que bajaba por el río haciendo trompos la barrió como una escoba gigante.

Imanol escuchaba con gesto severo. La expresión de Miren era de incredulidad. Estaba de pie junto a la ventana abierta, fumando y expulsando el humo hacia fuera.

El padre dijo que retrocedió por la carretera en busca de terreno elevado. Llegó a una casa. Aparcó en la cuneta y corrió a refugiarse. Al abrigo del alero, la familia que vivía allí contemplaba con estoicismo la rabia del río. Les preguntó si podía llamar por teléfono pero no tenían. Esperó en su compañía hasta que amainó la lluvia. La tromba duró cerca de dos horas, y finalizó tan repentinamente como empezó. Nada más caer las últimas gotas, comenzaron a abrirse claros en el cielo. Contó que regresó al Land Rover. Seguía habiendo una balsa de agua, aunque menos profunda.

Y eso es todo, concluyó, sonriendo y metiéndose un trozo de pan en la boca.

La madre comía apoyada en la encimera. Sostenía en la mano un plato con las sobras del niño, a las que había añadido un resto de guiso que sacó de la nevera y que no se molestó en calentar. Imanol le había vuelto a pedir que se sentara, pero ella lo había descartado con un gesto cortante. Mientras el padre les contaba lo que le había pasado, ella no había dejado de negar con la cabeza ni de fruncir el ceño.

La herida de la frente, ¿cómo te la hiciste?

Cuando bajé del Land Rover en la casa. Resbalé y me di con algo. No es nada.

Y en la cantera, ¿está todo bien?, preguntó también la madre.

Él explicó que se había detenido en un taller mecánico en Posada, donde conocía al dueño. Desde allí llamó por teléfono al guarda de la cantera, un trabajador que vivía con su familia en la misma planta, en una casa aneja al edificio de administración. El guarda lo tranquilizó. Allá arriba había dejado de llover poco después de que los empleados se fueran.

Todos guardaron silencio. El resplandeciente día de verano contradecía el relato. Parecía increíble que aquello hubiera sucedido a pocos kilómetros de allí, donde el sol había brillado desde el amanecer.

El padre adivinó lo que pensaban. En Posada, dijo, más cerca aún del desfiladero, tampoco habían dado crédito a sus palabras. Allí no había caído ni una gota.

¿Estás bien?, preguntó Imanol, que parecía de veras preocupado por su amigo.

Sí, claro. Son cosas que pasan.

A mí no, respondió Imanol, y el padre, sin dejar de sonreír, se encogió de hombros.

Bueno, ¿y qué? ¿Hay algún plan para esta tarde?, preguntó dirigiéndose al niño.

¿De verdad te apetece salir?, preguntó Imanol. ¿No es mejor que descanses después de lo que te ha pasado?

No me ha pasado nada, le dijo el padre, abriendo los brazos como si quisiera mostrar su perfecto estado.

El niño lo miraba preocupado. Hacía mucho que no veía sonreír tanto a su padre. Lo habitual era que estuviera serio, bien por las preocupaciones, bien por el cansancio. La madre también lo observaba atentamente.

Has estado a punto de morir, dijo Miren.

El padre intentó negarlo pero ella no estaba dispuesta a que nadie le llevara la contraria.

Cuando te bajaste del coche y te metiste en el agua pudiste haberte ahogado. Pero entonces vino ese momento increíble: cuando apareció la vaca. Presenciaste cómo el río se llevaba al pobre animal y te viste reflejado en él. Fue una señal. La vaca te dijo que tenías que dar media vuelta y salir de allí.

En realidad, dijo el padre, cuando vi a la vaca ya había decidido volver al Land Rover.

Miren se agachó para mirarlo frente a frente y negó con un dedo delante de la nariz del padre.

Así es como lo recuerdas. A lo mejor porque de esa manera no tienes que pensar más en ello. Pero seguramente pasó como digo yo. Fue una advertencia.

El padre apartó la vista.

No te entiendo. Bueno, ¿qué hacemos esta tarde?

Miren le apoyó una mano en el hombro.

Hablo muy en serio. Haces mal no reflexionando sobre lo que te ha pasado. A algunas personas algo así les cambiaría la vida. A mí me la cambiaría, sin duda.

Muy bien, dijo la madre retirando el plato del padre. Si no quieres descansar, ¿por qué no salimos a dar un paseo con la lancha?

¡Sí!, dijo el niño poniéndose en pie de un salto. ¿Podemos llevar al perro?

Claro, respondió la madre, iremos todos.

¿Tú también, ama?, preguntó el niño.

Ya he dicho que sí. Y ahora, vamos, levantaos para que recoja la mesa. Haced lo que tengáis que hacer.

Buena idea, dijo el padre arrastrando su silla hacia atrás. Aprovecharemos la pleamar. Vamos, vamos, vamos. Nada de entretenerse.

Minutos después Jon sostenía la correa de Lagun, el pastor alemán de la familia, y miraba cómo su padre tiraba del cabo de amarre de la lancha. Imanol aguardaba con las manos en la cadera, aparentando estar dispuesto a ayudarlo. La finca lindaba con la carretera que discurría por la margen izquierda de la desembocadura del Sella. Los padres de Jon amarraban la lancha delante de su propiedad: una merlucera de ocho metros de eslora, comprada por el abuelo materno de Jon, la *Mirentxu*.

Su padre la sujetó para que no golpeara la orilla. Estaba necesitada de una mano de pintura. Su padre nunca encontraba tiempo para cuidarla ni para salir a pescar. Jon se alegraba de que la madre hubiera propuesto el paseo, y más aún de que ella quisiera acompañarlos.

La orilla estaba cubierta de cascotes de piedra arrojados durante la construcción de la casa. Jon bajó la pendiente sujetando la correa del perro con una mano y con el otro brazo extendido para mantener el equilibrio. Saltaron a bordo y corrieron a tomar posesión de la proa.

Ten cuidado, le dijo la madre desde la orilla.

Lagun, con las patas delanteras apoyadas en la borda, gemía ansioso.

El siguiente en subir fue Imanol. La embarcación osciló bajo su peso.

Con cuidaaado, dijo la madre.

Imanol tendió la mano a las mujeres para ayudarlas a embarcar. La madre se las apañó sola.

Por último, el padre empujó la *Mirentxu* apartándola de la orilla y se encaramó a bordo de un salto. Para entonces la madre ya había puesto el motor en marcha y estaba sentada a popa empuñando la caña del timón. El motor ocupaba el centro de la lancha, dentro de una caja guardacalor, un Perkins de tres cilindros con más de treinta años restaurado por el padre. Los dos hombres se situaron en pie cada uno a un lado del guardacalor, para equilibrar el peso. Miren se sentó a popa junto a la madre, separadas por la caña del timón. Llevaba la cámara de fotos colgada al cuello.

Pasaron bajo el puente que comunicaba las dos mitades del pueblo, doblaron la punta de la playa, continuaron a lo largo del paseo de la Grúa, dejaron a estribor las ruinas de la antigua cetaria y salieron a la mar. La madre se había cubierto la cabeza con un pañuelo y llevaba una chaqueta de lana con puntos saltados cerrada hasta el cuello. Sujetaba la caña con seguridad. Por iniciativa propia, viró a estribor y navegaron siguiendo los acantilados de pizarra del monte Corbero. La *Mirentxu* tenía un embrague de pedal. El padre metió la segunda marcha, la más apropiada para el diámetro de hélice.

Jon apoyaba un brazo sobre el pastor alemán, que se relamía las gotitas saladas que le iban a parar a la nariz. Imanol se agarraba a donde podía. Miren no sabía qué hacer para cubrir la cámara. El padre había retirado la tapa corredera del guardacalor; así el viejo motor no se recalentaba pero era mucho mayor el ruido.

El niño miraba a sus padres para asegurarse de que estaban bien. Su padre sonreía, pero no como antes. Ahora era de verdad, igual que siempre que salía con la lancha. Saludaba con la mano a otras embarcaciones.

No te asomes tanto, le dijo el padre. Ven aquí.

Jon obedeció. Se acercó a los dos hombres y se apoyó contra el guardacalor. Llamó al pastor alemán, que acudió a acomodarse entre sus piernas. Desde allí, el niño oyó cómo Imanol sugería a su padre cambiar de trabajo. Le decía que era demasiado bueno como para perder el tiempo en una cantera perdida en los Picos de Europa. Hablaba a sabiendas de que el estruendo del motor no permitía que las mujeres le oyeran.

Perder el tiempo y jugarte la vida, joder. Mira lo que ha pasado hoy. ¿No quieres volver a Bilbao? Allí hay todo el trabajo que quieras para alguien con tu experiencia. Las empresas se te rifarían. O puedo recomendarte en General Electric. En realidad ya les he hablado de ti. Encajarías de maravilla. Eres mucho mejor que yo. ¿Lo pensarás?

El padre asintió. Después señaló hacia la costa y, alzando la voz, le dijo a la madre que se acercara. Se encontraban en el tramo de acantilados entre el pedral de la Atalaya y el de Arra. Aminoraron la marcha para acercarse a una pequeña playa de cantos rodados,

accesible solo por el agua.

Aquí hay algo curioso, le dijo el padre a Miren. A lo mejor quieres hacer unas fotos.

El padre detuvo el motor y la lancha quedó a la deriva. El chapaleo del casco contra el agua era el único sonido. Nadie quería ser el primero en romper la calma, aunque el niño adivinó que las desconcertadas visitas lo harían en breve.

Entre los guijarros de la playa destacaban unas rocas de mayor tamaño, de color gris plomo y forma regular. Parecían baúles o maletas abombadas, de alrededor de un metro de largo, medio de ancho y medio de fondo.

¿Qué son?, preguntó Imanol.

Cemento, dijo el padre, y quedó a la espera de alguna expresión de asombro.

Hacía años, explicó, un carguero había embarrancado en la bocana del puerto. Para ayudarlo a volver a flote, la tripulación arrojó por la borda parte de la carga. Entre esta figuraban sacos de cemento, que la corriente arrastró hasta el pedral. Luego, empapado el cemento de agua, se endureció. Con el paso del tiempo, el roce contra las rocas había hecho desaparecer la tela de los sacos. Solo quedaba el contenido fraguado, que conservaba la forma del antiguo envoltorio. Fijándose bien, aún se podían distinguir hebras de arpillera aprisionadas en el cemento.

Miren alzó la cámara e hizo una foto.

¿Podemos volver? Creo que me estoy mareando.

De vuelta frente a la casa, la madre saltó ágilmente a la orilla, dijo que iba a preparar la cena y cruzó la carretera sin esperar a nadie. Miren la siguió a unos pasos de distancia.

Imanol y el niño se quedaron con el padre mientras este amarraba la lancha.

Vete a atar a Lagun, le dijo a Jon su padre. Ponle pienso y agua limpia.

Una rampa de adoquines subía la ladera desde la carretera hasta una cochera en la parte baja de la casa. En el fondo de la cochera, el pastor alemán tenía una caseta de ladrillos, con una cadena sujeta a una argolla. Jon cogió el mosquetón del otro extremo de la cadena. El animal sabía bien sus intenciones y huía cada vez que el niño se le acercaba. Jon dejó caer el mosquetón. Tiró el pienso apelmazado que quedaba en el cuenco de la comida y sirvió más de un saco. Usando una manguera, llenó de agua un segundo cuenco. En cuanto el perro se acercó a comer, Jon le enganchó el mosquetón al collar.

Al pie de las escaleras que subían hacia la casa se encontró con su padre y con Imanol. Este tenía una mano apoyada en el hombro del

padre y le hablaba en voz baja. Jon se detuvo a unos pasos para no interrumpirlos.

… Vale, la cantera era de tu suegro, ¿y qué? No le debes nada. Era su proyecto, no el tuyo. Me acuerdo de cuando estábamos estudiando y me decías en qué te gustaría trabajar. Y a tu mujer tampoco le debes nada. Quiero decir que no creo que ella quiera quedarse aquí solo por la cantera de su padre. ¡Pero si en Bilbao estaríais mucho mejor, hostia! Tendrías el trabajo que te mereces. Podrías comprarte un velero.

El padre escuchaba educadamente, sin mostrar conformidad ni desacuerdo. Vio a Jon y le dijo: ¿Ya has hecho lo que te he dicho? Pues vamos a beber algo antes de cenar, y dio una palmada en la amplia espalda de su amigo.

Todavía quedaba luz en el cielo cuando el padre dijo que se iba a la cama. Estaba cansado. Todos lo comprendieron. Y le dolía la cabeza. La madre se levantó para acompañarlo y asegurarse de que tomara una aspirina.

¿Yo puedo quedarme un poco más?, preguntó Jon.

Estaban en el salón. Imanol se había servido un whisky y Miren curioseaba aburrida los libros de las estanterías. La madre asintió.

En cuanto se quedaron solos, el niño pidió a las visitas que le contaran más cosas de cuando estuvieron en Las Vegas.

¿Qué pasa, tus padres nunca te llevan de viaje?

Jon les dijo que, según su madre, Ribadesella era un pueblo de vacaciones. ¿Para qué iban a ir a otro sitio? Y además su padre siempre estaba trabajando.

Imanol negó con la cabeza. Tomó un trago de whisky y le contó que Las Vegas parecía un decorado de cartón, y que si no estuviera en el desierto la lluvia lo desharía. Le habló de las mesas de dados en mitad de una piscina, donde la gente jugaba en bañador, con el agua por la cintura, y de las chicas en ropa interior y con botas doradas que bailaban en los casinos.

Mientras tanto, Miren intentaba poner algo de música, pero las casetes apiladas en una balda le hacían soltar exclamaciones de espanto. Habaneras, Demis Roussos…

¿Estas cintas son de tu madre o de tu padre?

El niño le dijo que su padre nunca escuchaba música.

¡Por Dios! A esa mujer parece que no le gusta nada en la vida. Y lo que le gusta es un espanto.

Encendió un cigarrillo pero no se molestó en abrir la ventana para echar fuera el humo. Siempre que Imanol se callaba para tomar un trago de whisky, ella aprovechaba para intercalar un comentario desdeñoso acerca de las cortinas o el papel de las paredes.

Jon, ya es hora de ir a la cama, le dijo la madre desde la puerta del salón.

Imanol preguntó qué tal estaba el padre. Ella le dijo que bien y que él le había prometido que al día siguiente se quedaría en casa para descansar. Luego dio las buenas noches a las visitas y acompañó al niño al cuarto de baño. Dio la vuelta al reloj de arena que había en la encimera del lavabo y esperó mientras él se cepillaba los dientes durante los tres minutos que tardaba la arena en caer.

Por la mañana, el padre entró en la cocina vestido con ropa de trabajo y botas de agua. Jon e Imanol estaban sentados a la mesa, esperando a que la madre les sirviera el desayuno. Miren no se había levantado todavía.

Dijiste que hoy no ibas a trabajar, le dijo la madre.

Él le dio la razón, solo quería subir a la cantera para comprobar si era cierto que todo estaba bien. Volvería para la hora de comer.

Acaba pronto, le dijo al niño. Vienes conmigo.

Jon protestó. Hacía un día espléndido. Quería ir a la playa.

Obedece a tu padre, le dijo la madre zanjando la cuestión.

Puedo acompañaros, se ofreció Imanol.

El padre respondió que no hacía falta. Le dijo que se quedara y disfrutara de la playa; para eso estaba de vacaciones. Empleó un tono que no admitía réplica, a la vez que miraba el reloj.

Por la tarde podemos ir a algún sitio, añadió. A los acantilados de Tereñes.

Bueno, dijo Imanol. ¿No desayunas, al menos?

Ya he desayunado. Hace rato. Vamos, Jon.

Mientras el niño se calzaba y el padre le esperaba con las llaves del Land Rover en la mano, la madre se acercó.

Si empieza a llover o pasa cualquier cosa, dijo con un susurro, volved. No me hagas otra vez lo de ayer.

El padre asintió y metió prisa al niño.

Ninguno dijo nada hasta que llegaron a la playa de San Antolín, donde se detuvieron en el arcén. Otros vehículos habían hecho lo mismo y unas cuantas personas se habían apeado. Algunas llevaban toallas y sombrillas y dudaban entre bajar a la playa o buscar otro sitio donde pasar el día.

¿Qué es? ¿Qué pasa?, preguntó Jon.

El padre salió del Land Rover y el niño lo imitó.

El río Las Cabras desembocaba en el mar por un extremo de la playa. Antes de desaguar, la corriente trazaba un meandro en cuyo seno había un camping de caravanas. Casi todos los vehículos y remolques habían desaparecido, y los que quedaban estaban escorados o volcados. Por las ventanillas rotas se derramaban sábanas, colchones

y amasijos de broza. La playa se hallaba cubierta de troncos y más broza, además de sillas, neveras portátiles, maletas, ropa, bicicletas, juguetes… Había también unos bultos informes, empapados, cubiertos de barro; no se distinguía lo que eran, lo que fueron. La mirada del niño se clavaba en ellos sin que pudiera evitarlo.

Tranquilo, le dijo el padre. A nadie le ha pasado nada. Lo ha dicho la radio.

El río seguía bajando cargado de tierra. Una amplia mancha marrón se extendía frente a la playa. Varias caravanas asomaban entre las olas. Una grúa de carretera trataba de sacar una a la playa. Varias personas metidas en el agua hasta la cintura ayudaban empujando.

Hicieron otra parada, esta vez en el taller de Posada desde donde la víspera el padre había llamado al guarda de la cantera. Antes incluso de saludar, el padre preguntó al mecánico si la carretera estaba abierta. El mecánico asintió. Delante del taller había aparcada una grúa.

¿Vamos ya?, preguntó el mecánico.

El padre le dijo que en quince minutos.

Entró con el niño en una tienda de ultramarinos. Llenaron media docena de bolsas con conservas, pan de molde, galletas, botellas de leche, de agua mineral y de cerveza.

¿Vamos a llevar esto a la cantera?, preguntó Jon, y el padre negó con la cabeza.

¿A casa?

Tampoco. Ya lo verás.

En un estanco el padre compró un cartón de Ducados y otro de Marlboro.

Acomodaron las compras en la grúa y subieron a la cabina. El mecánico se puso al volante. Le dijo al padre que tenía la grúa de milagro. Esa mañana había habido otras cuatro llamadas.

A pocos kilómetros del pueblo se toparon con unas barreras de madera que cortaban la carretera.

Dijiste que estaba abierta, ¡me cago en la puta!

El mecánico se apeó de la grúa y apartó una de las barreras.

Está abierta, dijo volviendo a montar.

A partir de aquel punto, el paisaje era desolador. Aún había balsas de agua en los terrenos aledaños al cauce. La grúa tenía que meterse en la cuneta para sortear los deslizamientos de tierra. Pararon para contemplar el puente metálico que antes cruzaba el río frente a la central eléctrica de Bedón. La fuerza del agua lo había arrancado y lanzado contra la orilla en la siguiente curva de la corriente.

Hacía un calor sofocante, tropical casi, y el intenso olor a tierra provocaba náuseas. Las laderas de la garganta estaban en carne viva.

Todo el recubrimiento vegetal había caído al río. De la tierra desnuda rezumaban regueros de agua.

Llegaron al puente de la Huera de Meré, donde el padre les había dicho la víspera que el desbordamiento le impidió continuar. Se detuvieron.

Aquí está, dijo el padre.

Los tres miraron en silencio el coche del padre. El Mercedes 200 estaba hincado en la cuneta con las ruedas traseras en el aire y manchado de barro hasta el techo.

Pero dijiste que venías en el Land Rover, exclamó el niño, y el padre le ordenó que se callara.

El mecánico y el padre se apearon para examinar el coche. El maletero se había abierto, quizá por el impacto de un tronco. En el interior encharcado flotaba broza. El padre metió las manos en el agua y rescató el embrague de autobús.

Había comprado el Mercedes hacía un año. La dueña de la fonda donde comía a diario tenía un sobrino que vivía en Alemania y que compraba allí coches de segunda mano por encargo. Luego los llevaba en persona a Asturias cuando volvía en las vacaciones. A Jon y a la madre el Mercedes no les gustaba. Decían que olía a gasoil, que les daba dolor de cabeza.

¿Qué se puede hacer?, preguntó el padre.

Se puede sacar de aquí, le dijo el mecánico. Luego ya te diré.

¿Ayuda?

Ya te aviso.

El padre le dijo a Jon que fuera con él. Dejaron el embrague en la grúa y cogieron las bolsas con la compra. Se encaminaron hacia una casa a unos cien metros, pegada a la ladera. Varias personas sacaban muebles empapados y los ponían a secar al sol. Los irrecuperables formaban una pila aparte. Varias personas más, entre ellas dos niños, sacaban barro del interior con palas y escobas.

El que parecía el cabeza de familia, a quien le faltaba el brazo derecho, dejó de trabajar al verlos acercarse. Se enjugó la frente y les dio los buenos días. Saludó al padre tratándolo de usted y se disculpó por no darle la mano, la tenía sucia de barro. El padre le dijo que les traía algo de comida, poca cosa, pero de algo serviría. Parecía avergonzado. Añadió que era como muestra de agradecimiento, pero si había algo más que pudiera hacer, cualquier cosa… El manco negó repetidas veces y dos mujeres cogieron las bolsas y las llevaron adentro.

Si se le ocurre algo, le dijo el padre, ya sabe dónde estoy.

El manco asintió y luego llevó al padre al interior, para enseñarle cómo había quedado la vivienda, donde el agua que había caído por la

ladera como una cascada había roto las ventanas de la fachada trasera y salido por la puerta delantera. Jon se quedó solo. Nadie le prestó atención. Se dedicó a mirar a los dos cerdos que, a un costado de la casa, engullían la comida arruinada de la despensa.

Cuando el padre se despidió de la familia, Jon y él caminaron hasta el centro del puente. Observando el río, el padre le contó que la víspera había bajado de la cantera con el Mercedes, no con el Land Rover, como les había dicho. Sí era cierto que al llegar a la altura del puente se encontró con una balsa de agua. Se bajó del coche para comprobar lo profunda que era y entonces pasó lo de la vaca. Pero a continuación, en lugar de retroceder y buscar refugio en la casa, había intentado seguir adelante. Había avanzado unos pocos metros cuando el coche, de pronto, empezó a flotar, derivó hacia la cuneta y quedó encallado. Él se apeó pero la corriente le hizo perder el equilibrio. Consiguió agarrarse al parachoques delantero. Gritó pidiendo ayuda.

Esa familia estaba intentando sacar a los animales de la cuadra, siguió. Esa de ahí, al otro lado de la carretera, en la misma orilla. Los únicos que pudieron salvar fueron los dos cerdos que has visto. Gracias a Dios, me oyeron y me echaron una cuerda.

El padre contó que mientras se aferraba a la cuerda y tragaba agua, veía, muerto de miedo, cómo el río se llevaba uno a uno a los cerdos y las vacas. Ya a salvo, vomitó barro. Se quedó con la familia hasta que dejó de llover.

Luego retomó el camino a pie. La mayor parte del tiempo avanzó con fango hasta las rodillas. En Riofrío, la crecida había hecho desbordarse las piscinas de la piscifactoría. La carretera y el campo aledaño estaban cubiertos de truchas vivas. Un vecino llenaba cestos con ellas y los cargaba en el remolque de un tractor. Al ver el triste aspecto del padre, se ofreció a llevarlo a Posada.

Por suerte, unos días antes había dejado el Land Rover en el taller para una reparación, y pudo volver a casa en él.

No se lo cuentes a tu madre. No queremos que se preocupe.

Jon negó con la cabeza.

Pero… ¿y el coche?

Le diremos que está en la cantera. Durante unos días usaré el Land Rover. A ver qué dice el mecánico.

Miraron juntos el agua, de color marrón verdoso pero que ya había recuperado el nivel habitual. El padre le dijo que el día anterior el río era muy distinto, una pasta espesa que no hacía olas.

¿Y sabes qué no se me va de la cabeza? El sonido. Un ronquido profundo. Como un ruido de molienda. Las piedras, piedras enormes, que esa pasta arrastraba por el fondo. ¿Y sabes qué más? El olor. A putrefacción. Como si en vez de agua el río llevara un batido de

estiércol.

El mecánico llamó al padre para que le echara una mano.

Quédate aquí, le dijo a Jon.

Un hombre salió de la cuadra empujando una carretilla cargada de broza. Vestía nada más que unos calzoncillos, botas de agua y un par de guantes. Vació la carretilla y se detuvo a recobrar el aliento. Una de las mujeres de la casa se acercó a él abriendo un paquete de Ducados. Le puso un cigarrillo entre los labios y se lo encendió. El hombre dio una calada y vio al padre. Luego miró a Jon. Le preguntó si era su padre y el niño asintió. El hombre le dijo que por poco era huérfano. Hablaba con un acento tan cerrado que Jon tardó en darse cuenta de lo que le había dicho.

De vuelta en Ribadesella, les sorprendió no encontrar en la cochera el BMW de Imanol. En la cocina, la mesa estaba puesta solo para dos.

Por fin estáis aquí, les dijo la madre sonriendo. No os he esperado para comer. No os importa, ¿verdad? Se ha hecho un poco tarde.

¿Dónde están?, preguntó el niño. ¿Han ido a alguna parte?

Sí. A su casa.

Pero por la tarde íbamos a ir a Tereñes, se lamentó Jon.

Ya ves. Les han llamado por teléfono. Una emergencia. Y se han ido corriendo.

El padre la observaba en silencio.

Imanol ha dicho que ya te llamará, añadió la madre. Lavaos las manos. Tendréis hambre.

Mientras comían, la madre se sentó a la mesa con una taza de café soluble. La ventana de la cocina estaba abierta. Una brisa del nordeste limpiaba la atmósfera. Los colores del jardín brillaban más aún de lo habitual. La madre miraba hacia afuera relajada. Dijo, como si hablara consigo misma, que pediría hora en la peluquería para esa tarde.

Jon comía cabizbajo.

¿Quieres ir a pescar?, le preguntó su padre, y él se encogió de hombros y a renglón seguido negó con la cabeza.

¿Me ayudas a lavar el Land Rover?

Esta vez ni siquiera hubo respuesta.

Estoy pensando, dijo el padre, en tomarme una semana de vacaciones. Cuando solucione la avería del embrague. Ya va siendo hora. Podríamos aprovechar para hacer algo diferente.

¿Un viaje como los de Imanol y Miren?, preguntó el niño, esperanzado.

Tengo en mente algo más provechoso, dijo el padre. ¿Qué tal si instalamos calefacción central?

La madre se cubrió la cara con las manos. Cuando las retiró lloraba de alegría.

BASILISCO LIBERADO

John Dunbar, también conocido como el Basilisco, arrastraba tres cráneos de bisonte por el desierto. Caminaba evitando piedras angulosas que pudieran herirle los pies descalzos y en que los cráneos corrieran el riesgo de trabarse. Cuando, a pesar de sus esfuerzos, esto sucedía, la maniobra para liberarlos era dolorosa. Retrocedía y tiraba de los pesados restos en sentido contrario. Si no surtía efecto, caminaba lentamente en círculo alrededor de la piedra, manteniendo los cordones que lo unían a los cráneos lo más tensos que soportaba, hasta acertar con el feliz ángulo en que se desenganchaba su carga. En ocasiones, solo se soltaba alguno de ellos, o se liberaban pero quedaban atrapados de inmediato en otra roca, y entonces John Dunbar oía risas chillonas. Pinturas rituales adornaban los cráneos, en la testuz y alrededor de las cuencas oculares.

Caminaba desde el amanecer, siguiendo la dirección en que —si era cierto lo que le habían dicho— encontraría un ojo de agua, y el sol ya había llegado a lo más alto. Estaba desnudo. Cuando los cráneos de bisonte se enganchaban y las heridas se reabrían, dejaba a lo largo de un trecho un rastro de sangre. Parpadeaba en intentos inútiles por librarse del sudor que se le colaba en los ojos. Le habían atado las manos a la espalda, a conciencia, desde las muñecas hasta los codos, empleando cuerdas, cordones de cuero crudo y trenzas de cabello humano y de crin, empalmaduras, ligaduras sobre ligaduras, amontonadas aquí, entretejidas allá, y de cada nudo colgaba, a modo de ofrenda para garantizar su persistencia, un huesecillo de serpiente o de ardilla, una cuenta de vidrio o la pluma de un cuervo. Eran tantas las ataduras, estorbándose entre sí, que de sus fuertes antebrazos nada se veía.

Cada uno de los cráneos de bisonte llevaba amarrado a la cornamenta un largo cordón de cuero. El otro extremo iba atado a una de las tres estaquillas de madera que Dunbar tenía atravesadas en la carne de la espalda.

Después de soltar una vez más los cráneos de una trampa rocosa, se detuvo a recuperar el aliento. Su situación difícilmente podría ser peor, pensaba. Escudriñó el horizonte para asegurarse de que seguía

en la buena dirección. Sobre una loma, vio a los shoshones. Una docena. Lo contemplaban inmóviles, satisfechos de sí mismos. Nunca habían sido tan imaginativos en su larga pugna con John Dunbar como esta vez. En el centro de la banda sobresalía la silueta a caballo de su líder, Lengua Azul.

Tres guerreros se apartaron del grupo y caminaron hacia Dunbar. Uno avanzaba adelantado, tocando una flauta. Cuando lo tuvo cerca, John Dunbar vio que era poco más que un niño. Vestía una camisa larga, de tallos de artemisa trenzados, y se protegía la cabeza con un casco de cuero. La flauta estaba fabricada con un hueso de águila. Los otros dos llevaban suelta la larga cabellera. Uno lucía un chaleco de piel ornamentado con cuentas y el otro una casaca de la caballería con las mangas cortadas. Empuñaban sendos arcos con una flecha dispuesta.

El más joven portaba como única arma un cuchillo de piedra al cinto. Se aproximaba a John Dunbar de costado, con una mano extendida hacia él mientras que con la otra sostenía la flauta, que no dejaba de tocar. No se trataba de ninguna melodía sino de una serie de silbidos nerviosos. Cuando llegó a unos pasos de distancia, se detuvo, se irguió cuan alto era y se golpeó el pecho en exhibición de bravura. Dunbar lo reconoció: el hijo de Lengua Azul. Había crecido mucho desde la última vez. Era fibroso pero su cabeza ni siquiera llegaba al pecho de Dunbar. El shoshone caminó a su alrededor, a la vez que los silbidos que extraía de la flauta se hacían más acuciantes. Los otros dos indios aguardaban. Dunbar se lo puso fácil al aspirante a guerrero y retomó la marcha, muy despacio al principio, hasta haber superado la resistencia a la puesta en movimiento de los cráneos, y después solo despacio.

Los silbidos lo seguían. Él volvía a mirar al suelo. De pronto los silbidos cesaron y el joven shoshone apareció frente a él, le dio una palmada en un hombro y se apartó de un brinco. John Dunbar sabía que era todo cuanto el indio pretendía. Podría haberlo ignorado y no aumentar su suplicio, pero el contacto físico hizo que la rabia que venía cociendo desde el amanecer se desbordara. Corrió hacia el indio —arrastrando los cráneos, la piel de la espalda asombrosamente estirada—, que, espantado, no recordó que tenía un cuchillo. Le propinó un cabezazo en la nariz. El joven se desplomó al suelo, donde recibió media docena de patadas en el torso y la cabeza. Dunbar usaba las uñas de los pulgares, largas y astilladas, como punzones. Los otros dos indios acudieron en auxilio de su compañero. Uno se plantó ante Dunbar con el arco tensado, apuntándole a la cara, mientras el otro alejaba al joven malparado. Cuando este se puso en pie, sangraba por varios cortes y cojeaba. No obstante, estaba feliz. Las lesiones sumaban mérito a su proeza de tocar a un enemigo de la talla del

Basilisco. Como premio, recibiría de su padre una pluma de águila teñida de rojo.

John Dunbar, las heridas de la espalda chorreando de nuevo, empapándole las ataduras, la sangre escurriéndose entre las nalgas, se maldijo por haberle regalado tal satisfacción, por no haber negociado previamente consigo mismo sino haber cedido al impulso y actuado como otros esperaban que hiciera, lo que, una vez más, había ido en su detrimento y en beneficio de alguien que no le importaba nada.

Los tres indios volvieron con el grupo, que desapareció tras la loma; en primer lugar Lengua Azul, luego el resto.

Retomó la marcha. Caminaba con los ojos abiertos apenas una rendija. Tras el velo de las pestañas los rayos del sol eran columnas de fuste infinito, tan sólidas que invitaban a apoyarse en ellas en busca de descanso. El desierto: un bosque que en lugar de sombra arrojaba luz. Entre esa jungla rubia platino vio a alguien más. Caminaba por delante de él, siguiendo la misma dirección.

Pensó que sería otro indio, pero cambió pronto de idea. El hombre avanzaba muy despacio, tropezando y deteniéndose cada pocos pasos. Sin necesidad de aumentar el ritmo, John Dunbar le comió terreno.

Tendría unos treinta años y a él los indios le habían dejado la ropa y las botas, prendas caras, confeccionadas a medida en el este, pero andrajosas ahora. Un hombre moreno, de cabello rizado y rasgos finos, menoscabados por las quemaduras del sol y las hinchazones y costras fruto de los golpes. Un hombre acostumbrado a trabajar sentado y bajo techo, juzgó Dunbar, en invierno arrimado a una estufa, en verano junto a una ventana abierta por la que entraban los aromas de un jardín, alguien que nunca se había esforzado en serio. También tenía las manos inmovilizadas a la espalda, si bien de manera mucho menos elaborada. No arrastraba tres cráneos sino tres cabezas, cortadas recientemente: de una mujer, de una niña y de un niño pequeño, poco más que un bebé. La niña tenía el mismo pelo que la mujer, castaño claro y largo, empañado por el polvo, con espinas de cactus y flores de yuca enganchadas. El niño compartía los rizos morenos del hombre. Bajo la suciedad, pieles pálidas, mejillas bien nutridas, dientes sanos.

Los shoshones habían sido clementes. Ninguna estaquilla le torturaba la espalda. Llevaba tres lazos de cuero alrededor del cuello, apretados en la medida justa para permitirle respirar. El otro extremo de los cordones iba atado a una de las sendas púas de madera que atravesaban el cartílago nasal de cada cabeza.

John Dunbar presenció aquel espanto sin detenerse, llegó a su altura y siguió adelante. Nada tenía que decir. El hombre iba asimismo hacia el agua, si la indicación no era otra broma de los indios. Él sí se detuvo, redoblados su horror y su incredulidad. Trató

de decir algo, ininteligible, bien por la lengua hinchada a causa de la sed, bien por los lazos que le ceñían el cuello, bien porque no encontró las palabras.

Los cráneos de bisonte entrechocaban con un golpeteo hueco y lúgubre, como tres grandes cangrejos albinos reñidos entre ellos. El sol había secado la sangre de Dunbar, que a cada paso se desprendía en escamas. En cuanto tocaban el suelo, las hormigas de fuego se apresuraban a tomarlas entre las mandíbulas y las ponían a buen recaudo bajo tierra. También las ligaduras se habían secado, solidificadas ahora como escayola.

Ignoró al hombre, pero este empezó a gritar y al cabo de un rato seguía haciéndolo, y Dunbar hizo un alto. El hombre vociferaba a la cabeza del niño. Le decía que se fuera, que se quitara de allí. Sollozaba. Se acercó a la cabeza con la aparente intención de darle una patada, pero reculó antes de hacerlo. Gritó de nuevo. Sus increpaciones no debieron de surtir efecto, pues optó por huir a la carrera. John Dunbar lo vio acercarse, seguro de que había terminado de perder la razón. El hombre, con el rostro enrojecido, remolcaba las tres cabezas, que se machacaban contra las piedras. La de la niña y la del niño, más ligeras, se elevaban, caían al suelo y rebotaban. La de la mujer llevaba la melena extendida tras de sí.

Adelantó a Dunbar y unos metros más allá cayó de rodillas. Miró por encima del hombro, temeroso de lo que pudiera encontrar, y arrancó a gritar de nuevo.

Al acercarse, John Dunbar descubrió el motivo del frenesí. Una tarántula se había encaramado a la cabeza del niño. Milagrosamente, había sobrevivido a la carrera. Iba apoltronada sobre la cara de la criatura, dispuesta a proseguir el cómodo viaje.

Pronto se arrepentiría de su gesto de compasión, pero estiró un pie para empujar a la araña. Lo detuvo un grito áspero.

¡No lo toques!

El hombre arremetió contra él. Buscaba morder a Dunbar, apartarlo a empellones. Dunbar lo esquivó varias veces y tras cada una el hombre volvió al ataque, sin fuerza pero con saña. Asqueado, Dunbar le dio una patada en una rodilla, haciéndolo caer al suelo, donde el hombre resolló con la cara contra la tierra.

Se apartó maldiciendo para sí, hasta que un tirón lo obligó a frenarse. Los cordones que lo unían a los cráneos de bisonte se habían enredado con los de las cabezas cortadas. Los dos grupos de restos formaban un único racimo. El hombre y él contemplaron en silencio el embrollo. Con las manos atadas, no había forma de deshacerlo. La tarántula se alejó resignada.

En marcha, ordenó Dunbar.

El hombre se puso en pie. Dunbar hizo un gesto con la cabeza y caminaron juntos rumbo al agua.

Atardecía cuando llegaron. El ojo estaba en la base de una peña de arenisca con forma de giba. Lo primero que vio Dunbar fue el cerco de vegetación. Cactus barril y enormes yucas y chollas crecían apretadamente alrededor del agua. Colibríes de un azul tornasolado revoloteaban entre los brazos espinosos. El hombre lloraba sin derramar lágrimas. John Dunbar avanzó con denuedo pero sin dejar de buscar rastros de los indios.

En cuanto dieron unos pasos entre la vegetación se quedaron atascados. Los cordones de cuero se habían enganchado en los arbustos, lo mismo que el pelo de la mujer y de la niña, y los cuernos de los bisontes. Las cabezas no tenían sed. La boca se les había llenado de tierra, lastrándolas. Las hormigas trepaban por ellas y se asomaban a los recovecos.

Vamos, dijo Dunbar. Los dos a un tiempo.

El hombre no se movía. Miraba a la mujer, a la niña y al niño. La muerte había vuelto bizcas a las criaturas.

El agua está ahí mismo.

El hombre se hincó de rodillas.

John Dunbar hizo otro intento de avanzar. Las cabezas se apretaron unas contra otras, tercas, mordieron ramas.

¿Te rindes? ¿Tan cerca del final?

¿Qué final?, dijo el hombre.

John Dunbar contuvo el impulso de emprenderla a patadas contra él. Pensó en el agua y en nada más. Tiró con fuerza. Detrás, crujidos, sonidos de arrastre. Siguió tirando. Hacia el agua. La carne se estiraba como dedos que brotaran de la espalda, empeñados en no dejar ir las estaquillas. Otro paso. ¿Acaso su espalda no quería beber? ¿Tanto le importaban tres cicatrices más? Medio paso. De algo tenía que servir ser el Basilisco. ¿Qué quieres? ¿Quedarte enganchado a ese mequetrefe y a ese montón de carroña para siempre? La piel se desgarró y una estaquilla se soltó con un chasquido húmedo. Medio paso más. Las otras dos estaquillas la siguieron. Y corría a trompicones hacia, por fin, el agua, sin importarle los golpes contra las ramas ni las espinas que se le clavaban, sin sentir el oscilar blando de los colgajos de carne en la espalda. Tropezó. Cayó. Hizo el último trecho en parte de rodillas, en parte arrastrándose. Sabía que debía tomar nada más que unos sorbos al principio. Se remojó la cara, la cabeza. Bebió un poco más.

Fue junto al hombre.

¿Tu familia?

El hombre asintió. Se había tumbado entre la maleza, dando la espalda al revoltillo de restos. Un cuerno de bisonte había atravesado la mejilla de la niña y la punta le asomaba por la boca.

John Dunbar volvió al pozo. Se llenó la boca de agua. Teniendo cuidado de no tragarla ni derramarla, regresó a donde estaba el hombre, que parecía dormido, o quizá se había desmayado. Se arrodilló junto a él.

Hmm, hmmm…

Muy despacio, dejó caer el agua sobre la frente despellejada por el sol, sobre un pómulo amoratado. Un reguero se coló entre los labios y el hombre reaccionó. Entreabrió la boca, pero ya no había más.

Cuando John Dunbar regresó tras un nuevo viaje al pozo, el hombre había abierto los ojos.

Gracias, dijo, y bebió.

Dunbar aún hizo varios viajes más. Ya apenas quedaba luz cuando se acuclilló al lado del hombre, que se sentó con la espalda contra una yuca.

No podré soltarme. Yo solo no.

Dunbar no dijo nada. Se había librado de los cráneos de bisonte pero seguía teniendo los brazos atados. Podría coger a tientas alguno de los cordones y tratar de soltar el amasijo, pero en la oscuridad seguramente empeoraría el embrollo.

Me llamo James Bramble.

Los indios los habían atacado hacía dos días, contó. Mataron a su mujer y sus hijos. A él lo dejaron con vida. Ignoraba la razón.

Dunbar no preguntó si fueron los guerreros de Lengua Azul, pues ya lo sabía. Le desconcertó, no obstante, su comportamiento; los indios acostumbraban a tomar a mujeres y niños como prisioneros para sumarlos a la tribu o canjearlos por un rescate.

¿Qué hacíais aquí?

Viajamos en tren desde Boston hasta Ogden. Allí compré un carromato, caballos, pertrechos y víveres, y contraté a un guía. Pete-Arri-Wa-Wa, maldito sea.

Conozco a Pete. ¿Qué hacíais aquí?

Compré también una concesión minera.

Hablaba cada vez con mayor serenidad, satisfecha la sed, quizá también porque la oscuridad ocultaba los restos de su familia. Dunbar pensó que aquel hombre se equivocaba al relajarse tanto, no debería hablar así —su cháchara le estaba levantando dolor de cabeza—, como si estuvieran en un salón, comiendo chuletas y bebiendo oporto, como si las cabezas cortadas no pudieran, de un momento a otro, elevarse en el aire, animadas por las energías turbias que circulaban por la noche, el cabello ondulando a su alrededor como debajo del

agua, los ojos convertidos en linternas que emitieran potentes y acusadores haces, abiertas las bocas de par en par, de las que manarían palabras que quedarían escritas en el aire, tortuosas líneas de palabras resplandecientes, sin pausas, que se prolongarían como serpentinas de luz sobre el pozo, espantarían a los coyotes, se reflejarían en los ojos de los mochuelos y se perderían en el horizonte del desierto, acusaciones insólitas e infinitas. Él había visto cosas mucho más increíbles.

¿Atraparon a Pete, los indios?

No lo sé. No iba con nosotros cuando nos atacaron. Lo había despedido.

Mediante un siseo, Dunbar le ordenó callar. Había oído algo. Un caballo. Dos. Acercándose al pozo. Herrados.

Se pegó a Bramble y le susurró al oído. Le ordenó no moverse ni abrir la boca hasta que supieran de quién se trataba.

Los dos hombres desmontaron. Uno se agachó a beber mientras el otro contenía a los caballos para que no revolvieran el agua. Intercambiaron posiciones y el segundo bebió también y rellenó las cantimploras. Finalmente dejaron saciarse a las monturas. Procedían de manera coordinada, sin necesidad de intercambiar palabra. Uno colocó las maneas a los caballos, llenó sendos morrales de pienso y se los colgó de la nuca. El otro recogió leña, lo que lo llevó a acercarse adonde Dunbar y Bramble estaban ocultos. Dunbar se tensó, temiendo que viera el rastro de huellas que había dejado en sus idas y venidas al agua. Pero ya era noche cerrada y alrededor del pozo abundaban las huellas, tanto de personas como de animales, y aquel hombre arrastraba los pies, deseando poner fin a la jornada.

Encendieron una hoguera y Dunbar pudo verles la cara. Cliff Pelosi y Ernie Oso Martínez, buscadores de plata con fama de marrulleros y ladrones. De Pelosi se decía que había matado a una prostituta en Reno, en defensa propia, cuando ella intentó robarle la bolsa de pepitas. Al llegarle los olores de las alubias y el tocino cocinados al fuego, Dunbar temió que los rugidos de su estómago lo delataran.

Después de cenar, Martínez descorchó un caneco de licor y se lo pasaron mientras contemplaban las llamas y soltaban ventosidades. A patadas, despejaron de piedras sendos espacios donde extender sus mantas y se acostaron. Durante un rato dieron vueltas, gruñendo y liberando más gases, hasta que por fin empezaron a roncar.

Dunbar dijo al oído de Bramble que aquellos hombres no los ayudarían. No los matarían pero sí los abandonarían a su suerte.

¿Qué hacemos?, balbució Bramble.

Podían seguir escondidos hasta que se fueran, conjeturó Dunbar para sí, y confiar en que alguien más se acercara al pozo. Pero ya

habían tenido mucha suerte al no ser descubiertos; en cuanto amaneciera, Pelosi y Martínez los verían fácilmente. Y aunque no sucediera, quizá nadie visitara el pozo en días, o podría suceder que quienes aparecieran fueran los shoshones de Lengua Azul.

Repitió la orden de guardar silencio y se levantó.

Bramble lo observó mientras se alejaba sin hacer ruido. Dunbar no era tan alto ni tan corpulento como lo había imaginado. Pese a ello, su talla era superior a la de la mayoría de los hombres. Lo vio detenerse junto a una de las figuras acostadas y luego dirigirse hacia la otra. Bramble había visto vagamente a los jinetes a la luz del fuego. Uno andaba encorvado, tenía la barba canosa y tosía de continuo. El otro era más joven. Supuso que Dunbar había decidido ocuparse en primer lugar de este, con probabilidad más fuerte y rápido.

Oyó un chasquido a su espalda y se volvió sobresaltado hacia el desorden de cabezas cortadas. Un rayo de luz se insertaba entre la maraña de ramas y se reflejaba en un ojo entreabierto. Su mujer reposaba con una mejilla contra el polvo y la boca abierta. Se le habían roto varios dientes. Aterrado, Bramble vio moverse los labios. La cabeza boqueaba en busca de aire. De debajo de la mejilla, salió un gran sapo. Se acababa de despertar tras haber pasado durmiendo las horas de sol y había encontrado obstaculizada la entrada de su refugio. La cabeza volvió a quedar inmóvil, muerta de nuevo. El sapo se detuvo ante Bramble. Estaba cubierto de verrugas de color rubí. Junto al pozo se oyó un crujido, pero lo que Bramble escuchó fueron palabras salidas de la severa boca del anfibio: «No te acobardes ahora».

Cuando el sapo desapareció bajo la vegetación y él levantó la vista, Dunbar ya se dirigía hacia el segundo jinete. El primero parecía seguir durmiendo. Bramble se forzó a mirar. No se perdería lo que Dunbar fuera a hacer con el otro, que, alertado por el resoplido de un caballo, se incorporó y llevó una mano al revólver. Dunbar, de una patada, le hizo soltarlo. El jinete retrocedió a rastras. Dunbar le pisó el pecho para inmovilizarlo. El jinete miraba con los ojos desorbitados a aquel hombre desnudo, cubierto de cicatrices, que había irrumpido en el campamento con las manos a la espalda como si se paseara por el jardín de su casa. Empleando un talón, Dunbar le partió el cuello. Hicieron falta varios golpes. Los caballos se revolvieron y recularon hacia la oscuridad. Bramble apretaba la espalda contra el tronco de la yuca.

Dunbar inspeccionó el campamento. Cliff Pelosi —asesino y ladrón — yacía en la misma postura en que había estado durmiendo, salvo que con el cuello roto. Con Ernie Oso Martínez —medio mejicano y vendedor de pirita a incautos— la labor no había sido tan limpia; tenía la mandíbula fuera de sitio. Se animó al ver que habían

preparado comida en abundancia. En la sartén quedaban alubias y tocino para el desayuno.

Sirviéndose de los pies, echó a la hoguera la leña que los jinetes no habían usado. Empleando asimismo los pies, retiró la manta que tapaba a Pelosi. Lo empujó para hacerlo rodar, en busca del cuchillo con el que le había visto trocear el tocino. Tanteando con las manos, lo sacó de la vaina. Regresó junto a Bramble.

Levántate.

A la luz de la hoguera reavivada, inspeccionó las ligaduras de Bramble y los lazos que lo unían a las cabezas.

Tus ataduras son más sencillas. Te suelto las manos. Tú te deshaces de eso y me sueltas a mí.

Bramble asintió. Se colocaron de espaldas el uno con el otro, Dunbar sujetando el cuchillo y Bramble apartando las manos del cuerpo todo lo posible para no recibir un corte por accidente.

En cuanto estuvo libre, Bramble se sacó los lazos.

Coge el cuchillo, dijo Dunbar. Ahora yo.

Bramble miraba las cabezas.

Tengo que enterrarlas.

No hay prisa. Suéltame.

¡Claro que hay prisa! ¡Es mi familia!

Está bien, dijo Dunbar. Te ayudaré. Coge el cuchillo.

Bramble obedeció y Dunbar le dio la espalda ofreciéndole sus ataduras.

Aquí no, dijo Bramble. Vamos junto al fuego. Hay más luz.

Bramble salió del cerco de vegetación, se arrodilló a la orilla del pozo y bebió largamente. Se remojó la cara y la cabeza. Flexionó los brazos. Los levantó por encima de la cabeza y se estiró. Dunbar esperaba sin decir nada para no ponerlo nervioso. A continuación Bramble recorrió el campamento, mirándolo todo, y se agachó a recoger el revólver de Ernie Oso Martínez.

Tú eres el Basilisco, dijo apuntándole con el arma. No te muevas. Sé disparar.

Dunbar no dijo nada.

No me crees.

¿Que no creo el qué?

Que sé disparar.

De nuevo, Dunbar guardó silencio.

Llevo años practicando. Y recibí clases para perfeccionar la técnica. De Anastasio Portolá.

Era cierto, al menos, que aquel hombre sostenía el revólver con soltura, pensó Dunbar.

¿Pagaste a Anastasio para aprender a disparar?

Ya sabía disparar. Pero sí, le pagué. ¿Lo conoces?

Dunbar escupió al suelo.

Ha matado a ocho hombres en duelos limpios, dijo Bramble.

Y con el dinero que le pagaste se emborracharía y mataría a alguno más en duelos no tan limpios.

Retrocede. La espalda contra la roca.

No tengo nada contra ti, dijo Dunbar mientras hacía lo que le había ordenado. Hay un caballo para cada uno. Nos repartimos el equipo de esos dos y nos despedimos para siempre.

Tras una pausa añadió:

No creas lo que dicen de mí.

Bramble, que había estado rebuscando entre los enseres de los jinetes, lo miró fijamente.

Te has dejado barba. ¿Para disimular la cicatriz de la cara?

La marca de una quemadura cubría la mejilla derecha de Dunbar, desde la mandíbula al pómulo.

Me gusta creer lo que se dice de ti. Por eso no te voy a soltar, al menos de momento. Y también porque te necesito.

De entre las cosas de los jinetes, cogió un rollo de cuerda de maguey e hizo un lazo corredizo. Con el lazo en una mano y el revólver en la otra, se acercó a Dunbar.

Te soltaré. Te doy mi palabra. Pero antes tengo que hablar contigo.

Hablo mejor con las manos desatadas.

Más tarde. Ahora te pongo esto al cuello. Intentas algo y disparo.

Le colocó el lazo. Dunbar no se movió. Aquel hombre sabía quién era él y, no obstante, no le tenía miedo. También parecía seguro de lo que estaba haciendo. Nadie diría que acababa de perder a su familia y sufrir tormento a manos de los salvajes.

Bramble eligió la yuca más grande junto al pozo y ató el otro extremo de la cuerda al tronco. Luego retrocedió para situarse fuera del alcance de Dunbar y bajó el revólver. Puso al fuego la sartén con las sobras. Se sentó con los codos apoyados en las rodillas. Contempló el revólver, sopesándolo. Miró a su alrededor y se rio, satisfecho, incrédulo. Los caballos habían regresado y observaban la escena; las cabezas iluminadas de naranja tembloroso, los cuerpos invisibles. Bramble se encontró con la mirada de John Dunbar y su risa se interrumpió de golpe.

A ver qué tenemos aquí, dijo, y abrió las alforjas de Cliff Pelosi.

Las pertenencias de aquellos dos eran poco más que basura, pero Bramble, como un niño ante unos regalos de Navidad inesperadamente espléndidos, acariciaba cada objeto y lo examinaba girándolo entre las manos: un viejo fusil Spencer anterior a la guerra,

una brújula, bateas, munición guardada en un pañuelo con las puntas anudadas, una única espuela, con un resalte metálico en la parte trasera para que el bajo del zahón no se enganchara en la estrella… Lo fue dejando todo en dos montones: el de lo útil y el de lo inútil. Apartó del fuego la sartén. Pelosi y Martínez no habían fregado los platos ni los cubiertos. Bramble dudó y acabó lavándolos en el pozo. Repartió la comida y dejó un plato frente a Dunbar, mientras volvía a apuntarle con el revólver.

Estarás hambriento.

¿Cómo voy a comer con las manos atadas?

Te las apañarás.

Regresó junto al fuego a dar buena cuenta de su plato.

Escribo libros, dijo mientras comía. Novelas de la Frontera para la gente del este. Ya sabes. Cuatreros embozados. Damiselas atadas a las vías del tren. Más de cincuenta novelas.

Hablaba sin mirar a Dunbar, pero manteniéndolo en el borde de su campo visual. Había dejado el revólver sobre una manta, al alcance de la mano. Le explicó que había escrito varias novelas sobre él. Eran las que más éxito habían tenido. Las aventuras del Basilisco gustaban mucho a los lectores de Boston.

Por el rabillo del ojo vio que su prisionero se había incorporado. Dunbar, con la barba salpicada de alubias aplastadas, se sentó con la espalda contra la roca. No parecía importarle lo que le contaba. No daba ninguna muestra de sorpresa. Tampoco de estar indignado, ni orgulloso, ni siquiera de albergar curiosidad, alternativas que Bramble había considerado posibles.

Oí de ti por primera vez en Boston. Por casualidad. Estaba en un salón. En la mesa de al lado, un hombre contaba a otros dos la historia de cómo tú y tu hermano desenterrasteis el cadáver de vuestra madre para recuperar su anillo de diamantes. La narración captó mi interés. Sin embargo, lo que me decidió a ponerla por escrito fue la fascinación con que aquellos hombres escuchaban, viajeros venidos de Europa, a juzgar por su acento, que no dejaban de hacer preguntas, ansiosos por saber más. Después emprendí la caza de nuevas historias sobre ti. Visitaba la estación de ferrocarril y preguntaba a los que venían de la Frontera. Soborné a los porteros de los hoteles para que me avisaran de la llegada de viajeros del oeste. Averigüé así que te habías convertido en el Basilisco. El siguiente paso fue publicar anuncios en los periódicos, ofreciendo una recompensa a cambio de información. En la mayoría de los casos no recibí más que rumores, retazos de historias oídas a terceros, bulos acaso. No obstante, eran buena materia prima. Mis lectores no se cansaban de ti. *El Basilisco contra el marionetista manco* fue uno de nuestros mayores éxitos.

¿Qué es eso?, preguntó Dunbar.

¿El qué?

Un *maronetista*.

Marionetista. Alguien que hace espectáculos con marionetas. Muñecos colgados de hilos.

Nunca he conocido a ningún *maronetista*.

Cuando cesaron las noticias empecé a inventar las historias. No tuve más remedio. Envié mensajeros a Nueva York, a Washington, incluso a Austin y Santa Fe. Pero solo telegrafiaban información ya conocida. Te habías vuelto elusivo.

¿Qué?

El Basilisco había desaparecido. ¿Qué te pasó?

Me harté de la gente.

Bramble aguardó mayores explicaciones, que no llegaron.

Así que vine a buscarte en persona.

Dunbar se rio. De una patada envió su plato junto a la hoguera.

Pues ya tienes algo sobre lo que escribir. Aunque te ha salido caro. Tendrías que haber dejado a tu familia en Boston.

¿Tú tienes familia? ¿Mujer? ¿Hijos?

Dunbar negó con la cabeza. Usando la lengua, se sacó un resto de comida de entre los dientes y lo escupió.

Entonces no lo sabes, dijo Bramble.

¿Qué es lo que no sé?

Que a la familia es difícil dejarla atrás.

Bramble se puso en pie con parsimonia. Miró los cuerpos de Pelosi y Martínez y le sacó las botas al primero. De entre los enseres de los jinetes cogió un poncho de lana. Se acercó a Dunbar, una vez más apuntándole con el revólver. Dejó caer las botas a su lado.

Creo que te valdrán.

Luego le ofreció el poncho.

Dunbar permaneció inmóvil mientras se lo ponía, igual que le había puesto el lazo.

Por lo que he oído de ti, dijo Bramble, eres de fiar.

Dunbar guardó silencio.

Si me das tu palabra de no intentar nada, te ayudo a ponerte las botas.

Dunbar siguió callado.

Mirándolo a los ojos, Bramble se metió el revólver en la cintura del pantalón y cogió una bota, remendada y ennegrecida por el sudor.

Los indios que nos atacaron eran los shoshones de Lengua Azul, ¿cierto? Lo supuse cuando te vi. Salieron de la nada. Igual que en las novelas. Me desarmaron e inmovilizaron, y ante mis mismísimos ojos,

mataron a mi mujer y mis hijos y echaron sus cabezas a un saco. Antes jugaron con ellas, pasándoselas unos a otros mientras se reían como hienas. Luego me llevaron a su campamento. Se pasaron toda la noche discutiendo alrededor de un fuego. Por la mañana me obligaron a subir a un caballo y partimos, una banda de guerreros con Lengua Azul al frente. Cabalgamos todo el día. Al anochecer el grupo se dividió en dos. La mayoría de los guerreros se fue con Lengua Azul. Los demás se quedaron conmigo. Acampamos y, a la salida del sol, me ataron las cabezas de mi familia y me dejaron solo. Más tarde apareciste tú. Querían que nos encontráramos. ¿Por qué?

Por diversión. Son así.

¿Cómo sabían que yo te buscaba?

Pete-Arri-Wa-Wa se lo dijo. Lo encontraron antes que a ti. Lo habías contratado para buscarme.

Bramble reconoció que así había sido. Arri-Wa-Wa le había jurado que conocía al Basilisco y que podía dar con él.

Pete era un embustero, dijo Dunbar.

Por eso lo despedí.

Bramble volvió junto a los cuerpos de los jinetes. Se quitó la camisa hecha jirones y la tiró al fuego. Se puso la de Pelosi, y también su chaqueta, tras sacudir vigorosamente las prendas. Se abrochó una cartuchera, en la que metió el revólver, y se encajó un sombrero. El otro se lo lanzó a Dunbar.

Por lo que se cuenta, hace años que estás enemistado con Lengua Azul. ¿Por qué?

No es asunto tuyo.

A lo mejor más adelante quieres contármelo. En cualquier caso, imagino que estarás cansado de cómo te trata ese indio. Una persona como tú, tan harta de la gente.

Bramble tomó una pala de entre el equipo de minero de los jinetes. Desde el otro lado del cerco de vegetación llegaban los ladridos de los coyotes, cada vez más cerca y más numerosos.

Te propongo algo. Acompáñame al sitio donde me atacaron para que pueda enterrar los cuerpos de mi familia. Si vuelven los indios, entre los dos tendremos más oportunidades. A cambio, te diré dónde está el campamento de Lengua Azul. Piénsalo, dijo Bramble echándose la pala al hombro, mientras yo doy sepultura a las cabezas de mi adorada esposa y mis santos hijos.

Se agachó para coger las mantas de Pelosi y de Martínez.

Las vamos a necesitar, dijo John Dunbar.

¿Quieres que entierre las cabezas sin cubrirlas con nada? ¿Pretendes que, mientras me despido de ellos, sus ojos me sigan mirando, cuajados de súplica y arrepentimiento?

Negó con la cabeza, respondiendo él mismo a sus preguntas, y añadió: No tendrían que haber venido.

Estaban en marcha antes de que saliera el sol. John Dunbar, atado aún, guiaba el caballo con las rodillas. Continuaba llevando el lazo al cuello; el otro extremo iba anudado al cuerno de la silla de montar de Bramble, que se mantenía detrás de él para no perderlo de vista. Remontaron la cuenca de un valle y se encaminaron hacia una cadena de cerros. Con la altura, aparecieron matas de enebro y pinos piñoneros. Pasaron junto a formaciones rocosas imposibles —arcos pétreos y mastodónticas rocas en equilibrio unas sobre otras, que parecían temblar cuando el viento arreciaba—, atravesaron angostas gargantas donde el aire ululaba de tal modo que parecía pronunciar palabras, canturrear e incluso toser para aclararse la voz. Al avanzar espantaban ratas canguro. El lazo de Dunbar se tensó de pronto y a punto estuvo de derribarlo del caballo.

¿Indios?, le preguntó a Bramble.

El escritor se había detenido y miraba a su alrededor relajado y satisfecho. Sujetaba las riendas con una mano. En la otra sostenía el Spencer, atravesado sobre la cruz del caballo.

No, dijo. Sigamos.

Dunbar evitaba la mirada de su captor. Se puso en tensión cuando lo oyó acercarse y situarse una cabeza por detrás.

Cuéntame por qué estas enfrentado con Lengua Azul.

¿Por qué te interesa tanto?

Porque nadie parece saberlo. Me gustaría escuchar cómo empezó todo.

¿Para escribirlo?

Es posible.

También puedes inventar eso.

Bramble respondió que prefería la verdad, después de haberse tomado la molestia de ir a buscarlo.

John Dunbar no se dignó contestar.

En las historias que llegaban al este, siguió el escritor, siempre salías malparado en tus enfrentamientos con Lengua Azul.

Dunbar continuó en silencio.

En mis novelas no sucedía así. No acababas siempre humillado. No habría gustado a los lectores.

Hizo una pausa y añadió: Y en mis libros ya has vencido al indio de una vez por todas. Eres libre.

¿Mucha gente lee esos libros tuyos?

Debo reconocer que sí. Muchos te conocen gracias a ellos. Eres famoso.

No me conocen.

Dicho esto, aguijó al caballo con los talones para alejarse de Bramble.

Un momento después comenzó a llover. Fue un chaparrón breve. Con cada gota que caía, los nubarrones se aclaraban y menguaban. Para cuando la última gota tocó el suelo, el cielo volvía a estar despejado y el sol brillaba más rabioso que antes. La lluvia se evaporó. Nubes de vapor se elevaron del suelo, de los caballos, de los dos jinetes y velaron el desierto, el cielo y al novelista. Dunbar quedó rodeado por una blancura densa, cálida y húmeda que le proporcionó bienestar y seguridad.

Demasiado pronto, un rayo de luz penetró el vapor, y a continuación otro rayo, y otro más, que, como si no fueran mero fulgor sino también aire soplado por unos pulmones avasalladores, deshicieron la bruma y se la llevaron.

Los destellos persistieron. Nacían de lo alto de una loma, un poco más adelante. Se diría que alguien les enviaba señales con un espejo, el cual, a juzgar por el vigor del resplandor, similar al de un faro, debía de ser de enormes dimensiones.

¿Los indios?, preguntó Bramble.

No, aseguró Dunbar.

A medida que se acercaban, el brillo cobró más fuerza aún. Bramble se protegía con una mano ante los ojos. Dunbar debía conformarse con agachar la cabeza y mantener los párpados entrecerrados. Los rayos de luz se concretaron en seis gruesos haces que surgían de un mismo punto: la estrella prendida en el pecho de un hombre.

Inmóvil, los aguardaba montado a caballo. Tras el brillo de la insignia, más intenso que el del sol, solo distinguían su silueta: hombros erguidos, manos reposando sobre el cuerno de la silla, sombrero de ala ancha y copa alta, quizá una brizna de hierba en la comisura de la boca.

Buenos días, les deseó con una voz honda. ¿Se han cruzado con un hombre a caballo, herido de bala?

Bramble, adelantándose, respondió que no.

¿Qué ha hecho?

Robar en una granja. Le sorprendieron mientras se llevaba un caballo. El malnacido mató al dueño, a su esposa y a sus dos hijos. Pero el padre, antes de morir, consiguió a dispararle. Por la sangre que había en el corral, le dio bien. Más me vale encontrarlo pronto, si quiero sentar ante un tribunal a ese ladrón de caballos y asesino. El hombre de la estrella se rio sin entusiasmo. En ocasiones el Señor me encomienda tareas que van más allá de las que esta insignia trae

consigo. Como la de médico y la de confesor.

Bramble, atisbando entre los dedos, reiteró su negativa.

Es una lástima, dijo el hombre de la estrella, y tras chasquear la lengua añadió: No he podido evitar fijarme en que acarrea usted un prisionero. ¿Cuál es la razón?

Los destellos no permitían ver si el hombre de la estrella estaba serio o sonreía.

Este hombre al que aquí ve, respondió Bramble, estuvo implicado en la muerte de mi amada familia. Lo necesito para localizar sus restos y darles cristiana sepultura.

La silueta permaneció inmóvil y silenciosa unos instantes. Los destellos, por su parte, incrementaron su ímpetu hasta aplastar a Bramble y a Dunbar sobre la silla de montar.

¿Implicado cómo?

Se podría decir que fue el responsable, si bien no la mano ejecutora.

Entiendo. ¿Qué planes reserva para él, una vez que encuentren a sus seres queridos y se despedida usted de ellos como debe ser?

Lo pondré en manos de la ley.

Me alegra oírlo, dijo el hombre de la estrella. Sin embargo, es mejor que me acompañen, pues yo soy la ley. Y así podré averiguar algo más acerca de esa historia. Pero en primer lugar, capturaremos al asesino y ladrón de caballos.

Me temo que nos es imposible acompañarle. Mis seres queridos no pueden esperar más.

Siguió un silencio, tras el que la voz del hombre de la estrella sonó más dura.

Debe de ser usted nuevo en estas tierras, ya que no ha entendido que no se lo estaba proponiendo.

El hombre de la estrella se llevó una mano al revólver, pero Bramble fue más rápido. Desenfundó y, de un disparo, extinguió los destellos. El hombre de la estrella resbaló de la silla y se desplomó al suelo. Su caballo se apartó unos pasos, discretamente.

Bramble y Dunbar se aproximaron, sorprendidos ambos. El hombre de la estrella yacía de espaldas. Mandíbula cuadrada. Arrugas talladas por años y años de fruncir el rostro ante el brillo del sol. Bigote que le bajaba por los costados de la boca. Sombrero de color marfil, ahora manchado de tierra. Ojos de un azul imposible, que parecían pintados con acuarela. Un último rayo de luz titiló en la estrella.

Adelante, dijo Bramble con voz temblorosa, devolviendo el revólver a la cartuchera.

¿No piensas enterrarlo?, preguntó Dunbar.

Mi familia primero.

Anastasio Portolá estaría orgulloso de ti, dijo Dunbar.

Vivaquearon esa noche en las ruinas de una casa, los restos de dos paredes de piedra que formaban un ángulo recto, nada más; sin embargo, no se podía menospreciar la sensación de abrigo que proporcionaban. Bramble apenas había hablado desde el encuentro con el hombre de la estrella. Había cavado un agujero en el suelo y encendido un fuego en el fondo, para que fuera menos visible. Sobre las llamas se asaba una liebre que había cazado usando el fusil y desollado con destreza. Dunbar lo miraba hacer, sentado en el suelo, la cuerda del cuello asegurada al mismo poste al que estaban atados los caballos.

Ese fuego no ha sido buena idea, dijo Dunbar.

Si los shoshones vienen a por nosotros, respondió Bramble, nos encontrarán, con fuego o sin él. Y yo prefiero la comida caliente.

Cuando hayas enterrado a tu familia, ¿me acompañarás al campamento de Lengua Azul?

¿Para qué?

Para vengarte.

El novelista trinchó la liebre en dos y puso una mitad en un plato.

Enterrarlos es lo más importante.

Dejó el plato cerca de Dunbar, que dijo: Es curioso.

¿El qué?

Vienes a la Frontera. Los indios asesinan a tu familia. Te conviertes en pistolero y matas a un hombre de la ley. Ahora tú también pareces un personaje de novela.

Bramble regresó junto al fuego. Oyó que, a su espalda, Dunbar había empezado a comer y se volvió para contemplarlo. Hasta entonces, a la hora de las comidas, le había concedido cierta intimidad. John Dunbar, vestido con nada más que las botas y el poncho, de rodillas y con la cara metida en el plato, intentaba arrancar mordiscos a la liebre. Miró de costado al novelista.

¿Qué?

Bramble sonrió.

Nada.

A la mañana siguiente, poco después de reanudar la marcha, se cruzaron con un caballo que caminaba en dirección contraria a la suya. Avanzaba cabizbajo. Iba sin ensillar y tenía un costado manchado de sangre, aunque no parecía sufrir ninguna herida. Pasó junto a ellos sin detenerse.

Un par de colinas más adelante se encontraron con el cadáver de un crío flaco y descalzo. A su lado, un machete con el mango

encordado. Otro trozo de cuerda le servía de cinturón.

A media tarde llegaron adonde los shoshones habían atacado a la familia del novelista. Podría ser el decorado de una obra de teatro ambientada en el Lejano Oeste: como fondo, un horizonte de mesetas ocres; más cerca, una llanura de desierto alto; más cerca aún, un promontorio con un pino piñonero en la cumbre; y en primer término, los restos de un carromato con flechas clavadas. La lona colgaba de los arcos hecha jirones. Las mulas, desaparecidas. El novelista clavó las espuelas olvidándose de Dunbar, que tuvo que azuzar a su montura para no acabar arrastrado por el cuello. Bramble gritó y agitó el sombrero para espantar a los buitres, pero no desmontó, se quedó inmóvil, con los ojos cerrados. Dunbar contó tres cuerpos y apartó la mirada. Los baúles de la familia estaban abiertos y su contenido esparcido entre los arbustos de creosota. Desmontó y Bramble desató la cuerda del cuerno de la silla, dejándolo suelto.

Deambuló por los alrededores. Se topó con un escritorio de campaña, una bella pieza de factura inglesa, fabricado en palo de rosa y con guarniciones de latón, pero le habían arrancado el cuero de la superficie de escritura y la madera se había astillado cuando lo arrojaron contra una piedra. A su alrededor, plumas, tinta derramada, cuartillas y una novela en rústica. John Dunbar le dio la vuelta con el pie para leer el título. *La revancha del Basilisco*. Adornaba la portada una ilustración en blanco y negro de un hombre que, revólver humeante en mano, retrocedía alejándose de una amenaza invisible. Con el otro brazo aferraba por la cintura a una joven al borde del desmayo. No quedaba claro si el hombre —el Basilisco— la estaba rescatando o, por el contrario, secuestrando. Llevaba brazaletes que lo protegían desde la muñeca al codo, zahones mejicanos y, al cuello, un pañuelo enorme sujeto con un nudo *buckaroo*. Él —John Dunbar— jamás se había puesto nada semejante. Se volvió hacia Bramble. Enterrarían los cuerpos descabezados y se despedirían para siempre.

El novelista continuaba sin desmontar. Miraba hacia lo alto del promontorio, donde habían aparecido tres figuras.

Dispara, dijo Dunbar.

Los shoshones los habían alcanzado. O más bien, rectificó Dunbar para sus adentros, Lengua Azul había dejado a aquellos guerreros en previsión de que ellos dos fueran a enterrar los cadáveres. Así de calculador era su enemigo.

Dispara, repitió. Solo son tres.

Bramble desenfundó pero no apretó el gatillo.

No puedo.

Los indios habían saqueado las pertenencias de la familia. Uno

llevaba un vestido de la mujer y un sombrero con velo; otro, un vestido de la niña, que le quedaba corto y dejaba a la vista sus partes pudendas; y el último, el que menos beneficio había obtenido de la rapiña, un sombrero de paja de marinero, adornado con una cinta azul marino que el shoshone se había atado bajo la barbilla. Los tres se habían divertido pintarrajeándose con maquillaje. Aguardaban, sin prisa por bajar del promontorio.

Bramble desmontó y corrió hacia Dunbar. Desenvainó el cuchillo y, frenéticamente, comenzó a cortarle las ligaduras. Pero eran tan numerosas y estaban tan endurecidas por el sudor y la sangre, que progresaba muy despacio. Mientras tanto, Dunbar no perdía de vista a los indios, que se mofaban del novelista. Simulaban tratar de cortar algo y no ser capaces de conseguirlo. Fingiendo frustración, pateaban el suelo, se asestaban empellones unos a otros, gritaban al cielo y hacían como si lloraran.

Ya falta poco, dijo Bramble con voz entrecortada.

Y entonces los indios empezaron a descender lanzando chillidos.

¡Ya está!, dijo Bramble ofreciendo a su prisionero el revólver y el fusil.

Pero Dunbar no tomó ninguna de las armas. Se quedó con los brazos colgando.

No puedo, dijo.

Bramble lo miraba al borde de las lágrimas. Los indios se acercaban blandiendo hachas y mazas.

Llevo mucho tiempo con las manos atadas. Las tengo entumecidas.

Los indios alcanzaron el pie del promontorio y corrieron hacia ellos. Dunbar se apartó unos pasos. Bramble alzó el revólver y apuntó al indio que llevaba el vestido de su mujer. Le temblaba la mano. Erró los tres primeros disparos. El cuarto alcanzó al indio en el corazón. Más por suerte que por destreza, Bramble se agachó a tiempo de esquivar el hacha lanzada por el guerrero ataviado con las ropas de su hija. Con una rodilla hincada en tierra, aseguró el tiro y disparó. El indio se desplomó con un orificio en la frente.

Mientras tanto, el tercero de los shoshones se había lanzado contra Dunbar, pero cuando llegó a pocos pasos de distancia, se detuvo en seco.

¡Basilisco!, dijo amilanado, y se volvió hacia Bramble y, por la espalda, le hundió un hacha en las costillas.

Bramble le disparó a quemarropa. Continuó apretando el gatillo pese a haber agotado las balas. Vivo aún, el indio se alejaba a rastras. Bramble empuñó el fusil y le disparó a la cabeza. Luego vio el hacha que le asomaba de un costado y le fallaron las piernas. John Dunbar se contemplaba las manos mientras flexionaba los dedos.

Al cabo de un rato, quitó el revólver y el fusil a Bramble, que no opuso resistencia. Acarreó al novelista hasta el carromato y lo recostó contra una rueda. Sin darse prisa, fue a por los caballos, que se habían alejado, espantados por el tiroteo. Volvió con ellos de la brida. Sacó el caneco de licor de Pelosi y Martínez. Tomó un trago y ofreció otro a Bramble, que se atragantó. A continuación amontonó los cuerpos de los indios a buena distancia. Con tablas arrancadas del carromato, encendió un fuego.

No toques el hacha, ordenó. Lo empeorarás.

Tomó asiento junto a la hoguera y hojeó la novela del Basilisco.

Te la puedes quedar, dijo Bramble entre dientes. Como recuerdo.

Dunbar leyó párrafos al azar.

Es basura, dijo, y arrojó el libro a las llamas. Será mejor que me ponga a trabajar.

Cogió la pala y empezó a cavar una tumba lo bastante amplia.

¿No vas a contarme por qué te persigue Lengua Azul?

Dunbar continuó sacando paladas de tierra. El borde del agujero ya le llegaba por las rodillas.

Cuando le llegó por la cintura, Bramble dijo: No te he dicho dónde está el campamento de los shoshones.

Dunbar siguió trabajando sin variar el ritmo. Ni siquiera levantó la vista cuando oyó derrumbarse a James Bramble, popular novelista de Boston.

Para cuando dio por terminado el agujero, estaba anocheciendo. Depositó en el fondo los restos de la mujer y de los hijos, y rellenó la tumba. No sabía cómo se llamaban, así que no podía escribir ningún nombre en la cruz. Finalmente, ni siquiera puso cruz alguna.

Arrastró el cuerpo de Bramble junto a los de los indios. Luego se sentó a tomar un trago y sopesar sus opciones. Podía buscar entre las pertenencias desperdigadas de la familia Bramble algo de ropa que ponerse. Los indios muertos debían de tener su campamento en las inmediaciones, allí encontraría provisiones y más caballos. También podía sacrificar una montura; así tendría carne, mejor que la comida de los shoshones. Pero dejó de pensar al darse cuenta de que nada de aquello sería necesario.

Quedaba un residuo de luz en el horizonte. Los buitres alborotaban sobre el montón de cadáveres. Sus aleteos encrespaban las llamas de la hoguera. Un indio se presentó a caballo en lo alto del promontorio y descendió al paso. John Dunbar siguió bebiendo.

Lengua Azul alzó el brazo derecho con la mano extendida en gesto de tregua. El caballo cabrioleó y el jefe shoshone lo contuvo, sin bajar el brazo ni dejar de mirar a Dunbar, que acabó por ponerse en pie y

devolverle el gesto. Eso pareció hacer feliz al shoshone. Asintiendo, le hizo entrega de un morral. Dunbar comprobó el contenido. Se quitó el mugriento sombrero de Ernie Oso Martínez y lo echó al fuego. Sacó el suyo del morral, dobló el ala para colocarla a su gusto y volvió a sentarse. Mediante una seña, invitó a Lengua Azul a hacer lo mismo. El indio desmontó y dio una palmada en el anca al caballo, que se alejó a pastar. Lengua Azul llevaba un chaleco de piel de ciervo adornado con cuentas y conchas. Los extremos del penacho de plumas le llegaban a las corvas. Tenía los brazos y el rostro señalados por numerosas cicatrices. Pidió a Dunbar que se quitara el poncho. Le examinó las heridas de la espalda. De una faltriquera de piel sacó un cuerno de bisonte, vaciado y cerrado con un tapón de madera. Aplicó en las heridas el ungüento que contenía. El olor provocó una mueca a Dunbar.

Bebieron juntos. Entre trago y trago, comieron saltamontes asados, que el indio sacó de su faltriquera. Apurado el caneco de Pelosi y Martínez, Lengua Azul descorchó una botella saqueada de las pertenencias de Bramble. Recordaron otros encuentros y se rieron. Lengua Azul se rio más. Al indio comenzaba a afectarle el alcohol. Se le apagaban las palabras y contemplaba las llamas con mirada vacía. Empezó a cabecear. De uno de esos lapsos despertó sobresaltado, con una punzada de miedo quizá, y comprobó que Dunbar no se había movido. Este atizaba el fuego con una tabla. El shoshone le tendió la botella, insistiendo para que bebiera. Poco después, Lengua Azul sucumbió por fin. Roncó con la barbilla apoyada en el pecho.

John Dunbar se puso en pie. Sacó su ropa del morral. Pantalones negros, camisa blanca. Con cada prenda que se ponía, parecía ganar altura y aplomo. Chaleco y chaqueta negros. A su espalda, un fondo de constelaciones apretadas. Botas. Cartuchera. El indio no se había movido. Los buitres despedazaban su festín y lo esparcían por el desierto.

Lengua Azul abrió los ojos con el primer rayo del amanecer. John Dunbar contemplaba la salida del sol. Ninguno dijo nada. Dunbar se acercó al indio, desenfundó el revólver y le apuntó a la cabeza. Lengua Azul sonrió, sereno.

En el promontorio, cerca de la cumbre, unas peñas de granito asomaban de la tierra. Durante la noche, Dunbar había encontrado el lugar idóneo. Envolvió a Lengua Azul en la manta que este llevaba al hombro y lo encajó en una grieta entre las rocas. En el suelo depositó las armas del indio, su escudo de piel de bisonte y provisiones para el viaje a lo desconocido. Añadió la botella de whisky y el viejo fusil Spencer que había pertenecido a Pelosi o a Martínez.

Por la noche había localizado también el campamento de los tres guerreros shoshones. Acercó sus monturas, además de la del propio

Lengua Azul, y la que había montado Bramble. Las situó ante la grieta, mirando hacia los restos del indio y, una a una, les seccionó la yugular. Cinco caballos, mucho menos de lo que un gran jefe como Lengua Azul merecía. Mientras los animales se desplomaban y su sangre chorreaba sobre las ofrendas y empapaba el suelo, John Dunbar, conocido como el Basilisco, se despidió de su enemigo para siempre.

A continuación, montó en el caballo restante y se alejó del promontorio a trote vivo.

CUMPLEAÑOS

Jon se levantó a la hora de siempre. La puerta de la habitación de sus padres estaba cerrada. El padre se había ido a la cantera antes del amanecer, como todos los días. El niño ni siquiera lo había oído salir.

En la cocina, la abuela troceaba verdura. Jon murmuró buenos días. Ella respondió entre dientes. Era su abuela paterna. Vivía con ellos desde que la madre empezó a sentirse mal, para echar una mano. No le gustaba estar allí. Muy grande la casa. Demasiado trabajo. Echaba de menos su piso de Bilbao.

El desayuno ¿te lo preparas tú?

Claro.

Parece que tampoco hoy se va a levantar tu madre. Ha pasado mala noche.

La mesa estaba junto a la ventana. Jon se sentó dando la espalda a la abuela. La ladera donde se encontraba la casa era un revoltillo apretado de maleza y afloramientos de roca caliza del que sobresalían cerezos y manzanos silvestres, laureles y helechos, avellanos y recios espinos de fuego, las ramas de unos pugnando con las de otros por la luz, y las raíces por la tierra; treinta metros más arriba, en la cumbre, una ringlera de eucaliptos que hacía pensar en una empalizada señalaba la linde de la finca. La abuela quería adecentar un poco el terreno, que fuera menos monte y más jardín. Había dicho que empezaría por plantar algo en el antiguo semillero, pero no había hecho nada, según ella porque el padre nunca tenía tiempo para llevarla al vivero de flores.

Me voy al colegio.

¿Has hecho tu cama?

Sí.

Y vienes a comer, ¿no?

Vengo siempre.

Agur, dijo la abuela, enjugándose la frente con el dorso de la mano con que sostenía el cuchillo.

Jon salió de casa poniendo cuidado en no dar un portazo. El pueblo estaba al otro lado de la ría. Un paseo de un kilómetro.

Al menos hacía buen tiempo.

Era su cumpleaños. Cumplía catorce años.

El hombre llegó caminando por el arcén estrecho y polvoriento que discurría entre la carretera y la orilla del Sella. Las puertas de acceso a la propiedad estaban abiertas de par en par. Solían quedarse así todo el día, desde que el padre se iba a trabajar hasta que regresaba por la noche. El hombre no pudo resistir la tentación. Cautelosamente, las cruzó, pero se detuvo al cabo de pocos pasos, en la rampa adoquinada que subía hasta la casa.

Si se quedaba allí acabaría por llamar la atención. Sabía que la madre y la abuela estaban dentro.

Cuando salió al mediodía del colegio, Jon no volvió directamente a casa. Fue a una tienda en la plaza del ayuntamiento. Durante años, allí se había vendido ropa de mujer, pero el negocio no debía de ser lo bastante lucrativo pues la dueña se estaba diversificando. Había retirado unos colgadores de blusas y faldas y en su lugar había colocado una sección de chucherías, pensando en atraer a los niños que por las tardes jugaban en la plaza. Luego había introducido periódicos y revistas, y, por último, un expositor de cómics. El suministro de estos era caprichoso y nunca llegaba más de un ejemplar de cada colección.

Ignorando las publicaciones de Bruguera, recorrió con la vista las que lucían en la esquina superior izquierda el logotipo de Cómics Fórum: *Los 4 Fantásticos, Daredevil, Los Vengadores, La Patrulla X*… Llegó al último y empezó de nuevo, alarmado.

Vamos a cerrar, dijo la dueña.

Sí… Ya voy…

Había entrado en la tienda tan atropelladamente, con ojos nada más que para el expositor, que no se había fijado en si había alguien más. Al levantar la mirada para responder, vio a otro cliente, un hombre, junto al mostrador de los periódicos. Tenía en la mano el cómic que él estaba buscando: *Conan el Bárbaro*, n.º 83. En la portada, Conan, armado con un cuchillo, se interponía entre una rubia aterrada y un amenazador gorila-ogro-humanoide-lo que fuera.

El hombre lo miraba sonriente.

¿Buscabas este?

Jon asintió tímidamente y el hombre le ofreció el cómic.

Llévatelo tú.

El hombre se despidió y salió de la tienda. Jon no lo conocía. No debía de ser del pueblo.

Aliviado, pagó las ciento veinticinco pesetas que costaba el cómic. Se había asegurado, al menos, un regalo de cumpleaños.

Mientras caminaba hacia su casa recordó que sí había visto antes al hombre de la tienda. Aquella misma mañana. Estaba en la puerta de la sucursal del Banco Hispano Americano que había frente al colegio, observando cómo entraban los niños.

Una vez cruzado el puente, sin dejar de caminar, hojeó el cómic. Aquella parte del camino estaba menos transitada y era poco probable que alguien lo parara, le preguntara qué hacía y le pidiera que se lo dejara ver. Leyó el «Correo de los lectores» y los anuncios de nuevas colecciones: *Conan Rey* y la adaptación de la serie de televisión *Dragones y mazmorras*. Las dos historias incluidas: «La luna de Zembabwei» —completa— y «Dos contra Turán» —finalizaría en el próximo número— las reservó para la noche. Estaba disfrutando mucho de aquella etapa de la colección, dibujada por John Buscema y entintada por Ernie Chan. Empezaba a fijarse en esos detalles. Aún prestaba más atención a los ilustradores que a los guionistas.

Desde el aparcamiento del yacimiento rupestre de Tito Bustillo, contiguo a la casa, el hombre vio pasar a la abuela. Iba a dar un paseo por la playa y luego a tomar un café con las dos amigas que había hecho en el pueblo, aunque ninguna acababa de caerle bien.

Un momento después pasó frente a él un Renault 5 verde y tuvo un atisbo de la madre al volante. La miró con el corazón encogido. Pelo corto. Jersey de lana azul. Gafas de sol. A punto estuvo de alzar la mano para pedirle que se detuviera.

En la mesa de la cocina no había más que un plato. La abuela solo se sentaba a comer cuando ya habían terminado todos los demás.

¿Y ama?

En la habitación. Vete a verla si quieres. Y dile que abra la ventana para ventilar. A lo mejor a ti te hace caso.

Llamó a la puerta.

¿Sí?

Soy yo.

La persiana estaba bajada. La madre, sentada en el borde de la cama y abrigada con una bata, le daba la espalda. Era cierto que vendría bien ventilar la habitación. La luz era gris. Fuera brillaba el sol pero a esa hora alumbraba la fachada opuesta de la casa.

Pasa, cariño. ¿Qué tal en el colegio?

Bien. ¿No vas a comer?

Observaba a su madre a través del espejo del tocador, que le ofrecía una vista de perfil. Ella se cerró mejor la bata. Apretaba un pañuelo en el puño. Tenía las manos blancas y finas. Alguien que solo la viera en ese instante calificaría sus movimientos de delicados,

alguien que no la hubiera conocido antes, que no oliera el aire rancio, que no supiera qué hora era.

Hoy no. Con esto es suficiente.

En la mesilla de noche tenía una taza de té.

Ella miraba el reflejo del niño en el cristal de la ventana: una pequeña silueta oscura enmarcada por el rectángulo de la puerta.

Vamos. Ve tú, añadió. Tendrás hambre.

El niño volvió a cerrar la puerta.

¿Está ventilando el cuarto?, preguntó la abuela.

El niño respondió que sí.

Bien, porque luego viene tu padre y también tiene que dormir ahí.

Con la abuela y la madre fuera, el hombre disponía de vía libre. Subió la rampa y entró en la cochera, un espacio con tres laterales abiertos, bajo una de las terrazas de la casa. Una puerta de madera de dos hojas cerraba el paso al sótano, a través del cual se podía acceder a la vivienda.

Unas macetas con geranios, en esa fecha del año aún sin brotar, adornaban el costado de la cochera que miraba a la ría. Introdujo la mano en el hueco entre la tercera maceta y uno de los pilares de hormigón que sustentaban la terraza. Dio a la primera con la llave del sótano.

Después del colegio se entretuvo con sus amigos en la Plaza Nueva. Era viernes. Todos apretujados en un mismo banco, a la sombra de un plátano, cubriendo el suelo de cáscaras de pipas. Las carpetas apiladas a un lado.

F le dio un codazo.

Tu madre.

Incrédulo, estiró el cuello. Era cierto. Allá estaba, al otro lado de la plaza, frente a la droguería, hablando con la dueña. Llevaba su jersey azul. No le vio los ojos porque ella tenía puestas las gafas de sol, pero sonreía.

Dejó caer el puñado de pipas que tenía en la mano y se limpió la sal en los vaqueros. Cruzó la plaza. La madre se había despedido de la dueña de la tienda y se alejaba. No lo había visto. Llevaba una bolsa de la droguería. Él echó una carrera para alcanzarla.

¡Ama!, dijo plantándose delante.

Ella se sobresaltó. Un fucilazo de miedo en la expresión. Luego la sonrisa de nuevo.

Cariño, qué susto.

Le acarició el pelo como si le conociera menos de lo que realmente

le conocía.

Él se quedó inmóvil cerrándole el paso. De haber tenido algunos años menos la habría abrazado. De haber tenido treinta más, la habría abrazado también, cargando todo su peso sobre ella.

¿Qué haces?, preguntó la madre.

Estoy con mis amigos. ¿Qué haces tú?

¿Yo? Nada. Unas compras.

¿Te acompaño?

Ella negó con la cabeza.

Casi he terminado. Sigue jugando con tus amigos.

No estamos jugando. Hablamos. ¿Seguro que no quieres que te acompañe?

Pásalo bien. Nos vemos en casa.

Él volvió a la plaza. Miró hacia atrás varias veces. Si no quería que lo acompañara, a lo mejor era porque iba a comprarle un regalo. Se lo daría en casa y, claro, ella esperaba que fuese una sorpresa.

De pronto ya no le apetecía seguir en la plaza. Cogió su carpeta y se despidió de los amigos. Ninguno le había felicitado pero eso no le importaba. Ni ellos sabían que era su cumpleaños ni él se lo había dicho.

El hombre recorrió la casa. La puerta de la habitación de los padres estaba cerrada. Pasó por delante sin detenerse y entró en el cuarto de Jon.

Le temblaba la mandíbula. La colcha azul. La estantería con los libros y los cómics bien ordenados. Para la colección de *Conan el Bárbaro*, el niño había fabricado una encuadernación casera: unas cubiertas de cartulina, en cada una de las cuales cabían diez números. Sin pensarlo, se saltó la regla de contención autoimpuesta, que le impedía tocar nada, y cogió uno de los tomos. En la cubierta figuraba escrito «Conan el Bárbaro» con rotulador, copiando la tipografía de la portada de los cómics, y debajo, los números incluidos en el tomo. Se sentó en la cama y hojeó cuidadosamente los cómics. Había varios de los que no se acordaba.

Después de devolverlos a su sitio se acercó a la mesa que había en un rincón, donde hacía los deberes el niño: una mesa camilla que la madre, cuando todavía se sentía bien, había pintado de un alegre color naranja. También había adornado el tablero con una pintura al óleo de un leopardo y de un elefante, copiados de un libro de Jon sobre la fauna africana. Sin embargo, los animales pintados apenas se veían bajo los cuadernos, los libros, el Spectrum +, el radiocasete y el televisor portátil. En una balda en la pared: cintas con juegos de Spectrum pirateados y unos pocos originales.

Se sentó en la silla de tijera, pintada —también por la madre— de verde botella. Qué pequeña la mesa. Qué incómoda la silla. Cómo podía pasar tantas horas sentado allí. Qué pulcras las cintas, con los títulos de los juegos escritos a bolígrafo y, a continuación de cada uno, un número que señalaba el punto donde comenzaba el juego, para poder localizarlo con el cuentarrevoluciones del casete.

De repente le entraron las prisas. La abuela no regresaría hasta poco antes de la hora de cenar, pero la madre podía hacerlo en cualquier momento. Nunca pasaba mucho tiempo fuera.

Jon fue el primero en volver. Pasó el resto de la tarde en su habitación, jugando al *Spy Hunter* en el Spectrum. Oyó llegar a su madre, pasos entrando en la habitación de ella y cómo se cerraba la puerta.

Al cabo de un rato, la abuela.

¿Llevas mucho rato con eso?

No.

¿Deberes no tienes?

Sí pero es viernes.

Bueno. Para cenar, empanadillas.

Él asintió y la abuela salió farfullando algo.

A continuación se produjo la escena de todas las noches desde hacía seis meses. Jon no la vio y apenas oyó nada, pero había sido testigo muchas veces. La abuela llamó a la habitación de los padres, entreabrió la puerta e intercambió unas palabras con la madre desde el pasillo, sin poner un pie dentro. Luego la puerta volvió a cerrarse y la abuela fue a la cocina.

¡A cenar!

Dos platos en la mesa; a la abuela le gustaba cenar pronto.

Estaba enfurruñada.

Tu madre, que no cena, le dijo a Jon mientras le servía las empanadillas. Que a lo mejor luego toma leche y galletas. Como si de eso se pudiera vivir. Será que no le gusta cómo cocino. ¿Y tú a qué esperas para empezar? ¿A que se enfríen?

El hombre se detuvo frente a la habitación de los padres. Empujó la manilla.

El padre llegó de la cantera oliendo a piedra y a máquinas. Con la escrupulosidad de un cirujano, se lavó las manos en el aseo que había junto a la entrada. Limpió luego los churretones de grasa que habían quedado en el lavabo. La abuela esperaba en el recibidor.

Toda esa ropa es para lavar, dijo severa.

Y esto, dijo él dándole la toalla húmeda y manchada de grasa.

Te he guardado empanadillas.

El padre asintió y entró en su cuarto, donde mantuvo una breve conversación en susurros y de donde salió con aspecto más fatigado aún. Se había puesto el pijama y una bata, y llevaba la ropa sucia hecha un ovillo entre las manos. La abuela se la arrebató como si obedeciera a una urgencia conocida solo por ella.

Jon recorrió despacio el pasillo. La cocina estaba en un extremo. Se detuvo en la puerta. De brazos cruzados, la abuela iba desgranando los desaires del día. El padre se servía un vaso de vino evitando mirarla. Por su expresión, Jon supo que estaba a punto de replicar. No lo hizo porque vio al niño.

¿Qué tal estás? ¿Bien en el colegio?

Muy bien.

Déjanos un momento. Ahora voy a verte y me cuentas.

Jon se alejó y el padre y la abuela empezaron a discutir en voz baja.

En su habitación, el niño volvió a sentarse delante del ordenador. Introdujo otro juego en el radiocasete. Tecleó: «load""», pulsó *enter* y seguidamente *play* en el radiocasete. Sonaron los pitidos tan familiares. En la pantalla del televisor aparecieron unas bandas rojas y azules que se desplazaban arriba y abajo al ritmo de los pitidos, pero que no cambiaron de color, pasando a ser amarillas y azules, como tendría que haber sucedido si hubiera comenzado la carga del programa. Rebobinó la cinta y repitió la operación tras haber subido al máximo el volumen.

Poco después entró el padre. Se quedó en pie a su lado, mirando cómo jugaba a un juego de kárate.

¿Hoy has hablado con ama?

Claro. Ha ido al pueblo. La he visto.

Me lo ha dicho. Quería comprar colonia.

El padre le apretó el hombro.

Estoy muy cansado. Me voy a dormir. ¿Vas a jugar mucho rato más?

Lo apago ahora mismo.

Antes de acostarte baja la basura.

Saturaba el aire un olor aceitoso como a betún viejo, cuya intensidad subía y bajaba rítmicamente a la vez que las paredes se abombaban hacia fuera y a continuación hacia dentro y las líneas de unión con el techo pasaban de rectas a curvas y de nuevo a rectas, rápido, sin descanso. Nadie había levantado la persiana. Una luz ajada se colaba a duras penas entre los listones. Agarrado aún a la manilla,

el hombre esperó a que la vista se le acomodara a la penumbra.

Las sábanas de la cama de la madre estaban revueltas. El colchón hundido bajo el peso de una araña tan grande como un pastor alemán. Desmañadas las patas. Sin poder evitarlo, el hombre pensó en una amante satisfecha y de inmediato lamentó que se le hubiera presentado semejante imagen en la cabeza. No miraría a aquella cosa, se dijo, salvo si era imprescindible. No había cama para tantas extremidades, que se entorpecían entre sí y que al rozarse desprendían vellos acerados que llovían sobre las sábanas.

Se sentó en la butaca que había en un rincón.

La araña se volvió para mirarlo de frente. Al moverse, arrastró, enganchados en sendas patas, la bata y el camisón de la madre, que ella había dejado sobre la cama.

Querías verme a solas.

Su voz sonaba como si alguien rebuscara desesperadamente en el fondo de un cubo de grava, si bien a los oídos del hombre arribó en forma de palabras inteligibles.

Querías verme a solas.

En la mesilla de noche de la madre, un montón de libros sin terminar. La carencia de expresividad de los ojos de la araña —esferas de ónice abrillantado, fantaseó el hombre, sobre lechos de vello blanquecino— era lo que los hacía aterradores.

La he dejado salir para que pudiéramos hablar.

El hombre recordó a la madre pasando ante él en coche. Se preguntó si a quien había visto era de veras una persona o nada más que una suerte de proyección. Se preguntó si, en realidad, la mujer se habría transformado en aquello que yacía en la cama, o si acaso todavía se hallaba encerrada, comprimida, medio asfixiada, en el interior del turgente y velludo abdomen —de donde llegado el momento saldría, como si la cosa la diera a luz sin sacársela del cuerpo, y entonces la mujer se abriría paso a ciegas entre vísceras gomosas, encajaría la cabeza dentro de la cabeza de la araña, colocaría sus ojos detrás de dos de los ocho disponibles, y se enfundaría brazos y piernas en cuatro de las negras patas—. ¿Con quién iba él a hablar en realidad?

Si no vas a decir nada, vete. Aquí no pintas nada todavía.

Su voz sonó como si ahora la mano revolviera el contenido de un cubo de cuentas de vidrio. La araña se impacientaba.

No, no era así, se decía el hombre. La mujer era de verdad, si bien no la misma que antes de caer enferma. La araña la había liberado parcial y brevemente, y ella deambulaba como una sonámbula, apenas consciente de sí misma.

Buscando apoyo, una pata fue a posarse en la cama del padre, una

cama individual pegada a la de la madre, y un arrebato de cólera sacó al hombre de su aturdimiento. ¿Cómo se atrevía? Se aferró a los reposabrazos de la butaca, presto a arremeter contra la araña. La expulsaría de la casa a fuerza de gritos, patadas y empellones, la haría huir monte arriba, malherida, a medias caminando, a medias arrastrándose, con varias patas rotas a la zaga, y él no cesaría de arrojarle piedras y de gritarle que no se atreviera a volver jamás, dando rienda suelta al rencor macerado durante décadas.

No se había movido, ni siquiera había mirado a aquella cosa, pero la araña se puso en guardia: de súbito gacha la cabeza, alzado el abdomen y el inefable líquido que llenaba sus ojos —lágrimas ajenas acaso— girando en remolinos sibilantes y furiosos.

Nada puedes reparar. Tiene que ser ella quien me eche, si no decido yo irme antes. Hasta entonces, mi casa es esta.

Las paredes se inflaban y se desinflaban, haciendo balancearse los cuadros. La fetidez había crecido hasta ser intolerable.

El hombre se puso en pie. Con brusquedad, subió la persiana. Abrió la ventana de par en par y respiró el aire fresco y limpio. Contempló la ría. Escuchó el griterío de las gaviotas. Allá fuera todo proseguía su curso despreocupado y pueril. Notó movimiento a la espalda.

La araña había reculado apretujándose contra el cabecero y, empleando las patas delanteras, tiraba de la colcha para protegerse del frío. La bata y el camisón resbalaron al suelo. El hombre los recogió y los dejó sobre el respaldo de la butaca, habiéndolos antes sacudido para quitarles los vellos de araña.

Regresó junto a la ventana. Reflejada en el espejo del tocador vio a aquella cosa tapada hasta los dientes; la colcha levantada aquí, allí, allí… por las extremidades flexionadas.

No quieres decirme nada.

El hombre miraba de nuevo hacia el exterior.

Aaah, ya lo entiendo. Es a ella a quien tienes algo que decirle.

Las cuentas de vidrio eran ahora de diamante; el cubo había pasado de burdo recipiente de madera a pieza de orfebrería; y la mano ya no rebuscaba sino que jugueteaba perezosa.

La voz despertaba en él un placer con ecos familiares, como un recuerdo grato que tímidamente reverdece al cabo de largo tiempo, un placer ambiguo y no obstante innegable. Podría continuar escuchando esa voz para siempre, pensó, mientras no tuviera que ver a la araña.

¿Pero no era exactamente eso lo que le sucedía a la mujer que hacía recados por el pueblo?

Sí, respondió.

¿Qué te gustaría decirle?

¿Tú se lo dirás a ella?

Se lo daré a entender.

Tendrás que elegir el momento.

La araña le aseveró que, a esas alturas, era maestra en leer las emociones de la mujer, así como en escoger las palabras más adecuadas para ella. Eran íntimas. Lo compartían todo.

Vamos, dímelo a mí, pidió seductora, arrebujándose en la cama, y yo me ocuparé. Es lo menos que puedo hacer por ti.

El hombre miró el joyero sobre el tocador, las fotos en marcos recargados, una de Jon sentado en un columpio, entrecerrando los ojos para protegerse de la luz de una tarde de agosto.

Pero no pongas a prueba mi paciencia, añadió la cosa. Suéltalo ya.

Dile que no se preocupe por mí.

El hombre se concentró en lo que había al otro lado de la ventana. En ese momento en particular, era decisivo que no apartara la vista de allí. Volvió a recordar a la mujer pasando frente a él en coche. Las palabras se le atragantaban.

¿Qué más?

Dile que estoy bien.

¿Quién está bien?

El niño.

¿Qué más?

Dile que la quiero. Que el niño la quiere mucho.

Sintió un movimiento frenético tras él. Miró por encima del hombro un instante y volvió a clavar la vista fuera de la ventana, en un autobús que se deslizaba silencioso por el puente. La araña pataleaba bajo la colcha con sus ocho extremidades como una adolescente fatua que, arrebatada por la emoción, se arroja sobre su cama y la aporrea con puños y pies. Las cuentas de diamante tintinearon en una alienígena versión de la risa.

¿Qué más? ¡Qué más!

Hoy se ha olvidado de mi cumpleaños…

¿Síííí…?

¿Puedes hacer que no lo recuerde hasta que pase un tiempo? Cuando ella se encuentre mejor.

Cuando se encuentre mejor. Claaaro que sí.

De nuevo los tintineos risueños, tan acariciadores a los oídos del hombre pese a todo.

Si se diera cuenta mañana o dentro de unos días, le dolería mucho.

Cóóómo te preocupas.

¿Puedes hacerlo?

No alcanzas a imaginar de lo que soy capaz.

¿Lo harás?

Al cabo de un silencio, la araña dijo: Lo haré. Se lo susurraré esta noche, cuando por fin la deje dormir, y por la mañana se despertará con tus palabras flotando en la cabeza, como certezas florecidas durante el sueño.

Más pataleos y tintineos. La cosa se celebraba a sí misma, su ingenio, acaso también su magnanimidad.

¿Eso es todo?

El hombre apretaba los labios, sabedor de que estaba a merced de la araña, que tanto podía cumplir su palabra como olvidarse de ella sin ningún escrúpulo, o que podía instrumentalizar, de acuerdo a su propio interés, cuanto le había dicho.

Cierra la ventana. Déjalo todo igual que estaba antes, le ordenó la araña apartando la colcha como si se desencovara. Y no vuelvas por aquí. No nos ayuda a ninguno.

Sin mirar atrás, deseoso de abandonar la habitación y asimismo recelando de hacerlo, el hombre salió al pasillo. La puerta se cerró a su espalda con un potente sonido de succión.

Cargando con la bolsa de basura, el niño se detuvo en la rampa y miró hacia atrás a tiempo de ver apagarse la luz en la ventana de sus padres. Solo quedaban encendidas la lámpara de su habitación y el farol sobre la puerta de la casa. Todos se habían ido a dormir sin acordarse de su cumpleaños.

No era grave, se dijo. No se debía entristecer ni preocupar, ya que había una explicación. Su madre estaba enferma; bastaba verla para darse cuenta de que a menudo no sabía en qué día, ni en qué hora, vivía. Su padre estaba preocupado por ella, además de por el trabajo; tenía demasiadas cosas en la cabeza, más importantes que cualquier cumpleaños. Su abuela casi no lo conocía —ninguno de los dos se estaba esforzando por conocer al otro, admitió—; no se podía esperar que supiera en qué día había nacido él. Dentro de un año todo iría mejor.

Las escasas farolas que alumbraban la carretera desprendían unos halos blandengues donde los insectos orbitaban alrededor de la bombilla y en los que incursionaban murciélagos hambrientos. El lado de los árboles que miraba hacia la ría estaba iluminado por un rubor naranja ceniciento; el resto era negrura. Respiró la siempre grata combinación de olores: resina de pino, tierra, eucalipto, ciprés, el limo que la bajamar dejaba al aire… No vio ni oyó, pero sintió, el vuelo de una lechuza de un árbol a otro. Le gustaba su casa y cuanto la rodeaba; para él no albergaba sino buenos recuerdos e inspiraba promesas felices. Ni siquiera la enfermedad de la madre podía

perturbar ese sentir. Jon tenía la certeza de que ella se curaría y volvería a ser la misma de antes.

Tiró la basura al contenedor que había en el arcén, a unos metros de la entrada. Mientras caminaba de regreso a la casa, le sobresaltó una voz a su espalda.

Felicidades, Jon.

La familiaridad con que se dirigía a él canceló todo posible temor. Era un hombre, que debía de haber venido caminando por el arcén y se había detenido para saludarlo. La escasa luz le impidió reconocer a quien, hacía unas horas, en el pueblo, le había cedido el cómic. Supuso que sería algún cliente de su padre, uno de los que a veces aparecían por casa para hacer pagos en efectivo —gruesos fajos de billetes que extraían de carteras manoseadas y ennegrecidas por la grasa y el sudor—, o bien que se trataba de alguien de la cercana aldea de Ardines, cuyos vecinos tenían derecho a cruzar la finca en virtud de una antigua servidumbre de paso, razón por la que las puertas permanecían abiertas todo el día.

Gracias.

Y como el hombre no decía nada más, limitándose a mirarlo fijamente, añadió: ¿Quiere algo?

El hombre tardó en responder, pero por fin dijo: No, nada.

Jon siguió caminando. Antes de cerrar las puertas, se volvió para preguntarle si quería pasar para ir a Ardines, pero el hombre ya no estaba allí. Echó la aldaba, que cayó con un sonido seco.

Mientras subía la rampa, pensó en que antes de dormir leería la primera historia del cómic de Conan. Al día siguiente iría a la casa de su amigo R a piratear juegos de Spectrum. Llevaría su radiocasete, el que sus padres le habían regalado en Reyes y que todos sus amigos envidiaban. Era el que mejor grababa los juegos.

TIERRA DE HOMBRES: UN RELATO EN TRES ACTOS.

I. LOS ELEGIDOS DE LA LUZ

El carro se detuvo frente al fuerte Cummings. Los dos peregrinos del pescante y los cuatro que viajaban en la plataforma tomaron los rifles y saltaron al suelo. Durante largo rato nada sucedió. Si a alguien le causó extrañeza que aquellos hombres vestidos con ropas polvorientas se dispusieran en círculo alrededor de un carro vacío, mirando hacia el exterior con las armas en ristre, no se tomó la molestia de hacer averiguaciones.

Dos soldados de infantería vestidos solo con la gorra del uniforme y un lienzo atado a la cintura estaban metidos hasta las rodillas en un pozo cavado en el suelo. Amasaban con los pies una mezcla de arcilla, arena y paja. Un tercer soldado vertía agua de un cubo a demanda de los otros dos. Cuando la mezcla alcanzó la consistencia adecuada, rellenaron con ella unos moldes rectangulares de madera. Un muro de ladrillos de adobe de diez pies de alto rodeaba el fuerte; fuera, un desorden de jacales y de rudimentarias cabañas fabricadas con troncos acarreados desde ranchos que los apaches habían saqueado. Entre las construcciones deambulaban indias cargadas con bebés a la espalda, efectivos de los regimientos destinados en el fuerte —el 24.º de Infantería y el 3.º de Caballería— y una jauría de perros cabizbajos. Los soldados de un regimiento evitaban a los del otro; el 24.º de Infantería estaba integrado por negros, mientras que en el 3.º de Caballería figuraban unos cuantos yanquis galvanizados: exconfederados alistados en el Ejército y repartidos por el suroeste del país tras la Guerra Civil. El clima era de flojedad sin alcanzar la negligencia. El fuerte se hallaba en vísperas de ser abandonado. El Ejército trasladaba unidades de Nuevo México a Arizona, hacia el corazón de la apachería. Los soldados que estaban ocupados en fabricar ladrillos lo hacían para reparar las viviendas de sus familias. Formaban parte de los escasos efectivos que se quedarían en el fuerte, responsabilizados de su mantenimiento hasta que el Ejército volviera a requerir las instalaciones. En lo alto del mástil plantado en la plaza de armas ondeaba una desmesurada bandera de Estados Unidos, visible a gran distancia y que hacía parecer las construcciones aún más raquíticas y primitivas.

La enseña sirvió de referencia a los dos jinetes que se acercaron por el desierto: un hombre y una mujer. Al llegar junto al carro rodeado por los peregrinos, el hombre desmontó lentamente. Ella continuó unos pasos más. Luego se detuvo e hizo girar a su caballo para situarse mirando hacia el carro, pero de manera que asimismo

viera las puertas del fuerte. Llevaba una blusa mejicana de manga larga, falda de montar con flecos en el bajo y rosas bordadas, botines y polainas. Se cubría la cabeza con un salacot. Un par de niños mestizos se acercaron corriendo e intentaron venderle un escudo apache adornado con plumas de halcón. Ella negó con la cabeza y eso fue todo. Ya miraba de nuevo hacia el carro, donde uno de los peregrinos ayudaba a subir al hombre.

En su ciudad de procedencia, en el este, habría sido un chico. Allí era ya un hombre. Su buena cuna seguía apreciándose, a su pesar, pero tanto el porte como los gestos y el atuendo abundaban en rectificaciones y menoscabos, algunos voluntarios, otros en absoluto. Las botas de montar, altas hasta medio muslo, habían sido fabricadas a medida, si bien ya, de tan gastadas, no despertarían la codicia de nadie. De la pistolera asomaba la culata de un Colt Navy. Las cachas de madreperla habían sido rayadas con una lima hasta dibujar una retícula que facilitaba el agarre. Y si hubiera desenfundado el arma —lo que podía hacer más rápido que la media de los hombres— habría dejado ver un cañón recortado para convertir el revólver en un modelo sheriff. Antaño había sido persona de rasgos finos; ahora una profunda cicatriz vertical le partía la frente en dos. Tenía la nariz rota, y en la barbilla, como un curso de agua que desaparece para rebrotar más allá en virtud de los caprichos de la geología, resurgía la cicatriz. Cojeaba de la pierna derecha. Para caminar se ayudaba de un bastón: una pieza de nogal con mango de marfil, que continuaba usando por su robustez, no por su belleza, ni mucho menos por el valor sentimental que le atribuía. En el extremo del mango se distinguía el sello de su familia, una consonante y una vocal finamente grabadas y entrelazadas, a las que él evitaba hacer mención. En noches venideras, a la luz de la hoguera del campamento, la misma lima que había corregido la empuñadura del revólver se encargaría de hacerlas desaparecer.

¡Eh, vosotros!, gritó uno de los peregrinos a los soldados y los civiles del exterior del fuerte. ¡El señor Grouard va a hablaros!

Nadie pareció darse por enterado.

¡Eh! ¡Escuchad!, insistió, indignado por su despreocupación.

Tranquilo, amigo mío, dijo Grouard desde lo alto del carro. Los destinados a oírme me oirán.

Y con la medida justa de vehemencia, añadió: Me dirijo a los varones civiles mayores de trece años. La invitación que os traigo bien podría servir para los miembros del Ejército, pero lejos de mi intención se halla convertiros en traidores a vosotros mismos apartándoos de vuestra responsabilidad, crucial para la nación y asumida al cabo de serias deliberaciones. Sin duda, las satisfacciones que vengo a ofreceros en nada se pueden comparar con las que

disfrutáis a diario, desde el toque de diana al de silencio.

Me llamo Martin Grouard y me dirijo, como os decía, a los varones civiles mayores de trece años. Escuchadme bien, amigos, porque he venido a liberaros. A liberaros de insatisfacciones, de reprimendas y de humillaciones. A liberaros de consejos no solicitados, de censuras y de labores indignas de personas con vuestra fuerza y vuestro espíritu arrojado. A liberaros de desazones y apetitos rastreros, nunca satisfechos a vuestro gusto, que al cabo tan solo os dejan un poso de remordimiento y de sinsabor, y que imposibilitan el avance hacia logros mayores, tanto en dimensión como en nobleza.

Hace apenas un año, este que os habla era como vosotros, me desvelaban los tirabuzones, me enfebrecían los botines, las pecas, las miradas de soslayo lanzadas en los bailes de primavera. Eso era lo que estaba dispuesto a reconocer incluso ante mi augusta madre. En privado mis desvelos los causaban las ligas, el talco perfumado y el whisky vertido desde una boca encarnada a la mía.

Dos soldados que bebían cerveza a la sombra de una cabaña escorada le jalearon. Más que las palabras de Grouard, esto hizo que otros hombres interrumpieran sus quehaceres para escucharle.

Pero una noche, mientras regresaba a mi casa de madrugada tras haberme revolcado una vez más entre sábanas ajenas, Dios tuvo a bien actuar con este humilde hombre… con aquel confuso muchacho, como lo hizo con su fiel servidor Saulo. Un gesto ínfimo de Su mano espantó mi montura, una yegua dócil y valerosa que nunca había desobedecido una orden mía. Y entonces caí y vi la Luz.

Hizo una pausa. Había más gente escuchando. Cuatro soldados le prestaban atención sentados a horcajadas en lo alto del muro del fuerte.

Vi un rayo de Luz que apuntaba hacia el Paraíso, amigos míos. Ante mis ojos se desplegó un mapa de nuestro gran país, de costa a costa, y la Luz señalaba el lugar preciso donde nos aguarda el Paraíso. Un Paraíso solo para los hombres, vedado a las traicioneras Evas. Y a continuación la Luz parpadeó y alumbró a un hombre ataviado con camisa de piel de ciervo, un pistolero certero, un hombre resuelto y refractario a lo que muchos esperaban de él. La Luz me permitió ver cómo aquel hombre se montaba a un caballo y se despedía de un niño recomendándole que volviera a casa y cuidara de su madre. Había un perro a los pies del niño. Tras ellos, una sólida vivienda de madera. Un niño rubio, pecoso, humilde, limpio y noble, al que seguramente a muchos os gustaría tener por hijo. Y el hombre aguijaba su caballo y partía hacia una llanura tras la que se alzaba una cordillera sobrecogedora. El niño, seguido por el perro, corría tras él gritando su nombre, pidiéndole que se quedara. Pero el hombre no se detenía ni miraba atrás, se conservaba inamovible en su propósito, pues sabía

que, si el niño crecía hasta convertirse en una persona fuerte y justa, como él le había recomendado hacer en el momento de la despedida, y si contaba con el valor necesario para emprender el viaje, volverían a encontrarse, esta vez en el Paraíso de los hombres.

Grouard guardó silencio un momento. Uno de los peregrinos le tendió una cantimplora y tomó un trago. A escasa distancia, la mujer que había llegado en su compañía escrutaba a los oyentes. Los soldados que fabricaban los ladrillos de adobe se habían olvidado de la masa, que se endurecía alrededor de sus pies.

Me desperté en mi casa, adonde unos vecinos que me habían encontrado desvanecido en el camino tuvieron la amabilidad de llevarme. Lo primero que vi cuando abrí los ojos fue el rostro de mi prima, una joven que sin duda calificaríais de hermosa, y a la que yo mismo había cortejado, humillándome, y con la que a escondidas había encontrado solaz. Me limpiaba las heridas que yo, al caer del caballo, me había hecho en la cara. Aún podéis ver sus rastros, secos y disimulados, dijo pasándose un dedo por la frente y la barbilla, pero entonces presentaban un aspecto muy diferente. La expresión de mi prima estaba deformada por el espanto. Y entonces, la vi tal como ella realmente era, como si el rayo de Luz que se me había aparecido cuando perdí la consciencia la alumbrara con toda su fuerza cegadora. Vi su fealdad. Vi la naturaleza insidiosa de aquel ser creado sin otro fin que el de parir hijos. Y en aquel mismo instante la repudié. Asqueado, la aparté de mí a base de imprecaciones y de arrojarle las vendas ensangrentadas que me acababa de retirar. Y en cuanto tuve fuerzas para ponerme en pie, hice lo mismo que el hombre de mi visión: renegué de todo y encaminé mis pasos al Paraíso.

¿Qué pasó con su yegua?, preguntó un soldado de rostro caprino.

Uno de los peregrinos le reprendió por atreverse a interrumpir, pero Grouard se limitó a soltar una risotada.

Me preguntas por mi yegua, amigo. Los mismos vecinos que me encontraron y me llevaron a casa me contaron que el animal yacía muerto a mi lado, con la cabeza en medio de un charco de espumarajos, y que de sus ollares se elevaban sendos hilos de humo con olor a incienso.

Hizo un alto, pensativo, antes de añadir: El contacto directo con el Señor resulta mortal, por leve y fugaz que sea. Si algo lamento de esta aventura en que me hallo embarcado es no contar con la compañía de mi buena yegua. Pero peco de ingratitud con estas palabras, pues el precio por ver la Luz fue en verdad ínfimo. La Luz habita ahora en mí. Cada noche ilumina mi camino. Me dice dónde encontraros, ya que el viaje al Paraíso es largo y arduo y los amigos debemos ayudarnos unos a otros. La Luz me señala vuestro paradero. Los destinados a seguirme sabéis de lo que hablo. Y yo sé que en este instante hay varios

escuchándome porque hace unas noches la Luz se encendió en mi interior y me mostró este fuerte. No estoy aquí para convertir a nadie, solo para llamar a vuestra puerta y deciros que os pongáis en marcha. Los que deseéis acompañarnos al Paraíso, tomad vuestras pertenencias más esenciales y reuniros con nosotros al pie del Cooke's Peak, dijo señalando la mayor elevación de los alrededores, bien visible desde el fuerte Cummings. Estos amigos que me rodean os prestarán ayuda en caso de que encontréis oposición en vuestras casas.

Grouard bajó de la plataforma del carro y caminó, apoyándose en el bastón, hacia la mujer a caballo. En cuanto dejó de hablar, creció un murmullo y fueron muchos los que le dirigieron preguntas, pero él los ignoró, dicho ya todo lo que debía decir. Dos peregrinos lo escoltaban y apartaban sin miramientos a quienes se le acercaban demasiado. Apretó el paso cuando vio salir del fuerte a dos hombres que, asimismo, se encaminaron hacia la mujer. Llegaron junto a ella antes que él. El primero estaba tan atezado por la intemperie que parecía negro. Vestía ropa de ante. Los mocasines y la funda del revólver eran del mismo material y estaban adornados con cuentas de colores. Se llamaba Padilla. Tenía sangre jicarilla y española, y era el guía de los peregrinos. El segundo hombre era un peón mejicano que trabajaba en las cuadras del fuerte.

¿Lo has encontrado?, le preguntó Grouard al guía.

No está aquí.

Imposible.

Padilla dio una calada a su pipa de porcelana.

No está, repitió.

Desde lo alto del caballo, la mujer escuchaba, divertida por la perplejidad de Grouard.

Lo vi claramente. Estaba aquí, dijo señalando la bandera que ondeaba perezosa por encima de ellos.

No dudo de su palabra, señor Grouard, pero ya no está. Lo he comprobado. Este hombre, dijo señalando al peón, puede enseñarnos dónde se alojaba él.

El peón los condujo hacia la parte trasera del fuerte. Por el camino vieron a un hombre salir atropelladamente de un jacal con los brazos cargados de bultos. Cada pocos pasos tenía que volver atrás para recoger algo que se le había caído. Uno de los peregrinos armados se había plantado frente a la puerta, impidiendo salir a una india vociferante.

Detrás del fuerte había una charca artificial y grumosa, sobrevolada por mosquitos, donde se vaciaban los orinales y se arrojaban las lavazas. En la orilla, una vivienda baja de adobe construida contra el muro del fuerte. En el vano de la entrada colgaba

una manta a modo de puerta, y en la única ventana, un trapo blanco. Grouard, Padilla, la mujer y el peón se apretujaron dentro, encorvados para no rozar con la cabeza el techo de tablones. El suelo era de tierra. El peón se quedó junto a la entrada, estrujándose las manos. Había un camastro, una mesa y una silla, y en un rincón, un cubo para el agua, eso era todo. Las patas del camastro estaban metidas en sendas latas que se llenaban de agua para evitar que las hormigas rojas treparan por ellas. Encima del camastro colgaba una lona engrasada, a semejanza de una mosquitera, con el fin de que las tarántulas, los ciempiés y los escorpiones que caían del techo no fueran a parar encima del que allí durmiera. Padilla apartó la lona con el cañón de su rifle. No había jergón, solo una camisa enrollada, endurecida por el sudor, a modo de almohada.

¿Cuánto hace que se fue?, preguntó Padilla.

No sé. Dos semanas. Puede. Señor.

¿Adónde?

El peón se encogió de hombros.

¿Alguien puede saberlo?, insistió el guía.

Seguro que no.

Padilla ya le había formulado esas preguntas al peón. Las repetía para que Grouard oyera las respuestas de su boca.

¿Qué hacía aquí?

Era explorador. Para los soldados.

¿Cómo es que nadie ha ocupado este agujero? ¿Tan sobrados estáis de sitio?

Dejó algunas cosas. Puede volver a por ellas.

El peón señaló la camisa y un vaso de cristal, opaco de suciedad y ralladuras, que había en la mesa, junto a una botella vacía. Miraba a su alrededor angustiado.

Yo me iría, señores, señorita. Creo que he oído algo. Debe de haber una serpiente de cascabel escondida.

Fuera, Padilla arrojó una moneda al peón y le ordenó que le llevara su caballo a las puertas del fuerte. El peón salió corriendo. Padilla, Grouard y la mujer, esta llevando su montura de la brida, lo siguieron sin prisa y en silencio. Hasta entonces las visiones de Grouard habían sido siempre certeras.

Cinco hombres se habían subido al carro, alrededor del que había un par de mujeres y varios niños suplicantes, mantenidos a distancia por los peregrinos.

Con esos ya somos dos docenas, dijo Grouard.

No sé, dijo Padilla. En el campamento hay un par con fiebre. Sería mejor dejarlos aquí.

¿Están muy mal?, quiso saber la mujer.

Yo no querría viajar en su estado.

Seguirán con nosotros, dijo Grouard. Son nuestros amigos. No les podemos fallar.

Cojeando, se encaminó al caballo.

Padilla dio una chupada a la pipa.

No nos vendría mal un médico, señorita Lucrecia. Podría usted hablar con su hermano para que convenciera a alguno.

Mi hermano no convence a nadie, Padilla. ¿Es que aún no lo ha comprendido? Si no es así, a lo mejor no es usted el más indicado para guiarnos.

Lucrecia montó y partió al trote hacia el Cooke's Peak.

A la mañana siguiente Grouard durmió hasta tarde, lo que solía ser una buena señal. Frotándose la cicatriz de la frente, se acercó a la hoguera donde borboteaba una cafetera. Su hermana le sirvió una taza. Padilla se acercó. Ya estaban todos listos, con los caballos ensillados. El grupo se hallaba inquieto, deseoso de ponerse en marcha. Al amanecer se les habían sumado tres soldados —los que fabricaban ladrillos de adobe— y temían que desde el fuerte enviaran una patrulla para prenderlos.

¿Hacia dónde?, preguntó Lucrecia.

Al oeste, fue la respuesta de Grouard.

Padilla agachó la mirada y chupó con fuerza de la pipa.

¿Arizona?

Grouard asintió.

¿A qué parte de Arizona?

Se lo comunicaré cuando llegue el momento. Ahora condúzcanos al oeste.

Primero tendríamos que ir al norte.

Ya habían mantenido esa discusión. Padilla era partidario de tomar la Ruta Beale, que atravesaba Nuevo México y Arizona siguiendo el paralelo 35. Estaba bien provista de agua, el clima era más suave y, lo más importante, en ella eran más improbables los encuentros con los apaches.

Vamos al oeste, dijo Grouard sin dirigirle la mirada, y sopló el café para enfriarlo.

Grouard y su hermana aguardaban el regreso de Padilla. El guía había partido al amanecer hacia Pedazo. El pueblo era una hilera de dientes mellados en el horizonte. Grouard estaba sentado en un cajón de azúcar con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas, resistiendo el impulso de consultar su reloj. Lucrecia escrutaba con unos binoculares de latón y carey el paraje que mediaba entre el campamento y el pueblo.

Siempre acampaban a las afueras de las poblaciones para evitar el contacto entre los peregrinos y los vecinos. Si Grouard había soñado que en algún sitio debía rescatar a un amigo, pronunciaba allí su discurso y se ponían en marcha de inmediato; así reducían la probabilidad de que los nuevos peregrinos cambiaran de idea. No obstante, padecían deserciones. Desde la parada en el fuerte Cummings una semana atrás, habían perdido a tres amigos. También los había perseguido durante dos días un niño a lomos de un burro. Cuando por fin les dio alcance, buscó a su padre, le escupió en la cara, volvió a montar en el burro y partió de vuelta a casa.

Allí viene, dijo Lucrecia.

Le ofreció los binoculares a Grouard, que los rechazó.

A lo lejos, una mota oscura y tras ella un borrón de polvo. La mota creció y se fue estirando a lo alto y cobrando aristas, protuberancias y ramificaciones, hasta convertirse en la silueta de un hombre a caballo, a paso parsimonioso.

Una hora después, Padilla tiró de las riendas y la nube de polvo que lo seguía empezó a posarse sobre él. Los hermanos lo miraban fijamente. Se había detenido a diez prudenciales pasos, una medida propia de alguien que no trae buenas noticias.

No está, dijo.

Has tardado mucho, le dijo Grouard. Querías asegurarte, supongo.

El hombre al que busca no está ahí, señor. Será mejor que levantemos el campamento. Aún podemos hacer diez millas hoy.

Tienes que comprobarlo, Martin, dijo Lucrecia.

Grouard se miraba la puntera de las botas. Al cabo de unos momentos dijo que irían. El guía hizo un gesto de contrariedad.

Usted debería quedarse, señorita. Ese sitio no es apropiado.

Llevo meses lejos de cualquier sitio apropiado para mí, señor Padilla, dijo Lucrecia de camino a su caballo. Y no me interesan sus opiniones, fuera de las que tengan que ver con su labor.

El guía enrojeció.

No sé si tiene que ver con mi labor, pero yo me aseguraría de que todos esos, dijo señalando a los peregrinos, se quedaran en el campamento.

Lo primero que atraía la mirada de los recién llegados a Pedazo era un gigantesco rifle de madera, montado sobre dos postes, uno a cada lado de la calle principal: el reclamo promocional de una armería. Los dos hermanos y Padilla pasaron por debajo como si atravesaran una puerta de entrada al pueblo.

La calle estaba sembrada de latas, botellas, fragmentos de loza y huesos. Entre las rodadas de los carros brotaba maleza. Padilla los condujo a un edificio frente al que una chica con un ajado

impermeable de vaquero y zuecos barría la acera de tablones. No les prestó atención mientras ataban los caballos. Canturreaba abstraída. La acera estaba muy limpia. Debajo del impermeable llevaba un camisón blanco. Por fuera el edificio era idéntico a los salones ante los que habían pasado en la misma calle, salvo por las cortinas de la planta baja, de color rojo.

Con Padilla al frente, cruzaron la puerta y sonó una campanilla. Estaban en una suerte de vestíbulo reducido, dos de cuyos lados se hallaban cerrados por cortinas de terciopelo rojo; en realidad, un rincón de una estancia de mayores dimensiones. Olor a perfume peleándose con olor a sosa cáustica. En la pared había un colgador con chaquetas y sombreros. Lucrecia se quitó el salacot pero lo conservó en la mano. Siguió a los dos hombres, que atravesaron las cortinas sin descubrirse.

Había sofás y sillones alineados junto a las paredes. Una escalera subía a la segunda planta, con otra cortina de terciopelo en lo alto. En un rincón se alzaba un pequeño escenario provisto de un piano. El decorado mostraba un burdo paisaje urbano de aire europeo por el que paseaban hombres tocados con chistera del brazo de damas engalanadas. Entre los tejados asomaban la catedral de Notre Dame y el Coliseo romano. En el borde del escenario, un hombre con mallas y bigote de guías engrasadas hacía malabarismos con cuchillos. Un cliente lo miraba aburrido desde un sillón, fumando con las piernas cruzadas. Ninguno prestó atención a Padilla y los hermanos.

Convocadas por la campanilla de la puerta, tres chicas atravesaron la cortina de lo alto de las escaleras y descendieron lentamente. Ahora sí, Padilla se quitó el sombrero. Grouard no. Se había quedado atrás y lo miraba todo apretando los labios. Las chicas llevaban camisón blanco, ceñido en las caderas y con un profundo escote, y coronas de flores de papel. El local era de categoría intermedia; ninguna usaba corsé. Dos se colocaron en el centro de la habitación y se subieron el camisón con un gesto rígido, como si enseñaran las rodillas para una revista militar. La tercera chica tendría unos catorce años. Acunaba una muñeca de porcelana. Tomó asiento en un sillón y se puso a peinar a la muñeca con los dedos y canturrear, a la vez que miraba de reojo a los recién llegados. Padilla se azoró.

Por una puerta en el fondo entró una mujer vestida de negro. Tenía aspecto de maestra de escuela y sostenía un pañuelo de encaje en la mano.

Señor Padilla, veo que ha quedado tan satisfecho que me trae más clientes. Bienvenidos, caballero y señora. Parece que ya han conocido a mis palomas. ¿Les complace alguna? O quizá antes les apetezca beber algo. ¿Una copa? ¿Una taza de té?

Mi jefe, el señor Grouard, se apresuró a decir el guía, busca al

hombre por el que le pregunté esta mañana.

Ya le dije que no está aquí, respondió la madama, con tono rasposo al comprender que no iba a hacer negocio. Y, en cualquier caso, ¿para qué le busca, amigo?, le preguntó a Grouard. ¿Se encuentra usted bien?

El líder de los peregrinos había retrocedido hasta tropezar con un sillón. No sabiendo qué hacer con las manos, apoyó una en la culata del revólver. El cliente a la espera abrió la solapa de su pistolera. El malabarista interrumpió el espectáculo y se situó de perfil, con tres cuchillos en cada mano. Grouard apartó las manos del cuerpo.

En momentos como este me gustaría que nuestro guardia siguiera con nosotros, dijo la madama, e hizo una seña a las chicas en pie, que volvieron a bajarse el camisón.

¿Era eso lo que hacía?, intervino Lucrecia.

Se aseguraba de que todos pagaran y de que se comportaran como es debido con las chicas.

Era bueno con nosotras, dijo la que peinaba a la muñeca. Casi nunca hablaba.

También paseaba a las chicas en carruaje, a modo de reclamo, explicó la madama.

Pero un día se fue, dijo una de las chicas que seguían en pie en el centro de la sala. Sin despedirse de nosotras, añadió la otra.

Ya es suficiente, dijo la madama. En esta casa también se cobra por la conversación. Volved arriba.

Las tres chicas se retiraron. La de la muñeca rozó deliberadamente a Padilla cuando pasó a su lado. En lo alto de las escaleras las chicas se cruzaron con otra que bajaba. Esta llevaba el consabido camisón blanco, pero ahí concluía su parecido con las otras. Era de hombros anchos y cejas espesas, y tenía la nariz gruesa y torcida. Un insoslayable vello oscuro le cubría el bozo, y lo mismo sucedía en los antebrazos.

Clifford, cuando quieras, dijo la madama.

El cliente que había estado esperando apagó su cigarro y se estiró el chaleco. Cruzó la cortina de terciopelo con la chica, tomados del brazo, cuchicheando con las cabezas muy juntas.

¡Santo Dios!, soltó Padilla. ¿Va a pagar por eso?

La madama se carcajeó y agitó el pañuelo de encaje delante de su cara.

Siempre sale rentable tener a alguna chica tan fea que parezca un hombre. A muchos les gustan así. ¿Verdad, amigo?, preguntó dirigiéndose a Grouard.

Creo que ya ha quedado todo claro, dijo Padilla. Podemos irnos.

Apartó las cortinas del vestíbulo e hizo una seña a los hermanos

para que salieran.

Aunque las que dan dinero de verdad son las guapas, siguió la madama, y se acercó a Lucrecia para acariciarle el pelo. Cuando te canses de estos dos, princesa, dijo volviendo al tono zalamero, aquí tienes tu palacio.

¡Cómo te atreves a hablarle así, alcahueta!, ladró el guía.

Cierre la boca, Padilla. ¿Cuándo he necesitado que me defienda usted?, dijo Lucrecia sin perder la calma.

Le sostuvo la mirada a la madama. Se fijó en que llevaba los pendientes desparejados y en que tenía la esclerótica amarillenta. Sonrió, le deseó buenas tardes y salió a la calle seguida por los dos hombres.

Antes de abandonar Pedazo pasaron por delante de una lavandería china donde también se ofrecían baños calientes. Lucrecia captó la mirada de su hermano.

¿Tan sucio te sientes? Has estado en sitios mucho peores, hermano. A lo mejor lo has olvidado, pero yo no.

Habló en voz baja, teniendo buen cuidado de que Padilla no pudiera oírla.

Sentiría el mismo asco si hubiera estado en un convento de monjas, aseveró su hermano.

Para la cena, Grouard ordenó preparar un guiso de vaca con carne de verdad, nada de mollejas ni de vísceras. Le dijo al cocinero que engrosase el caldo con harina y le dio permiso para hacer uso de la reserva de verduras y añadirle cebollas y pimientos. Quería que sus amigos se sintieran satisfechos. El momento que seguía a la cena lo reservaban para debatir los problemas y aplacar las inquietudes del grupo, y Grouard predijo que esa noche tendría que dar explicaciones.

En efecto, apenas hubo rebañado el plato de guiso y apurado la taza de café, uno de los peregrinos levantó la mano y solicitó hablar. Se llamaba Trevor. Antes de unirse al grupo había sido herrero. Entre su equipaje llevaba algunas de las herramientas de su profesión, convencido de su utilidad en cualquier paraíso, de este mundo o de otro. En las últimas semanas se había convertido en el portavoz de los pesarosos, los contritos y los críticos, hasta llegar a ser lo más parecido a un opositor a Grouard. También esa noche, después de que su líder le concediera permiso para hablar, Trevor dijo que lo hacía en nombre de varios amigos, así como en el suyo propio. En otras ocasiones había comenzado de manera similar antes de interrogar a Grouard por la presencia de su hermana, costosa de comprender para muchos y perturbadora para algunos. Esa vez, sin embargo, como el líder de los peregrinos había previsto, el motivo de su descontento era otro.

A Trevor y a un grupo numeroso de peregrinos les preocupaba el retraso que había supuesto desviarse de su ruta para ir al fuerte Cummings y ahora a aquel poblacho en pleno territorio indio. Preferirían estar en camino hacia el Paraíso, adonde temían no poder llegar antes del otoño.

Grouard asintió comprensivo. Les dijo que la Luz le había señalado la presencia de alguien. Tal era la razón de los desvíos.

¿Otro amigo?, preguntó Trevor.

Alguien importante para nuestra misión. Alguien esquivo, a quien se le fuerza a moverse de un sitio a otro quizá, precisamente, para retrasar su incorporación a nuestro grupo, o incluso para imposibilitarla. De ahí que yo esté dispuesto a hacer todo lo necesario para encontrarlo.

Viendo que Trevor se aprestaba a replicar, continuó sin hacer ninguna pausa, ahora en tono más ligero: Que es lo mismo que estuve dispuesto a hacer por cualquiera de vosotros. Porque todos fuisteis señalados por la Luz. Os vi en mis sueños, prisioneros de las mujeres, y en cuanto abrí los ojos encaminé mis pasos hacia vosotros, para salvaros con el ofrecimiento de una vida nueva y mejor. Y la Luz es infalible. Allí donde os mostraba, allí os encontré, a todos y cada uno. ¿Hay acaso alguien que pueda refutarlo?

De nuevo adelantándose a la apostilla de Trevor, añadió: Salvo esta vez. Pero al igual que la Luz es infalible, también es inescrutable, y quién sabe si estas guiñadas de nuestra ruta responden a un propósito que se nos escapa.

Ahora sí, Grouard dejó que se hiciera el silencio. Todos lo observaban con ojos interrogantes.

¿Un propósito como cuál, señor Grouard?, se atrevió a preguntar Trevor.

Grouard sonrió para sus adentros, complacido por aquel reconocimiento de su saber y de su autoridad. Se puso en pie y dio unos pasos como si meditara la respuesta.

Es posible que sea la propia Luz la que retrasa nuestro encuentro con ese hombre. Me aventuro a especular que él no está aún preparado para aceptar la mano que voy a tenderle.

Después de otra pausa, durante la que todos guardaron silencio y meditaron en sus palabras, Grouard añadió: En cualquier caso, esta no es más que una de las muchas resignaciones con las que habremos de bregar antes de disfrutar del Paraíso. Pero merecerá la pena, os lo aseguro. Lo que os ofrezco es, por encima de todo, un lugar donde poneros a prueba y convertiros en quien de veras queréis ser, libres de juicios que, bajo la guisa del amor o de la preocupación, no hacen sino menoscabaros. En efecto, será arduo, pues lo que perseguimos no es

aquel paraíso efímero donde Adán moró antes de la creación de la mujer. Yo escupo sobre Adán, criatura ingrata y deleznable. No quiero saber nada de él ni del lugar donde vivió. Lo que yo anhelo, para mí, para vosotros y para todos a cuantos salvemos en el camino que nos aguarda, es un tiempo más pretérito incluso, anterior a la construcción de aquel paraíso, un tiempo sin tiempo. Porque eso es lo que la Luz me mostró: un espacio vacío, virginal, donde seremos libres de levantar un Paraíso de acuerdo nada más que a nuestro deseo, no simplemente de poblar uno ya construido, diseñado por un Poder superior, venerable, pero de caprichos ajenos a los nuestros. Será nuestro Paraíso un lugar donde glorificar a Dios de palabra y obra, pero sin la obligación de seguir Su dictado.

Si a alguien se le encogió el corazón por lo que había de herejía en aquellas palabras, se lo guardó para sí. Algunos asintieron. Otros se sirvieron una medida de whisky en la misma taza donde habían tomado el café.

Veo que miráis a vuestro alrededor, siguió Grouard, y calibráis vuestras capacidades y las de vuestros amigos. Quizá pensáis que no somos lo bastante numerosos para tamaña empresa, pero no os llaméis a engaño. Después de nosotros llegarán más. Puede que no al mismo tiempo, sino más adelante, cuando nuestra cabeza se pueble de blanco y las fuerzas nos fallen, entonces llegarán nuevas generaciones de amigos, engendradas por la Luz, para ayudarnos. Confiemos, ahora y siempre, en la Luz.

Y yendo de un peregrino a otro, apoyándoles la mano en el hombro, Grouard les describió cómo sería aquel Paraíso que iban a construir. Les dijo que, una vez allí, las diferencias que surgieran se dirimirían de manera satisfactoria para todos, sin derroche de emociones ni de violencia. Las partes afectadas se levantarían antes del amanecer, cuando los demás aún durmiesen, y se alejarían en busca de intimidad, y allí pelearían sin más armas que las manos desnudas, iluminados por una luz discreta y sin otros testigos que los animales que comenzaban a despertarse. Y una vez aliviado el enojo, se preguntarían el uno al otro qué habían demostrado, y juntos regresarían al trabajo, resuelto todo antes de que empezase el nuevo día.

Eso lo he visto. La Luz me lo ha mostrado. Y el rostro de aquellos hombres era el vuestro.

Se dispusieron a dormir. Los peregrinos desplegaron sus mantas. Grouard dormía en el centro, como un fuego que les proporcionara calor. Si la Luz lo visitaba, a la mañana siguiente los que habían dormido más cerca de él aseguraban sentirse fortalecidos.

Lucrecia dormía apartada. No temía que alguien fuera a molestarla; contaba con su habilidad disparando y con la repugnancia

que despertaba en los peregrinos.

También Padilla dormía por su lado. No formaba parte del grupo y tenía buen cuidado de callarse la opinión que albergaba de ellos. No era más que el guía; Grouard le decía adónde tenían que ir y él se encargaba de llevarlos allí. Con el dinero que Grouard le había prometido por conducirlos hasta su destino, quería afincarse en su Texas natal, construir una casa y vivir el resto de sus días sin obedecer a más patrón que a sí mismo.

Esa noche fue el último en conciliar el sueño. Le preocupaba la discusión que había tenido con Grouard mientras volvían de Pedazo. El líder de la expedición le había acusado de retrasar la marcha para impedirle encontrar a aquel hombre, al parecer, tan importante.

Por la mañana, Grouard le dio nuevas indicaciones y se pusieron en camino.

Está ahí, dijo Padilla tras la comprobación de rigor.

El guía y Lucrecia miraron a Grouard, que no respondió ni hizo gesto alguno. Desde la pequeña elevación donde se encontraban, ocultos tras unas chumberas, Grouard observaba la casa en mitad del desierto: una pobre vivienda de adobe, con un cobertizo anejo y un corral donde había dos caballos y un burro. Salía humo de la chimenea. Vieron abrirse la puerta y a un niño ir corriendo hasta un hombre que cavaba una tumba. El niño le tendió un odre de agua y una escopeta. El hombre era bajo y rechoncho. Bebió y, con la escopeta en la mano, miró hacia donde estaban. Los peregrinos se habían quedado al otro lado de la elevación, tras recibir instrucciones de no dejarse ver.

No es él, dijo Padilla.

Lo sé, aseguró Grouard entre dientes.

Su hombre está en el cobertizo. Llegó hace dos semanas. Pidió a la familia mejicana que vive ahí permiso para pasar la noche y desde entonces no se ha movido. A ellos les da miedo pedirle que se vaya.

Padilla se pasó el dorso de la mano por los labios. Estaba inquieto.

Ya han venido dos para probarse con él. Le he dicho al mejicano que somos amigos. Pero no me ha creído.

El hombre rechoncho se había parapetado en la tumba a medio abrir y escrutaba el macizo de cactus.

Vamos, dijo Grouard, cojeando hacia el caballo.

Lucrecia también montó.

¿Están seguros?, preguntó el guía.

No cuestione a mi hermano, dijo Lucrecia.

El guía los siguió enarbolando un pañuelo atado al cañón de su rifle. Vio a los hermanos llegar junto al hombre e intercambiar unas

palabras con él. A un costado aguardaba un cadáver envuelto en una manta; al lado había una segunda tumba, cubierta de piedras. Grouard desmontó, se desabrochó la pistolera y la colgó del cuerno de la silla. Apoyándose en su bastón, caminó hacia el cobertizo. Llevaba la camisa empapada de sudor. Su hermana y el guía esperaron fuera. El niño de antes y dos más se asomaron a la puerta de la casa y el padre les ordenó mediante un gesto que volvieran a entrar.

El paso del sol a la penumbra del cobertizo cegó brevemente a Grouard. Lo primero que distinguió fue un caballo. Luego se percató de la presencia de un hombre tumbado sobre un montón de paja.

Buenas tardes, dijo.

Le temblaba la voz.

Me llamo Grouard.

El hombre no se movió.

Grouard le dio la vuelta a un cubo y se sentó, estirando la pierna coja delante de él. Dejó el bastón a un lado. Se movía despacio, manteniendo las manos a la vista.

El hombre era diferente al que la Luz le había mostrado: más grande, de rasgos más rudos. Tenía una barba poblada y el pelo largo, sujeto por un pañuelo atado a la frente al estilo de los apaches. Su ropa estaba mugrienta y agujereada, e iba descalzo. Leía un libro que se había apoyado en el pecho, marcando la página con un dedo, para mirar al líder de los peregrinos. Unas gallinas picoteaban el suelo a su alrededor.

¿De quién son las tumbas de ahí fuera?, preguntó Grouard.

Del que vino ayer y del que vino la semana pasada.

¿Qué lees?

La *Ilíada*. Pero le faltan las últimas páginas. No sabré quién gana la guerra.

Ganan los griegos. De todos modos, ese libro no cuenta el final de la guerra.

Tampoco el principio, dijo el hombre entre dientes. Es un libro raro.

Deberías hablar con mi hermana. Ella es la que sabe de libros. Luego la conocerás. ¿Es eso lo que haces aquí? ¿Leer?

También le enseño trucos a mi caballo.

Grouard se sentía más calmado. No podía dejar de mirar al hombre: la adusta prominencia del cráneo a la altura de las cejas, los dedos de uñas chatas y nudillos gruesos, la cicatriz de una quemadura que asomaba bajo la barba.

Si te gustan las historias, yo te puedo contar una verídica, dijo Grouard, y procedió a narrarle cómo la Luz lo abatió del caballo y lo que entonces vio, y cómo se hallaba embarcado en una misión

liberadora.

Otra noche en que fui agraciado con la visita de la Luz, vi un paisaje de lomas desérticas, idéntico al que nos rodea, y la silueta lejana de un hombre a caballo. Lo vi luego de nuevo, mucho más cerca. Se detuvo, se sacó algo del bolsillo y le dio un mordisco. Creo que era tabaco de mascar. Mientras lo hacía, la Luz me dijo que era *El hombre del Oeste*. Y aquel hombre eras tú. Y aquel caballo era ese caballo.

El hombre devolvió la atención al libro y chasqueó dos veces la lengua. En respuesta, el caballo se acercó a Grouard y lo tiró al suelo de un testarazo. El líder de la expedición se puso en pie ayudándose del bastón y, en cuanto lo hubo conseguido, el caballo le asestó otro cabezazo, que lo envió fuera del cobertizo dando trompicones.

Grouard se encontró con las miradas alarmadas de Padilla y de su hermana.

Tranquilos, no pasa nada. No os mováis.

El mejicano continuaba sosteniendo la escopeta. A la puerta de la casa se asomaban ahora los tres niños y una mujer.

Grouard recogió su sombrero del suelo y volvió a entrar. Esta vez permaneció en pie y habló con mayor firmeza y brevedad. Le dijo al hombre que encabezaba un grupo de peregrinos en ruta hacia la costa del Pacífico, a una zona al norte de la desembocadura del Columbia, y le propuso guiarlos hasta allí. A cambio le ofreció mil dólares, pagaderos una vez que hubieran llegado a su destino, o bien trescientos a pagar mensualmente.

¿Cómo han llegado hasta aquí sin guía?

Tenemos uno, pero sus servicios son cada vez menos satisfactorios. ¿Conoces la región? ¿Puedes llevarnos?

El hombre miraba pensativo el techo del cobertizo.

La conozco. Podría. ¿Cómo me han encontrado? Sí, es cierto. La Luz.

Ya tendremos tiempo de hablar de eso.

Señor…

Había un niño en la puerta. Se dirigía al hombre tumbado.

… la cena está lista.

El hombre marcó con una brizna de paja la página que estaba leyendo, se calzó las botas, dio unas palmadas al lomo del caballo y salió. Grouard fue tras él. El hombre se detuvo un instante al ver a Padilla y a Lucrecia, y continuó hacia la casa, con una mano reposando sobre el hombro del niño. El mejicano salió de la tumba y fue también a cenar. Padilla y los dos hermanos se quedaron solos.

El guía desmontó. Desató el pañuelo del cañón del rifle y lo usó para enjugarse la frente.

Se llama John Dunbar. También se le conoce como el Basilisco. No es alguien del que fiarse. ¿Sabía usted que era él a quien estábamos buscando?

El líder de los peregrinos no respondió la pregunta. Dijo en su lugar: ¿Qué más le ha dicho el mejicano?

Que no le piden nada a cambio del alojamiento y de la comida. Pero que él les ha regalado los caballos y las pertenencias de esos dos, dijo señalando la tumba cerrada y el cadáver que esperaba a ser enterrado.

Desde el interior de la casa llegaban olor a comida y risas. De vez en cuando la mujer o alguno de los niños se asomaban a la puerta, miraban al guía y los hermanos, se los señalaban a los demás, como si les asombrara que fueran reales y que estuvieran allí plantados, y redoblaban las carcajadas.

¿Qué pasa?, preguntó Lucrecia.

Dunbar les está contando lo de la Luz, respondió el guía.

Entre las risas, sobresalían las de John Dunbar, estruendosas y atragantadas.

Los tres niños salieron de la casa llevando cada uno un plato de madera con una tortilla de maíz y unos trozos de carne indefinida, y se los ofrecieron.

Muy agradecida, dijo Lucrecia en castellano.

El guía desmontó y engulló la comida, rebañando el plato con la tortilla. Grouard apenas tomó unos bocados. El sudor hacía que le picaran las cicatrices de la cara, que no dejaba de toquetearse.

John Dunbar salió por fin de la casa. Se había quitado el pañuelo de la cabeza y se limpiaba los labios con él. La familia mejicana salió asimismo y esperó, muy junta, frente a la puerta.

Les he contado a Pedro y a su familia la propuesta que me ha hecho, dijo Dunbar. Me han sugerido que acepte. Y creo que voy a hacerlo.

Grouard cojeó hasta él y le estrechó efusivamente la mano.

Estaba seguro de que dirías que sí.

Serio de nuevo, Grouard se giró hacia el guía.

Padilla, los peregrinos y yo no necesitaremos más de sus servicios. El señor John Dunbar le sustituirá. Acompáñenos al campamento para que le pague la cantidad proporcional a la parte del viaje que ha hecho con nosotros. Le daré también una carta de recomendación.

Padilla guardó las formas.

¿No está usted satisfecho con mi labor, señor Grouard?

Esa pregunta no ha lugar, Padilla. Las cosas han cambiado.

El guía miró con desdén a Dunbar.

Señorita, haga cambiar de idea a su hermano. Contratar a este

hombre es un error.

Padilla, se equivoca de nuevo al apelar a mí. Estoy aquí para nada más que apoyar a mi hermano en cuanto resuelva.

Los dos hermanos montaron y Dunbar fue a recoger sus pocas pertenencias y ensillar al caballo. Siguió un momento incómodo mientras Padilla sopesaba sus posibilidades. Contempló el cadáver pendiente de ser enterrado. Uno de los niños recogió los platos.

Dunbar salió del cobertizo llevando su caballo de la brida. Estrechó la mano a Pedro y a su mujer, y les dio las gracias por todo. Detrás de la silla, cuidadosamente envuelto en una manta, portaba su maltrecho ejemplar de la *Ilíada*.

¿Viene usted o no?, le preguntó Grouard a Padilla. Si lo prefiere, puedo hacer que uno de los amigos le traiga el dinero y la carta.

Termina de cavar esa tumba, dijo Dunbar, y Pedro te dejará quedarte. El cobertizo es cómodo.

Los apaches los habían atacado al amanecer. Llevaban dos días siguiéndolos. Por fin, esa mañana, con la primera luz, se habían lanzado sobre los peregrinos desde diferentes direcciones, las hojas de los cuchillos oscurecidas con ceniza y haciendo girar mazas de guerra atadas al extremo de trenzas de crin. Los peregrinos, bajo la dirección de John Dunbar, los habían repelido. El último cuarto de guardia lo hicieron más hombres que los anteriores, ocultos en los carromatos; el propio Dunbar entre ellos. El resto dormían agrupados, incluida Lucrecia, y con las armas cargadas.

Ahora Dunbar recorría el campamento recogiendo las flechas arrojadas por los indios. Eran apaches coyoteros, un grupo reducido, seguramente sin más intención que robarles los caballos. No llevaban pinturas de guerra ni los acompañaba ningún chamán. En el suelo yacían los cuerpos de media docena de apaches, mientras que los peregrinos no habían sufrido más que un herido, con un hombro roto por un mazazo. Los amigos registraban los cadáveres en busca de trofeos. Uno dio un trago de una calabaza llena de cerveza de maíz, escupió y soltó una exclamación de asco. Otro descubrió un mazo de naipes de cuero, ilustrados con unos burdos dibujos a imitación de los de la baraja española.

Apoyado en su bastón, Grouard sonreía satisfecho. Permitía de buen grado la rapiña, que favorecía el espíritu comunitario. Dunbar vio a Lucrecia recoger del suelo un saquito de piel lleno de polen sagrado de espadaña, con el que los coyoteros habían realizado una ofrenda antes de lanzar su ataque. Un peregrino lo había desechado, prefirió ir en busca de un trofeo mayor.

John Dunbar partió en dos las flechas y encendió un fuego con

ellas. Estaba preparando café cuando se le acercó Grouard.

Los amigos quieren ir detrás de los que han escapado.

Dunbar se lo desaconsejó. Los supervivientes habrían huido sin dejar rastro y se reunirían en algún sitio acordado previamente. Aunque consiguieran dar con ellos, existía el peligro de que los coyoteros se volvieran contra los perseguidores y los emboscaran en terreno elevado.

Ya ha habido bastante diversión por hoy. Es mejor que nos pongamos en marcha, zanjó Dunbar.

A esas alturas del viaje, el grupo lo integraban treinta amigos, además de Grouard, su hermana y Dunbar. Transportaban los víveres y los pertrechos en cuatro carromatos tirados por mulas. En uno de ellos iban el baúl de viaje de piel de aligátor con la ropa de Lucrecia y la caja de caudales que albergaba los fondos de Grouard. Cada amigo que se sumaba al grupo aportaba todo el dinero del que disponía. Nadie al margen del líder de los peregrinos sabía a cuánto ascendía el contenido de la caja de caudales, pero cada vez que pasaban por una población, Grouard se aprovisionaba sin escatimar. Siempre disponían de sal y de melaza para sazonar la comida, y, si algún amigo carecía de algo esencial para sí mismo o su montura —ropa, armas, munición, guarniciones o herraduras—, sabía que podía contar con los fondos del grupo.

Se dirigían al norte, al encuentro de la Ruta Beale, como Padilla había querido hacer semanas atrás. Seguirían la ruta hacia el oeste, hasta llegar a California, y entonces pondrían rumbo de nuevo al norte. Se ceñían a ese plan, salvo cuando la Luz designaba otra cosa. Algunas mañanas Grouard daba orden de emprender un rodeo para rescatar a algún hombre, generalmente colonos de granjas pobres y aisladas que, al llevarse sus escasas pertenencias de valor, dejaban a su familia en una situación aún más precaria. La Luz había vuelto a ser infalible; cada receso del camino les reportaba alguna incorporación al grupo.

A diferencia de lo que había sucedido con Padilla, John Dunbar nunca presentaba objeciones a desviarse. No tenía ningún lugar adonde ir ni nadie que le esperara. Observaba con curiosidad a los peregrinos y a Grouard. Por las noches, después de la cena, Grouard hablaba del Paraíso. Algunos peregrinos solicitaban la palabra y se confesaban en público. Solo había un pecado que confesar: la añoranza del cuerpo femenino. A los que se atrevían a reconocer semejante falta, se les hacía beber de una cantimplora donde se había mezclado una pinta de aceite de oso, un paquete de bicarbonato sódico, una cucharada de vinagre y un bocado de tabaco de mascar; el mismo remedio que empleaban contra las picaduras de tarántula.

Lucrecia prefería no participar en las reuniones. Si Dunbar

consideraba que no había peligro, la hermana de Grouard hacía su propia hoguera y cenaba apartada. A continuación leía.

Una noche John Dunbar se acercó a ella. Acalló los pasos para no molestarla. Lucrecia leía en voz alta, en pie, hacia el resto de luz en poniente, para deleite de los cerros y el desierto. Dunbar no entendió sus palabras. Guardó silencio hasta que ella terminó y se volvió hacia él como si siempre hubiera sabido que estaba allí.

¿Habla usted francés, señor Dunbar?

Él dijo que se temía que no.

Pero le gusta leer.

Él dijo que, hacía unos años, un amigo le había descubierto lo que los libros pueden ofrecer.

No un amigo como esos, aclaró señalando por encima del hombro hacia los peregrinos.

Ella asintió.

Entiendo. Un amigo de verdad.

Lucrecia era mayor que su hermano; más cercana en edad a John Dunbar que a Grouard.

¿Qué está leyendo?, quiso saber el nuevo guía de los peregrinos.

Ella abrió de nuevo el libro y tradujo: «Había crecido en las abstinencias, los ayunos y las purificaciones, siempre rodeada de cosas exquisitas y graves, el cuerpo saturado de perfumes, el alma llena de plegarias. Nunca había probado el vino, ni comido carnes, ni tocado una bestia inmunda, ni puesto sus talones en la casa de un muerto».

Salammbô, de Gustave Flaubert.

¿Se ve usted así?, preguntó Dunbar.

He tenido que tocar a varias bestias inmundas. Y estoy segura de que el destino me reserva alguna más, respondió ella.

Seguidamente agachó los ojos, incómoda de repente, y para ocupar el silencio que siguió hojeó el libro, localizó el párrafo que buscaba y tradujo de nuevo: «Deja salir tu cólera como un carro que se desboca (…). Grita, blasfema, destroza y mata. El dolor se aplaca con sangre, y ya que no puedes saciar tu amor, calma tu odio; ¡él te sostendrá!».

Cerró despacio el libro. No había ya luz para leer.

Y ahora me gustaría descansar, señor Dunbar.

Puede llamarme John.

Ella asintió y se desearon buenas noches.

Padilla se había quedado dos días en la casa de Pedro para dar ventaja a los peregrinos. Después los había seguido. Había divisado a los coyoteros que asimismo los seguían, pero él había sabido permanecer oculto. Luego había visto a los buitres volar en círculos

sobre los cadáveres.

Siguieron la Ruta Beale hacia el oeste y llegaron al río Colorado. En la orilla oriental se encontraba el fuerte Mojave. Grouard no quería detenerse; la Luz no le había indicado que hubiera allí nadie a quien salvar. La noche antes de alcanzar el río, Trevor sacó el tema a colación. Mientras que Grouard se inclinaba por dar un rodeo y encontrar un vado por donde cruzar, él defendía pasar por el fuerte y hacer uso del ferry que allí había; una solución que a muchos de los amigos les parecía más rápida y cómoda. En esa ocasión, Grouard cedió.

Se acordó que los carromatos usaran el ferry; el resto de los hombres atravesarían el río a nado con los caballos. Dunbar decidió cruzar el primero y Grouard insistió en acompañarlo. Ganaron la otra orilla sin dificultad e hicieron señas a los demás para que los siguieran. Grouard estaba taciturno.

¿Eres de algún sitio en concreto, Dunbar?

El guía negó con la cabeza. Dio unas palmadas en el cuello a su caballo, que se sacudió igual que un perro para librarse del agua.

Una vez oí decir, dijo Grouard, que no hay problema en vivir a lomos de un caballo, si el caballo es tuyo.

¿Se lo dijo la Luz?

Grouard tardó en responder; no había habido ironía en la pregunta.

Lo cierto es que no lo recuerdo. En ocasiones la Luz es embriagadora. Siento que floto en el aire, sustentado por ella, que me transporta al encuentro de inmensos paisajes y de personas, también inmensas, que se desplazan a mi alrededor como gigantes. Algunas mañanas no puedo recordar lo que me ha mostrado. Me queda solo el regusto placentero de su visita.

Hizo una pausa antes de añadir: Creo que lo oí en un salón, en uno donde alguien había metido a un caballo.

Volvieron a guardar silencio. El ferry dejó, uno por uno, los cuatro carromatos en la orilla occidental. Los peregrinos cruzaban el río sobre las monturas y la corriente los desplegaba en abanico. Los menos diestros se limitaban a aferrarse a la crin o a la cola y se dejaban arrastrar. Cuando creyeron que ya estaban todos en tierra se hizo un recuento. Faltaban dos amigos. Nadie los había visto cruzar. Tampoco los habían oído pedir auxilio. Dedicaron el resto del día a batir las orillas aguas abajo. Dunbar volvió a cruzar el río y cabalgó al fuerte, por si se habían escabullido y buscado allí refugio. No encontraron rastro de ellos ni de sus caballos.

Esa noche nadie solicitó la palabra después de la cena y Grouard

no les habló del Paraíso. Dunbar lo lamentó. A lo largo del viaje había ido creciendo su interés por las narraciones del líder de los peregrinos. Lo que decía le recordaba a lo experimentado por él mismo cuando asistió al sacrificio de la Araña. Él también había sentido que flotaba, no en una luz sino en un líquido denso y cálido en cuyo seno era capaz de respirar, y había sido transportado y había visto a otras personas, unos completos desconocidos que habitaban un lugar asimismo extraño.

Apenas se atrevía a pensar en ello y, cuando lo había hecho, había culpado de sus visiones a una suerte de envenenamiento causado por la sangre de la Araña.

No obstante, en ocasiones cruzaba las puertas de un salón y alguna de las personas que había dentro tardaba un instante en ponerse en movimiento, como si hasta entonces hubiera permanecido paralizada, a la espera de la entrada en escena de Dunbar. Y algunas noches, sueños extravagantes le hacían levantarse alarmado. Volvía a pensar entonces en lo sucedido tras el descuartizamiento de la Araña y tenía la idea fugaz de que el mundo que pisaba no era el único, sino que había otros —¿cuántos?—, también poblados por personas, o le volvía a la cabeza un pensamiento aún más incómodo: quizá su mundo no era sino un simulacro caprichoso de algo mayor, más complejo y desconocido. Si una pesadilla le despertaba cuando dormía a la intemperie, sentía el impulso de cavar en el suelo igual que un perro y de profundizar más allá de las raíces, la arena y la roca, donde esperaba tocar una pasta blancuzca, blanda y maleable, como masa sin cocer. Nunca lo había hecho pues se apresuraba a desechar las salidas de tono de la imaginación, pero esas noches no volvía a conciliar el sueño. Se quedaba observando el lienzo de la noche y cómo en él se comenzaba a bosquejar el paisaje, que cobraba nitidez parpadeo a parpadeo, sorbo a sorbo de café, poblándose de la riqueza habitual de detalles, que él percibía con todos los sentidos.

Aquella noche todos se retiraron pronto a sus lechos, fatigados por el vadeo del río y la búsqueda de los desaparecidos. El ánimo del grupo se hallaba bajo. John Dunbar decidió no asignar guardias; les vendría bien el reposo, y el riesgo era escaso por la cercanía del fuerte.

Poco después —el fuego no se había apagado aún—, uno de los peregrinos que dormía en el borde del grupo oyó unos pasos que se acercaban desde el río. Quien fuera caminaba arrastrando los pies, como si estuviera exhausto. El peregrino se levantó y escrutó la oscuridad. En tono interrogativo, pronunció los nombres de los amigos perdidos ese día, creyendo que alguno había conseguido regresar. Otros peregrinos se irguieron también. Lo que vieron salir de la negrura los paralizó de espanto.

Una mujer se abalanzó sobre ellos. Llevaba el pelo suelto y enmarañado, y el vestido hecho jirones. Tenía un rostro cadavérico, cubierto por una gruesa capa de polvo bajo la que, aun así, destacaban unas ojeras que le llegaban hasta más abajo de los pómulos. Corrió hacia el grupo enseñando los dientes. En la mano derecha sostenía un revólver. Disparó contra el primer peregrino que se había despertado y le alcanzó en la cabeza. Abatió limpiamente a otro más, que ya había dado media vuelta y huía. Solo tenía dos proyectiles. Arrojó el arma a un lado y blandió el hacha que llevaba en la otra mano. La hundió en un peregrino que forcejeaba con su manta tratando de levantarse. Sonó una nueva detonación y la mujer salió despedida de regreso a la oscuridad, como un espantapájaros contra el que se hubiera disparado un cañonazo. Los peregrinos se volvieron hacia el origen del disparo. John Dunbar enfundaba su revólver.

Era la mujer de uno de los amigos, un tal Milner, un mulero que se había sumado al grupo tres semanas atrás. Era de sueño pesado y dormía en el otro extremo del campamento, así que no se enteró de lo sucedido hasta que ya todo hubo terminado. Cuando se lo contaron, rompió a berrear y a darse puñetazos en la cara. Tuvieron que retenerlo para que no viera el lastimoso cadáver de su esposa. Alguien le dio una botella de whisky y eso le calmó un poco, pero cuando se apartó del grupo con la disculpa de ir a orinar, se disparó en la boca con su revólver.

Lo enterraron allí mismo. Grouard pronunció unas palabras de despedida en honor de aquel buen hombre, que había puesto fin a su vida por el dolor de haber perdido a varios amigos ese día, así como por la vergüenza de que su mujer fuera la culpable de tres de las muertes. Sus pertenencias se repartieron entre el grupo.

¿Es usted, Grouard?, preguntó Dunbar.

Soy yo.

Me lo pareció, pero tenía que asegurarme.

Los dos se habían alejado del campamento. Después del tiroteo y de enterrar a los muertos nadie podía dormir. Se había encendido fuego y preparado café. Grouard y Dunbar observaban a los peregrinos desde el cobijo de la oscuridad. Apartada de los demás, Lucrecia había encendido su propia hoguera y leía con el libro inclinado hacia las llamas.

Mi hermana dice que los amigos no dan la talla, que jamás serán los hombres que aspiran a ser. Hoy hemos perdido a seis. No han tenido ninguna oportunidad. Y la construcción del Paraíso acarreará peligros mayores que una mujer enloquecida y vadear un río que ni siquiera bajaba crecido.

Todavía nos queda un largo camino. Tienen tiempo de curtirse, dijo Dunbar.

Con idénticas palabras los defiendo ante mi hermana, y ella me responde que necesitarían dos o tres vueltas al mundo.

Grouard hablaba en tono grave. Permanecía todo lo erguido que le permitía la pierna tullida. Su voz parecía llegar desde muy alto; era persona y pedestal.

¿Qué hace ella aquí?, le preguntó Dunbar. ¿Qué pintará en un paraíso para hombres?

Nada. Ni siquiera pondrá un pie en él. En cuanto lo divisemos en el horizonte, ella dará media vuelta.

Antes de que Dunbar terminara de comprender esas palabras, el líder de los peregrinos dijo: ¿Por qué no se lo preguntas a ella?

Dunbar no acertó a responder.

Entiendo. Te asusta. Sin embargo, no vacilaste a la hora de disparar a esa infeliz en el corazón. También lo comprendo. Es diferente.

No me asusta.

Aguardó un instante antes de añadir: Ella siempre tiene el rostro sereno.

Grouard asintió. La oscuridad ocultó su sonrisa compasiva.

Es cierto. Si me viera en la obligación de reconocerle una virtud a mi hermana, bien podría ser esa. Te envidio, Dunbar.

¿Por qué?, quiso saber el guía, que endureció el tono poniéndose en guardia.

Eres un hombre libre de sanciones morales y de ambivalencias.

No entiendo.

Eres dueño de tus actos.

Dunbar guardó silencio. Quería que Grouard siguiera hablando y asimismo temía lo que pudiera decir.

Creo que hay algo en lo que tú y yo nos parecemos, dijo Grouard, que hablaba no en su dirección sino mirando a los amigos, quizá a su hermana. Practicas una filosofía de la negación.

Sigo sin entender.

Dunbar iba a añadir «señor», pero la palabra se le atascó entre los labios. Grouard era casi dos décadas más joven que él.

No te sientes cómodo en compañía de tus semejantes. No has encontrado tu lugar. En eso eres como yo. En otros aspectos, sin embargo, no nos parecemos en absoluto. Te envidio. No puedo competir contigo. Me habría gustado ser yo quien abatió a la mujer de Milner. Pero ni siquiera acerté a llevar la mano al revólver. Se me ofrecía por fin algo que todos los hombres deberían ansiar cuando abren los ojos por la mañana: la urgencia de tener que tomar una

decisión crucial. Y todo lo que hice fue quedarme embobado, sin ni siquiera entender lo que pasaba, igual que los demás. Si continuamos así, los habré liberado para nada; si acaso, para conducirlos a una muerte más rápida y piadosa. Ni siquiera hice amago de desenfundar. Tú, sin embargo… La Luz fue sabia al señalarte. Ojalá lo fuera siempre. Por las noches me acuesto suplicando que me señale el paradero de un médico al que liberar, y de dos o tres buenos cazadores.

Y de un cocinero, dijo Dunbar.

Cierto, de un cocinero, y de un guarnicionero y de un… No importa. ¿Te sorprende oírme hablar así, Dunbar?

No le conozco lo bastante.

¿Gimoteo en exceso? No, no me respondas. No me interesan tus opiniones hasta ese extremo. Pero no soy un iluminado borracho de palabrería mesiánica. Me desvela el bienestar del cuerpo y del alma de mis amigos. No soy ciego a los problemas prácticos.

Hacia el este, el perfil del paisaje estaba recortado por un albedo grisáceo. John Dunbar se fijó en que Lucrecia había guardado su libro y limpiaba el revólver.

¿Has trabajado antes de guía, Dunbar?

Una vez. La cosa acabó mal.

¿En qué sentido?

Muy mal.

Quizá algún día quieras contármelo, cuando nos sintamos todos más provistos de ánimo. Mira, ya amanece. Esta noche la Luz no nos señalará a nadie que reemplace a los amigos caídos.

Dejado pasar un breve silencio, Grouard dijo: Hay algo que quieres decirme.

Ese hombre, Trevor, respondió John Dunbar, traerá problemas.

Grouard suspiró.

Se sumó a los amigos en Missouri. Le ciega el ansia por llegar al Paraíso. Quiere talar árboles a mordiscos y cazar alces a puñetazos. Pretendía que nos dividiéramos en dos grupos; yo recorrería el país liberando a amigos de acuerdo a los designios de la Luz, mientras que él, al frente de otro grupo, tomaría la ruta a Oregón, un camino más corto y fácil a nuestro destino. Defendía su postura asegurando que en las caravanas con que se encontrarían habría docenas, cientos de hombres a los que liberar, tarea de la que se podría ocupar él mismo, después de haber visto cómo lo hacía yo. Es persona de ideas propias, pero tan previsibles como el curso de ese astro que empieza a iluminarnos.

Usted lo ha dicho, el camino hasta la desembocadura del Columbia es largo. Pueden producirse accidentes. Como ha pasado hoy.

Grouard respiró hondo. Un peregrino se acercaba a ellos con dos tazas de café demasiado llenas. Caminaba con torpeza, derramando un poco a cada paso. Soltaba maldiciones cuando el café caliente le quemaba las manos.

Necesitamos hombres como Trevor. Sé cómo manejarlo, a él y a los suyos. Además, fue señalado por la Luz, al igual que tú, John Dunbar.

Al adentrarse en California el desierto perdió altitud. Desaparecieron las prímulas rosas, los girasoles del desierto y las malvas; desaparecieron las colinas pobladas por cedros, lejanas pero cuya visión refrescaba el cuerpo; cesaron de oírse las llamadas de alarma de los perros de la pradera; y con cada milla que avanzaban, aumentaba el calor.

Los peregrinos, en especial los salvados en primer lugar, al este del país, dejaban notar la fatiga del largo viaje. Su destino era incierto, pese a las escenas del Paraíso que Grouard les narraba por las noches para avivar el entusiasmo; al mismo tiempo, se encontraban demasiado lejos de casa para cambiar de parecer y dar media vuelta. El decaimiento crecía en el grupo.

Una noche, tras la cena, Grouard les dijo que al día siguiente cambiarían de rumbo: se encaminarían al norte. Tomarían el Camino Viejo, que recorría California por el interior del estado hasta la bahía de San Francisco. Esperaba con esa decisión levantar el ánimo de los amigos. El Camino Viejo era una vía más corta que la otra alternativa que se les ofrecía para ir al norte: llegar hasta Los Ángeles y tomar la Ruta de las Misiones, la cual remontaba California por la costa.

Sus palabras no causaron el efecto esperado. Cabizbajos, los peregrinos rebañaban los platos con trozos de pan hecho en sartén y se hurgaban los dientes con espinas de saguaro. Trevor solicitó la palabra. Fueron muchas las cabezas que se irguieron; los peregrinos se daban codazos entre ellos, reclamando la atención de los demás. ¿Por qué no continuaba él, Trevor, junto con un grupo de amigos, hacia el oeste, a Los Ángeles, donde podrían tomar un barco y llegar en pocos días a la desembocadura del Columbia? Se llevaría consigo a quienes estuvieran más fatigados, para que repusieran fuerzas durante la travesía. En la desembocadura del Columbia aguardarían a Grouard y a los demás. Mientras tanto, se aprovisionarían de cuanto fueran a necesitar en los trabajosos meses venideros. Todos podrían entrar luego juntos en el Paraíso.

El herrero volvió a sentarse y se asestó una fuerte palmada en la rodilla, como si con sus palabras acabara de dictar sentencia. De inmediato estallaron las discusiones entre los amigos. Grouard permanecía en la misma postura desde la que había escuchado a Trevor, sentado con los codos apoyados en las rodillas, las manos

entrelazadas frente a la cara y los ojos cerrados, como si rezara.

John Dunbar se alejó. No le importaba lo que se decidiera, ni cuánto fueran a tardar en llegar a su destino. Ni siquiera estaba seguro de cuánto tiempo llevaba guiando a los peregrinos, ni, antes de eso, de cuánto tiempo había pasado refugiado en el cobertizo de Pedro. Sus días se confundían unos con otros. A veces, el tiempo parecía encogerse. Dunbar se ponía en marcha al frente del grupo y, cuando habría asegurado que no había transcurrido más de una hora, el sol se comenzaba a poner. En otras ocasiones, el tiempo desaparecía por completo. Había espacios en blanco en su vida de los que, por mucho que se esforzara, era incapaz de recordar qué había hecho y dónde había estado.

Padecía esos extravíos temporales desde la muerte de la Araña. Siempre que soñaba con el sacrificio de la líder de la banda de asesinos, la aprehensión que John Dunbar tenía del mundo se veía trastocada. Antes de conocer a Grouard, si los recuerdos de la Araña le asaltaban mientras estaba en alguna población, cruzaba las puertas de vaivén de un salón en busca de pelea. No bebía ni un sorbo de alcohol; era transparencia lo que quería, no embriaguez. Escogía a una víctima, que más tarde le despertaba lástima, y se lanzaba a por ella. No se esforzaba en demasía. Se protegía de los mordiscos y de los pulgares que intentaban clavarse en sus ojos, pero dejaba que la mayoría de los golpes le alcanzara. No le importaba que lo apalearan, solo que el dolor le anclara de nuevo al mundo, que los puñetazos y las patadas volvieran a definir los límites de su cuerpo. Cuando el contrincante sacaba un arma de fuego, a él no le quedaba más opción que hacer lo mismo. El Basilisco se había ganado su reputación zanjando peleas que esperaba perder.

Desde que guiaba a los peregrinos, los sueños relacionados con la Araña se habían vuelto más frecuentes. No podía evitar asociarlo a la cercanía de Grouard. Si el líder de los peregrinos recibía una noche la visita de la Luz, Dunbar se revolvía por la visita de la Araña en sus pesadillas. ¿Acaso la Luz y la Araña provenían del mismo lugar, y las visitas de la Luz facilitaban el acceso si no de la Araña real —muerta, al menos, en este mundo— sí de su influjo turbulento?

A diferencia de los amigos, dormía lo más alejado posible de Grouard. Esto, unido a su carácter por naturaleza taciturno, hizo que no tardara en ganarse fama de arisco entre los peregrinos, que mantenían las distancias con él.

Además de Grouard, la única persona que se atrevía a buscar su conversación y le mostraba cierta solicitud, era Lucrecia. A su vez, él la observaba con disimulo. La hermana de Grouard también se movía en la periferia de los peregrinos, provocando miradas de reojo y escupitajos al suelo polvoriento. Los hombres, habiendo renegado al

menos de palabra de la mitad femenina del mundo, hablaban de ella a espaldas de su líder. La comparaban con los lobos que rondaban las manadas de bisontes, a la espera de que alguna cría o ejemplar cojo o entrado en años se quedara atrás para rodearlo y devorarlo. Si Lucrecia desapareciera, pensaba Dunbar, ninguno de los peregrinos lamentaría su ausencia. Respecto a lo que Grouard pudiera sentir en tal situación, albergaba dudas.

Lucrecia no se quedaba rezagada, ni renegaba, ni aireaba sus estados de ánimo pasajeros, como hacían muchos de los hombres. Por las noches, se preparaba su propia cena y leía o escribía en su diario. Esto último atraía siempre la atención de Dunbar, en primer lugar por recordarle a Patrick Clement, quien también había llevado un diario, si bien entonces eso no despertó el interés del guía, que nunca quiso saber lo que el dibujante de la expedición Drummond plasmaba cada noche en sus páginas. Ahora, sin embargo, al escribir en el diario, Lucrecia se transformaba en alguien con el poder de fijar el tiempo.

John Dunbar había deambulado lejos del campamento. Regresó cuando se acallaron las voces de los peregrinos. No habían alcanzado ninguna solución que satisficiera a todos, y Grouard no había querido imponer su parecer. El líder de los peregrinos estaba en pie junto a la hoguera y les proponía hacer un receso hasta la mañana siguiente. El descanso les aclararía las ideas y, quién sabía, quizá la Luz le iluminara esa noche y apoyara la propuesta de Trevor, y en tal caso ya no habría nada que discutir.

Los peregrinos extendieron sus mantas. Grouard permaneció junto a la hoguera. Dunbar se acercó a por una taza de café y el líder del grupo le deseó buenas noches con un ademán desganado. Parecía exhausto. La travesía del desierto le estaba arrebatando las pocas carnes que tenía; se le marcaban los pómulos, horizontales y filosos, y sus cicatrices se notaban más que antes. Sin duda, se dijo Dunbar, a él sí le convendría descansar de las marchas a caballo y dejar que un ballenero en ruta hacia el norte le acercara a su Paraíso.

Dunbar se retiró al rincón que había buscado para dormir, pero era aquella una de las noches en que le resultaba imposible conciliar el sueño. Apuró el café, ya frío, y lio un cigarrillo. Podía ver todo el campamento. En un extremo se encontraba el lugar escogido por Lucrecia, reconocible por los rescoldos de su lumbre. No distinguió a la mujer y se percató de que no la había visto desde hacía rato. Aún había peregrinos levantados, que cuchicheaban en grupos o se perdían en la oscuridad y regresaban un momento después abrochándose los pantalones. Dunbar se acercó adonde la mujer había dejado sus cosas. El fuego había terminado de apagarse. Allí no había nadie.

Su primer impulso fue el de dar la alarma. Mientras los demás estuvieron discutiendo, un puma podía haber sorprendido a la

hermana del líder de los peregrinos, partido su bonito cuello y luego haberla arrastrado al desierto sin que nadie oyera nada. O un indio mojave solitario y belicoso podía habérsela llevado, a sabiendas de que el cabello rubio de la mujer le permitiría cambiarla por varios rifles. O, simplemente, Lucrecia se había alejado para tener un momento de intimidad. Alrededor de la hoguera no había huellas sospechosas.

Fue en su busca él solo.

No tuvo que alejarse demasiado. Se abrió paso entre matas de creosota hasta el otro lado de un afloramiento ígneo. Se detuvo a escuchar. Le pareció oír una voz masculina. Agachado y con la mano en la culata del revólver, continuó sigilosamente. La voz lo llevó hasta una torrentera seca. Al abrigo que ofrecían las empinadas riberas, había dos personas. Dio un rodeo, bajó al fondo y se acercó por detrás. Reconoció la voz de Trevor. El herrero rodeaba la cintura de Lucrecia con un brazo apretándola contra él. Ella llevaba el pelo suelto. Con la otra mano, Trevor le sobaba los pechos, todavía cubiertos por la ropa interior, mientras mascullaba: Cógemela con fuerza. Mueve la mano como sabes, puta. Sé que te gusta. Os gusta a todas. Solo servís para esto. Más rápido. Tenías muuuchas ganas de volver a estar con Trevor, ¿a que sí? Dímelo. A que sí.

Ella asintió y levantó la cara hacia el herrero para que él le escupiera.

John Dunbar desenfundó el revólver. No había concluido el gesto y ya tenía un arma apuntándole. Lucrecia le había encañonado. Trevor soltó una carcajada.

Puedes quedarte a mirar, dijo el herrero. A lo mejor aprendes algo.

Antes de que Dunbar pudiera responder, habló Lucrecia: Váyase o disparo. Se lo juro por mi familia.

John Dunbar retrocedió. Subió la ribera trastabillando y volvió al campamento. Un rato después vio regresar a Lucrecia, que cogió una toalla y su cantimplora y se alejó de nuevo. También Trevor volvió y se dejó caer sobre su manta. Dunbar no sentía cólera hacia Trevor, tampoco hacia Lucrecia, sino hacia sí mismo. Consideró recoger sus cosas e irse calladamente. Por alguna razón no fue capaz. Se serenó una vez que el campamento se sumió en un silencio perturbado nada más que por ronquidos y resuellos. Fantaseó con la irrupción de una banda de esposas despechadas, armadas con cuchillos de trinchar.

Por la mañana, Grouard los informó de que la Luz se había encendido en sus sueños, alumbrando con una fuerza como nunca él había visto, y le había indicado que todos los amigos continuaran juntos hacia el Paraíso, por el Camino Viejo. Trevor respondió dócilmente que, si tal era el designio de la Luz, nada le complacería más que cumplirlo, pues la Luz siempre los había guiado bien.

Mientras se disponían a partir, Dunbar vio a Grouard y a su hermana discutir detrás de un carromato.

Se pusieron en marcha bajo un cielo recorrido por franjas nubosas que convergían en un punto de fuga en el horizonte, en la misma dirección hacia la que se dirigían los peregrinos, como si el paisaje corroborara y aplaudiera el dictado de la Luz.

Padilla entró en la taberna. Desde hacía unos minutos llevaba el ojo derecho cerrado. Lo abrió y cerró el izquierdo. De ese modo siguió viendo con nitidez pese a haber pasado de la claridad del sol a la oscuridad del local. La barra era un tablón apoyado en dos barriles. Pidió al niño que la atendía una botella de whisky. Bebió un vaso y preguntó al niño si conocía a un hombre llamado López. El niño respondió que el señor López estaba allá en el rincón. En realidad, Padilla ya lo sabía; lo había reconocido en cuanto entró. La pregunta y el demorarse en la barra solo habían tenido el propósito de que López lo viera bien a él.

Cogió la botella y el vaso y se acercó. López bebía de espaldas a la pared de adobe. Llevaba dos cananas cruzadas sobre el pecho, encima de una pelliza de lana teñida de rojo. En la mesa reposaba un sombrero de charro. Habían quedado al mediodía; Padilla había sido puntual pero la botella de López ya estaba mediada.

Padilla le explicó el plan. Había un grupo de peregrinos que se dirigía a la costa. El líder era un loco religioso. Pertenecía a una familia del este, gente muy rica. Pretendía crear lo que llamaba un Paraíso, en algún rincón conocido solo por él. Estaba dispuesto a malgastar todo su dinero. En un carro transportaba una caja de caudales más grande que esos barriles. Los peregrinos llevaban mucha ventaja pero él podía seguirles el rastro, y López y los suyos acabar con ellos.

Mientras escuchaba, López apretaba los dientes y sufría pequeñas convulsiones, como si las palabras del guía fueran causa de hilaridad y se esforzara por contener un ataque de carcajadas. Era el jefe de una banda conocida como Los Que Ríen.

Los peregrinos embocaron con alivio la Cañada de las Uvas y divisaron las ruinas del fuerte Tejón, dañado por el gran terremoto de 1857 y luego abandonado por el Ejército. Habían tirado parte de los enseres para hacer sitio en los carromatos a tres heridos. Mientras sorteaban los montes Tehachapi habían sufrido un ataque por sorpresa: hombres blancos que abrieron fuego desde el abrigo de un risco. Los peregrinos no pudieron más que huir al galope. Dunbar creía que habían sido mesteñeros, cazadores de caballos salvajes que operaban en la zona y que habían tomado a Grouard y los suyos por

un grupo rival.

No había empalizada ni muro que rodearan el fuerte, nada más que un grupo de edificaciones, de adobe y madera, formando un cuadrángulo alrededor de la antigua plaza de armas. Los peregrinos se repartieron por ellas. De algunas de las casas apenas quedaban los muros, pero otras habían sido reconstruidas en el intervalo que medió entre el terremoto y el momento en que la Caballería de Voluntarios de California arrió la bandera y se largó de allí, y los peregrinos no ocultaron la satisfacción de sentirse a cobijo por primera vez desde que empezó su viaje.

Por la noche se volvió a discutir acerca de los retrasos. Grouard no podía explicarlos todos como dictados de la Luz. Fallecido su padre, Grouard era el responsable de las cuantiosas propiedades de la familia. Cuando los peregrinos pasaban cerca de poblaciones donde paraba la diligencia o había oficina de telégrafo, se detenían para que su líder enviara al este un mensaje que demostrara que continuaba con vida y para comprobar si le esperaba alguna improbable misiva en la que los administradores le informaran del estado de sus cuentas. Se trataba de una cuestión ya debatida y que Grouard consideraba justificada y zanjada, pues era su dinero el que mayormente financiaba la expedición al Paraíso; no obstante, Trevor volvió a traerla a debate.

Dunbar había escogido una construcción de la que solo quedaba una pared con el rectángulo vacío de una ventana en el centro y una alta chimenea que en su momento había ascendido hasta lo alto de un empinado tejado a dos aguas. Empleando ladrillos de adobe desprendidos, había hecho un cerco donde encender una lumbre. Los últimos días habían sido solitarios, atravesando un paisaje insípido y evitando a los peregrinos; en especial a Lucrecia y a su hermano. Como compañera de cabalgada había elegido a la desmemoria.

Poco después de que los peregrinos empezaran a discutir, una silueta pasó frente al hueco de la ventana. Lucrecia dobló el extremo de la pared y se plantó frente a él.

John Dunbar, ¿comparte usted las mujeres con otros hombres?

Al cabo de unos segundos él respondió que jamás lo hacía.

En ese caso, dijo ella, puede pedirme lo que quiera.

Vaya por su diario.

Si es lo que desea…

Él asintió y ella se cubrió la cabeza con un chal antes de salir del cobijo de la pared. Dunbar no sabía qué hacer. Su caballo masticaba cerca del fuego. Dunbar echó leña a las llamas.

Lucrecia no tardó en estar de vuelta. Tomó asiento junto a la hoguera. Estrechaba el diario contra el pecho.

Lea, dijo Dunbar.

Ella abrió lentamente el diario. Pasó las páginas. Localizó una entrada. Leyó el comienzo para sí.

Esta no, dijo mirando a Dunbar.

Él aguardaba con la garganta seca. Ella se humedeció el índice con la lengua y pasó más páginas. Encontró otra entrada. Miró de nuevo a Dunbar, suspiró y empezó a leer.

Jueves, 2 de mayo de 1872

Todavía el desierto. Mientras cabalgaba hoy, me he preguntado por qué la reserva de buenos sentimientos de que disponemos para dedicar al prójimo y a nosotros mismos es tan parca, mientras que la de los sentimientos innobles parece inagotable, un cáliz mágico cuyo amargo contenido se reproduce por mucho que de él bebamos, siempre desbordante.

De los tiñosos junto a los que marcho, la única excepción la encarna nuestro guía. No es alguien a quien prodigue yo mis buenos sentimientos sino alguien que podría causar que tan improbable hecho se diera. Durante las fatigosas jornadas a caballo, me distraigo imaginando cómo algo así podría suceder. ¡Oh, imaginación, el don de Aglaya, la bellísima entre las Gracias, regalo más necesario en estos días que el agua y la sombra, qué sería de mi cordura sin ti!

No me causa remordimiento pensar de semejante manera. ¿Qué menos nos podemos conceder a nosotros mismos, que transitamos parajes tan insolidarios para con los hijos de Dios, que dejar de recriminarnos por ciertas ideas y conductas?

Hizo un alto. A Dunbar le pareció que ella se había ruborizado. Quizá solo fuera la cercanía de las llamas.

No sé si esto es de su interés.

Continúe, por favor.

Mientras escribo estas líneas veo a nuestro guía —¿no soy absurda al no emplear su nombre, como si hacerlo representara una exhibición de intimidad? ¿Por qué no puedo cesar de contradecirme? ¿Acaso no me acabo de jactar del cambio de actitud que estoy viviendo en este viaje?—, que, a la luz del fuego, lee su desvencijado ejemplar de la *Ilíada*. ¿Cuántas veces lo ha releído? En ocasiones, acaricia una línea con el dedo, como si deseara aumentar la emoción que le producen las palabras de Homero sintiendo la leve rugosidad de la letra impresa.

Nada tiene que ver ese hombre con los que le rodean, tristes

sombras en comparación. Él, su caballo, su fuego y su libro se dirían un fragmento restaurado en el centro de un cuadro antiguo, oscurecido por el tiempo, el humo grasiento de las velas y el toqueteo de manos en demasía. Quisiera yo empuñar unas tijeras, hundirlas en el lienzo, recortar ese trozo y guardarlo, a salvo entre las páginas de este diario. Así podría contemplarlo siempre que fuera mi deseo. Incluso bajo el inclemente mediodía, abriría este cómplice mío de papel y vería un charco de noche en el que baila un fuego, un caballo agita las crines recién cepilladas y nuestro guía resigue un verso con su índice calloso.

Lucrecia se detuvo. Dejaron transcurrir unos segundos en silencio. Ella había vuelto a cerrar el diario, que descansaba sobre su regazo.

Jueves, dijo él.

Sí, el 2 de mayo.

Eso que ha leído pasó aquel día.

No escribí apenas sobre lo que pasó, como ha podido escuchar. Supongo que sería un día más de marcha, igual que tantos otros. Sin incidentes reseñables, según mi criterio tan poco de fiar.

Pero eso que dice que pensó, lo pensó aquel día.

Ella dijo que sí.

Yo no recuerdo nada de ese jueves. Ni de lo que hice ni de lo que pensé. Y usted ha escrito que cepillé a mi caballo y leí la *Ilíada*.

Todos los días cepilla a su caballo. Y muchas noches lee a Homero.

Pero, como usted lo ha escrito, puedo estar seguro de que aquel día lo hice.

En efecto, dijo ella, divertida.

Entonces aquel día existió.

Lucrecia soltó una carcajada cantarina que a él le hizo sonreír. Dunbar se sentía bobo pero no le importaba.

Por supuesto que existió, dijo ella.

Las sonrisas se les quedaron fijadas a los labios.

¿Ha cenado?, preguntó él.

Ella dijo que sí.

¿Quiere café?

Prefiero whisky.

¿Y luego me leerá lo que escribió otro día?

¿Cuál? No todos los días escribo acerca de usted.

No me importa. Uno cualquiera.

De acuerdo, John.

Él fue en busca de la botella de licor y ella se dedicó a elegir otra

entrada del diario. Mientras tanto, nosotros retrocedamos sigilosamente entre las ruinas, dejemos atrás el concurrido círculo en que los peregrinos proseguían su discusión, alentados por el calculador y levantisco herrero Trevor, vayamos más allá de los antiguos corrales donde la caballería albergó camellos traídos de las costas del Mediterráneo para emplearlos como bestias de carga, adentrémonos en la oscuridad poblada por coyotes y arañas, y pese a lo ingrato de esta compañía y del frío de la noche, tratemos de guardar silencio y respetar el merecido momento de paz e intimidad de John y Lucrecia.

Dos semanas después, Padilla y Los Que Ríen llegaron al fuerte Tejón. Para aquel entonces, la banda la integraban ocho hombres y cuatro mujeres, además de su líder, López. El antiguo guía de los peregrinos no creía necesaria tanta gente ni de ralea tan traicionera para hacerse con la caja de caudales de Grouard, pero sí para enfrentarse a John Dunbar, del que no le había hablado a López ni pensaba hacerlo. No obstante, se arrepentía de haber buscado la complicidad de la banda.

Los Que Ríen cabalgaban entre carcajadas. Trataban de contener los ataques de risa apretando los labios e incluso sellándose la boca con las manos; siempre el cuello tenso y la cara congestionada. Durante los intervalos en que lograban retener la risa, miraban de soslayo con expresión angustiada, como si de pronto padecieran vergüenza, hasta que otro ataque los acometía. Pese a la juventud de algunos de ellos, que no llegaban a los veinte años, todos tenían la cara recorrida por arrugas marcadas y patas de gallo.

Las risas incesantes, que ni siquiera concedían tregua por la noche, exasperaban a Padilla, que arrancó dos jirones a su manta y se taponó con ellos los oídos. No era el único al que las risotadas estaban arrastrando al desquiciamiento. Un caballo se encabritó hasta derribar a su jinete, y una vez este en el suelo, la bestia arremetió contra él a coces. Durante una tormenta repentina en que los truenos compitieron en estridencia con las carcajadas, un rayo trifurcado bajó del cielo y cada uno de sus brazos achicharró a uno de Los Que Ríen.

La mañana del día en que llegaron al fuerte habían encontrado unos cadáveres: dos de los mesteñeros que atacaron a los hombres de Grouard, abatidos por John Dunbar cuando cubría la huida de los demás. De los cuerpos poco quedaba tras el paso de las alimañas. Los Que Ríen se abalanzaron sobre los restos en busca de armas y munición. No encontraron más que un puñado de balas, que repartieron de acuerdo a un criterio que a Padilla se le escapaba. Los agraciados las sostuvieron en la palma de la mano como si fueran pepitas de oro; riéndose, claro está. Las besaron antes de insertarlas en

sus cananas. El calor y las carcajadas les habían cuarteado los labios; sus besos mancharon las balas de sangre. Padilla se había percatado de que el único momento en que dejaban de reír era cuando él empuñaba su rifle de caza y apuntaba a alguna presa que les salía al paso; se hacía entonces un silencio expectante.

Acamparon en las ruinas del fuerte. Desoyendo a Padilla, partidario de la discreción, Los Que Ríen apilaron madera y prendieron una hoguera donde se podría haber asado un buey. Uno de ellos había tropezado con un cráneo de camello en un corral, y caminaba alrededor del fuego sosteniéndolo en alto sobre la cabeza, encorvado y levantando las rodillas hasta el pecho. Los demás se retorcían de risa.

Padilla reunió valor para preguntar a López por la causa de semejante hilaridad. Al jefe de la banda, la cara le brillaba por las lágrimas. Respondió con un discurso entrecortado.

Nos reímos porque hemos descubierto a los dioses únicos y verdaderos de esta tierra. Plomo y Pólvora son Sus nombres. Ellos nos gobiernan. Sin cesar nos provocan para apretar el gatillo y permitir Su cópula. El dios Plomo hiere o mata. Engendra así el odio y el ánimo de venganza que contraen nuestro índice perpetuando el ciclo. Solo somos súbditos ignorantes a Su servicio, carentes de albedrío. Ciegos, llamamos tierra de libertad al suelo que pisamos. Si moramos aquí no es con otro fin que el de permitir el estallido de Pólvora y el vuelo de su consorte Plomo, que el de vernos ensordecidos por Ella y atravesados por Él. Todo conduce a detonaciones, ineludibles e inagotables. Los Que Ríen hemos recibido la cruel revelación, y reír es nuestro modo de llorar, porque unos hemos sido traídos para disparar y para morir, y otros nada más que para morir. Y no solo nosotros estamos aquí al servicio de Plomo y Pólvora. También nuestros caballos, y aquellas montañas y los huesos bajo tierra y hasta tus ladillas, explorador.

Padilla buscó un cobijo lo más alejado que pudo de la banda. Se tapó los oídos con los trozos de manta y se ovilló para tratar de dormir, sabedor no obstante de que sus esfuerzos serían en vano.

Al norte, los peregrinos se disponían también a pernoctar. Grouard vio a John Dunbar y a Lucrecia retirarse juntos, como ahora hacían cada noche. Durante las dos últimas semanas, había tenido que lidiar en solitario con la oposición de Trevor.

Grouard no había contado con ese acercamiento del guía a su hermana, circunstancia que distaba de ser de su agrado y suponía una traba para el viaje al Paraíso. La Luz tampoco se lo había anunciado. Se consolaba cavilando que quizá se pudiera levantar un Paraíso sin mujeres, pero no sin una serpiente; en su caso, un basilisco. Al

acostarse rezó por la visita de la Luz y por que esta le corroborara la debida marcha de las cosas.

Poco después de cerrar los ojos, la Luz se encendió en su interior. Como en otras ocasiones, Grouard se vio sentado en el centro de una amplia sala a oscuras, similar a un teatro. Sobre él brillaba el haz de la Luz, donde flotaban partículas de polvo y que iluminaba un amplio rectángulo que abarcaba su campo visual. Miró ilusionado a su alrededor. Vislumbró a otras personas sentadas en la sala, atentas todas a lo que la Luz les fuera a mostrar. Sin duda, conversos como él, amigos destinados también a emprender la ruta al Paraíso, si no lo habían hecho ya. En el rectángulo, la Luz pintó formas.

Vio a un hombre y a una mujer en el porche de una cabaña, en la cima de una colina empinada. Él era alto y robusto. Ella vestía pantalones negros, blusa de seda amarilla y un pañuelo rojo anudado al cuello. Los colores de su ropa y de todo lo demás eran más intensos que los de la vida misma. Y aquel hombre era John Dunbar y aquella mujer era Lucrecia.

Las expresiones de ambos eran graves, si bien el alivio comenzaba a brotar; acababa de tener lugar algún trance durante el que habían silbado las balas. Ella arrojó su revólver al pie de la colina, desde donde un nutrido grupo de hombres atemorizados los observaba. Vestían estos ropas severas, blancas y negras; se dirían hombres de religión, quizá peregrinos. El hombre y la mujer descendieron unas escaleras y a continuación la colina. Se alejaron del grupo sin dignarse dirigirles la palabra. Pasaron bajo una cascada cuyas aguas los empaparon, limpiándolos de cuanto hubiera sucedido en el pasado, y entonces, una vez purificados y lejos de la vista de todos, se unieron en un largo beso, mientras desde algún lugar una dulce voz femenina cantaba:

What if you go, what if you stay, I love you
But if you're cruel, you can be kind, I know
There was never a man like my Johnny
Like the one they call Johnny Guitar

GENUINAS AVENTURAS EN EL LEJANO OESTE

Antes de separarse, Jon se despertaba los lunes por la mañana como si saliera de una pesadilla. El fin de semana había quedado atrás, los niños volverían al colegio y él iría al trabajo, donde podría ver a Emilia. Al principio le había bastado con cruzarse con ella en el comedor de la refinería e intercambiar saludos. Si había suerte, coincidían a la hora de salida y él se ofrecía a llevarla en coche para que ella no tuviera que tomar el autobús de la empresa, que hacía un recorrido tortuoso antes de dejarla en su casa. Los dos vivían en Algorta. Que volvieran juntos no tardó en convertirse en un hábito. Se esperaban el uno al otro en los tornos de la recepción. Una tarde Emilia le dijo que algunos compañeros empezaban a murmurar sobre ellos. Él se encogió de hombros, como si no le importara la opinión de los demás, aunque le enorgulleció que pensaran así.

La casa de Emilia no le quedaba de camino; tenía que dar un rodeo y ella se daba cuenta. Paraba en doble fila delante del portal y seguían hablando, vueltos uno hacia el otro, conscientes del paso del tiempo, marcado por el tictac de las luces de emergencia. Ella toqueteaba una pulsera contra el mal de ojo comprada en Atenas. Luego dos besos en las mejillas. Si era viernes o víspera de vacaciones, un abrazo (tic-tac…). Si estaban alegres y habían ido riéndose, un abrazo también (tic-tac, tic-…). Lo mismo si alguno había reconocido no encontrarse bien de ánimo o se habían hecho una confidencia (tic-tac, tic-tac, tic-tac…).

Las primeras fantasías fueron cándidas. Él imaginaba que bebían whisky en la terraza de un restaurante después de haber cenado juntos. Olas que rompían mansamente en una playa de guijarros. Chalupas varadas. Pulpos recién pescados colgando de cuerdas tendidas entre postes. Hablaban, escuchaban, nada más. Tiempo suspendido. Los compromisos que los ligaban a lo que había más allá de la sencilla terraza no vedados sino inexistentes.

Él necesitaba esos ensueños tanto o más que las conversaciones en el coche con Emilia. Eran asidero, medicina, perspectiva y fuente de aliento. Sin embargo, se ceñía a la terraza, a las servilletas arrugadas,

al postre compartido y a un segundo whisky. A pesar de los abrazos, no especulaba sobre el peso del cuerpo de ella encima del suyo. Contendían en él la chifladura adolescente y un sentido de la responsabilidad enraizado y abarcador, recorrido por vetas de podredumbre.

Lentamente, fueron rezumando las fantasías sexuales. Ella, claro está, era más joven que su mujer.

Sin embargo, hasta después de que él se hubo separado, nunca pasaron de tres infantiles tictacs. Durante bastante tiempo, asoció a Emilia con el coche.

Un sábado por la mañana, de camino a Bilbao con la familia para hacer compras:

¿Por qué aceleras tanto de repente?, le preguntó Katharina.

Él levantó el pie del pedal.

¿En qué estabas pensando?

En nada.

Ahora, Jon, sentado detrás del volante, miró hacia el asiento de al lado y allí estaba ella, igual que en aquellos primeros días. La luz de la pantalla iluminaba a Emilia, el ceño levemente arrugado, media sonrisa de asombro. Por la radio, sintonizada en la frecuencia que les habían dado al comprar la entrada, sonaba el tema central de la banda sonora de *Johnny Guitar*. En la pantalla del autocine, Joan Crawford y Sterling Hayden pasaban ante los hombres estupefactos que habían presenciado el tiroteo final y, una vez a solas, se estrechaban en un beso. Apareció el rótulo de *The End* junto con la pintura de un águila de cabeza blanca: el emblema de Republic Pictures.

En el asiento trasero, la hija de Jon se había quedado dormida entre patatas fritas desparramadas y envoltorios de hamburguesas, y su hijo jugaba con una videoconsola portátil. Los coches a su alrededor se fueron poniendo en marcha. Comenzó un desfile hacia la salida.

¿Te ha gustado?, preguntó Jon.

Bastante, dijo Emilia. No ha sido lo que esperaba.

La niña se revolvía por el movimiento. El niño continuaba enfrascado en el juego, con los auriculares puestos. Su padre no se molestó en preguntarle qué le había parecido la película. Les había divertido comprar la cena sin bajarse del coche y ver cómo los otros vehículos se disponían mirando hacia la pantalla, pero el interés de los niños se había esfumado al cabo de un par de escenas.

Habían pasado la semana anterior en San Francisco, donde él había ejercido de guía y los había llevado a los sitios que frecuentaba cuando vivió en la ciudad hacía años. Durante las dos semanas siguientes iban a recorrer en coche el oeste de Estados Unidos. Jon

había publicado un libro de relatos de temática wéstern. Un motivo del viaje era recopilar documentación para una segunda parte. Asimismo era un viaje que Emilia y él habían esperado largamente, aunque nunca entró en sus planes que los niños los acompañaran.

Por la tarde habían visitado el lago Tahoe, donde lo que más les había impresionado a sus hijos —de cuatro años (ella) y de nueve (él) — fue el brillo de las partículas de mica entremezcladas con la arena de las playas y el tamaño de las hormigas rojas que se abalanzaban sobre la basura que habían dejado los turistas. Jon tomó nota de su preferencia por lo pequeño ante lo grande. No dedicaron comentarios al horizonte montañoso ni a la ostentosidad de los yates y las mansiones.

¿Queréis que nos quedemos aquí uno o dos días?, les había preguntado.

Habían decidido que el viaje fuera improvisado, sin itinerario fijo, con la salvedad de algunos lugares concretos que Jon quería conocer para su libro.

No.

No.

Seguro que encontramos un sitio que nos guste a todos, dijo Emilia mientras se untaba protector solar en las piernas. Había dudado entre el protector y el repelente de mosquitos. Estaban en agosto. Sentada en el tronco de un pino caído, se había subido el vestido de verano para ponerse la crema.

Los niños no le devolvieron la sonrisa, empecinados en mantener una actitud ambivalente con ella. Volvieron a las hormigas. Empujándolas con palitos, las forzaban a ir por donde querían. Los insectos alzaban las patas delanteras y abrían las mandíbulas como osos enfurecidos.

Tras salir del autocine, hicieron en silencio el trayecto de vuelta al motel, en las afueras de Carson City. De tan satisfecho como se sentía, Jon ni siquiera tenía la necesidad de hablar sobre *Johnny Guitar*, algo que gustosa y largamente podría haber hecho. Estaba congraciado con el presente. La presencia de los niños no aguaba el sentimiento. En realidad, lo mejoraba. No había tenido que excluirlos para alcanzar el bienestar; les había encontrado acomodo en él.

En la época inmediatamente anterior a la separación y también después, se había dicho que lo único que quería hacer era estar solo. Dejó el trabajo en la refinería, que tampoco era de su agrado, le dio la espalda a todo el mundo e incluso le negó a Emilia el papel de incitadora involuntaria. Buscaba nada más que la soledad. Y eso hizo, aunque menos tiempo del que había esperado.

Durante una de sus últimas conversaciones con Katharina cuando

aún eran pareja, él había comparado la separación con un fruto que se desprende del árbol una vez alcanzada la adecuada madurez. Ella se había apresurado a desarrollar el símil; le habló de la caída, del golpe, de la magulladura, del comienzo irremediable de la putrefacción. Él no había respondido, regalándole el tanto. En realidad, ya había pensado en todo eso; sí, habría dolor, habría daños, algunos puede que permanentes, pero el símil también podría tener otra conclusión: una mano que recoge del suelo el fruto recién caído, lo limpia y se lo lleva a la boca. Solo podía pensar en el gozo de ser devorado. La imagen aunaba sus anhelos predominantes en aquel momento, a priori irreconciliables: por un lado, dar placer y recibirlo; y por otro, desaparecer.

Ocupaban dos habitaciones contiguas en el motel; una para él y Emilia, y otra para los niños. Llevaban haciendo lo mismo desde el inicio del viaje. Para los niños, ese aperitivo de independencia estaba siendo lo mejor de Estados Unidos, sin comparación con nada más de lo que habían hecho hasta el momento. En cuanto el coche se detuvo, corrieron a su cuarto.

Poneos el pijama, les dijo Jon por la ventanilla. Pasaré a veros dentro de un rato.

Buenas noches, chicos, les dijo Emilia.

No respondieron. La puerta se cerró de golpe. Un segundo después atronaba la televisión.

Se quedaron un momento más en el coche, sin decir nada, mirando al frente, respirando despacio.

¿Vamos?, preguntó ella.

Entra tú. Yo limpiaré esto.

Emilia fue a la habitación y él se quedó a recoger los restos de la cena y a frotar con un trapo que encontró en el maletero las manchas de grasa y de kétchup de la tapicería. Tiró la basura a un contenedor que había al final de la hilera de puertas. De regreso, atisbó entre las cortinas de la habitación de los niños. Miraban el televisor despatarrados en las camas. No se habían puesto el pijama. Ni siquiera se habían descalzado. Llamó a la puerta. Abrió el niño.

No has preguntado quién era.

Dijiste que ibas a pasar. ¿Quién iba a ser?

¿Tenéis hambre? ¿Habéis cenado suficiente?

Asintieron, los dos mirando la pantalla.

Poneos el pijama y cepillaos los dientes. Volveré a pasar luego.

Vaaale.

Pese a los preparativos, pese a las argumentaciones internas y las públicas, al final había sido Katharina la que dio el paso y propuso la separación. Y él se quedó perplejo, como si un oponente inofensivo le

hubiera vencido en un juego que él creía dominar. Pero pronto le restó importancia. El resultado era el mismo. Una racha de viento había sacudido la rama y hecho caer el fruto, en lugar de que este se desprendiera por sí solo.

Llamó suavemente a su habitación. Emilia abrió ocultándose detrás de la puerta. Estaba en ropa interior.

¿Todo bien?

Sí, lo normal, dijo él.

Emilia se sentó en el borde de la cama y se aplicó crema contra las picaduras en las piernas.

No me digas nada. Ya sé que tendría que ducharme antes. Pero si no se me calma el picor me voy a despellejar.

Él se tumbó en la cama.

¿Qué miras?, le preguntó ella por encima del hombro. Los mosquitos se han cebado conmigo.

No te rasques. Te miro a ti.

Era algo que no se cansaba de hacer. El cambio de entorno, además, intensificaba el ansia por observar, como si Emilia también fuera objeto de documentación. Tomaba nota de sus mohínes, de sus gustos, de sus querencias, de sus dependencias, de sus límites, de sus ciclos.

Túmbate conmigo.

Estoy pegajosa.

Ven aquí.

Se abrazaron. Suspiraron a la vez.

Oían el televisor de la habitación de los niños saltar de un canal a otro y, de cuando en cuando, el golpe de algo dejado caer al suelo.

No conecto con ellos, dijo Emilia. Y llevamos una semana de viaje. ¿Hago algo mal?

Nada. Son ellos los que no quieren conectar contigo. Ya espabilarán.

¿No estás preocupado?

Él le aseguró que no. No habían viajado hasta allí para preocuparse. Lo que sucedía entraba dentro de lo normal y lo previsible, dijo.

En cualquier caso, no estaba dispuesto a hacer suya la preocupación de Emilia, que sin duda se mitigaría al cabo de poco tiempo. Estaba aprendiendo a sacudirse de encima las ansiedades. Pensaba menos, o concentraba los pensamientos en lo que él creía que era verdaderamente provechoso.

¿Qué hacemos mañana?, preguntó ella.

Jon quería ir al lago Pyramid para documentarse. En sus

alrededores se había librado, en 1860, la llamada guerra Paiute, en la que los paiutes del norte asaltaron varios asentamientos de colonos. Las hostilidades culminaron un periodo de tres años de tirantez, durante el que los nativos vieron cómo los colonos les privaban de su espacio y consumían el agua de los preciados pozos del desierto. Cuando los indios se levantaron en armas, los colonos respondieron organizando una milicia. Jon pensaba que el episodio podría servirle como fondo para un relato. Dijo que el lago estaba cerca.

¿Se parece al Tahoe?

Le aseguró que no.

¿Nada de yates horteras?

A Emilia le había horrorizado la hiperpoblación del Tahoe: las playas privadas atestadas de adolescentes tatuados, las lanchas motoras, los equipos de música con el volumen al máximo. Un yate apto para travesías transoceánicas había echado el ancla cerca de la orilla y un hombre con un bañador de color berenjena y la camisa desabotonada había llevado en bote a la playa a dos galgos para que hicieran sus necesidades.

Nada de eso.

¿Se lo has dicho a los niños?

Él resopló.

No. ¿Para qué? Joooder, ¿otro lago? Ya hemos estado hoy en uno, dirán.

Sin dejar de abrazarse planearon el día siguiente. Harían un pícnic. Jon estaba emocionado. Era una de las paradas del itinerario en que tenía puestas más expectativas. Ya estaba dando forma al relato que quería escribir. Una vez que avanzara el proceso, el escenario del Pyramid se amoldaría al relato ideado, más que al contrario.

En la última época de su matrimonio —una época excesivamente larga, tal como ahora la recordaba— en su cabeza se interpretaban melodramas desaforados con él y Katharina como protagonistas. Sin apenas esfuerzo, diríase que por sí sola, la imaginación echaba a rodar, igual que un coche en punto muerto por una pendiente, desplegando discusiones, ojos desorbitados, desplantes, dedos como zarpas y portazos. Y entonces, de pronto, Katharina, que había estado allí todo el rato, a su lado, enfrascada en sus propios asuntos, le preguntaba con toda naturalidad qué le apetecía cenar, y el retorno brusco a la realidad —una realidad átona, regida por una inmovilidad tensa y temerosa— lo dejaba aturdido y algo decepcionado. Jon creía ahora, no sin desmayo, que, si su capacidad para imaginar fuera menor, no disponiendo de aquellos sucedáneos de catarsis, la separación habría llegado antes y al cabo de mucho menos desgaste.

En la habitación de al lado el televisor llevaba un rato inmóvil en

el mismo canal y no se oían más ruidos.

¿Se habrán dormido?, preguntó ella.

Puede.

¿Vas a ver?

Enseguida.

La besó. Empezaron a acariciarse.

Es verdad. Estás pegajosa.

La presencia casi constante de los niños daba un valor inusitado a momentos como aquel.

Sonó el móvil de Jon.

Él miró la pantalla. Luego su reloj. Dudó. Contestó finalmente. Pero antes se levantó de la cama. Fue hasta la ventana. No podía alejarse más. Era Katharina.

¿Qué tal estáis?, preguntó ella. Su voz sonó muy clara.

Bien. ¿Qué haces llamando a estas horas? ¿Qué hora es ahí? ¿Las cinco de la mañana?

No podía dormir. Y he pensado que ya habríais cenado y que podríais hablar. Que no molestaría.

Estamos bien, repitió él. A su espalda, Emilia se levantó de la cama y entró en el cuarto de baño.

¿También los niños?

Sobre todo los niños.

Me gustaría hablar con ellos.

Creo que están dormidos.

¿Siguen teniendo una habitación para ellos solos? No sé si me convence.

¿Me ofreces alguna alternativa?

Al cabo de unos segundos, ella dijo: ¿Cuidas de que coman bien? La pequeña, sobre todo, no tiene que abusar de…

Te recuerdo que están aquí porque, en el último momento, dijiste que no podías quedarte con ellos. Así que no me digas cómo tengo que hacer las cosas. Los críos están bien.

Genial. Te has enfadado. No es lo que quería.

Él dejó pasar uno, dos, tres segundos.

¿Sigues ahí?, preguntó ella.

Voy a ver si se han dormido.

Salió de la habitación y llamó suavemente a la puerta de los niños. Luego más fuerte. Abrió la puerta la niña, con los ojos vidriosos, comiendo una chocolatina. La habitación estaba iluminada solo por la pantalla del televisor, sintonizado en un canal de teletienda. El niño dormía. Se había quitado las zapatillas de deporte pero no se había puesto el pijama.

¿De dónde has sacado esa chocolatina? No importa. ¿Quieres hablar con ama?, dijo ofreciéndole el teléfono.

Antes de que la niña pudiera cogerlo, él se lo acercó otra vez a la oreja.

Te dejo con ellos. ¿Querías algo más?

No, respondió Katharina. Bueno… No importa. Seguid disfrutando.

Jon le dio el teléfono a la niña, que se sentó en cuclillas sobre la cama para hablar. El niño se despertó.

¡Es ama!, le dijo ella, y él saltó a la otra cama. Pronto empezarían las pugnas por hacerse con el teléfono.

Jon apagó el televisor y miró por la ventana cruzado de brazos, dándoles la espalda.

Puedes irte, le dijo el niño. Te llevo luego el móvil.

No importa. Espero.

Los niños acometieron el relato a borbotones de un viaje que no parecía el mismo que él estaba haciendo. Lo que veían, oían y recordaban guardaba poca relación con lo que él había visto, oído y anotado en su cuaderno. Esa tarde, contaron entusiasmados, habían visto a tres niñas en un cruce de la carretera. Tendrían unos trece años y las tres iban en bikini. Cada una sostenía una cartulina donde, con letras de purpurina, anunciaban un servicio de lavado de coches. Tenían un reproductor de CD y bailaban al ritmo de la música, mostrando los carteles a los vehículos. Parecían divertirse muchísimo. Su entusiasmo era desmedido, recordó ahora Jon.

Tenían tetas, dijo el niño. La que estaba en el medio la que más.

Jon veía las caras de los niños reflejadas en el cristal de la ventana; nada más que las caras, azuladas, iluminadas por la pantalla del móvil.

A ratos la narración se interrumpía y entonces el que tenía el teléfono no hacía sino musitar asentimientos y el otro se quedaba cabizbajo, conteniendo las lágrimas. Su madre les decía que les echaba de menos, les aguaba el buen humor, y el enfado de Jon aumentaba.

Vio a Emilia salir de su habitación y cruzar el aparcamiento.

Emilia se había puesto una camisa y unas sandalias, y cogido su móvil y el tabaco. Al otro lado del aparcamiento, el motel tenía un pequeño parque infantil con suelo de grava. Se sentó en el columpio y encendió un cigarrillo. Las cadenas chirriaron.

Nunca había estado de vacaciones con Jon y los niños. Habría preferido que la primera vez fuera más sencilla, sin tener que atravesar el Atlántico, y luego un continente, y luego embarcarse en un periplo en coche sin itinerario fijo. No conseguía que los niños le cayeran bien. Le habían causado desagrado desde antes de conocerlos,

cuando Jon todavía estaba con su mujer. Entonces alguno de los críos había cogido piojos en el colegio y se los había pasado al padre. Luego él, una tarde, al despedirse de ella con un abrazo —uno de aquellos abrazos que Jon tenía en una estima tan exagerada— se los pasó a ella. Emilia nunca había tenido piojos. Sus hermanos sí, sus amigas también, pero no ella. No entendía por qué le picaba la cabeza; tanto que podría haberse arrancado el cuero cabelludo a fuerza de rascarse. Una mañana, mientras se cepillaba el pelo en el cuarto de baño, cayeron dos piojos al lavabo. Se quedó mirándolos, primero incrédula y a continuación indignada. Cuando se lo contó a Jon, él se deshizo en disculpas, muy avergonzado. ¿Qué podía hacer para compensarla? ¿Hacer? ¿Qué coño iba a hacer? Pues ponerse un tratamiento y no acercarse a ella hasta que tuviera la cabeza limpia. Claro que Emilia no se lo dijo con estas palabras. Aquella había sido su primera transferencia íntima.

Sentada en el columpio, miró sus emails en el móvil. Necesitaba prestar atención a algo propio.

Correos de sus padres. De amigos. De compañeros de la refinería. Abría algunos, otros no. Nada serio. Leía por encima. Y entre todo ello: un correo de su ex. Sin asunto. Dudó. Encendió otro cigarrillo. El aparcamiento estaba desierto. En la recepción brillaba un flexo sobre el mostrador pero no parecía haber nadie. Lo abrió. Las primeras líneas eran inofensivas, un saludo neutro seguido de la disculpa habitual para escribir a Emilia: habían llegado cartas para ella y se las dejaba en el bar de costumbre. A continuación, «ya que estaban hablando» él le reiteraba su incredulidad pero asimismo su capacidad para perdonar. A medida que avanzaba, la misiva iba naufragando de forma clamorosa y dañina. Cada párrafo era más largo e inconexo que el anterior; se alternaban las promesas, los reproches y las menciones a amigos comunes o a sitios donde habían estado de vacaciones: recordatorios indisimulados de la parte amable de su relación. A Emilia le temblaba el dedo al hacer correr los párrafos, leyendo cada vez menos, hasta llegar a la despedida, igualmente larga y tortuosa. Cerró el mensaje. Jon no había salido de la habitación de los niños. El aparcamiento desprendía un fuerte olor a alquitrán. Una malla metálica de metro y medio de alto lo separaba de la acera. El parque infantil estaba pegado a la valla. Borró el mensaje. Entró en la papelera y lo borró de nuevo.

Hey, sweetheart!

Miró a su espalda. Al otro lado de la valla había un indio. Mediría cerca de dos metros. Llevaba una sudadera de los Chicago Bulls sucia, con agujeros por los que se veía la piel de la barriga, y unos vaqueros también mugrientos. Tenía el pelo recogido en una coleta y una fea cicatriz le bajaba por la mejilla izquierda hasta deformarle el labio. Se

tambaleaba un poco. Para mantener el equilibrio se agarró a la valla. Con la otra mano, le hizo señas para que se acercara.

You have a fag?, preguntó, llevándose los dedos índice y corazón a los labios como si sostuviera un cigarrillo.

Ella no se movió. El indio, que podía tener cuarenta, cincuenta o sesenta años, pero que conservaba unos hombros robustos, le hizo un gesto para que esperara. Tosió, volvió la cabeza y escupió hacia la calzada. Cargó su peso sobre la malla metálica, que cedió un poco.

Sorry. I don't wanna bother you.

Emilia siguió inmóvil. Echó un vistazo hacia la recepción, que continuaba vacía.

Come here, dijo el indio, y repitió el gesto de fumar. *Woah, look at that! You're such a beauty*!

Jon vio cómo Emilia se sentaba en el columpio y miraba el móvil. Ella se había puesto sobre la ropa interior una camisa que la tapaba solo hasta la mitad de los muslos. Balanceaba una sandalia en la punta del pie.

La imagen le hizo recordar la época previa a la separación, cuando ya estaba enamorado de Emilia pero no era del todo consciente de ello. Había descubierto entonces lo erróneo de llamar «la otra» a la amante, o, en su caso, a la mujer que desplaza a la esposa como primer objeto de afecto. Emilia ocupaba el centro de sus pensamientos mientras que Katharina solo era alguien que vivía en la misma casa que él y colaboraba en el cuidado de los niños. En realidad, «la otra» era Katharina. Fue una época de calma, que Katharina malinterpretó como de mejoría. Él estaba más sereno, alegre incluso, lo que encontraba un reflejo en el ánimo de ella. Jon no se sentía culpable al verla contenta por un motivo equivocado, aunque eso le hacía recogerse en sí mismo, como un adolescente enfurruñado por recibir el aplauso de sus padres.

La calle frente al motel estaba vacía salvo por una silueta que se acercaba arrastrando los pies. Ahora la iluminaba una farola, ahora no. Un hombre alto.

Detrás de Jon, los niños seguían hablando con su madre. En cuanto la conversación perdía fuelle, alguno sacaba otro tema, aunque nada tuviera que ver con el viaje; cualquier cosa con tal de no cortar la comunicación.

El hombre alto llegó a la altura del parque infantil. Llevaba coleta. Miraba fijamente a Emilia, que, concentrada en el móvil, no se percató. Al lado de aquel hombre, la valla parecía muy endeble. Jon calculó cuánto tardaría él en llegar hasta el columpio en caso de que sucediera algo. Le distrajo un sollozo.

La niña se había tumbado boca abajo en la cama y lloraba. El teléfono lo tenía el niño, que seguía hablando, aunque nada más que con monosílabos.

Perfecto. Maravilloso. Katharina había conseguido ponerlos tristes. Como si las cosas no fueran ya lo bastante complicadas. Quiso ir a consolar a la niña pero el indio le estaba diciendo algo a Emilia, que por fin había despegado los ojos del móvil. El indio le hacía señas. Se tambaleaba como si estuviera borracho.

Detrás de Jon, el niño colgó el teléfono y rompió también a llorar. Sin despegar los ojos del parque infantil, Jon dio un paso hacia la puerta, la mano estirada hacia la manilla.

Aita… Una voz suplicante.

Emilia se acercó a la valla, pero manteniéndose fuera del alcance del hombre. Jon la vio sacar un cigarrillo del paquete y lanzarlo por encima de la valla. El hombre no acertó a atraparlo. Se le cayó al suelo. Se agachó con dificultad a recogerlo y cuando volvió a erguirse Emilia ya estaba cruzando el aparcamiento a paso ligero, de vuelta a su habitación. Jon oyó cerrarse la puerta. El hombre se alejó calle abajo.

Fue a consolar a los niños. No pasa nada. Pronto volveremos a casa. Y antes vamos a pasarlo muy bien.

No les preguntó qué les había dicho su madre.

Tengo miedo, dijo el niño.

¿Miedo? ¿De qué?

El niño se encogió de hombros. Estaba sentado con las piernas cruzadas y la espalda apoyada contra el cabecero. Había hecho caso omiso del gesto de su padre para que se acercara y pudiera abrazarlo. La niña sí había respondido y se acurrucaba contra él. Al menos habían dejado de llorar.

Dime, ¿de qué tienes miedo?

De estar aquí.

¿En esta habitación? ¿No quieres una habitación solo para vosotros? ¿O tienes miedo de estar en este país?

De todo. No sé.

Yo no tengo miedo, intervino la niña. Yo nunca he tenido miedo de nada.

Eso no es verdad, replicó el niño.

Cuando erais pequeños teníais miedo de cosas muy raras, les dijo Jon, riendo al acordarse.

¿De qué?, quiso saber ella.

Hubo una temporada en que no dormías por la noche porque decías que te daban miedo las mantas.

¡No es verdad!

Sí que lo es, le aseguró su padre.

¡Qué tonta!, dijo el niño.

Y a ti, dijo Jon señalando a su hijo, te daba miedo un cojín que teníamos en el salón. Estaba un poco roto y se le salía el relleno. Te aterraba.

Te inventas cosas. Lo haces siempre.

Jon lo negó tajantemente. Los tres se estaban riendo.

¿Nos cuentas una historia?, pidió la niña.

¿Ahora? ¿No estáis cansados? Hoy hemos conducido mucho.

Nosotros no hemos conducido nada. Una historia.

¿Y luego a dormir?

Los dos asintieron.

¿Qué historia?

Una nueva, dijo ella. De vaqueros. Pero sin sangre.

Si nos cuenta la historia, dijo el niño, la sangre no se ve, tonta.

Yo sí que la veo.

Está bien. Poneos el pijama, cepillaos los dientes y meteos en la cama. Luego os cuento una historia de John Dunbar, sobre cómo conoció a un indio que se llamaba Lengua Azul y cómo fueron enemigos durante muuucho tiempo.

Un rato después Jon salía sigilosamente de la habitación. En la suya aún había luz.

Has venido, dijo Emilia, dejándolo pasar. Pensaba que dormirías con ellos.

Ni se me ha pasado por la cabeza.

¿Algún problema?, preguntó ella.

No. Ninguno en absoluto.

Bueno. Me alegro.

Emilia se había puesto el camisón. Volvió a tumbarse en la cama, donde, aburrida, había estado hojeando la guía de viajes. Jon se desnudó hasta quedarse en calzoncillos. Sacó de la maleta una botella de medio litro de whisky y se la enseñó a Emilia.

Sí, por favor, dijo ella con un suspiro tembloroso.

Jon fue a por los vasos que había en el cuarto de baño y se tumbó. Sirvió el whisky, raciones generosas.

Antes te he visto desde la habitación de los niños. Estabas muy concentrada mirando el móvil. ¿Ha pasado algo?

Ella paladeó el licor y le contó lo del email de su ex.

¿Estás bien?, dijo él.

Emilia tomó otro sorbo.

Sí. La verdad es que me siento mejor. Y ya casi no me pican las piernas.

Entrechocaron los vasos.

En el aparcamiento, el frescor de la noche suavizaba el olor a alquitrán, endulzándolo. La luz de la recepción seguía encendida. Detrás del mostrador, el encargado dormitaba en una silla reclinable abrazado a una novela de bolsillo. Por la calle, iluminado ahora no y ahora sí por las farolas, volvió a pasar el indio de la cicatriz, hablando solo, sin que nadie le oyera.

El lago Pyramid estaba en el interior de una reserva paiute. Se detuvieron a por el permiso de acceso en el Crosby Lodge, un bar-restaurante-tienda de regalos y de artículos de pesca-centro de información-gasolinera situado la orilla oeste. El local se encontraba frente al islote con forma de pirámide que daba nombre al lago.

Las paredes las adornaban fotos de pescadores, de aspecto rudo y cara quemada por el sol, presumiendo de sus capturas, y enormes truchas disecadas, con morros dentudos y un aspecto prehistórico acorde con el sitio donde fueron pescadas. Algunas truchas tenían la boca atiborrada de billetes de dólar enrollados. Los niños se entretuvieron contemplando la parafernalia mientras los mayores compraban el permiso. No había nadie más en el establecimiento. Un encargado obeso les explicó con una parsimonia exasperante y la ayuda de un mapa cuáles eran las normas y los mejores lugares para visitar. A los turistas les gustaba Pelican Beach, en aquella misma orilla y hacia el norte; allí disponían de un buen aparcamiento y rampas para botar embarcaciones. Si preferían un sitio más tranquilo debían ir al sur. No tenían más que seguir la carretera que bordeaba el lago y detenerse donde fuera de su gusto. También les recomendó que, si no conducían un vehículo todoterreno, no abandonaran la carretera. El lago se encontraba en pleno desierto alto.

Sin dudarlo, Jon y Emilia acordaron ir a las playas del sur.

Por el camino, se alegraron de haber seguido el consejo del encargado y comprado una sombrilla. No había ni un árbol alrededor del lago, ni nada más que arrojara sombra, al margen de las rocas y unos parches de maleza baja y amarillenta. El nivel del agua estaba bajo; una franja de barro cuarteado y manchado de sal festoneaba la orilla.

Jon vigilaba a los niños a través del retrovisor. Contemplaban el paisaje con aire desafiante.

¿Qué vamos a hacer aquí?, preguntó el niño.

A mí no me gusta nada, dijo la niña.

Vamos a pasarlo muy bien, les respondió su padre. Eso vamos a hacer.

Dirigiéndose a Emilia, añadió que allí se habían rodado las escenas

del mar de Galilea de *La historia más grande jamás contada*. Ella asintió y nada más. Miraba distraída el paraje descarnado mientras se rascaba las piernas.

Al suroeste del lago dejaron la carretera y se detuvieron en una explanada de arena donde había restos de hogueras. A pocos pasos: una playa grisácea. En cuanto se apagó el motor, se hizo un silencio absoluto.

Bueno, vamos, musitó Jon.

Los niños se negaron a ponerse el bañador. La arena quemaba. No había nada que hacer allí, se lamentaron. Se apropiaron de la sombrilla y se sentaron debajo a jugar con la videoconsola y comer patatas fritas.

Emilia se puso el bikini y fue a nadar. Jon recorrió la playa. Hizo algunas fotos con el móvil para usarlas como documentación, pero sobre todo trató de identificar las sensaciones que le despertaba el sitio. Había grava entremezclada con la arena; era incómodo caminar descalzo. El cielo parecía de oro, igual de refulgente y pesado. No había nadie más. La temporada de pesca no empezaba hasta octubre. Se sentía bien. Le gustaba la aridez.

Alejarse de Katharina había traído consigo hacer lo mismo con unas cuantas personas más. Había experimentado, y continuaba haciéndolo, una suerte de mudanza de los afectos. No había sido algo impuesto; Katharina no le había demandado dejar de ver a sus amistades comunes y estas tampoco le habían hecho saber que no quisieran seguir teniendo trato con él. Sencillamente, él no sentía el deseo de ver a aquellas personas. Algunas eran más amigas de Katharina que suyas, lo que podría explicar su forma de sentir, pero otras eran el caso contrario, e incluso varias eran amistades exclusivas de él. Este efecto colateral de la separación le había sorprendido y seguía siendo un motivo de reflexión, y asimismo de remordimiento, por delante de otros que podrían juzgarse más fundados. El viaje a Estados Unidos y la imposibilidad física de estar con aquella gente aliviaban el resquemor.

Con los pies en el agua, se sentó en una roca. No perdía de vista a Emilia, que se había adentrado en el lago, ni a los niños, que no se habían movido de debajo de la sombrilla. En aquella mudanza de los afectos, al menos, había salvado lo esencial.

Emilia dio media vuelta y nadó hacia la orilla. Jon la saludó con la mano. Ella se puso en pie cuando el agua le llegaba por la ingle.

Está un poco salada, dijo ella.

Se quedaron así, charlando en la orilla. Emilia acariciaba la superficie con la yema de los dedos. El sol la secó rápidamente. Ella se mojaba las manos y se las pasaba por los hombros, entre los pechos y

por el vientre para refrescarse. El agua actuaba como una lupa, agrandaba las picaduras de mosquito en las piernas y un asomo de varices tempranas.

Estás muy guapa.

¿De verdad?, dijo ella sonriendo exageradamente y abanicándose con ambas manos como si el comentario le hubiera provocado un sofoco. Gracias. ¿No te bañas?

Pero antes de que él respondiera, ella dijo: ¿Dónde están los niños?

Jon se volvió hacia la playa. No había nadie debajo de la sombrilla.

Oyeron el motor del coche.

Segundos después, Jon llegaba corriendo a la explanada. Emilia lo seguía a poca distancia. El motor bramaba. El coche estaba metido entre la maleza que bordeaba la explanada. Al volante, el niño aceleraba pisando a fondo. Las ruedas levantaban surtidores de arena pero el vehículo, hundido hasta el bastidor, no se movía.

Jon abrió la puerta y sacó al niño de un tirón. Levantó la mano para darle una bofetada pero logró contenerse. Apretó los dientes. Resopló por la nariz.

¿Qué estabas haciendo?, preguntó muy muy despacio.

El niño, con las manos todavía ante la cara para protegerse, balbuceaba de manera inconexa. En el asiento del acompañante, la niña lloraba, y su hermano empezó a hacer lo mismo. Emilia llegó jadeando. En cuanto se hizo una idea de la situación, apagó el motor del coche y ayudó a apearse a la niña, que se abrazó desesperada a ella.

Entre balbuceos, el niño acertó a decir que no querían hacer nada malo. Se habían cansado de la playa y pensaron que en el coche estarían más cómodos para jugar a la videoconsola, pero que se habían aburrido y él había arrancado el motor, y entonces el coche había dado un salto hacia delante y él se había asustado mucho. Pidió perdón repetidas veces. Cada vez que miraba el coche hundido en el suelo arenoso, se le redoblaba el lloro.

Jon se arrodilló frente a él. Le aseguró que no pasaba nada. ¿Se había hecho daño? ¿No? ¿Seguro? Él no estaba enfadado. Claro que no. Porque no había pasado nada. Sacarían el coche enseguida. El niño dijo que no se podía, que estaba muy atascado.

Claro que se puede, dijo Jon poniéndose en pie. Lo sacaremos entre todos.

Una vez que los niños se calmaron, entre los cuatro arrancaron ramas de los arbustos y las encajaron bajo las ruedas. Emilia se colocó al volante, puso en marcha el motor y metió la marcha atrás. Mientras tanto, Jon se había adentrado en la maleza para empujar desde la

parte delantera.

Cuando yo te diga, acelera despacio. Ahora.

Los niños, muy juntos, los observaban.

El coche hizo un amago de moverse pero se volvió a hundir en el agujero cavado por las ruedas.

¡Para, para! Deja de acelerar.

No había suficiente tracción. Tenían que meter más ramas.

Pero cuando intentaron repetir la maniobra, el coche no arrancó. Jon abrió el capó y se encontró con el motor lleno de arena. Parte se había fundido alrededor de los bornes de la batería.

Miró a los niños. Apretó los labios.

Bueno. Tendremos que pensar algo, dijo mirando alrededor; continuaba sin haber nadie a la vista.

Volvieron a la sombrilla. Jon en primer lugar, tratando de guardar la calma; detrás, Emilia con la niña en brazos; y cerrando la marcha, el niño, que miraba al suelo y se enjugaba las lágrimas. Jon buscó su móvil.

No hay cobertura.

Emilia comprobó el suyo y negó con la cabeza.

¿A cuánto crees que estamos de ese bar, tienda o lo que sea?, preguntó ella.

No lo sé. ¿Diez kilómetros?

Yo diría lo mismo, más o menos. Pero seguro que no hace falta ir tan lejos. Habrá alguien antes, en otra playa o algo así. O podemos tener cobertura antes de llegar.

Él asintió pensativo. Si el coche solo estuviera atascado en la arena, les bastaría cualquiera con un vehículo que pudiera tirar de él, pero con la batería muerta necesitarían una grúa. Emilia se acercó y le dijo en voz baja: No pasa nada. Jon seguía asintiendo y mirando el lago. ¿Me oyes?, insistió ella. Entre tú y yo podemos solucionarlo todo. Es lo que siempre dices.

Los niños se habían refugiado de nuevo bajo la sombrilla. Jon le acarició los hombros a Emilia y sonrió agradecido.

Te estás quemando. Ponte más crema.

Todos tenemos que ponernos más crema.

Con mejor ánimo, Jon les dijo a los niños que se acercarían dando un paseo hasta el bar. Allí pedirían ayuda.

Sí, daremos un paseo, confirmó Emilia poniéndose una camiseta, pero antes comeremos algo, ya es hora.

Mientras los niños masticaban en silencio, los adultos hicieron un aparte.

Podemos ir todos juntos, dijo él, o puedo ir yo solo mientras tú

esperas con los niños. Aquí tenéis la sombrilla y el refugio del coche.

O puedo ir yo, dijo ella, y tú te quedas.

Debatieron si los niños aguantarían la caminata bajo el sol, y cuál de ellos dos —Jon o Emilia— tardaría menos en el caso de ir solo. Finalmente ambos reconocieron preferir que se mantuvieran juntos.

Tenían todo su equipaje en el coche. Cada uno eligió el calzado más cómodo para caminar. Se pusieron camisetas de manga larga, gorras y se aplicaron protector solar con generosidad. Jon y Emilia repartieron en sendas mochilas algo de comida y toda el agua de la que disponían. El resto de sus cosas las guardaron en el maletero y cerraron el coche.

¿Nos van a robar?, preguntó la niña.

Claro que no, le dijo su padre. Aquí no hay nadie. Vamos, en marcha.

Echaron a caminar por la carretera. Eran las dos de la tarde. El calor del asfalto traspasaba las suelas. Jon le dijo a la niña que, si se cansaba, se lo dijera y él la llevaría a hombros.

Estoy cansada.

Todavía no. Espera un poco.

Emilia comprobaba la cobertura del móvil tras cada curva.

Tardaron tan poco en encontrar un grupo de gente que se quedaron perplejos. No debían de haber caminado ni un par de kilómetros. Seguramente, si hubieran estado más cansados, se habrían decidido a pedirles ayuda, pero prefirieron no hacerlo.

Primero vieron una columna de humo. Luego oyeron la música, las voces y las carcajadas. Una docena de mejicanos, todos hombres, había encendido una hoguera en una playa. Sobre las llamas habían colocado una parrilla en la que asaban algo. Había tres todoterrenos aparcados en la orilla. Sobre el capó de uno de ellos sonaba un equipo de música portátil. Todos parecían borrachos o en vías de estarlo. Habían sembrado el suelo de latas de cerveza arrugadas. Uno de los mejicanos orinaba en la orilla.

Emilia miró el móvil.

Todavía nada, dijo. ¿Qué hacemos?

Mejor seguimos, dijo Jon. Si hemos encontrado a estos, encontraremos a alguien más. ¿Vosotros estáis bien?, les preguntó a los niños, que asintieron mirando fijamente a los mejicanos. Vamos, no os paréis.

Varios de los mejicanos los habían visto. El bullicio se acalló. Jon, Emilia y los niños siguieron caminando sin mirar atrás, ni siquiera cuando oyeron gritar: «¡Eh, amigos! ¿Adónde van ustedes? ¿No quieren una cerveza? ¡Hace calorcito!».

Jon iba junto al niño. Emilia llevaba a la niña de la mano. Por fin

doblaron la siguiente curva y entonces sí miraron atrás. Nadie los seguía. Bebieron agua. Jon se subió a la niña a hombros.

En efecto, no tardaron en encontrar a alguien. Al cabo de otro par de kilómetros vieron una moto detenida al borde de la carretera. A poca distancia, un joven hacía fotos en la orilla. Llevaba tejanos, botas de vaquero y el torso desnudo. Tenía el pelo largo, pajizo, recogido en una coleta. Cuando los vio acercarse, bajó la cámara y se acercó a la moto para ponerse la camisa que había dejado colgada del manillar. Este gesto le inspiró confianza a Jon. Tendría unos veinte años y los recibió con una sonrisa. Les preguntó si habían tenido algún problema.

Mientras los niños daban vueltas alrededor de la moto —una Indian Scout—, Jon y Emilia le explicaron lo sucedido y le preguntaron si él tenía cobertura.

Les dijo que se llamaba David y que lamentaba su mala suerte, pero que él ni siquiera tenía móvil. Estaba en el lago haciendo fotos. Sin dejar de sonreír, declaró que le fascinaba la luz de aquel sitio. A continuación se ofreció a llevar a uno de los dos al Crosby Lodge para que pidiera una grúa. Les aseguró que no era la primera vez que esas cosas pasaban por allí. Los turistas beben demasiado y hacen tonterías.

Jon y Emilia se disculparon y se apartaron unos pasos para hablar entre ellos. Lo que les proponía David estaba bien, pero ¿quién iría con él? El que se quedara con los niños no podía esperar allí. No había ningún sitio donde refugiarse y la grúa podría tardar en llegar; David les había dicho que tendría que venir desde Reno. Lo mejor sería volver al coche, pero eso les obligaría a pasar de nuevo junto a los mejicanos, que a esas alturas ya estarían completamente borrachos. Quizá no sucediera nada, pero… Jon dijo que no le gustaba la idea de que ella se fuera en la moto con David, pero que le gustaba menos la opción de que se quedara sola con los niños. Emilia estuvo de acuerdo.

Le comunicaron su decisión a David, que le aseguró a Jon que cuidaría bien de su chica. Después de guardar la cámara en la alforja, David montó en la moto y Emilia se instaló detrás de él, agarrada a su cintura. No había casco para ninguno.

Jon los vio desaparecer tras una curva.

David solo se había abrochado dos botones de la camisa, que tampoco se había metido en los pantalones. El aire hinchaba la prenda, la hacía flamear y se la subía. Emilia no tardó en tocar la piel desnuda. La coleta del chico le hacía cosquillas en la nariz. David le dijo por encima del hombro algo que ella no entendió. Más alto, él le preguntó si iban demasiado rápido y ella dijo que no. ¿Estaba cómoda? Sí que lo estaba.

Llegaron enseguida al Crosby Lodge. Mientras que por la mañana el aparcamiento había estado vacío, ahora estaba repleto. David se apeó de la moto y se comprobó el pelo en el retrovisor. Mientras ella esperaba, sacó una camisa limpia de las alforjas. Le explicó a Emilia que había allí una chica que le gustaba, una camarera que trabajaba en el bar por las tardes, y quería estar presentable para ella.

Al quitarse la camisa usada dejó a la vista una cicatriz en el hombro. Emilia la miró con curiosidad. Era de color burdeos y tenía el tamaño y la forma aproximados de una estrella de mar con brazos curvados, de los que brotaban pequeñas ramificaciones. Le preguntó cómo se la había hecho. Había sido un rayo. Cayó de una tormenta que se estaba alejando; estaría a unas diez millas. Donde él se encontraba, ya brillaba de nuevo el sol. Pero el rayo se estiró desde los nubarrones distantes, cruzó la parte despejada del cielo y cayó de lleno sobre él, como si zanjara algo que la tormenta había dejado pendiente.

Se puso la camisa limpia, a cuadros rojos y azules y con botones de falsa madreperla y preguntó qué tal estaba. Ella le aseguró que a la camarera le encantaría.

El ambiente dentro del local tampoco se parecía a lo que había visto por la mañana. Aunque solo era media tarde y el sol seguía brillando, las persianas estaban echadas y las lámparas encendidas. Todas las mesas del bar se encontraban ocupadas y en ellas no cabían más botellas de cerveza. Los parroquianos vestían ropa de trabajo y bebían sin quitarse la gorra. La atmósfera era de bullicio contenido. Alguien había echado monedas en la máquina de música y una india bailaba sola, borracha, alrededor de la mesa de billar. El encargado obeso que les había atendido por la mañana sudaba acarreando bandejas de hamburguesas.

Detrás de la barra, una chica con demasiado rímel y una camisa tejana anudada por encima del ombligo abría botellas de cerveza sin parar y bromeaba con los clientes. En cuanto vio a David, su sonrisa mudó de lo profesional a lo natural. David se inclinó hacia ella y hablaron con las cabezas muy juntas. Emilia esperó detrás de él; sin darse cuenta, había empezado a mover los hombros al ritmo de la una canción de Lynyrd Skynyrd. Le apetecía muchísimo una cerveza.

La camarera habló por un teléfono colgado en la pared tras la barra y David se volvió hacia Emilia. Le explicó que estaba llamando a Larry, el dueño de un taller de Reno. Larry era un buen tipo, le aseguró, era al que llamaban siempre que pasaba algo así. La camarera colgó y les dijo que Larry no tardaría en llegar con su grúa. Luego les preguntó si les apetecía tomar algo. Emilia reconoció que le encantaría, pero que ella invitaba. David no se lo permitió y, antes de que la camarera les sirviera las cervezas, procedió a hacer las

presentaciones. La chica le estrechó la mano a Emilia; tenía la dentadura más perfecta que había visto jamás.

Se bebió la cerveza de dos tragos y de inmediato tenía otra en la mano, y poco después una tercera. El encargado obeso había sustituido a la camarera para que ella hiciera un descanso y la chica hablaba con David, acodados en el extremo de la barra, los hombros rozándose. Varios clientes se arrimaron a charlar con Emilia. Cada canción que sonaba en la máquina de música era mejor que la anterior. La india borracha, sin dejar de bailar, le hizo señas para que se uniera a ella. Tenía los brazos tatuados desde la muñeca hasta el hombro, y una melena que le colgaba hasta más abajo de las nalgas. Al margen de la camarera, eran las dos únicas mujeres en el local. Emilia dijo que no, pero con una sonrisa. La india no se dio por vencida, tomó la mano de Emilia, se la acarició primero por el dorso y luego por el revés, como si la valorara, y tiró de ella hacia un espacio que ya se estaba despejando en el centro del local para que pudieran bailar. David y la camarera las miraban con sus sonrisas a juego. Los clientes empezaron a jalearlas.

La grúa de Larry entró en la explanada levantando polvo, con Emilia asomada a la ventanilla y saludando con el brazo. El sol estaba bajo y Jon y los niños se habían refugiado a la sombra del coche. Corrieron a recibirla.

¿Estáis bien?, le preguntó Emilia a Jon en cuanto se apeó.

Sí. Un poco aburridos pero bien. Nos hemos dado un baño.

Jon se calló y la miró fijamente.

¿Y tú estás bien? ¿Has bebido?

Algo, mientras esperaba la grúa. También estoy mareada por el calor. De todo un poco.

Mientras tanto, los niños se habían quedado muy quietos al ver a Larry. El dueño del taller salió del vehículo y los saludó con un gesto del mentón. La grúa era amplia y aun así costaba creer que pudiera dar cabida alguien como él. Medía cerca de dos metros y era de hombros muy robustos. Al pensar más adelante en él, Jon recordaría lo que dice Melville en *Moby Dick* sobre el marinero Bulkington: que era dueño de un tórax como una caja fuerte. Larry tenía una abundante barba canosa y el pelo largo, recogido con un cordón de cuero. Llevaba un mono gris con las perneras demasiado cortas y el bolsillo del pecho atiborrado de papeles y bolígrafos. Apoyadas en la punta de la nariz, unas gafas ridículamente pequeñas.

Este es Larry, dijo Emilia. Nos va a sacar de aquí en un momento.

Luego, en voz baja y solo para Jon, añadió que no había abierto la boca en todo el trayecto.

Bajo la mirada atenta de los niños, Larry ya había iniciado la maniobra de enganchar el coche a la grúa. Minutos después, el coche estaba en el centro de la explanada. Larry abrió el capó y gruñó al ver la batería. Le dijo a Jon que a lo mejor podían solucionarlo allí mismo. Si conseguían arrancar la arena cristalizada de los bornes, Jon —al que trataba de *señor*— se ahorraría el coste de una batería nueva. Tenía una voz grave y pausada, y hablaba sin mirar a los ojos de su interlocutor, siempre con el ceño fruncido; se diría que le dolía hablar. Jon le dijo que no se preocupara; el contrato de alquiler incluía seguro a todo riesgo. Aun así, objetó Larry, si lo arreglaban, Jon y su familia podrían llegar antes a su alojamiento. Ya estaba cayendo la tarde. Jon accedió y se ofreció a ayudarlo, aunque en realidad poco pudo hacer. Larry sacó de la grúa una caja de herramientas, de la que cogió un martillo y un cortafrío.

Emilia había llevado hamburguesas y refrescos del Crosby Lodge y cuidó de que los niños comieran algo mientras los hombres se encargaban del coche. Larry apoyaba la boca del cortafrío en la arena cristalizada y la arrancaba golpeando el extremo del mango con el martillo. Estaba muy dura. Larry gruñía, la frente cada vez más arrugada. Le pidió a Jon que probara a arrancar el coche. No arrancó. Larry escupió al suelo y miró el reloj. Dijo que lo intentarían una vez más. Jon le vio seleccionar el punto donde atacar con la boca del cortafrío. Levantó el martillo y golpeó con fuerza. Volvió a alzarlo. El cortafrío perdió apoyo, se torció y el martillo, en lugar de descargar el golpe sobre el mango, cayó sobre la mano de Larry, que soltó un bramido, tiró las herramientas y se alejó a zancadas hacia la orilla.

Todos lo miraron alarmados. Jon dio un paso hacia él pero se detuvo. El conductor de la grúa maldecía y se preguntaba en voz alta qué estaba haciendo allí. No debería haber contestado el puto teléfono. Tenía otros planes. Ahora tendría que estar con su novia y no en el puto lago. ¿Por qué siempre le pasaba lo mismo? Se miró la mano golpeada, abrió y cerró los dedos y lanzó otro grito.

Jon le observaba angustiado. No tendría ninguna oportunidad si el conductor de la grúa se encaraba con él. Se le pasó por la cabeza que tampoco sabría qué hacer si Larry se montaba en su vehículo y se largaba dejándolos abandonados. Pero el conductor dejó de gritar. Sin mirar a nadie, fue a la grúa. De una nevera portátil sacó unos cubitos de hielo, los envolvió en un trapo manchado de grasa y se aplicó este a la mano. Jon le preguntó si se encontraba bien.

Unos segundos después, Larry asentía. Levantó la cabeza y sonrió por primera vez. Les pidió disculpas. Preguntó si los niños se habían asustado. Jon le aseguró que no. Larry sacó del bolsillo del mono una foto y se la enseñó: una mujer de mediana edad y mejillas llenas, con el pelo cardado y un pañuelo a cuadros rojos y blancos anudado al

cuello. Le dijo que se llamaba Rose y que era lo mejor que le había pasado en la vida. Se acercó adonde estaban Emilia y los niños para que vieran también la foto. En todo el rato que la sostuvo entre los dedos, no dejó de sonreír; el dolor de la mano, olvidado. Ese día celebraban su aniversario. La llevaría a cenar a un sitio con clase. Ella no se merecía menos. Volvió a mirar el reloj y le dijo a Jon que lo lamentaba de veras pero que no podía reparar la batería.

Se instalaron un poco apretados en la grúa y partieron hacia Reno. Larry había vuelto a su mutismo. Jon lo observaba de reojo. De cuando en cuando, el conductor se tocaba el bolsillo del pecho, donde llevaba la foto de su chica. Los niños se quedaron dormidos. Emilia iba con el codo apoyado en la ventanilla abierta, por la que se colaba un aire levemente salado que le alborotaba el pelo. Cada vez que se apartaba los mechones que le caían sobre la cara, dejaba ver una sonrisa ensimismada. El cielo presumía de un matiz entre el rosa y el violeta.

En Reno, Larry detuvo la grúa delante de un hotel. Les dijo que el sitio era de fiar, allí se encontrarían cómodos, y su taller no estaba lejos. Entregó a Jon una tarjeta muy manoseada. Ya era de noche. Mientras Jon despertaba al niño y Emilia cargaba en brazos a la niña, todavía dormida, Larry les llevó las maletas a la recepción. Antes de despedirse, les indicó un restaurante cercano y les recomendó decir que eran amigos suyos; por allí todos le conocían.

Los niños se espabilaron en cuanto entraron en la recepción, muy iluminada y con una pared recorrida por una hilera de máquinas tragaperras. Desplegando una energía abrumadora al cabo de un día tan largo, arrancaron a comentar cuanto había sucedido. Y seguían haciéndolo un rato después, sentados los cuatro a una mesa del restaurante que Larry les había sugerido. Emilia y Jon escuchaban sonrientes, tomados de la mano. Los niños solo se callaron cuando una camarera les puso delante la cena, acompañada de batidos de chocolate. Emilia aprovechó la pausa para preguntarle a Jon si la visita al lago le había sido útil.

Para tu relato, aclaró.

No habían podido ir al museo de la tribu paiute, situado en la reserva y en el que él tenía interés, pero Jon respondió que la visita le había bastado, no hacía falta que volvieran.

¿Estás seguro? Podrías ir mañana por tu cuenta. Yo me quedo con ellos. Podemos visitar los casinos.

La propuesta acrecentó el entusiasmo de los niños. Jon masticó despacio una patata frita, sopesándolo.

Podría ser, dijo. En cualquier caso, primero tenemos que solucionar lo del coche.

Por la mañana compraron en un Walmart una batería nueva y una caja de cerveza. Lo metieron todo en el maletero de un taxi y fueron al garaje de Larry.

Era un edificio de dos plantas anejo a un solar donde asomaba chatarra entre la maleza. Delante les esperaba su coche, enganchado todavía a la grúa. Las puertas correderas del garaje estaban abiertas de par en par. Salieron a recibirlos dos perros de caza entusiasmados por tener compañía.

Un par de pasos le bastaron a Jon para dejar atrás el sol deslumbrante y pasar a una fresca penumbra. Las lámparas fluorescentes que colgaban del techo estaban encendidas. Una gruesa capa de polvo opacaba las ventanas. Dio los buenos días alzando la voz. El local era profundo y, cuanto más lejos de la entrada, más atestado se hallaba de herramientas y de piezas de recambio en desorden. A cualquiera que no fuera el mismo Larry le sería imposible distinguir a simple vista la chatarra de lo que aún tenía utilidad. Extendida y sujeta con chinchetas a la pared del fondo se entreveía una bandera de Estados Unidos. Y a su vera resonaron los pies de Larry bajando por la escalera metálica que comunicaba el garaje con la planta superior. Jon repitió su saludo. En la acera, Emilia y los niños acariciaban a los perros. Larry vestía el mismo mono gris de la víspera y le recibió con la misma sonrisa tímida con que se había despedido en el hotel. Agradeció francamente la caja de cerveza. Les dijo que era temprano para beber, y que además ni siquiera estaban frías, pero ¿podía ofrecerles un café?

Jon le siguió a un espacio delimitado por tabiques prefabricados que hacía las veces de oficina. Mientras Larry metía las cervezas en una nevera y servía tres tazas de la cafetera que borboteaba sobre el escritorio, Jon miraba boquiabierto las paredes, cubiertas por una colección de recuerdos del Lejano Oeste expuestos en estanterías: había una corneta de la caballería con su cordón y sus borlas doradas, había cantimploras militares forradas de lona, había un látigo de crin, había un cuchillo con mango de hueso y hoja curva para rascar los cascos de los caballos, había un juego de espuelas con unas bellas estrellas en forma de copo de nieve, había lámparas de aceite, había un as de corazones con un agujero de bala en el centro, había una pistolera ennegrecida y cuarteada, había llaves oxidadas, había viejas latas de café, de pimienta y de tabaco, había raquetas para la nieve, había un orinal para damas, de loza vidriada, había una fotografía de Randolph Scott firmada por el actor. Y en un lugar prominente: un mosquete Remington con la leyenda «Ilion, N.Y., 1851» grabada en la platina.

También Emilia se había acercado y lo contemplaba todo de brazos

cruzados, con cierto recelo. Entremezcladas con los recuerdos había fotos de Larry, más joven, más delgado, con sombrero vaquero, a caballo, en el desierto, apuntando con un rifle hacia algo situado más allá del borde de la fotografía.

Jon dijo que allí había objetos valiosos y que quizá deberían estar en un sitio más seguro. Con su voz rasposa, Larry le aseguró que nadie se atrevería a robarle.

Los niños fueron en busca de su padre; los perros metiéndose entre las piernas de todos. Larry preguntó a Jon si podía ofrecer unos refrescos a sus hijos, y sin esperar la respuesta sacó dos botellas de Coca-Cola de la nevera, las abrió apoyándolas contra el borde del escritorio y golpeándolas con el canto de la mano, y se las dio a los niños. Emilia se declaró maravillada por su colección. Larry sonrió agradecido. Abrió el congelador y sacó dos cubitos de hielo.

Remachada al suelo en la entrada del garaje, había una fila de tres butacas procedentes de un cine. Jon y Emilia tomaron asiento con su café, tan fuerte que el primer sorbo les provocó un escalofrío. Los niños se sentaron en el suelo acompañados de los perros. Larry entregó los cubitos de hielo a los animales como si les diera la comunión. Todos aguardaron en silencio, tomando sorbos de café o de refresco, hasta que los perros hubieron lamido del suelo hasta la última gota de hielo derretido. Larry se apoyó entonces en una pila de neumáticos y les dijo que, si les apetecía y no tenían demasiada prisa, él podría contarles una buena historia del Oeste.

TIERRA DE HOMBRES: UN RELATO EN TRES ACTOS.

II. EL BOSQUE DERRUIDO

Rodearon la bahía de San Francisco y embocaron el valle Central, Grouard, su sacrificada hermana Lucrecia y los peregrinos; estos, todos varones que habían abjurado del influjo femenino y abandonado sus hogares, resueltos a participar de un Paraíso reservado solo a los hombres, tal como la Luz les había dictado, prometido, apremiado. Cabalgaba con ellos John Dunbar, encargado de materializar los recados vagos y fragmentados que la Luz transmitía a Grouard en sueños. El líder de la expedición se despertaba azorado por las imágenes que aún bailaban en su mente acompañadas por un fondo musical de fanfarria y departía mediante susurros con Dunbar, que seguidamente bramaba: Vadead el riacho, Calzad la rueda, Salvad la cumbre. Al norte, ahora siempre al norte, por la Ruta Siskiyou, adiós a California y entrando en Oregón por el valle del Willamette, dejando a los costados laderas horadadas por viejas explotaciones de oro y de cinabrio, durante días y semanas sin más contacto con el mundo de las personas que el escuálido cable del telégrafo, cuyo trazado en ocasiones seguían. Para hacer fuego empleaban tablas arrancadas de viejas tolvas mineras, Dunbar cazaba wapitíes olímpicos y jornada tras jornada crecía la desavenencia entre Grouard y el herrero Trevor, que ahora portaba en el cinto, además de su revólver, el viejo martillo de forja y las tenazas para aferrar metal incandescente, como si de símbolos de poder y fiabilidad se trataran. Y sucedía a diario que, llegada la noche, John Dunbar levantaba una tienda al margen del grupo y en ella dormía con Lucrecia, sin que desde fuera nada se viera ni nada se oyera, y a diario, apenas el cielo comenzaba a ruborizarse, los peregrinos se enardecían imaginando lo que tendría lugar tras la delgada lona, y durante toda la noche yacían petrificados de espanto bajo la manta o se daban puñetazos a sí mismos en la entrepierna o hundían una mano en un hormiguero a fin de aplacar una comezón con otra. Los había que juraban que Dunbar se pasaba la noche leyendo en voz alta a Lucrecia mientras ella se depilaba las piernas con unas pinzas de marfil, igual que Julio César en la noche previa a una batalla, y cómo se coló semejante idea en las fantasías de aquellos hombres desdeñosos de la historia, cuando no obstinadamente analfabetos, es algo que desconocemos. En cuanto al parecer de Grouard sobre lo que su hermana hiciera con el guía de la expedición, fácil resulta imaginarlo, así como sus enconados esfuerzos por arrinconar la idea, pues de él requería sin excusa para culminar el viaje. Con ella no podía ya contar, porque como Lucrecia le escupió en

un aparte, su contribución a la causa de la Luz había concluido, se había agotado, apurada hasta la hez, seca como un pozo al que se recurre sin recato, y esto llegó a oídos de todos, pues el aire diáfano de la Frontera y su geología caprichosa hacían carambolas con el sonido y lo llevaban adonde no estaba destinado a ir a parar. Y llegaron así al río Columbia, de cuya anchura se asombraron mientras se tapaban la nariz por el hedor proveniente de la cercana ciudad de Portland. Vendieron los carromatos y con el dinero que obtuvieron más con lo que Grouard extrajo de su caja de caudales se embarcaron en un vapor de paletas que los llevaría a la otra orilla. Los peregrinos, muchos de los cuales jamás habían visto un curso fluvial de tamañas dimensiones, se aferraban a la regala contemplando los atados de troncos de abeto, de cientos de troncos, tan grandes o más que el mismo barco en que ellos navegaban, y del que ya pensaban que parecía imposible que flotara, que eran arrastrados por remolcadores hacia el océano, por donde viajarían hasta las ciudades costeras de California. Y oyeron gritos lejanos cuando una de las cadenas que ceñían un atado se rompió, y luego otra, y otra, y la madera se derramó como un líquido espeso en la corriente, y los troncos sin desbastar, la producción de todo un campamento maderero, se dispersaron provocando golpes de timón y un clamor de sirenas que los peregrinos escucharon con zozobra y remordimiento, como si ellos, por su desconocimiento y su naturaleza foránea, hubieran sido culpables involuntarios de aquella pequeña catástrofe. Y mientras estos y otros hechos sucedían, los peregrinos eran perseguidos sin ellos saberlo y sin tregua por la banda de Los Que Ríen, a instancias de Padilla, antiguo guía de la expedición, resentido y codicioso, descartado en favor de John Dunbar, el señalado por la Luz. Aquella banda histérica de adoradores de los dioses Plomo y Pólvora se afiebraba con la cercanía de su botín, el contenido de la caja de caudales de Grouard, y por las noches se abandonaban a saturnales a la luz de hogueras altas como piras funerarias y las mujeres de la banda abrían las piernas y las bocas para ser penetradas por los cañones de los revólveres. Y tras desembarcar del vapor de paletas, los peregrinos redistribuyeron los bultos en las monturas. Una mula se ocupaba de acarrear nada más que la caja de caudales y los peregrinos trataban de adivinar, atentos a la fatiga del animal, cuánto dinero quedaba dentro. Grouard debería haberse sentido ufano por estar tan cerca ya del Paraíso prometido; no obstante, se le veía huidizo y preocupado, repentina e inopinadamente indeciso, pues en las últimas noches, la Luz se había vuelto esquiva. Sus visitas habían disminuido y no le habían proporcionado nuevas instrucciones. Su destino debía estar más al norte y en la costa, eso era cuanto podía Grouard afirmar a partir de la primera visión de la Luz, tiempo ha, cuando le fue

expuesto ante los atónitos ojos un mapa del país con un punto rojo que señalaba el Paraíso, pero un punto tan grueso que abarcaba condados enteros. Los peregrinos evitaban los asentamientos ya que su Paraíso debía ser un territorio virgen que reservara sus riquezas para nadie más que ellos. Y al cabo de otras dos semanas llegaron a los restos de un bosque arrasado por varios tornados sucesivos. Hallándose cercano el final del día, se decidió que se detuvieran y acumularan fuerzas para afrontar por la mañana aquel paraje que se prometía arduo. Grouard se tendió y nada más cerrar los ojos recibió una visita de la Luz. Volvía a estar el líder de la expedición sentado en el centro de un patio de butacas, en una sala a oscuras y la Luz iluminaba el rectángulo blanco en la pared frontal, y le fue mostrado un mensaje, imágenes que se sucedían bruscamente causando sobresalto a Grouard: ahora la calle de un pueblo, ahora un hombre a caballo, ahora el rostro inmenso de ese hombre y asimismo los de otras personas. Pero antes de que la Luz dijera todo lo que esa noche le tenía que decir, algo sucedió. La imagen se quedó petrificada y un instante después los bordes se oscurecían como un papel al que se le acerca la llama de una cerilla, y la quemadura corría hacia el centro a la vez que brotaban ampollas que reventaban y dejaban ver un fondo blanco, y la quemadura se consumió a sí misma, restando nada más que el gran rectángulo vacío. La consternación de Grouard se vio acrecentada por los silbidos y las quejas, injurias impensables dirigidas a la Luz, de las personas que ocupaban las demás butacas y que se pusieron en pie y abandonaron airadas la sala.

El viento había desarraigado los árboles y los había lanzado lejos. Yacían en un desorden inestable: cordilleras nudosas sostenidas por una argamasa de barro y cascajos que se desmoronaba al paso de los jinetes. Ni una hoja en las ramas, ni una, descortezadas estas hasta el duramen. Costaba distinguir raíces de frondas. Las hojas pudriéndose en el suelo, que era pura tierra, o amontonadas formando dunas. De las montañas de troncos colgaban tapetes de hierba como alfombras tendidas a secar. Uno a uno, rezando y con los nervios en tensión, los peregrinos atravesaban sinuosos túneles de troncos donde el menor chasquido provocaba lágrimas de miedo, y algunas de esas galerías contaban con ensanchamientos de muchos pies de altura donde todos podrían haberse detenido a pernoctar si se hubieran atrevido y donde el espacio no les habría faltado, y en las que la luz del exterior se colaba por las angosturas entre la leña gigantesca en forma de haces tan finos como estelas de flechas embrujadas. Uno de los peregrinos, de oficio carpintero, dijo sin alzar la voz que el lugar le recordaba al lecho de astillas y serrín que cubría el suelo de su taller. Se sentía, aseguró mirando hacia las alturas, como una criatura ínfima que se

abriera paso entre aquel desorden, solemne desde su perspectiva, pero nada más que desperdicios.

Cambiaban de dirección varias veces cada día, cada hora, en busca de cualquier vericueto que les permitiera seguir avanzando. El cielo amanecía cubierto de un gris mate que impedía distinguir la posición del sol y así se mantenía hasta que, en mitad de un paso o del gesto de enjugarse la frente, era de noche. Sudaban bajo una tibieza húmeda como la que te asalta al partir una res a hachazos, y el olor era el mismo. Lucrecia cabalgaba junto a su hermano, al que no perdía de vista. En dos ocasiones lo había sujetado cuando él a punto estaba de deslizarse de la silla de montar. El líder de los peregrinos viajaba cada vez más encerrado en sí mismo, pálido y débil. Pasaba las noches en vela. Durante la jornada, parpadeaba y meneaba la cabeza, tratando de enfocar la mirada. Seguimos aquí, decía.

Al cabo de dos días perdidos en el laberinto, el más flaco de aquella caterva donde no abundaban las carnes tomó prestados los binoculares de Lucrecia y trepó lo más alto que pudo. Subía aterrado por la idea de caer en el interior de una anarquía de troncos de donde nunca podrían rescatarlo. Oteó en todas direcciones, sin ver el final de la destrucción ni tampoco el principio. Cuando bajó y contó lo que había visto, los hubo que propusieron dar media vuelta, los hubo que dijeron que los tornados —dos, diez, cien— seguían bailando no lejos de allí y que solo era cuestión de tiempo que ellos se toparan con uno, y los hubo que dijeron que todo el mundo había sido destruido. Miraron a Grouard, y Grouard cuadró los hombros como hacía antes y dijo que no podían abandonar tan cerca del fin. Se pusieron en marcha azuzados por el retumbo de un derrumbe lejano. Aburridos, los hombres jugaban a identificar qué árboles habían sido antaño aquellos restos siempre a punto de venirse sobre ellos: cedro amarillo, aliso rojo, caoba, pícea…

John Dunbar abría la marcha llevando a su caballo de la brida y consultando sin cesar la brújula. Eran tan numerosos los cambios de rumbo que hubo algún día en que, según sus cálculos, habían retrocedido en lugar de avanzar hacia el norte, aunque no se lo dijo a nadie, ni siquiera a Lucrecia. Él no compartía el sentir de los demás. Desde los primeros pasos tentativos al adentrarse en el bosque, había experimentado un bienestar nuevo y que no alcanzaba a comprender. Se alegraba calladamente siempre que encontraban cerrado el camino, aunque no se pudiera hablar de caminos en semejante lugar, y debían dar marcha atrás. Pisaba la tierra fragante con serenidad, respeto y asombro, como quien deambula por las salas de un museo, y se le aceleraba el pulso al asomarse a cada recoveco, ansioso por encontrar algo nuevo; o mejor, algo conocido pero mostrado como nuevo: serpientes de cascabel nerviosas, enroscadas en ramas altas, como

boas en una jungla mejicana. No surcaban destrucción sino creación con un sentido que se le escapaba. Cuando oía renegar a los peregrinos, tenía el impulso de espabilarlos a patadas y gritarles que para qué habían abandonado sus casas si no era para ver algo así. Pero se mordía la lengua y decía: Apersogad a los caballos, Administrad el agua, Clavad la herradura.

A lo largo de tres días chapotearon en un agua salobre que les llegaba a las rodillas y las montañas de árboles no mermaban. Dunbar se armó de una vara de fresno que usaba de sonda. Localizaba los cráteres dejados por las raíces, convertidos en trampas tan profundas como para tragarse a un jinete y a su caballo. Pasaron noches infernales encaramados a la broza desmedida, como un clan de primates asustados de los caballos, que los contemplaban desde abajo, hundidos en el agua hasta los corvejones. Las monturas no dejaban de resoplar, y al amanecer las encontraban plantadas en el centro de islas flotantes de juncos oscurecidos y desflecados que una corriente inapreciable durante las horas diurnas había acumulado alrededor de sus patas.

Al caminar espantaban una fauna de estuario: peces que se alimentaban de los detritos del fondo, erizos violetas y langostas. Llenaron dos morrales de estas, sacándolas de entre las raíces de un gran laurel, y, al menos, cuando volvieron a pisar suelo seco, disfrutaron de una buena cena.

Llegada la noche, Grouard se acercó adonde John Dunbar y Lucrecia se habían retirado en busca de intimidad y les preguntó si les importaba que durmiera con ellos. Su hermana le ayudó a extender la manta. Grouard parecía afiebrado. En cuanto se tumbó, se aferró a la manga de Lucrecia.

Lo veo todo borroso, dijo.

Ella le respondió que no se preocupara, era de noche.

Eso también, dijo él.

Lucrecia le obligó a tomar unos sorbos de sopa de pescado. Dunbar fue a asegurarse de que las monturas hubieran comido y varios peregrinos le preguntaron qué le pasaba a Grouard. Les dijo que estaba enfermo y ellos respondieron que no era de extrañar, en aquel sitio malsano. Dunbar le restó importancia. Al pasar cerca de la hoguera donde cenaba la mayoría, vio un corro alrededor de Trevor.

De vuelta junto a la lumbre que Lucrecia había encendido, encontró a esta rígida, con los ojos cerrados y la cabeza vuelta, eludiendo la visión de su hermano, que, tendido en la manta, se colgaba de ella y le imploraba que lo abrazara como hacía antes. Cuando oyó acercarse a Dunbar, Lucrecia se zafó y se alejó a zancadas. Dunbar tomó asiento, atizó las llamas, sirvió whisky en la escudilla donde Grouard había tomado la sopa y se la puso al lado.

Me he fijado en que ya no habla usted del Paraíso.

¿Adónde ha ido mi hermana?

No lo sé.

¿Estará bien?

Supongo.

¿Se ha enfadado?

No lo sé.

Dime algo que sepas, Dunbar. Esta noche necesito certezas.

Sé que los hombres están nerviosos. Echan de menos su estímulo y su guía.

Grouard tomó un sorbo de whisky y se tendió con la cabeza apoyada en la silla de montar y la escudilla reposando sobre el pecho.

No tengo nada que decirles. La Luz ya no me habla. Me ha dado la espalda.

Hizo una pausa y añadió: Me atormenta pensar que he hecho algo mal, que he interpretado erróneamente alguno de Sus mensajes, haber perdido Su confianza.

¿Desde cuándo no le habla?, preguntó con cautela John Dunbar.

Grouard respondió que desde que habían entrado en aquel lugar. Desde entonces él tampoco podía dormir. Su mente se negaba a abandonar el mundo de la vigilia. No, mejor dicho: le había sido prohibido salir de él. Y si la fatiga lograba que los ojos se le cerraran, de inmediato era expulsado violentamente del mundo de los sueños por atroces pesadillas que le desbocaban el corazón.

La Luz no solo rehúsa hablarme. Tampoco quiere que me acerque a Ella. De ahí que me haya vedado el sueño.

¿Qué ve en esas pesadillas?

Grouard vació la escudilla de whisky de un trago. Se atragantó. Dunbar procedió a rellenarla.

Gracias. Veo mujeres. Y me veo a mí con ellas, como antes hacía. Y a Lucrecia.

Añadió que asimismo le causaba desconcierto lo que la Luz le había mostrado antes de apagarse de modo tan repentino.

En aquella ocasión, ante los ojos dormidos de Grouard había brotado la calle principal de un pueblo, un lugar mísero y vulgar, y era de noche y la lluvia arreciaba, zarandeada por ráfagas de viento. Había visto a un hombre montar en un caballo blanco. Era un hombre maltratado por la vida, y que asimismo había maltratado a la vida, despreciándola y matándola por doquier y sin miramiento alguno. Un asesino de mujeres y de niños.

Y aquel hombre eras tú, John Dunbar, dijo el fatigado líder de los peregrinos.

Prosiguió contando que otros hombres y también mujeres habían salido de sus casas y observaban, presas del temor y empapados por la lluvia, la partida de aquel hombre, de aquel pistolero. Pero antes de alejarse, el hombre se había detenido en el centro de la calle embarrada, donde todos pudieran oírlo bien, y exclamado: «¡Os recomiendo que enterréis a mi amigo! Y otra cosa: ¡no se os ocurra maltratar a ninguna otra puta!». Luego había sentenciado mostrando los dientes: «Porque volveré y os mataré a todos, hijos de perra», y mientras pronunciaba estas palabras, una bandera de Estados Unidos, flácida, cargada de lluvia, pendía a su espalda en la fachada de un edificio anónimo.

Grouard no sabía qué pensar y por eso no quería contárselo a los peregrinos. En nada se parecía aquella visión a las otras que la Luz le había mostrado. Los hombres que espiaban aterrados al pistolero quizá fueran los peregrinos. Pero ¿quiénes eran las mujeres? ¿Acaso las que ellos, Grouard y el resto de hombres de la expedición habían dejado atrás? ¿Y a quién se refería el pistolero cuando hablaba de un amigo muerto?

Pensé al principio, dijo Grouard, que podía ser yo. Pero enseguida me desengañé, pues tú, John Dunbar, no tienes ni un solo amigo en este mundo.

Dunbar guardó silencio. Volvió a servir whisky al líder de los peregrinos. Él bebía directamente de la botella.

Tampoco comprendo la oscuridad, ni la lluvia. Aquello no era nuestro Paraíso, donde siempre brilla el sol y la tierra es fértil y anhela ser cultivada por nuestras manos. Era un purgatorio. Un sitio donde pudrirse y donde el agua no lava. La lluvia que caía sobre todas aquellas personas, hombres, mujeres y pistolero, nada purificaba. Su finalidad era la de deshacer, como el fuego y el azufre que Dios arrojó sobre Sodoma y Gomorra.

El cansancio y el licor estaban haciendo efecto en Grouard; arrastraba las palabras.

¿Y qué opinas de la bandera, Dunbar? ¿Cómo un agente de la Luz puede proferir palabras semejantes respaldado por la bandera con las barras y las estrellas?

Al líder de los peregrinos se le cerraron los ojos.

¿En nuestro Paraíso necesitaremos una nueva bandera?, fue lo último que dijo antes de quedarse dormido.

John Dunbar se puso en pie. Rodeó a los peregrinos. Algunos ya dormían. Otros permanecían encorvados junto al fuego con una manta sobre los hombros, escuchando a Trevor. Cada noche eran más los que se sumaban al conciliábulo. El silencio de Grouard los empujaba. No obstante, Trevor no había ocasionado problemas desde que entraron

en el bosque derruido. No había allí rutas alternativas que pudiera preferir, y su objetivo, supuestamente, ya se encontraba cerca. Al ver a Dunbar, el herrero guardó silencio y esperó a retomar los vituperios hasta que el guía desapareció entre los árboles derribados.

Le había turbado escuchar a Grouard. Necesitaba calmarse y para ello requería soledad. En presencia de otras personas se sentía emborronado, como los bocetos que trazaba Clement, el dibujante de la expedición Drummond. Y llevaba ya mucho tiempo en compañía de otras personas, a las que debía prestar un servicio supeditando su voluntad.

Deambuló sin temor a perderse, guiado más por el tacto y el instinto que por la vista, pasando sobre troncos derribados, cambiando de dirección a su propio antojo tanto como al que le imponía el desorden del antiguo bosque. Un desorden tan tupido que no permitía la entrada de la Luz, y por lo tanto, pensó, quizá tampoco el influjo de las presencias mostradas por la Araña. A cada paso que daba, a cada árbol o peña que se interponía entre él y los peregrinos, se sentía más despejado y dueño de sí mismo. Desde que penetraron en el bosque había dormido profundamente todas las noches, sin la molestia de sueños recurrentes y sin ver alterada su percepción del tiempo. Lo había achacado al cansancio de las jornadas de marcha, pero veía ahora en ello un efecto semejante, si bien especular, al experimentado por Grouard. Las palabras del líder de la expedición venían a explicar, y asimismo a acrecentar, el bienestar de John Dunbar.

Tomó asiento en un tronco. Miró hacia arriba, donde vio solo negrura, pero no la propia de la noche, sino otra más próxima y pesada: la de una techumbre caprichosa e inestable. Se sorprendió al percatarse de que le incomodaba la idea de salir de aquel bosque caótico que ya ni siquiera era bosque, y llegar al Paraíso. ¿Y si aguardara allí sentado y en silencio hasta que comenzara a filtrarse la luz cremosa del día, y siguiera sin moverse y callado cuando los peregrinos lo llamaran, cada vez más alarmados, y aun así sin acumular el valor para adentrarse hasta donde él estaba, y luego aún continuara sobre el tronco, acariciando la corteza malherida, sintiendo que con ese simple gesto participaba plenamente del mundo, mientras los peregrinos y Grouard y Lucrecia claudicaban y montaban a caballo y miraban una última vez a su espalda y aguijaban con desgana a los animales? Pero John Dunbar no podía hacer algo así. Había dado su palabra. El sentido de la responsabilidad, que en tales ocasiones le pesaba como si tuviera las vísceras de granito, se lo impedía. Pero sí podría volver al bosque una vez que el compromiso con Grouard hubiera sido zanjado, y entonces se quedaría allí cuanto deseara, gozando de cómo se redoblaba la inventiva de los tornados en cada rincón que exploraba.

Una luz entre la maraña. Alguien con un farol. No se acercaba sino que parecía deambular como él había hecho momentos antes. La luz se detuvo, dividida en finos haces por la red de ramas. A su propio pesar, Dunbar fue a ver de quién se trataba.

Lucrecia contemplaba melancólicamente el cadáver de un oso. El animal parecía alzado sobre las patas traseras. Lo sostenía la gruesa y astillada rama de abeto que le asomaba del pecho. Las patas delanteras y la cabeza le colgaban blandas. El árbol, caído tras el animal, lo mantenía en aquella pose de sonámbulo de chiste.

¿Tú qué piensas: que el viento lanzó al oso contra el árbol o el árbol contra el oso?, preguntó Lucrecia.

Puede que los lanzara uno contra el otro.

¿Has dejado solo a mi hermano?

Se ha dormido. Ha estado bebiendo.

No tardará en despertar y se preocupará si no me ve. Será mejor que vuelva con él, dijo Lucrecia, pero no se movió. A veces queremos apartarnos de alguien para siempre, dijo, pero cuando llega el momento, esa persona no desaparece sin más. Tú te detienes y ella se aleja. La ves empequeñecer en la distancia, lentamente, y ese alejamiento es una forma de quedarse.

Dunbar no supo qué responder. Lucrecia guardó silencio, concentrada, como si pusiera en orden las cosas en su cabeza. Dunbar imaginó tintineos, alguien acomodando el contenido de una alacena. Le gustaba la compañía de Lucrecia; le daba un motivo para alejarse de los hombres, a la vez que los importunaba. Hablaban de libros. Dunbar se dejaba sorprender. Entre los enseres de Lucrecia figuraba un rascador de espalda con mango de bambú. En el extremo tenía una pequeña mano tallada en hueso, unida al mango mediante un casquillo de plata. La mano, femenina, estaba finamente realizada. Se apreciaban los pliegues de la piel en los nudillos y una sortija en el anular. Cuando vio el rascador por primera vez, Dunbar lo examinó incrédulo por la mera existencia de un objeto semejante, y porque Lucrecia lo hubiera incluido en su equipaje al Paraíso. Ella se estaba cepillando el pelo en ese momento y, ante la perplejidad de él, se limitó a sonreír y encogerse de hombros, sin palabras, igual que lo hacían casi todo, como si hubiera sido descubierta en una falta de poca importancia. Era una persona inteligente, provista de curiosidad por todo; también orgullosa, pero consciente de ello, y con el temple necesario para mantener esa característica dentro del ámbito de la virtud. Dunbar la admiraba asimismo por el extremo hasta el que velaba por su hermano.

No obstante, él no había cometido el error de imaginar una intimidad con Lucrecia que fuera más allá de una lumbre en campo abierto y del cobijo de una tienda de lona, nada más sólido.

¿Cómo pensabas volver al campamento?, le preguntó Dunbar.

He marcado el camino. Con páginas del diario. Las he ido clavando en las ramas.

¿Por qué páginas del diario?

Páginas en blanco.

¿No vas a escribir más?

Claro que sí. Más adelante. Ahora mismo no sabría qué. Todo es confuso. Es uno de esos momentos en que hay que quedarse quieto y esperar para llegar a entender.

Avanzamos todos los días. Pronto saldremos de aquí. No estamos quietos.

No escribir es una forma de estarlo.

Tampoco leemos.

Pero es por mi hermano, porque duerme con nosotros.

¿Qué tiene eso que ver?

Si mi hermano está cerca, solo puedo prestarle atención a él.

¿Quieres volver?

No. Pero vamos.

Por la mañana pasaron junto a una roca más alta que un hombre, erizada de mejillones y con grandes anémonas verdes adheridas en la parte inferior. Su presencia allí solo pudieron atribuirla a la colaboración estrecha de varios tornados. John Dunbar se sentía desahogado, casi expansivo. Había dormido bien. Solo se había despertado una vez, cerca del amanecer. Grouard musitaba, prisionero en un duermevela, y Lucrecia le acariciaba el pelo.

Alcanzaron un tramo libre de árboles donde el viento había barrido la tierra hasta dejar a la vista la roca viva. La renqueante columna se introdujo en una zanja tan ancha que un ferrocarril podría haber circulado por ella. Los taludes se elevaban por encima de sus cabezas. Dunbar se detuvo a admirar pinturas rupestres en proceso de desaparición, atacadas por vez primera en miles de años por la luz del sol y la atmósfera exterior, semicubiertas de islas de moho recién brotado.

A semejanza del oso de la noche previa, expuestos sobre las ramas de los árboles hicieron aparición cuerpos de frailecillos, de cormoranes, de ostreros y de urías, que, más que muertos porque el viento les había robado el aire de los pulmones, parecían dormidos en posturas atípicamente relajadas.

La proximidad del final del bosque fue anunciada por el chillido de las gaviotas. Los peregrinos irrumpieron en un claro ocasionando un tumulto. La manada de lobos que hundía las cabezas en las entrañas de un rorcual les plantó cara, reacia a despegarse de la comida. Bastaron unos disparos al aire para que cambiaran de idea, pero el

encuentro mermó aún más el ánimo de los peregrinos, que rodearon incrédulos y asqueados la carroña colosal, de la que colgaban algas empapadas de sangre.

Grouard viajaba sumido en un aturdimiento del que salía solo para decir algo entre dientes a su hermana. A ratos, parecía olvidarse de dónde estaba. Hablaba de ir juntos a un baile de máscaras y de engañarlos a todos. Por miedo a que se cayera del caballo, lo habían atado a la silla. Al mediodía se desmayó. Lucrecia pidió que hicieran un descanso y Dunbar ordenó detenerse. Aprovecharon el alto para almorzar, a la espera de que Grouard se recuperara. Lo irregular del terreno imposibilitaba instalarlo en un *travois*, donde podría haber viajado tendido.

Lucrecia encendió un fuego para que su hermano entrara en calor. Al cabo de un rato, Grouard se había despertado y tomaba sorbos de caldo, al que Lucrecia había añadido un chorro de whisky. Los peregrinos comían en silencio, mohínos, recogidos en sí mismos. Uno se acercó adonde estaban Grouard, su hermana y Dunbar. Apretaba el sombrero entre las manos. Era el más joven de la expedición, con apenas dieciséis años, el mismo al que Lucrecia le había dejado los binoculares para que trepara lo más alto que pudiera y localizara el confín del bosque. Era un muchacho voluntarioso, con la desagradable costumbre de tener siempre la boca abierta y que, a diferencia de la mayoría de los peregrinos, no se había arrimado a Trevor. Antes buscaba la cercanía de Grouard, pero desde que entraron en el bosque se limitaba a rondarlo como un perro hambriento, sin atreverse a acercarse, intimidado por la presencia constante de Dunbar y Lucrecia junto al líder de la expedición. Preguntó si el señor Grouard se sentía mejor. Grouard, tumbado junto al fuego, le sonrió y asintió. El chico sonrió a su vez mostrando unos dientes irregulares, feliz, y miró por encima del hombro a sus compañeros como si acabara de demostrarles algo.

Lucrecia le agradeció el interés pero añadió secamente que su hermano necesitaba descansar. Su actitud con el chico era la misma que adoptaba con las bostas que soltaban los caballos: las ubicaba por el rabillo del ojo para no pisarlas pero no les prestaba más atención.

Él, sin embargo, no se movió. Retorcía el sombrero. Había perdido la sonrisa y sus rasgos se contraían mientras buscaba las palabras.

Señor Grouard, si tiene usted a bien, me gustaría, y sé que a muchos de mis amigos les gustaría también, que nos hablara del Paraíso igual que hacía antes.

Grouard cerró los ojos como si hubiera sufrido una punzada de dolor. Su hermana le apoyó la mano en el pecho y él se la tomó.

Perdón, dijo el chico retrocediendo. Yo no quería… Perdón.

No te vayas, le dijo Grouard. Me alegro de que quieras saber del

Paraíso, que muy pronto verás con tus propios ojos, te doy mi palabra. Ahora estoy muy cansado pero… sí, podemos hablar del Paraíso. Ha llegado el momento.

El chico se acuclilló, emocionado. Varios peregrinos más se acercaron.

John Dunbar, dijo Grouard, ¿cómo piensas tú que será el Paraíso?

El guía, sorprendido, al igual que todos los demás, no supo qué responder. Miró al fuego, quizá preparándose para hablar, quizá a la espera de que, al no obtener una respuesta, Grouard interrogara a otro.

Si te incomoda la palabra, no lo llamemos Paraíso, insistió Grouard. ¿Cómo ha de ser el lugar donde te gustaría vivir? Donde crees que podrías hacerlo en paz, donde te despertarías cada mañana con el anhelo de dar las gracias.

Dunbar había enrojecido, descontento por ser el centro de atención. Miraba a Grouard de reojo como si fuera a darle un puñetazo. El líder de la expedición se había incorporado apoyándose en los codos. Lucrecia trató de que volviera a tumbarse, pero, por primera vez en días, su hermano tenía la mirada despejada y color en las mejillas.

Vamos, John, dijo ella. ¿Cómo sería ese sitio?

No lo sé.

¿Se parecería a alguno donde has estado?

Lucrecia hablaba con suavidad. Lo conocía lo bastante como para saber que un exceso de empeño no la llevaría a ninguna parte.

No.

¿Habría alguien más contigo?

Dunbar negó con la cabeza. La expresión de ella no se alteró. Grouard lo miraba fijamente, al igual que los peregrinos.

¿Estaría en la costa? ¿En las montañas?, continuó Lucrecia, como la dependienta de un almacén que desenrollara muestras de paño ante un cliente dubitativo y con poco dinero.

No lo sé. Me da igual, dijo Dunbar volviendo a mirar las llamas. Pero habría un río. No muy ancho. No como el Columbia.

Antes de que cada palabra saliera de su boca, parecía tener que desengancharla de un espino. Su voz rasposa se la presentaba a los demás rasgada, arrugada y descolorida. El río estaría limpio. Nada de grandes crecidas. Y habría pesca. Un río que contemplar sin congoja.

Algunos peregrinos asintieron.

¿Qué más?, preguntó Grouard.

Montañas. Siempre está bien tener montañas a mano. Disponer de buenos oteaderos. Y caza. Un valle. Sería un valle por el que discurriría el río mansamente. Las montañas protegerían el sitio, pero

no solo eso…

Dunbar se frotó la barba. Todos le miraban. Agachó la cabeza, azorado.

Sigue, John, le animó Lucrecia.

Las montañas serían como el marco de un cuadro.

Se habían aproximado más peregrinos; algunos, con cara de desconcierto.

Lo siento, dijo Dunbar.

No. Está muy bien, le respondió Grouard. Un valle con un río, y alrededor un marco de montañas. ¿Altas, las montañas?

Altas no. Nunca nevaría. Tampoco haría demasiado calor en verano. La desembocadura del río estaría próxima. El valle desembocaría en el mar. El río formaría un estuario donde habría pájaros. Siempre muchos pájaros.

El chico se había abrazado las rodillas y se mecía atrás y adelante, encantado con lo que oía.

El río trazaría curvas y en los senos se podría cultivar.

Eso está muy muy bien, John, dijo Grouard, y volvió a tumbarse y miró al cielo, aliviado de un gran peso. Así ha de ser. Gracias, amigo.

Y dirigiéndose a los demás añadió con un hilo de voz: ¿Comprendéis lo que acaba de suceder? ¿Os dais cuenta del prodigio del que acabamos de ser testigos?

Los peregrinos se miraron las botas, abochornados y confundidos. Grouard, sin dejar de escrutar las alturas, aferraba la mano de Lucrecia y lloraba.

La Luz nos acaba de hablar a través de nuestro amigo.

Grouard estiró la otra mano hacia el guía, que la miró, dejó transcurrir un instante y la tomó, la apretó.

Sí, todo eso está muy bien, dijo una voz que sobresaltó a todos. Pero solo son las fantasías de ese hombre. ¿Por qué debemos darles crédito? ¿Desde cuándo la Luz habla por su boca? No es más que un pistolero vagabundo al que rescatamos del cobertizo de unos mejicanos.

Trevor había permanecido al margen, pero ahora se acercó y se plantó con las piernas separadas y los pulgares enganchados en el cinturón, donde, como últimamente era su costumbre, lucía el martillo y las tenazas de su oficio. Las miradas se desplazaron a él. Llevaba semanas rumiando su discurso y por fin había llegado el momento de pronunciarlo. Con falsa humildad, reclamó la atención de los presentes, pese a contar de antemano con ella, y pidió que miraran a su líder, al que había sido su líder, y al que tanto tenían que agradecer pues quién si no los había liberado y hecho partícipes de los designios de la Luz.

Y digo que ha sido nuestro líder porque ya no lo es. Porque no puede serlo. Miradlo bien, amigos míos. Podemos tener fe en las palabras que nos dirigió en muchas veladas a lo largo de nuestro viaje, pero no en las que salen ahora de su boca. Ha agotado sus fuerzas. Me atrevo a decir que su misión ha concluido. No la nuestra, pero la de él sin duda. ¿Nos informa acaso de los mensajes de la Luz?

Murmullos y negaciones de cabeza.

No. Hace muchas noches que no. ¿Y no será el motivo que la Luz ya no se digna hablar con él? ¿Acaso ya no requiere de sus servicios? Preguntaos, amigos, ¿no es nuestro líder una figura semejante al Moisés de la Biblia? ¿Y no le fue vedada a Moisés la entrada a la tierra hasta la que había guiado al pueblo elegido? Era ese el destino que Dios le tenía reservado: la guía y el tránsito hasta el objetivo, no el goce de este. Amigos míos, yo miro al que fue nuestro líder y veo a un nuevo Moisés. ¿Compartís mi parecer?

Más murmullos y en esta ocasión asentimientos.

Propongo que no prolonguemos su evidente padecimiento y lo liberemos de su responsabilidad. Despidámonos de él con nuestros mejores deseos y nuestra gratitud y permitámosle dar media vuelta. ¿Quién osará decir que no se lo merece?

Dunbar escuchaba en silencio, al igual que Lucrecia y Grouard. El herrero tenía el don de saber fijar la mirada, le concedió Dunbar para sus adentros; escogía con tino el objetivo sobre el que centrar la vista, y no la despegaba de él hasta que hubiera dejado de servirle de utilidad, como quien asciende una ladera traicionera y valora dónde apoyar los pies.

¿Qué me decís, amigos míos? ¿Dejamos partir a Grouard, al que, claro está, no privaremos de la compañía y los servicios de su hermana y de Dunbar? Nuestro destino se halla cerca. No dudéis de vosotros mismos. Si estamos destinados a la elevada tarea de construir todo un Paraíso, ¿cómo no vamos a bastarnos para dar los pocos pasos que nos separan de él?

Cambiando la petulancia por un tono más comedido añadió: Sé que la decisión de despedirnos de nuestro mayor amigo es difícil, pero pensad que al hacerlo le devolvemos, aunque solo sea en una ínfima parte, el regalo que nos ha hecho a nosotros. Propongo que votemos. ¿Grouard, su hermana y Dunbar tienen que dar media vuelta? ¿Quiénes estáis de acuerdo?

De nuevo, hubo murmullos. Las preguntas se apelotonaban en la cabeza de los peregrinos: ¿Volvería la Luz a hablarles? ¿No deberían haber puesto por escrito lo que les dijo a través de Grouard para más tarde poder interpretarlo con calma? ¿Qué sucedería con la caja de caudales?, y se asestaban codazos para que fuera otro el primero en alzar la mano.

Dunbar se puso en pie. Las manos se inmovilizaron en el aire y corrieron a esconderse en los bolsillos. Trevor, que miraba a los peregrinos ávido de contar los votos a favor, se volvió, desconcertado por el silencio repentino. Ya tenía a Dunbar frente a él, lo bastante cerca como para que el guía, sin excesiva rapidez, para nada como el pistolero que desenfunda el primero en un tiroteo, alargara la mano y arrebatara del cinturón de Trevor el martillo. La herramienta, que había pertenecido al padre del herrero y antes de eso a su abuelo, allá en Irlanda, y a la que le habían cambiado el asa veintitrés veces, subió y, por última vez, bajó, hundiéndose en la frente de Trevor.

El herrero no llegó a comprender lo sucedido. Resistió unos instantes en pie. Tenía el cráneo abollado; la piel abierta en el ceño, como una ciruela madura que hubiera caído al suelo, y de la abertura asomó una sangre espesa que no acababa de correr rostro abajo.

Empezó a llover. Estaban todos tan atentos a lo que Dunbar hiciera o dijera a continuación que nadie se percató de las primeras gotas. La lluvia empujó al herrero al suelo y ablandó la sangre, que manó en abundancia, ahora sí.

Dunbar intercambió una mirada con Lucrecia. Se le pasó por la cabeza que quizá tendría que haberlo hecho antes de matar a Trevor. En cualquier caso, ella permanecía inexpresiva, como si no hubiera sucedido nada grave, concentrada en atender a su hermano. Era como si Dunbar acabara de matar a un mosquito que a ella le hubiera picado días atrás y del que no guardara recuerdo.

Eso, no obstante, no mermó la satisfacción de John Dunbar, que había estado esperando la hora de zanjar cuentas con el herrero. Parecía que todos habían aguardado aquel momento por alguna razón: para averiguar por fin cómo era el Paraíso, para desembuchar un discurso, para quitar de en medio a alguien que solo era fuente de problemas y afrentas.

Regueros de sangre aguada corrieron desde el herrero hacia el bosque derruido y se colaron bajo la hojarasca. Llovió con más fuerza. Llegaron crujidos y chasquidos de entre los árboles amontonados. La lluvia disolvía la argamasa que los sostenía. Y Dunbar dijo: Recogedlo todo, Ensillad los caballos, Nos vamos.

No había tiempo para atar a Grouard a la silla. Dunbar lo montó en su propio caballo, delante de él. Con una mano aferraba las riendas y con el otro brazo sujetaba al líder de la expedición, al que la cabeza se le bamboleaba, hasta que por fin se le venció hacia atrás y quedó apoyada en el ancho hombro del guía. Lucrecia, marchando a la par, alternaba miradas preocupadas a su hermano y al bosque, que comenzaba a desmoronarse a su alrededor. Llevaba de la brida a la mula con la caja de caudales. Se alejaron a un trote disparejo. Los peregrinos los siguieron a la espantada, algunos sin detenerse a

recoger sus enseres, otros tan nerviosos que ni siquiera acertaban a montar en su caballo, así que medio corrían y medio patinaban detrás de él, agarrados a la cola.

Esa misma tarde, Los Que Ríen encontraron el cuerpo de Trevor. Padilla reconoció al herrero. Examinó el cadáver y dijo que lo que había sucedido allí, fuera lo que fuera, había pasado hacía poco. Estaban cerca de los peregrinos. Los bandidos soltaban risitas.

¿Por dónde dirías que se han ido?, preguntó López, el jefe de la banda. Su pelliza roja chorreaba. Continuaba lloviendo.

Padilla caminó en círculos cada vez más amplios alrededor del cadáver. Se detuvo y negó con la cabeza. Seguir a los peregrinos a través del bosque ya había sido difícil, pero una vez que comenzó a llover, se volvió imposible. Habían dado con Trevor por mera casualidad.

Un árbol se desplomó a pocos pasos de la banda, levantando salpicaduras de barro y poniendo nerviosos a los caballos. Hubo carcajadas.

López señaló el martillo medio hundido en el fango.

No ha habido disparos. No quedan ecos que nos guíen.

¿De qué estás hablando?, preguntó Padilla, harto de los despropósitos de López.

No sabes decirnos por dónde se han ido.

Tendremos que separarnos. No pueden haber llegado muy lejos. Menos con este tiempo.

No sabes.

No, reconoció Padilla.

Ya no nos sirves.

El guía tenía el rifle en la mano. Calculaba las posibilidades de abatir a López.

Dejemos, dijo el jefe de la banda elevando la voz sobre el ruido de la lluvia y el crepitar inquietante, que hablen Plomo y Pólvora, los dioscuros verdaderos y omnisapientes.

Desenfundó y disparó a Padilla. Antes de que este cayera al suelo, impactaron en él media docena más de disparos, de otros miembros de la banda.

¡Callad!, ordenó López.

Los Que Ríen se mordieron los labios mientras su jefe escuchaba inclinado hacia delante. El sonido de los disparos reverberaba entre la destrucción.

Por allí, dijo López señalando en la dirección por donde John Dunbar y los demás habían partido.

Se acercaba la noche y el bosque continuaba, y asimismo la lluvia, cada vez más torrencial, azotando a los peregrinos, impulsada por un viento racheado, mientras la destrucción se destruía a su paso. Ocurría que barreras de árboles apilados se desmoronaban y rodaban troncos estrepitosamente, obligando a los hombres a dar arreones a los caballos. Los peregrinos parecían ser objeto de una pugna entre el barro, que ansiaba cubrirlos y taponar sus oídos y narices, y la lluvia, empecinada en limpiarlos y helarlos.

Cuando apenas quedaba luz, los caballos que iban a la cabeza resbalaron cuesta abajo y hubo gritos y tirones desesperados de las riendas. Habían llegado a una ladera cuya base no alcanzaban a ver. El tumulto iba en aumento. Un caballo se alzó de manos cuando una roca tan grande como él pasó rodando a su lado. Torrentes de lluvia corrían pendiente abajo. Era imposible sostenerse en pie. Restalló un rayo. El fogonazo le bastó a Dunbar para ver dos afloramientos rocosos, dos islotes de piedra lo bastante amplios para acogerlos a todos, o eso esperaba.

Le arrebató a Lucrecia la brida de la mula con la caja y le ordenó adelantarse y ponerse a salvo en uno de los afloramientos junto con todos los peregrinos que pudiera y con los caballos, ¡que no abandonaran a los caballos! Él aguardaría a los que venían detrás y treparía al otro. No, tranquila, él se ocuparía de su hermano, vamos, rápido, no te detengas. El matraqueo de la lluvia dificultaba que se oyeran. Las alas de los sombreros colgaban empapadas y bloqueaban la visión. Por allí, Id con ella, Haced lo que ella os diga.

Poco después Dunbar empujaba a Grouard para que se encaramara al segundo afloramiento. El líder de la expedición, espabilado por la lluvia, volvía a caminar. Menos de la mitad de los peregrinos se afanaban detrás de ellos, tirando de los caballos por la brida. A la mula que llevaba la caja le fallaron las patas. Dunbar cortó las cuerdas que sujetaban la caja, alzó esta en vilo y la lanzó hasta la mismísima cumbre. Incluso sumidos en aquel brete, los peregrinos quedaron asombrados por la demostración de fuerza. La mula, liberada de su carga, en lugar de continuar subiendo, se deslizó por el montículo a la vez que lanzaba un rebuzno que se interrumpió en seco cuando una ola de barro se la tragó. La ladera se venía abajo. Los peregrinos se apresuraron a trepar. La caja de caudales les señalaba el destino.

Cien yardas separaban los afloramientos. Sin embargo, no eran visibles uno desde el otro salvo cuando un rayo alumbraba la ladera. Entre ambos se atropellaba una avalancha de lodo de la que asomaban troncos enteros que se bamboleaban como tentetiesos y que amenazaban con vencerse sobre los peregrinos y aplastarlos o arrastrarlos hacia el fondo de la pendiente, donde la imaginación de todos pintaba un sumidero atroz. Al entrechocar de los troncos, al

chapoteo de las olas y al estrépito de la lluvia fue a sumarse un ronquido profundo que a Dunbar le costó identificar. Piedras. Grandes piedras arrastradas por la corriente de barro y que bajaban dando tumbos, sumergidas.

Dunbar se había quitado la chaqueta y se la había puesto a su caballo sobre la cabeza, tapándole los ojos para serenarlo, las mangas anudadas bajo los carrillos. Los peregrinos gritaban cuando una ola especialmente impetuosa se estrellaba contra el montículo y las salpicaduras llegaban a la cumbre. En lo más alto, Grouard había tomado asiento sobre la caja de caudales. El más templado de todos. Miraba a su alrededor jubiloso. Adivinaba la mano de un demiurgo en la exhibición desatada. Un rayo tras otro caía en la corriente, que excavaba en la ladera una cuña atronadora. El bosque que habían tardado días en atravesar se colaba pendiente abajo. Los peregrinos se arracimaban alrededor de Grouard y la caja, se tapaban las orejas con las manos. El ruido era como el que se padecería en las entrañas de una trituradora de madera. La lluvia disolvió los parches de tierra que había sobre el afloramiento hasta dejarlo tan reluciente como la ilustración de un manual de geología. El caudal de fango arrojaba animales a la isleta de piedra, la mayoría muertos, aunque algunos, aparentemente cadáveres, volvían a la vida al notar suelo firme bajo las patas, transformados, al margen de su especie y de su calibre, en monstruos por el barro que los envolvía, chorreante, como podredumbre de tumba, y por el frenesí imparable por trepar saltando sobre otras bestias y sobre los peregrinos, que se defendían a tiros. El otro afloramiento era más pequeño y se refugiaban en él más peregrinos y más caballos. Dunbar escrutaba entre la tempestad, desesperado por saber lo que allí sucedía. Tan solo se le ofrecían imágenes estáticas, daguerrotipos obra de los rayos. Peregrinos medio desnudos, las ropas hechas jirones, brazos tendidos al cielo en oración, caballos en pose forzada, alzados sobre dos patas, sobre una, y por encima de todos Lucrecia, imponiendo cordura a hombres y bestias mediante azotes, la mano de hueso del rascador de espalda reflejando el brillo eléctrico. Dunbar se volvió hacia Grouard. ¿Se había puesto a cantar? El líder de los peregrinos los miraba a todos mostrándoles las palmas de las manos. No soy yo. Las palabras brotan de mí por voluntad propia. No sé de dónde vienen. *In dreams… I walk… with you…* Recelo y asombro en su voz. Un rayo. El otro afloramiento atacado por media docena de lobos. Lucrecia revólver en mano. Una orquídea de fuego floreciendo del cañón. Un lobo subido a un caballo le hundía a este los dientes en el cuello. Peregrinos forcejeando con sus armas. Dunbar gritó de impotencia y el tronido engulló el grito. Las oleadas de barro no se interrumpían ni menguaban. Tampoco podía apuntar en la oscuridad. No había modo de auxiliar a Lucrecia.

En lo alto, Grouard con la boca abierta en un bostezo prodigioso. *In dreams… I talk… to you…* Otro rayo. Lobos muertos arrojados a patadas a la corriente inagotable de barro y troncos. Menos caballos. Menos peregrinos. Lucrecia en la cima. Dos peregrinos desnudos colgados de su falda. Ella señalándolos con el rascador, indignos de que los tocara con su propia mano. Grouard interrumpió la canción. Jadeaba como al cabo de un esfuerzo infrecuente. No se había movido de la caja de caudales, adornada con filigranas bruñidas por la lluvia, pomo de posiciones de bronce, a los costados asas aferradas por las fauces de sendas cabezas de león fundidas. Del estrépito al fondo de la ladera, colisión de troncos y rocas, llegaban notas metálicas. Grouard gritó que se trataba de la Luz. Ya no le hablaba, pero la Luz siempre había estado allí y siempre lo estaría. El clamor que los ensordecía no era sino la Luz trabajando al amparo de la oscuridad. Dunbar se mareaba. Tuvo que sentarse. ¿Cuánto tiempo llevaban allí refugiados? El fragor arremetía desde todas partes. ¿Dónde estaba la cumbre de la colina y dónde la base? Tenía la impresión de que era el afloramiento rocoso el que se desplazaba como una barcaza mientras todo lo demás permanecía inerte. Grouard sentado en su trono era el único punto fijo. Los rayos estallaban justo encima de ellos. La tormenta se ensañaba con los islotes de piedra. Todo se rompía. El mundo. Ya estaba roto. Pedazos pasaban. Deshaciéndose. Olas. Ensuciaban. El cielo. *In dreams*. ¡Lu! *You' re*. ¡Cre! *Mine*. ¡Cia!

Primera luz. Lluvia aún. Silencio salvo crujidos blandos y distantes. Y la avalancha había cesado. La ladera reducida a un gran tobogán marrón pringoso. Los peregrinos bajaron con cuidado de los islotes. Lucrecia pastoreó a su grupo, revólver en una mano, rascador de espalda en la otra. Su caballo la seguía obediente. Corría una brisa cálida que le aventaba la melena.

Estás bien, le dijo Dunbar.

Claro que sí.

Los demás bajaban la pendiente dando resbalones, volviendo a embadurnarse. Otra mula acarreaba la caja de caudales. Grouard abría la marcha, un general resuelto, orgulloso de su tropa.

Vamos con ellos, dijo Dunbar.

Lucrecia enfundó el revólver y le dio la mano.

Además de ella, de su hermano y de John Dunbar, quedaban quince peregrinos. Habían muerto varios a lo largo de la noche interminable, barridos por la tormenta o bajo los dientes de los lobos. Los cuerpos habían desaparecido para siempre.

Alcanzaron la falda de la colina. Sortearon troncos triturados. Avanzaban en silencio, arrastrando los pies, siguiendo el camino que

les marcaba el paisaje, hasta que llegaron a una suerte de mirador natural. Algunos hombres cayeron de rodillas, con lágrimas en los ojos.

Ante ellos se desplegaba el tramo final de un valle poco profundo, flanqueado por cadenas rocosas. Por el centro discurría mansamente un río que trazaba dos amplias curvas. Al cobijo de cada una: campos verdes que irradiaban un aura de fertilidad. Una de las cadenas se doblaba en ángulo recto, como si pretendiera cortarle el paso al río, forzado este a dar un quiebro a lo largo de la pared rocosa, antes de verterse al mar en el extremo de una playa. La corriente, parduzca por la tormenta, pintaba un abanico en el mar en calma. Hacia el norte se disipaban las últimas nubes y un velo de lluvia descendía sobre un bosque de abetos. Donde se encontraban los peregrinos alumbraba el sol, como si el panorama quisiera exhibir todas sus posibilidades. Y, por supuesto, un arcoíris.

En realidad, el lugar no superaba en belleza ni en posibilidades a otros muchos por los que habían transitado hasta llegar allí. Lo que lo dotaba de un brillo singular no era tanto el tratarse del final del camino como su semejanza con el paisaje que John Dunbar había descrito; esto lo diferenciaba de todos los demás sitios anónimos por los que había pasado, no presentes en ningún recuerdo, ni narración, ni sueño.

Encendieron fuego y desayunaron, agradecidos, incapaces de dejar de mirar el río. Alguien dijo que aquel era un buen lugar para levantar una iglesia, en recuerdo del momento, y hubo asentimientos y se formularon promesas. Apuraron el café y se dispusieron a explorar el Paraíso. Para entonces Lucrecia ya había preparado sus cosas. Sin miramientos ni espejo, con unas tijeras reservadas para la ocasión, se atacó el pelo, dejándolo tan corto como el de un hombre. Asimismo se vistió con ropa masculina.

Grouard se acercó a despedirse. Parecía un cadáver. La piel de la cara estaba tan tensa que las cicatrices a punto se hallaban de rasgarse. Bolsas bajo los ojos. Su cojera nunca había sido tan pronunciada. Había perdido pelo a lo largo del viaje. La ropa, meros harapos. Había adoptado el tic de empujar la barbilla hacia adelante para estirar el cuello, como si llevara una corbata demasiado apretada. Y no obstante, la sonrisa era de plenitud. No intentó que su hermana cambiara de idea. Habían llegado al Paraíso. Ella podía dar media vuelta. Se llevaba dos caballos y provisiones. En su equipaje, solo lo indispensable. Su voluminoso baúl había sido vendido antes de cruzar el Columbia. Lucrecia miró detenidamente a su hermano. Le tomó la cara entre las manos y lo besó en los labios.

Ojalá nuestro padre pudiera verte ahora.

Él asintió con los ojos secos. Le miró el pelo corto.

Cuídate, dijo Grouard, y volvió con los hombres.

Mientras tanto, John Dunbar aguardaba. La acompañaría durante un trecho. Ya lo habían hablado.

Lucrecia no se despidió de los peregrinos, al igual que no se despidió de los caballos ni de las mulas. Desfilaron frente a ella de camino hacia el río; desharrapados, banales, fáciles de herir, tullidos o casi. El más joven hacía cabriolas y tocaba un violín.

Partió junto a Dunbar. Callados los dos. Ella sin nada que decir y él sin saber qué decir, pese a haberse preparado para el momento. Grouard le había hecho entrega a su hermana de una carta en la que la ponía al frente de los negocios de la familia. Ella la había guardado sin ceremonia. Era probable que ya poco quedara de tales negocios, esquilmados por administradores poco fiables, nombrados con negligencia por su hermano.

Dunbar la miraba por el rabillo del ojo, las prendas demasiado grandes, las manos finas.

Así no engañarás a nadie.

Iré más cómoda.

No llegarás lejos.

Llegaré adonde llegue.

Esto no lo dijeron, ya lo habían dicho, en noches al abrigo de la tienda de campaña.

Lo difícil es quedarse.

Tampoco esto lo dijo ninguno, ni en esa ocasión ni en ninguna otra.

Lucrecia tiró de las riendas y le dijo que diera media vuelta. Que ya era el momento.

Ve a echar un vistazo a ese Paraíso. Puede que encuentres algo para ti.

Dunbar no se movió. Ella añadió entonces: Al fin y al cabo, no has venido hasta aquí solo por sentido de la responsabilidad, ni por estar conmigo. Tus motivos, John Dunbar, son egoístas.

Él se preguntó si trataba de enfadarlo para facilitar la separación.

Además, tienes que ir a cobrar por tus servicios.

¿Crees que en esa caja de caudales queda algo de dinero?

Adiós, John Dunbar.

Adiós.

Se separaron sin intercambiar regalos.

Grouard y los peregrinos siguieron el curso del río hasta la desembocadura. Desmontaron en la playa. Leones marinos sesteaban en la arena entre barras de algas secas. Las olas les mojaron las botas.

Todo cuanto veían les complacía. Las gaviotas alborotaban en el cielo y entre sus chillidos se fueron abriendo paso, lentamente, las risas. Primero Grouard y luego los demás se volvieron uno a uno. Sobre una línea de dunas asomaron Los Que Ríen.

La banda había soportado la tempestad encaramada a rocas, como cabras montesas. Habían padecido el frío y el azote de la lluvia pero ningún miedo los había ofuscado. Cuanto sucedía era la voluntad de Plomo y de Pólvora, y ellos, Sus discípulos, nada podían hacer salvo plegarse a Sus designios. Cuando amainó la lluvia, secaron con mimo las armas y retomaron la marcha. Por el camino, sacudían los cartuchos de escopeta como maracas, para asegurarse de que las postas no se apelmazaran.

Grouard, aturdido de cansancio y dicha, los tomó por otro grupo de peregrinos. Se adelantó con los brazos abiertos.

Bienvenidos, amigos. ¿Os envía la Luz?

Distinguió entonces a las mujeres de la banda, tan mugrientas y despeinadas como los hombres, las caras igual de terrosas, y retrocedió horrorizado.

¡Cómo os atrevéis a pisar este lugar sagrado!

La banda no hacía sino reírse.

Grouard, atraída su mirada por la pelliza roja de López, reprendió a este. ¿Qué hacen aquí esas putas?

Una de las mujeres desenfundó el revólver y le disparó a la cara. En la banda de Los Que Ríen bastaba con que uno abriera fuego para que todos hicieran lo mismo. Un instante después las olas revolcaban los cadáveres de los peregrinos y la única disputa era entre la arena y el agua por apropiarse de la sangre.

Los bandidos descargaron la caja de caudales y se quedaron mirándola como necios, soltando risitas. Nadie sabía abrirla. Se lanzaron reproches a la mujer que había disparado en primer lugar, pero López los zanjó con claridad y resignación. Todo había sido decisión de sus dioses.

La banda despedazaba los bultos de los peregrinos y se apropiaba de las armas cuando en la playa irrumpió el Basilisco. Su caballo galopaba levantando arena, los ollares dilatados por el aire marino, inédito para él. El Basilisco sujetaba las riendas con los dientes. En cada mano un revólver. Los Que Ríen abrieron fuego. La visión del Basilisco los hizo retroceder hacia el agua a la vez que apretaban el gatillo. John Dunbar los siguió. Parecía decidido a matarlos a quemarropa y de ningún otro modo. Contagiaba de rabia al caballo, que mordía caras, arrancaba labios y mejillas. Sus dentelladas restallaban con más fuerza que los disparos.

Las balas de Los Que Ríen volaban sobre el agua, recibían salpicaduras, atravesaban olas encrespadas, destripaban caballas, salían de las olas, brillaban con los rayos del sol, se cruzaban con otras balas, tantas que formaban bruma, buscaban su blanco, se acercaban al hombre con barba, ojos enrojecidos, pelo alborotado y pasaban de largo, atemorizadas, hacia mar abierto, hasta perder impulso y descender, rebotar en la superficie, una, dos veces y hundirse, o volvían a la refriega, perforando túneles en la humareda, e impactaban contra un bandido. Había más balas en el aire que las disparadas por Los Que Ríen y el Basilisco. Habían acudido convocadas por la batahola. Ninguna tocó a John Dunbar. Desistían, trazaban parábolas, cambiaban de objetivo, se enterraban en la arena o exploraban el cielo. Si John Dunbar hubiera podido detenerse a pensar, habría recordado el pasaje de la *Ilíada* en que los dioses protegen a Aquiles durante la batalla y devuelven la lanza a sus manos para que la emplee de nuevo.

El caballo del Basilisco lanzaba coces, embestía contra los bandidos, les pisoteaba la cabeza, que reventaba como una sandía, poseído por su jinete. Las balas de John Dunbar surcaban certeras el aire. Las demás se arredraban, les cedían paso. El índice de Dunbar apretaba el gatillo y silenciaba una risa. Con cada disparo se sentía mejor.

Lentamente, volvió a oírse el mar. Un par de leones marinos miraban con la cabeza alzada desde la arena. Los caballos de la banda y los de los peregrinos habían huido espantados a las dunas. John Dunbar escupió las riendas. Enfundó un revólver. Recargó el otro, sin dejar de vigilar a su alrededor. Las olas se ocupaban de los cuerpos. La brisa aclaraba la humareda. La caja de caudales yacía escorada en la playa.

Dunbar se fijó por primera vez en el lugar. Los perfiles se volvieron nítidos. Cobraron intensidad los colores. Y vio que todo era como debía ser.

Rompió la última ola de una serie. La orilla quedó en calma. La superficie deformante del mar reflejó a un hombre que sonreía y se inclinaba para dar unas palmadas en el cuello a su montura.

SIN ÁNIMO DE VENGANZA

En realidad, Disney era una persona. Fue el que hizo la primera película de dibujos animados de la historia, le decía a su hija la mujer que estaba delante de Katharina en la cola. Y la hizo él solo. Hace más de un siglo. O de dos. También inventó a la primera princesa: Blancanieves.

Katharina intentaba no escuchar pero era imposible. La mujer, que llevaba un top con manchas de sudor, hablaba casi a gritos para hacerse oír sobre la empalagosa música ambiental. Era el primer fin de semana de agosto y el parque estaba atestado de visitantes. El informativo meteorológico había anunciado temperatura máxima de treinta y cinco grados y posibilidad de tormentas por la tarde. No era el día más indicado para ir a Disneyland París. En opinión de Katharina, ninguno lo era.

Le empezaba a doler la cabeza. Cerró los ojos y se masajeó los párpados. Cuando los abrió se encontró mirando el tatuaje en la espalda de la mujer: la Osa Mayor. Una de las estrellas coincidía con una verruga.

Quiero mear.

Katharina se volvió hacia los niños.

Quiero mear, repitió el mayor, de once años, con más urgencia.

¿No puedes aguantar un poco?, preguntó Katharina. Llevaban en la cola del tren de la mina cerca de una hora.

No.

¿Vas tú solo?

¿Y si me pierdo?

Katharina respiró hondo. El olor a palomitas de maíz con demasiada mantequilla hizo que se arrepintiera.

Tú espera aquí. No te muevas, le dijo al otro niño, de nueve años.

¿Pero si avanza la cola me muevo?

Pues claro, joder.

Llevó al mayor al cuarto de baño. Mientras esperaba fuera a que él terminara, pasó por delante un grupo de chicas que celebraban una despedida de soltera. Todas llevaban una camiseta con el cartel *Disney*

Bride y orejas de la ratoncita Minnie. Katharina se preguntó a quién se le podría ocurrir ir de despedida de soltera a un sitio donde estaban prohibidos el alcohol y el tabaco. También se preguntó cuántas follarían esa noche llevando puestas las orejas de ratona.

El niño salió del baño cerrándose la bragueta.

Volvieron a paso ligero al tren de la mina. Katharina se sobresaltó al no ver al otro crío. Al cabo de una hora en que la cola apenas se había movido, de repente había acelerado el ritmo. La siguieron en su busca. Le costó reconocerlo. Se le había olvidado que el niño no llevaba la camiseta que se había puesto por la mañana. Nada más entrar al parque se había derramado por encima un zumo de naranja de ocho euros. Katharina había tenido que comprarle otra camiseta para que las avispas que sobrevolaban los arriates de flores no se lanzaran a por él.

Aquí estás. Menos mal.

¿Por qué hostias habéis tardado tanto?

No hables así.

¡Ya nos toca!, dijo el otro.

El empleado, disfrazado con un guardapolvo y un sombrero vaquero, les preguntó cuántos eran para acomodarlos en el vagón.

Dos, dijo ella.

¿Tú no subes?

Venga, venga, que hay gente esperando.

Fue a la salida de la atracción y buscó una sombra. Miró el móvil por si tenía algún mensaje de su pareja. Nada.

Era él quien tendría que haber estado en el parque con los niños, mientras Katharina disfrutaba de un día a solas en la cinemateca. En lugar de eso, él estaba en el aeropuerto Charles de Gaulle, reunido con un cliente potencial al que llevaba meses cortejando y que hacía una escala de dos horas en París. Habiéndose enterado la víspera del paso del cliente por la ciudad, le había suplicado a Katharina un cambio de planes.

No te imaginas lo que significaría para nosotros conseguir que firmara, había dicho con los ojos brillantes y la mirada perdida en un rincón de su habitación del hotel.

Katharina compartía la sombra de un seto con una pareja de abuelos acompañados por su nieto, o ese fue el parentesco que les atribuyó. El nieto rondaría los quince años e iba en una silla de ruedas ergonómica para personas con parálisis cerebral. La abuela tomaba un granizado de limón. Cuando no estaba sorbiendo, pegaba el vaso a la frente del chico para refrescarle. Al nieto le habían puesto una camiseta con el cartel: «*I Love My Life*».

Pues me alegro por ti, chaval, dijo Katharina, sin preocuparle que

pudieran entenderla. Te envidio.

Y añadió: Tendría que haber traído una petaca.

¿Estás hablando sola?

¿Ya estáis aquí? ¿Una hora de cola para una atracción que dura un minuto?

Los hijos de su pareja la miraron como si no supieran de qué les estaba hablando.

Queremos volver al submarino de Nemo, dijo el mayor.

¿Otra vez? Está en la otra punta del parque. ¿No preferís ir al fuerte del Oeste? Mirad. Ahí mismo lo tenéis.

Es para pequeños, dijo el mayor.

¿Y a la mansión embrujada?, propuso Katharina.

A mí me da miedo, dijo el pequeño.

¡Yo sí quiero ir a la mansión!, replicó el otro.

Los críos se enzarzaron a discutir. Katharina se alejó unos pasos, dejando que se desfogaran. Prefería que se pelearan entre sí. Cuando se aliaban, era para unir fuerzas contra ella. Consultó en el móvil la aplicación del parque; la cola en el submarino de Nemo era de solo veinte minutos.

Tenía el teléfono en la mano cuando empezó a sonar. Su pareja.

Es vuestro padre. Estaos quietos. ¿Sí? ¿Vienes para aquí?

Hola, mi vida. ¿Qué tal lo lleváis?

Ella dijo que de maravilla y volvió a preguntarle si iba a ir. Él respondió que todavía no. En realidad iba a tardar un poco.

Petrificada de incredulidad, Katharina le oyó decir que la reunión estaba yendo bien. En realidad, muy bien, con unas perspectivas espectaculares. Pero quedaban cabos por atar. Y no quería perder la oportunidad de estar en persona con el cliente. Así que iba a coger el avión para acompañarlo hasta su destino. Cerrarían el trato durante el vuelo. Despegaban en media hora. Había tenido muchísima suerte de conseguir billete.

¿Y adónde va el cliente?

A Pekín.

Un silencio.

A Pekín, repitió ella. Me cago en Dios.

Los niños dejaron de chincharse y se acercaron.

¿Qué pasa?

No te puedes cagar en Dios. Vamos a un colegio concertado.

Uno le dio un codazo cómplice al otro.

Si se lo decimos a papá, susurró, seguro que la abandona.

Ella agitó una mano hacia ellos como si espantara a una abeja.

¿Cómo están los niños?

Ahora mismo, muchísimo mejor que yo.

Lo entiendo, dijo él. En cuanto llegue a Pekín cojo otro avión de vuelta. Bueno, a lo mejor tengo que descansar un poco. Pero seguro que hay un hotel en el aeropuerto. Tú no te preocupes que te mantengo informada. Te dejo, ya están embarcando. Adiós, mi vida.

¿Qué pasa?, volvieron a preguntar los críos.

Katharina, con el móvil todavía en la mano, negaba con la cabeza mientras miraba a un grupo de niñas gordas disfrazadas de princesa.

Nada. Vuestro padre, que se va a retrasar.

¿Vamos al submarino?

Sí, vamos al submarino. Y, si queréis, os compro un helado. Pero luego volvemos al hotel.

Los niños se quejaron; apenas eran las cinco de la tarde. Ella atajó las protestas recordándoles que tenían entradas para dos días y que todos los blogs de viajes que habían consultado recomendaban dedicar el primer día a explorar el parque y elegir las mejores atracciones, y el segundo a disfrutar de verdad.

Por hoy, ya hemos explorado suficiente. Mañana vendréis a disfrutar con vuestro padre, dijo Katharina, a sabiendas de lo improbable que era que su pareja estuviera de regreso al día siguiente, pero los niños se dieron por conformes.

Una hora después se encaminaban a la salida. Katharina metía prisa a los niños, que se paraban en el escaparate de cada tienda. El calor se había vuelto pesado. Las banderas del parque flameaban, agitadas por un repentino ventarrón del sur. El cielo, despejado durante la mañana, había adoptado un sucio tono amarillento. También habían hecho aparición unas nubes como brochazos desganados.

Katharina descartó volver a tomar el tren y luego el metro para ir al hotel. Llevó a los niños directamente a la parada de taxis. Mucha gente, incitada por el tinte amenazador del cielo, había puesto fin a la visita antes de tiempo y aguardaba en la acera. El aire, cada vez más sofocante, arrastraba polvo y arena. Algunas personas, niños en su mayoría, se quitaron la camiseta y se la enrollaron en la cabeza, dejando una abertura para los ojos. En algún sitio se rompió un cristal con gran estrépito. A alguien se le escapó un chillido. Hubo risas nerviosas. Muchos tosían por culpa del polvo. Katharina, dándole la espalda al viento, atrajo hacia sí a los hijos de su pareja, que al menos se habían callado.

¿Qué pasa?, preguntó el pequeño.

Katharina lo tranquilizó. No era más que una tormenta de verano que se avecinaba. Enseguida estarían de vuelta en el hotel. Sí, les dejaría jugar un rato con la consola portátil.

Tuvieron que esperar una hora antes de poder subirse a un taxi. Para entonces el cielo se había oscurecido hasta el ocre.

De camino a París, el conductor saltaba de emisora en emisora de radio, buscando información sobre el tiempo. En cada semáforo en que se detenían, torcía la cabeza para atisbar el cielo por el parabrisas. Katharina deseó que dejara de hacerlo. Estaba alarmando a los niños. Y no sucedía nada serio en realidad.

Empezó a llover barro. Al principio goterones aislados y de repente no se veía nada por los cristales. Los limpiaparabrisas eran incapaces de achicar la suciedad. El conductor farfulló algo. Se acercaban a un cruce. El limpiaparabrisas despejó el cristal lo justo para permitirle ver que el semáforo se había puesto en rojo. Pisó el freno y de inmediato levantó el pie. La mitad trasera del vehículo había empezado a irse a la derecha. Logró controlar el taxi y detenerse a tiempo. El coche que circulaba a su lado no lo consiguió y se empotró contra el que iba delante. Katharina no pudo verlo, los cristales se habían vuelto opacos. Solo oyó el golpe. El niño pequeño se pegó a ella, demasiado nervioso para llorar.

El conductor encendió las luces de emergencia. Abrió un poco la puerta y, asomándose por la rendija, montó el taxi en la acera. Volvió a cerrar la puerta. Detuvo el motor. Se limpió el barro de la cara con un pañuelo y solo entonces recordó que llevaba pasajeros. Les preguntó si estaban bien. Katharina respondió afirmativamente. El conductor dijo que esperarían allí. Aquello no podía durar.

El interior del taxi fue quedándose en penumbra. La lluvia de barro aporreaba el techo. Oyeron otro accidente de tráfico. Bocinazos. Voces de gente que corría por la acera. Alguien chocó contra el taxi y soltó una maldición.

El conductor dio con una emisora de noticias. Llovía barro en todo París. El locutor lo anunciaba con voz chillona, como si su estudio se estuviera inundando. Otra locutora, más mesurada, añadió que el fenómeno se había producido en otras ocasiones, cuando el viento del sur arrastraba masas de aire cargado de polvo sahariano. El conductor apagó la radio, dejando el vehículo en silencio, al margen del ruido de la lluvia.

Katharina apoyó la nuca en el respaldo del asiento. Le bastó relajarse un instante para que sobre ella se abatiera un cansancio repentino. Los niños se esforzaban por ver algo a través de las ventanillas. Intentaban despejar el cristal frotándolo con la mano; a los muy idiotas se les olvidaba que el barro estaba por la parte de fuera.

Se preguntó qué estarían haciendo sus hijos. Tendría que haber estado con ellos esos días, pero a su pareja le había sido imposible encontrar otras fechas para viajar a París, e ir con los cuatro niños les

había parecido excesivo. Katharina le había pedido a Jon que se quedara con ellos, y él había aceptado pese a tener otros planes. Haberse visto obligada a pedir un favor y a separarse de sus hijos la había hecho sentirse mal. Ahora, cuidando de aquellos dos críos mientras su padre volaba hacia China, se sentía además como una imbécil.

El ruido aminoró. Había dejado de caer barro. Una lluvia aburrida aclaró los cristales. El conductor puso en marcha el limpiaparabrisas.

Había gente apretujada al cobijo de cada toldo, marquesina y cornisa. Todo estaba cubierto por una desagradable capa marrón amarillenta. El barro chorreaba por las fachadas y goteaba de las farolas. La lluvia, desganada, más que limpiarlo, lo extendía. Las líneas de la calzada eran indistinguibles.

Sin apagar las luces de emergencia, el taxista bajó el vehículo de la acera y retomó la marcha lentamente. Las calles de París se habían transformado en pringosas pistas de patinaje.

El hotel estaba en la falda de Montmartre. Por mucho que Katharina insistió, el conductor se negó a subir hasta allí; durante el trayecto se habían cruzado con los resultados de varias colisiones leves. Los dejó a unas calles de distancia.

Seguía lloviendo. Los tres iban calzados con sandalias. Uno de los niños resbaló. Poco después el otro, que se hizo daño al caer y rompió a llorar. Katharina se desorientó. Tuvieron que desandar parte del camino. Llegaron al hotel empapados y sucios.

Antes de que pudieran cruzar la puerta, un conserje les dio el alto y les pidió que se frotaran bien los pies en el felpudo. En la recepción, una camarera les entregó a cada uno una toalla que tomó de un gran montón y los invitó a limpiarse lo mejor que pudieran, allí mismo. Una pareja de huéspedes con aire entre enojado y abatido hacía lo mismo. En el suelo, a su lado, bolsas de tiendas caras salpicadas de barro.

A pesar de las precauciones del personal, la moqueta de la recepción estaba cubierta de huellas.

¿Hoy vamos a hacer algo más?, preguntó uno de los niños en el ascensor.

Katharina negó con la cabeza. Se quedarían en la habitación. Se preparó para las quejas pero no hubo ninguna.

En cuanto entraron, los niños se dejaron caer cada uno en su cama y encendieron el televisor. Un canal de noticias mostraba imágenes del Sena transformado en un fangal y de Notre Dame rebozada de lodo.

Parece que le ha cagado encima un pájaro, dijo uno de los niños.

Millones de pájaros, apostilló el otro.

Los servicios de limpieza se esmeraban en manguear las calles. El

locutor anunció que, no obstante, la ciudad tardaría días en recuperar su apariencia habitual.

Katharina reprimió un suspiro. No eran más que las ocho. Habiendo hecho la reserva con poca antelación, el hotel solo les había podido ofrecer una habitación doble en la que encajaron dos camas supletorias. Apenas quedaba espacio para moverse.

Dijo a los niños que cenarían allí mismo y llamó al servicio de habitaciones, donde le advirtieron de que tendría que esperar un poco; esa noche casi todos los huéspedes habían tenido la misma idea.

Duchaos antes de que traigan la cena.

Se hicieron los remolones. Dijeron que ya se habían duchado por la mañana.

Katharina se dio por vencida. Tenía demasiadas ganas de ducharse ella.

Vendrá un camarero. Abridle la puerta. Os pedirá que firméis un papel. ¿Podréis hacerlo?

Eso y mucho más.

Al salir de la ducha, se vistió con unos vaqueros y una camiseta. Habría preferido ponerse el pijama pero la habitación no ofrecía ninguna intimidad y no le apetecía que el mayor de los niños empezara otra vez con las miraditas.

Se los encontró tumbados en la cama grande. Ya habían subido la cena. La colcha estaba salpicada de patatas fritas y migas de pan de sándwich.

Desde aquí se ve mejor la tele.

Me da igual. Fuera.

Volvieron a sus camas. Preguntaron por su padre. Katharina les explicó lo que había sucedido y les aseguró que estaría de vuelta al día siguiente.

¿A tiempo de ir al parque?

Al parecer, pensó ella, no se les había ocurrido que el barro también habría arruinado temporalmente Disneyland París.

Supongo que sí. Cuando nos despertemos mañana, tendremos un mensaje suyo y entonces decidiremos qué hacer.

Pero ¿está bien?, preguntó el pequeño.

Katharina le aseguró que sí. ¿Por qué no iba a estarlo?

La tormenta…

Vuestro padre está muy lejos de aquí. Ni siquiera se ha enterado de la tormenta.

¿Muy lejos?, repitió el mayor, abatido.

Katharina sintió lástima por ellos, a la vez que reprimía un nuevo arrebato de enojo contra su pareja. Les dio permiso para ver la

televisión o jugar con la consola un rato más, pero solo si antes se ponían el pijama.

Se le había pasado el hambre. Su sándwich continuaba en el carrito que había traído el camarero, y que reducía todavía más el sitio disponible.

Cogió la cerveza que había pedido y abrió las puertaventanas del balcón. El suelo estaba sucio, así que se quedó apoyada en el marco. París desprendía un olor característicamente rural. Seguía lloviendo con mansedumbre. Alguna que otra centella alumbraba el cielo y sonaban truenos vagos, como si un vecino borracho no dejara de tropezar con los muebles. En el edificio de enfrente, varias personas restregaban el barro de los cristales y de los alféizares. Una anciana limpiaba las plantas de su balcón con un pulverizador de agua. Estaba anocheciendo.

Pese a la lluvia y la suciedad, a Katharina le habría encantado salir a dar un paseo, hacer cualquier cosa que la distrajera.

Hacía meses que vivía con un sentimiento de pérdida; no un recordatorio continuado de haber perdido algo sino la impresión de ir a perderlo todo, como si el sentimiento de pérdida, habiendo rebañado el pasado, se proyectara hacia el futuro en busca de nuevas fuentes de subsistencia. Por suerte, no era una sensación permanente, pero los días en que la asaltaba, los reveses se amplificaban y era difícil disfrutar de los momentos gratos, ya fueran las satisfacciones fruto de su trabajo —de las que últimamente había habido bastantes —, una comida con una amiga o una conversación por teléfono con su padre. Cada una de esas ocasiones la veía como si fuera una última vez: a partir de ese momento el trabajo solo le depararía sinsabores, no sabría nada más de su amiga, ya no volvería a oír la voz de su padre.

No le preocupaba tanto ese sentimiento, que etiquetaba de consecuencia tardía de su separación, como lo repentino, caprichoso y fuera de su control de los detonantes. Bastaba una noche de mal sueño o un día gris en primavera para que el temple se le tambaleara y de pronto viera el mundo a través de un cristal empañado que embotaba algunos de sus sentidos y anulaba el resto.

Lejos estaba de su carácter rendirse al abatimiento. Se debatía contra la impresión de pérdida a fuerza de racionalización y de perseguir la alegría sin tregua, para demostrarse que el sentimiento estaba errado, para dárselo a entender al sentimiento mismo, igual que haría con un repartidor obstinado en entregarle un paquete que ella no había pedido. Sin embargo, en un día como aquel se sentía vacía de recursos para sobreponerse. La visita a París no estaba yendo como había esperado y no sabía cuándo tendría otra oportunidad de volver. Tampoco cuándo podría disfrutar de unas buenas vacaciones

con sus hijos.

La oscuridad aumentó de repente. El televisor que había estado sonando a su espalda quedó en silencio. Se había ido la electricidad. Le extrañó que los niños siguieran callados, como si el corte del suministro también les hubiera afectado a ellos. Alumbrándose con el móvil, vio que se habían quedado dormidos sin que ella se diera cuenta.

No tenía sueño. Ya se había terminado la cerveza, que le había sabido a muy poco. Llevaba todo el día prometiéndose una copa de verdad y ahora, de manera inesperada, se le ofrecía la oportunidad de hacer realidad esa promesa.

No podía salir del hotel dejando solos a los niños, pero quizá sí fuera posible bajar a tomar una copa al bar, que seguramente seguiría funcionando pese a la oscuridad. Los niños dormían profundamente. Por si acaso, les escribió una nota y la dejó apoyada contra la pantalla del televisor. Si alguno se despertaba, la vería sin duda. La electricidad no tardaría en volver. Esos cortes siempre eran breves.

Mientras recorría el pasillo en tinieblas, de camino a las escaleras, iluminándose con el móvil, no pudo reprimir una risita de excitación. De manera inconsciente, caminaba de puntillas, como una ladrona.

El bar del hotel estaba alumbrado con velas. Había unos pocos clientes, acomodados en sillones de cuero, conversando a media voz. Pidió en la barra un whisky con hielo. El barman anotó la consumición y el número de su habitación en la libreta que usaba hasta que la caja registradora volviera a funcionar.

¿Katharina? ¿Eres tú?, dijo alguien a su espalda, en inglés.

Al volverse, se encontró frente a un hombre negro de unos cincuenta años, vestido con un traje gris perla. Las llamas de las velas hacían destellar el alfiler de la corbata.

Sí que eres tú. Me lo había parecido pero… ¡No me lo puedo creer!

Le costó reconocer a Samuel Nixon. El jamaicano había ganado corpulencia, el pelo se le había encanecido y se había afeitado el bigote que con tanto mimo se cuidaba cuando Katharina lo conoció en San Francisco.

¿Cuánto hace desde que…?, preguntó Nixon.

Doce años, respondió ella sin dudarlo, también en inglés.

Nixon negó con la cabeza, dando a entender incredulidad. Hizo amago de abrazar a Katharina pero se detuvo, limitándose a un apretón afectuoso en el brazo. Echó una mirada a su espalda.

Estoy con alguien. Siéntate con nosotros.

No quiero interrumpiros.

No digas tonterías. En realidad ha sido mi… este conocido con el que estoy el que te ha visto. Me ha dicho: «Mira qué mujer tan

atractiva acaba de entrar», y yo me doy media vuelta y te veo a ti.

La condujo hasta un rincón del bar donde la penumbra era más intensa. La vela que había en la mesa ante los sillones se había apagado. Un hombre también de unos cincuenta años, con traje oscuro pero sin corbata, se puso en pie para recibirlos. Sus movimientos eran mesurados, quizá para compensar su gran estatura, superior a los dos metros, y la medida de sus apabullantes extremidades. Con un gesto reflejo se abrochó un botón de la chaqueta antes de tenderle la mano a Katharina.

Te has animado a unirte a nosotros. Me alegro.

Señaló un sillón, invitándola a acomodarse, y volvió a tomar asiento a la vez que se desabrochaba de nuevo el botón.

Nixon no me ha dejado alternativa.

El jamaicano se rio ruidosamente.

¿Qué haces en París?, le preguntó ella con curiosidad. Superado a medias el primer desconcierto, se alegraba de verlo.

Nixon respondió que había ido de vacaciones con su hermana y su sobrino. Habían llegado esa misma tarde.

Pero mi socio estaba en la ciudad, dijo señalando al hombre, y quería hablar conmigo, así que los he dejado en nuestro hotel y he venido corriendo.

¿Trabajáis juntos?

Cuando Katharina conoció a Nixon en San Francisco él era conserje en un edificio de oficinas en el centro de la ciudad. En realidad, el puesto no era más que una tapadera. Desde su oficina en la recepción se dedicaba a dirigir un negocio de limusinas ilegales. También se hallaba implicado en otras actividades ilícitas en el Área de la Bahía, de perfil discreto aunque rentables, sobre las que Katharina había preferido no hacer preguntas. Como Jon le había dicho una vez: era mejor saber lo menos posible sobre Nixon.

No trabajamos juntos exactamente, dijo el jamaicano. Pero le he prestado mis servicios unas cuantas veces.

Nixon puede ser de mucha ayuda, dijo el hombre. Conoce gente en todas partes. Y responde rápido cuando lo llamo.

El jamaicano volvió a reírse, un poco avergonzado.

El hombre miraba fijamente a Katharina a través de la penumbra. Ella se dijo que a él le favorecía la inmovilidad.

¿A qué te dedicas?, le preguntó Katharina.

Viajo mucho.

¿Eres piloto? ¿Artista de circo?

Nixon dijo que su socio comerciaba con diamantes.

Katharina levantó las cejas como si eso la asombrara una barbaridad.

¿Y has venido a París para comprar o para vender?

Vender.

No me has dicho tu nombre.

Prefiero que nos hables de ti.

Detuvo a un camarero que pasaba junto a la mesa y ordenó otra ronda.

¿Cómo os conocisteis Nixon y tú?

Katharina le contó que fue cuando ella acababa de llegar a San Francisco. Tenía intención de quedarse un tiempo, aunque no conocía a nadie en la ciudad. Una tarde, en un bar de North Beach, Nixon se puso a hablar con ella. Quedaron un par de veces y entonces él le presentó al que iba a ser el hombre de su vida.

O eso me aseguraste, dijo señalando a Nixon con un dedo acusatorio.

¿Cómo se llamaba?, preguntó él chasqueando los dedos. ¿Juan?

Jon.

Claro, Jon. ¿Qué ha sido de él?

Tu predicción no se cumplió exactamente, dijo Katharina y tomó un sorbo de su copa.

Sabía que merecía la pena invitarte a nuestra mesa, intervino el hombre. ¿Qué pasó? ¿Te decepcionó?

Ella guardó silencio un momento, dándole vueltas a la pregunta. A lo mejor no había sido buena idea aceptar la invitación de Nixon.

Llegó el camarero con la segunda ronda.

Katharina miró disimuladamente el reloj. No podía dejar solos a los niños mucho más tiempo.

Al principio fue bien. Parecía que todo iba a ser como dijiste, Nixon. Él volvió a España y yo me dejé convencer para acompañarlo. Tuvimos dos hijos. Y luego, un domingo por la tarde, me di cuenta de que ya no vivía con mi pareja, solo con alguien con quien compartía la labor de crianza y poco más. No sé por qué os cuento esto. Es una historial banal.

Nunca lo es, dijo el hombre.

Vista desde dentro, no. Desde fuera, lo es siempre.

Entiendo que estáis separados.

Ella asintió.

Que no sigáis juntos no significa que no haya sido el hombre de tu vida, ni tú la mujer de la suya.

Será mejor que os deje hablar de vuestros asuntos.

No hay prisa, dijo el hombre. Podemos continuar luego. Y si se nos hace tarde, Nixon volverá mañana. ¿No es cierto?

El jamaicano dijo que por supuesto, aunque parecía contrariado.

¿No habías venido de vacaciones con tu hermana?, le preguntó Katharina.

Y con mi sobrino, sí. Pero no hay problema. Puedo volver si es necesario. Claro que sí.

El Samuel Nixon al que ella había conocido en San Francisco no habría sido tan aquiescente. Katharina se preguntó qué le había hecho cambiar y cuál era la naturaleza de la relación entre los dos hombres.

¿Cuánto tiempo os quedaréis en París tú y tu familia?

Solo cinco días.

No te preocupes, Nixon, dijo el hombre. Terminaremos de hablar esta noche y te dejaré libre.

Esas palabras distendieron el ambiente y cada uno tomó un sorbo de su copa. Se acercó un camarero con intención de encender la vela de la mesa pero el hombre le dijo que así estaba bien.

No estoy segura de lo que has dicho, comentó Katharina.

Se sentía un poco mareada. Había bebido el primer whisky demasiado rápido y no había cenado. Pero ¿no era eso lo que quería?, relajarse y olvidarse de la tormenta de barro, de los niños que dormían arriba y de su pareja. Al pensar en él se encrespó interiormente. Se lo imaginó en el avión, satisfecho de sí mismo después de haber cerrado su acuerdo, dormitando en el asiento o saboreando también un whisky, sin pensar en sus hijos, sabedor de que se encontraban bajo el buen cuidado de ella, ignorante de la tormenta de barro que había afeado París, con la mente limpia de las imágenes y los sonidos de un parque temático estomagante.

No, no estoy segura.

¿Perdón?

De que, a pesar de todo, yo sea la mujer de su vida.

Me cuesta creerlo, dijo él. No pareces una mujer que pueda desaparecer sin más de la vida de alguien. No después de haber sido importante para esa persona.

¿Cómo has dicho que te llamabas?

No te lo he dicho. ¿Por qué dudas de que sigues siendo la mujer de su vida?

Bueno, ahora él tiene otra pareja. Está de viaje con ella. Y con nuestros hijos.

¿Dónde?

Estados Unidos. California y Nevada, creo.

¿Ha vuelto a San Francisco?, quiso saber Nixon.

Volaron allí.

Entonces, están visitando los mismos sitios donde él estuvo contigo, añadió el jamaicano.

Ella levantó un hombro y lo dejó caer, como si eso ya se le hubiera pasado por la cabeza y lo hubiera descartado sin concederle importancia.

¿Estás enfadada?, preguntó el hombre.

Su forma de hablar era tan medida como sus gestos. Katharina nunca había asistido a terapia, pero pensaba que un buen terapeuta formularía las preguntas del mismo modo: con el tono justo para comunicar interés pero sin causar nunca rechazo, el repliegue de un paciente medroso, con la confianza en sí mismo arrasada. Como si las palabras fueran algo valioso y frágil, igual que los diamantes.

Meditó la respuesta. Se reclinó en el confortable sillón de cuero y bebió un trago. Podía tomarse su tiempo, supo. Los dos hombres la contemplaban apaciblemente. Estaba enfadada, no podía negárselo a sí misma. No le hacía feliz que su expareja recorriera en compañía de otra mujer los sitios donde ellos dos habían sido tan felices —sí, felices, sin espacio para la duda, con una felicidad tan pura y sólida que la habían percibido en el instante, sin necesidad de dejar que transcurriera el tiempo, de que llegaran otros momentos menos felices o nada felices para poder apreciarla—, como si él estuviera reescribiendo el recuerdo, conservando las habitaciones de motel, los horizontes deformados por las ondas de calor y los bares donde la música siempre parecía obedecer el dictado de sus gustos, pero sustituyéndola a ella por la otra, la nueva mujer. Sin embargo, esa no era la verdadera fuente de su enfado. Como un jugador de ruleta que cambia sus fichas de un número a otro cuando la bola ya está girando, justo antes de que el crupier anuncie: «*Rien ne va plus*», desplazó su enojo de la casilla de Jon a la de su pareja actual. Al fin y al cabo, Jon solo estaba rehaciendo su vida. No podía culparle por eso. Ella intentaba hacer lo mismo, salvo que con menos fortuna.

En su imaginación, el viaje de Jon, en compañía además de sus hijos, que se habían sumado en el último momento por no poder acompañarla a ella a París, era un encadenamiento de momentos perfectos, generadores de recuerdos indelebles, y también de oportunidades para que los cuatro —los cuatro— se conocieran mejor y afianzaran su vínculo.

Mientras que ella…

La culpa de que no pudiera ver su visita a París de igual manera, se dijo, un poco borracha y acunada por el temblor de las llamas de las velas y por las conversaciones en francés que la rodeaban, la tenía quien en esos momentos se estaba quedando adormilado con la boca entreabierta y la corbata aflojada en un avión que se alejaba de su familia a ochocientos kilómetros por hora.

Esta noche no quiero estar enfadada, dijo.

¿Prefieres que deje de hacerte preguntas?, quiso saber el hombre.

Discúlpame si soy impertinente pero me parece fascinante que todo lo que te ha pasado desde que conociste a tu expareja hasta ahora, incluida esta conversación, haya tenido como responsable a Nixon. Él os presentó. Y ahora os reencontráis.

El jamaicano miró al hombre como si este se dispusiera a reclamarle cuentas. Una vez más, a Katharina le causó perplejidad lo amedrentado que parecía. Pero ¿acaso no había cambiado también ella desde que se conocieron? ¿Los reveses no la habían vuelto hastiada y huidiza en lugar de fortalecerle el temple?

Aquí lo tienes, dijo el hombre. Aprovecha la oportunidad. ¿No hay nada que quieras decirle?

Ella se giró hacia Nixon, que le devolvió la mirada apretando los labios.

No. Nada.

No tienes carácter vengativo, dijo el hombre.

En realidad, no tengo razones para guardarte rencor, le dijo Katharina a Nixon. Gracias a ti disfruté de unos buenos años y tuve dos hijos estupendos con alguien con el que, a pesar de todo, puedo contar. Joder, ya no sé lo que estoy diciendo.

Gracias, dijo Nixon. Me alegra que no me tengas resquemor. Y además, en fin, mírate. ¡Estás estupenda!

Te lo parece porque estamos casi a oscuras.

No, no…

El hombre se inclinó hacia la mesa y prendió la vela con un encendedor. Los tres parpadearon.

Nixon tiene razón. Estás estupenda.

Gracias. ¿Vas a decirme ahora cómo te llamas?

Todavía no, dijo él y se rio, y a ella le gustó su risa, que le sonó franca.

Nixon, ¿cómo se llama tu socio?

Será mejor que no te lo diga, respondió el hombre.

¿Por qué?

Recuerda lo que pasó la última vez que te presentó a alguien.

Y tú recuerda que he dicho que no estuvo tan mal.

Todavía no nos has contado qué haces en París, intervino Nixon, deseoso de cambiar de tema.

Es una historia divertida. Os va a encantar.

Les dijo que había llegado la víspera, en compañía de su pareja y de los hijos de él, y cómo esa mañana él se había ido corriendo al aeropuerto para asistir a una reunión de trabajo, dejándole a ella la nada apetecible tarea de llevar a los niños a Disneyland París, y cómo él volaba en esos momentos rumbo a China.

Nixon y el hombre la escucharon incrédulos al principio y al final indignados. ¿Cómo se había atrevido él a dejarla tirada con los niños en una ciudad donde no contaba con la ayuda de nadie? ¿Por qué, al menos, antes de comprar el billete a Pekín, no la había llamado para preguntarle su parecer?

Ella llevaba toda la tarde haciéndose la misma pregunta.

No nos ensañemos, dijo. Está teniendo un mal año. Ese contrato es muy importante para él.

Y al cabo de una pausa meditativa añadió: Es un buen hombre. De veras.

¿Qué has hecho con los niños?, preguntó el jamaicano con una expresión maliciosa en la que Katharina vio, por fin, asomar al Nixon que ella había conocido, el que tenía talleres por todo San Francisco donde se hacían lavados de cara a coches robados, el que se follaba a las estudiantes extranjeras de la academia de idiomas que había en el edificio donde él simulaba trabajar de conserje.

Están durmiendo. Y creo que ya es hora de que suba a ver cómo están. ¿La luz no tendría que haber vuelto ya? Esto no es normal.

Después de asegurarte de que están bien, ¿volverás a bajar?, preguntó el hombre. Me gustaría seguir escuchándote.

Estoy muy cómoda. Pero también muy cansada. Si subo, me desplomo en la cama.

En ese caso, no subas.

Pero los…

Que vaya Nixon. Déjale la llave. No tiene más que asomarse y ver si siguen dormidos. ¿Te encargas tú, amigo?

Claro que sí, dijo el jamaicano, aunque el tono que empleó contradecía sus palabras.

Claro que sí, repitió el hombre, con convicción, como si le enseñara cómo había que responder.

No sé si…, empezó a protestar ella.

De repente sentía mayor preocupación por los niños que si fueran sus propios hijos, cuyos hábitos de sueño conocía perfectamente, de quienes podía predecir lo que harían si se despertaban en la oscuridad, la llamaban y nadie respondía.

Seguro que siguen dormidos. Y tú te mereces este descanso, la atajó el hombre, que hizo una seña a un camarero para que les sirviera otra ronda. En realidad, acabas de bajar. La oscuridad hace que el tiempo parezca transcurrir más despacio. ¿No le das la llave? Nixon, ten cuidado de no hacer ruido.

Katharina miró su reloj. Las manecillas eran muy finas, invisibles en la penumbra. Los niños estaban agotados. Seguramente dormirían hasta bien entrada la mañana. Pero alguien tenía que velar por ellos.

Su padre los había abandonado. Sin embargo, el sillón de cuero le abrazaba la espalda como si estuviera fabricado a su medida. Era imposible levantarse, despedirse de aquellas personas, subir por las escaleras hasta la séptima planta, entrar en una habitación con el aire cargado, intentando no tropezar con el equipaje de los niños, tropezar, buscar a tientas la cama…

Le dio a Nixon la tarjeta con que se abría la puerta.

717, dijo.

¿Funcionará sin electricidad?, preguntó él.

Cada puerta tiene su propia batería. Funcionará, dijo el hombre. Nosotros seguiremos aquí cuando bajes.

Nixon se encaminó obediente a las escaleras. Viéndolo alejarse, Katharina sintió que el jamaicano no solo se había hecho cargo de comprobar cómo estaban los niños sino que asimismo había hecho suya toda la fatiga que hasta entonces había sufrido ella. Llegó un camarero con las nuevas copas.

El hombre la miraba sonriendo.

¿Qué pasa?, preguntó ella.

Es admirable.

¿El qué?

Verte así de bien cuando tienes tantos motivos para estar enfadada. ¿Te gustaría estar con tus hijos?

Por supuesto.

¿Crees que la pareja de… Jon le encargaría a un desconocido ir a ver si ellos están bien?

Eso no tiene ninguna gracia. Y ella no los está cuidando. Los cuida su padre.

¿Ella no te gusta?

Apenas la conozco. Era compañera de trabajo de él. Solo la vi una vez.

¿Cómo es?

Joven. Tonta. O demasiado lista. No lo sé. ¿Por qué estamos hablando de ella?

¿De qué quieres hablar?

De ti. No sueltas prenda. Y siento mucha curiosidad.

Luego, dijo él riéndose, de nuevo con franqueza aparente.

Lo mejor para el final, ¿verdad?

¿Ella le gusta a él?

¿Perdón?

Esa mujer, a tu expareja. ¿Están muy unidos?

¿Por qué quieres saberlo?

Es una forma de conocerte a ti.

Katharina hizo bailar los cubitos de hielo de su whisky. El tercero. Sería mejor que no se lo acabara.

Supongo que sí le gusta. Creo que le gustaba desde antes de que él se diera cuenta.

¿Cuando todavía estaba contigo?

Katharina chasqueó la lengua y sonrió con media boca. Esperaba que aquel hombre no volviera a preguntarle si Jon y la otra estaban muy unidos, pues no lo sabía. Le causaba desconcierto que cada vez hubiera más cosas de él que no sabía, pese a los buenos términos —casi jactanciosos— en que se habían separado, pese a la delicadeza con que habían capeado el cambio y al diálogo inalterable acerca de los hijos. Poco a poco se iba convirtiendo en un desconocido, bien porque estaba cambiando, bien porque gradualmente iba aumentando la parte de su vida sobre la que no le hablaba y sobre la que ella no tenía derecho a preguntar. Teniendo que compartir con él el cuidado de los niños, Katharina observaba esa transformación con suspicacia. Y aquella mujer —a su vez, también una desconocida— era un combustible de alto octanaje para el cambio. Pero ¿no estaba siendo ingenua, suspicaz en exceso, incluso soberbia? ¿Acaso no podía Jon pensar lo mismo de ella?

Pero no sabía si él lo pensaba o no. A lo mejor se sentía demasiado bien viajando con su nueva novia, visitando campos de batalla de las guerras indias y comiendo en pintorescos restaurantes de carretera donde dejaría que los niños jugasen a los dardos, como para enzarzarse en especulaciones de tal índole. Y ese desconocimiento devolvía bruscamente a Katharina a la casilla inicial del escepticismo y la nostalgia vana.

¿Querrías que rompieran? O mejor: ¿que ella lo dejara?

No, dijo sin necesidad de detenerse a pensarlo.

Porque no quieres que sufra. Todavía te importa.

No me importa. Bueno, sí, pero no como…

Entiendo. Entonces, ¿por qué no?

Porque entra dentro de lo probable. Que la historia no prospere. Que ella lo deje. Él se habrá preparado, o lo habrá intentado.

Entonces, si quisieras que él lo pasara mal…

Algo que no sea trágico. Pero que él no vea venir. A lo que no le pueda dar la vuelta. Aunque yo no…

No se lo deseas. Porque no eres de ánimo vengativo.

Ella negó con la cabeza, aunque en su fuero interno la asaltaba la duda.

El hombre asintió apreciativamente y contempló el bar, cada vez más concurrido. Había dos grupos de sillones ocupados por clientes en pijama, que habían bajado alarmados por la duración del apagón.

Parecían haber dejado atrás toda inquietud y ahora bebían relajadamente, alegres, sin que les importara llevar puesto nada más que un pijama o un camisón delante de desconocidos. A ciencia cierta, nunca lo habrían hecho si no se hubiera ido la electricidad. La tarde engorrosa y desilusionante había desembocado en una aventura grata e inofensiva. Katharina y el hombre intercambiaron sonrisas. Ella deseó ir mejor arreglada que con una camiseta y unos vaqueros, el pelo todavía un poco húmedo, sin maquillaje.

Él le preguntó a qué se dedicaba y ella agradeció el cambio de tema. Le habló de su productora audiovisual, de los proyectos que tenía en curso. Cediendo a la vanidad, también de los galardones que había recibido en varios festivales. Se calló cuando vio que él apartaba la mirada y alzaba las cejas saludando a alguien.

Nixon se acercó a la mesa y le devolvió a Katharina la tarjeta de su habitación.

Siguen dormidos. Todo en orden. Unos niños muy guapos.

Se disculpó seguidamente por la tardanza. Siete pisos, dijo a modo de justificación.

Estás cansado. Ve con tu familia, dijo el hombre.

Pero…, empezó a decir Nixon, sorprendido.

Ya hemos hablado de lo principal. No tiene sentido que te entretenga más. He abusado suficiente de tu amabilidad por un tiempo.

Nixon sonrió aliviado y se despidió de él mediante un asentimiento. El hombre no se levantó.

Sí lo hizo Katharina, que abrazó al jamaicano. Él le pidió que se cuidara mucho y se disculpó con ella.

¿Por qué?

Por todo, dijo apretándole las manos entre las suyas.

No digas tonterías.

Nixon se encaminó a la recepción para pedir un taxi y Katharina se volvió a sentar. No dejaban de bajar huéspedes al bar. El ambiente ya no era tan grato.

¿Te apetece subir a mi habitación?, propuso él. Allí estaremos más tranquilos. Puedes seguir hablándome de tus proyectos.

Katharina enderezó la espalda.

¿Y tú me enseñarás diamantes?

Si quieres… Aunque no creo que te interesen demasiado.

El hombre se puso en pie. A ella le sorprendió de nuevo su altura, de la que se había olvidado. Más que levantarse, se desplegó. Varias cabezas se volvieron en su dirección.

¿No vas a decirme cómo te llamas?

Eso ya no tiene importancia, ¿no crees?

Al pie de las escaleras un botones se ofreció a guiarlos con una linterna. El hombre le dijo que no sería necesario. Para alumbrarse, usaron los móviles. En el segundo rellano se besaron. Katharina le desabrochó un botón de la camisa y deslizó una mano bajo la prenda. Se encontró con un pecho lampiño. Lo había imaginado velludo. No le importó. Tampoco le importó que el sentimiento de pérdida se abatiera sobre ella. Ya sabía que esa sería la primera y la última vez que estaría con aquel hombre.

Un rato después salía de la habitación de él. Recorrió pasillos y escaleras angustiada por los niños. Aún no había regresado la electricidad.

Continuaban dormidos. Tiró a la papelera la nota que les había dejado. A tientas, buscó el pijama. Quería darse otra ducha pero no a oscuras. Bebió tres vasos de agua y se tumbó en la cama. Soltó un suspiro.

¿Papá?, preguntó uno de los niños.

No. Soy yo. Duérmete.

El crío hundió la cara en la almohada.

Ella miró el techo, incapaz de conciliar el sueño. Se levantó varias veces. Fumó un cigarrillo en el balcón. Las farolas de la calle estaban apagadas. Al secarse, el barro formaba una costra, se desprendía de las fachadas poco a poco.

Cerca de las cinco se oyó un chasquido en las profundidades del hotel. Un segundo después se encendían las farolas y el televisor volvía a funcionar. Corrió a apagarlo antes de que despertara a los niños.

De repente se sentía espabilada, como si acabara de amanecer y por delante le aguardara un día prometedor, largamente anticipado. Se dio por fin la tan deseada ducha.

Luego, sentada en el borde de la bañera, calculó la hora que sería en Nevada y marcó el número de Jon.

¿Qué tal estáis?, dijo cuando él respondió. No podía dormir. Y he pensado que ya habríais cenado y que podríais hablar. Que no molestaría.

TIERRA DE HOMBRES: UN RELATO EN TRES ACTOS.

III. LA RIBERA SUBTERRÁNEA

En la playa no quedaba rastro de los peregrinos ni de Los Que Ríen. La arena estaba lisa; el océano, limpio; las gaviotas, alborotadas como siempre. Sentado en una duna, John Dunbar rebañaba con el dedo una lata de leche condensada. La camisa entreabierta. El pelo recogido en la nuca con un cordón de cuero. El rifle en vertical entre las piernas, apoyado en un hombro, lejos de la arena el mecanismo y la boca del cañón. Posó la lata a un lado. Se limpió el bigote con el dorso de la mano. Los movimientos sosegados, tanto por gusto como por respeto al lugar. A la izquierda, nutrias marinas y focas moteadas compartían las rocas. A la derecha, la desembocadura del río. Cuando la marea estaba baja, la caja de caudales de Grouard asomaba, semienterrada en la arena. En ese momento la marea estaba alta.

Vigilaba la serenidad por el rabillo del ojo. La tanteaba con el extremo del rifle, comprobando si era real y consistente. También hoy lo era.

No había visto ninguna embarcación desde que llegó. El océano interpretaba para él una función privada de olas y horizonte. Si él no estuviera allí, la superficie se ondularía de modo diferente, ofrecería colores y destellos distintos.

Imbécil, dijo entre dientes, sonriendo.

Cerró los ojos y alzó la cara hacia el sol.

La serenidad se había presentado días atrás.

En su primera incursión al otro lado de las dunas se había topado con un macizo rocoso que le cortaba el paso. La pared era vertical, de unos trescientos pies de alto, rematada por un copete de coníferas. En la base descubrió una cueva lo bastante profunda para su propósito. En los días que siguieron encontraría más cuevas en el mismo macizo; algunas, solo pequeñas oquedades; otras, con boca de muchos pies de altura y fondo invisible. Detrás de cada mella en la roca y de cada derrumbe afloraba un nuevo acceso al interior hueco. En cuanto el atardecer asomaba, vomitaban torrentes de murciélagos que se diluían en la luz declinante.

En la primera cueva halló troncos blanqueados por el tiempo y la sal, lanzados hasta allí por alguna tempestad salvando la barra de dunas y la franja de humedal que mediaban entre la playa y el macizo. Con aquellos troncos y madera de deriva que remolcó usando un caballo, levantó una cerca con la que cerró la cueva. Guardó dentro las monturas de los peregrinos y las que había podido atrapar de Los Que Ríen, y aún le quedó espacio para poner a buen resguardo los

víveres y los pertrechos de la expedición. A su lado, apoyada en la cerca, como si sonriera a los animales, como si se regocijara por la abundancia que aquellos bultos representaban para una sola persona, como si descansara complacida tras un trabajo bien hecho, estaba ella: la serenidad.

Cogió la lata vacía para enterrarla. Antes de alejarse, echó una última mirada a la playa. Las únicas huellas eran de patas palmeadas.

Pasaba las noches junto a los caballos. Por la pared del macizo descendían hilos de agua. A veces desdeñaba la cantimplora y prefería saciar la sed pegando la boca a la piedra. Para los caballos había encontrado un manantial a una milla de distancia, siguiendo la pared del macizo y alejándose del río, cuya agua era salobre. Los llevaba a abrevar dos veces al día. Tenía que buscar un refugio menos húmedo que la cueva y más cerca del agua dulce, pero no había prisa alguna. Cuando abría la puerta de la cerca, los caballos salían con un trote alegre y se lo quedaban mirando a la espera. John Dunbar montaba a pelo cualquiera de ellos e iban a beber. No se olvidaba del rifle.

Mientras volvía a la cueva desde la playa vio un destello de reojo. Soltó la lata. Empuñó el rifle y disparó. La lata cayó al suelo al mismo tiempo que algo negro. Dunbar se acercó. El cuervo estaba muerto. A un palmo, entre la hierba: un reloj con una leontina. Abrió la tapa. No llevaba inscripción. Estaba rayado y bruñido por el uso, pero no sucio. Le dio cuerda y se puso en funcionamiento. Él no tenía reloj. Tampoco había visto ninguno en los bultos de la expedición. Podía haber pertenecido a alguno de los peregrinos o a alguno de Los Que Ríen, pero no lo creía.

Abrió la cerca y dejó salir a los caballos. Ensilló uno y cogió el rifle y el revólver. El trayecto hasta el manantial no fue el paseo agradable de costumbre. La serenidad había desaparecido.

Al día siguiente se puso en marcha con la primera luz. Fue a caballo hasta la desembocadura del río. La marea estaba baja. En una orilla se alzaba el macizo que ya había empezado a explorar. En la otra, un segundo macizo, que al llegar a la costa se doblaba formando una L y forzaba al río a trazar una curva antes de desembocar. La corriente fluía por la vega entre ambas masas rocosas. Sin bajar del caballo, desplegó un catalejo de cobre.

En el macizo abundante en cuevas, una milla aguas arriba, había un tramo donde la ladera perdía la verticalidad y adoptaba una pendiente moderada que descendía hasta la misma orilla: una concavidad suave orientada al sur. Si él tuviera que elegir un sitio donde instalarse, escogería aquel: al socaire, elevado y con la retaguardia cubierta. Lo examinó con el catalejo pero los árboles no le permitieron ver nada.

Poco después ataba el caballo a la orilla del río. Desenfundó el

revólver, introdujo una bala en la cámara que llevaba vacía bajo el percutor y volvió a guardar el arma. Empezó a subir la ladera a pie.

A los pocos pasos vio el tocón de un árbol talado a hachazos. Más tocones. Y un sendero, medio borrado por los elementos o apenas comenzado a trazar. Daba unos pasos, se detenía y escuchaba, sin oír nunca nada.

En un calvero se alzaba una cabaña de troncos. La miró, incrédulo primero, como si fuera imposible que allí existiera algo semejante, y luego decepcionado.

La tierra estaba pisoteada, cubierta de virutas de madera y trozos de corteza. La cabaña tenía paredes y techo, pero le faltaban la puerta y la ventana. Delante, un banco de trabajo con una tabla a medio cepillar, y a unos pasos, un cuerpo. John Dunbar se acercó con el rifle en ristre. Quedaba poco del hombre, que debía de llevar semanas muerto. El brazo derecho estaba casi desprendido. En un corral, los restos de un caballo con un cuarto trasero devorado. Por todas partes, huellas de oso. Las zarpas habían arado la tierra mientras arrastraba al hombre de acá para allá.

John Dunbar se tomó su tiempo antes de entrar en la cabaña, como si un tropel de hombres armados y vociferantes pudiera manar de dentro. La construcción era sencilla pero de factura diestra. Aquel hombre se había tomado molestias. No había construido directamente sobre la tierra, sino levantado una plataforma a dos palmos del suelo para aislar la vivienda del frío y la humedad. Eso le habría supuesto varias semanas adicionales de trabajo.

Dentro había una única estancia, presidida por una estufa de hierro que habría costado mucho acarrear hasta allí. Junto a la estufa, un sillón de piel con orejeras. La fachada delantera, la puerta y la única ventana miraban al sur, lo mismo que un porche estrecho y sin barandilla. Las herramientas estaban protegidas bajo una lona encerada, limpias y, las que tenían que estarlo, afiladas. En un cajón, arropado entre serrín, un cristal para la ventana. Esta se hallaba cubierta de momento con la tripa de algún animal, estirada y untada de grasa.

Unas mantas extendidas en un rincón revelaban dónde había dormido el hombre. En la pared, una balda, y en la balda, un cuaderno. John Dunbar lo abrió. Un plano de la planta de la cabaña dibujado a lápiz. En las páginas siguientes, las medidas de los troncos, numerados a partir del durmiente, para cada una de las fachadas y también para las dos vertientes del tejado. Miró las paredes. Algunos troncos conservaban marcas de lápiz. Los huecos estaban resanados a conciencia con una mezcla de barro, paja y ceniza.

El constructor había puesto esmero en levantar su casa. Quizá si no hubiera puesto tanto continuaría vivo. Contra la fachada seguía

apoyado un rifle Henry. El oso lo había sorprendido mientras trabajaba enfrascado. No había llegado a tocar el arma.

Cuando John Dunbar salió al porche se encontró con un perro. El animal, un sabueso cruzado, lo miraba con la cabeza gacha y los belfos levantados.

Lentamente, Dunbar sacó del bolsillo unas tiras de cecina. El animal no se movió.

Estarás cansado de carne podrida de caballo.

Le lanzó una tira de cecina. El perro retrocedió. Luego se acercó con cautela, olfateó la cecina, la cogió entre los dientes y se alejó unos pasos para comerla, mirando de reojo a Dunbar.

Habrá que enterrar a tu dueño. Y sacar esa carroña del corral.

Se encaminó a los restos del caballo. Por el camino le arrojó al perro otro trozo de cecina. El corral estaba tan bien construido como la casa. Se habían desprendido un par de travesaños, que yacían en la tierra manchados de sangre, con mechones de pelo adheridos. Supuso que había habido más monturas, las cuales, despavoridas por el oso, embistieron el cercado hasta que lograron escapar. Tendría que agrandar el corral si quería guardar sus caballos allí.

Ya había decidido que se instalaría en la cabaña.

Entró en busca de una pala. Olor a madera sin curar. Un barril de clavos. El suelo bien nivelado. La serenidad acomodada en el sillón.

Envolvió al hombre en una manta y lo arrastró ladera arriba. Eligió un sitio entre los árboles, cerca de la cabaña pero no a la vista. Mientras cavaba se preguntó quién podría ser. En la vivienda no había encontrado nada que le revelara su identidad. Parecía albergar la intención de quedarse allí una larga temporada. Puede que para siempre. ¿Tendría familia o la intención de formar una? ¿Pensaba ampliar la cabaña con el tiempo? ¿Disponer de un cementerio privado? ¿Enterrar cerca a sus muertos para que continuaran formando parte de la familia? Quizá en aquel mismo lugar, donde John Dunbar estaba cavando. Seguro que no pensó que él sería el primer poblador del cementerio.

Una vez cubierta la tumba anónima, se detuvo a pensar en qué hacer con el caballo. Podría quemar los restos. Pero la humareda desvelaría su presencia, en caso de que hubiera alguien más en la zona. Podría enterrarlo. Pero, hallándose el cadáver en aquel estado, se desmoronaría si intentaba arrastrarlo. Por otro lado, como acababa de comprobar, en aquel terreno la roca afloraba a poca profundidad. Costaría mucho cavar una fosa lo bastante honda.

Le llevó el resto del día abrir media docena de agujeros. Estos más lejos de la cabaña.

Cuando terminó, sacó el sillón al porche y se sentó a descansar. El

mueble estaba gastado como una reliquia familiar. Los huecos en el asiento y en el respaldo se amoldaban perfectamente a su cuerpo. Delante de la cabaña, una abertura entre los árboles que parecía hecha ex profeso dejaba ver el río. El perro mantenía la distancia.

Al empezar a descender la ladera, John Dunbar miró atrás, por si el animal le seguía. No lo hizo.

A la mañana siguiente comenzó por desherrar al caballo muerto. Trabajaba con la boca y la nariz cubiertas por un pañuelo. Descuartizó el cuerpo a hachazos, en medio de un remolino de moscas. Arrastró los trozos hasta los agujeros cavados la víspera.

Sin demora, empezó a trabajar en el cercado. El perro lo miraba, tumbado en el hueco bajo la cabaña.

Unas jornadas después, la llegada de los caballos cargados con los bultos de los peregrinos fue recibida con ladridos. Previamente, Dunbar había subido hasta la cima del macizo rocoso y examinado el paraje con el catalejo, sin ver rastro de otras personas. Por el camino encontró nuevas cuevas. Una de ellas, cercana a la casa, la utilizó como almacén para los bultos. Disimuló la boca con ramas.

Emprendió la tarea de concluir la cabaña, empezando por la puerta, empezando por la tabla a medio cepillar que continuaba en el banco de trabajo. En un baúl, envueltas en hojas de periódico, encontró bisagras, de un negro lustroso, cubiertas de grasa.

Tomó la costumbre de sentarse en el porche al atardecer. El perro se tumbaba en el descampado, sin acercarse. Miraban juntos los reflejos del sol en el río. En esos momentos, a Dunbar le gustaba hojear el cuaderno del hombre, pese a conocer ya de memoria el contenido. En un plano del calvero estaban señaladas las ubicaciones futuras de una letrina, de un ahumadero y de un horno de pan. Insertados entre las últimas páginas, como si de anejos se tratara: un almanaque de mareas y una carta náutica de la costa.

Cada día que pasaba crecía la estima de John Dunbar hacia aquel hombre. Todas las decisiones del dueño de la cabaña —pues continuaba considerándolo el dueño de la cabaña, mientras que a sí mismo se veía como nada más que un inquilino agradecido—, cada uno de los pasos que había dado, coincidían con lo que él habría hecho. Y todo lo había llevado a cabo mejor de lo que él habría sido capaz. Un hombre de talla elevada, de cabello castaño, al que le gustaba hacer bien las cosas: era cuanto sabía de él. Sin embargo, imaginaba y compartía la satisfacción que aquel hombre habría sentido en sus primeros días en el lugar, mientras recorría los alrededores con un pie de rey en busca de árboles altos, rectos y del diámetro adecuado; trataba de emular la contención de sus movimientos, a sabiendas del trastorno que cualquier lesión supondría; se lamentaba, como él habría hecho, por la tragedia de ver

partirse el mango de un martillo.

Aquel hombre había llevado poleas.

Aquel hombre había llevado saquitos de sosa para fabricar jabón.

Los días transcurrían rápida y placenteramente. John Dunbar fabricó contraventanas. Le puso barandilla al porche. Le inquietaban las paredes ciegas, así que abrió troneras en las fachadas norte, este y oeste y las cerró con postigos. Cada puesta de sol, la cabaña era más confortable o más segura. Calculó que disponía de provisiones para un año. También podía cazar. Cuando se le acabaran los víveres, viajaría al sur, al fuerte Chehalis, o tierra adentro, al fuerte Steilacoom, a vender pieles y comprar lo que necesitara. Seguro que el hombre había planeado hacer lo mismo.

Cada día se sentía un poco más cansado. Se dijo que no era más que fatiga causada por el trabajo. Comía bien y por las noches se dormía profundamente en cuanto se tumbaba en el camastro que había fabricado, pero eso no le hacía sentirse mejor. Se concedió una tarde de asueto para ir a caballo hasta la playa. Silbó y llamó al perro para que lo acompañara. El animal lo ignoró, prefirió seguir tumbado debajo de la cabaña.

Cuando ascendió la barra de dunas y recibió la primera ráfaga de aire del océano, Dunbar se encogió presa de un escalofrío.

A la mañana siguiente se despertó con fiebre. Se sirvió un resto de café de la víspera en una taza de peltre y salió al porche. Se sentó en el sillón con una manta sobre los hombros. Hacía un día espléndido, el sol caía directamente sobre la cabaña, sus reflejos en el río eran tan vivos que llegaban hasta Dunbar entre las frondas y le atravesaban los párpados en forma de manchas rojas, verdes y azules. Aun así, se arrebujó tiritando, el café olvidado a sus pies. En el corral, los caballos estaban inquietos, ansiosos por salir a hacer ejercicio. Del perro, no había rastro. John Dunbar pensó que nunca había estado así: envuelto en una manta, sentado al sol como un viejo, tan desguarnecido. Se sentía liviano; las extremidades, enclenques. Cayó en un duermevela. Cada vez que abría los ojos, veía apoyada en un poste del porche a la serenidad, y él sabía que podía seguir durmiendo, que pronto se encontraría mejor.

Le despertó el revuelo en el corral.

Sí, ya voy, ya voy, musitó.

Pero no encontró fuerzas para levantarse. Arrastró un pie y solo consiguió volcar la taza y que el café frío se derramara. La serenidad seguía apoyada en un poste. De pronto no lo estaba. Volvió a aparecer. Parpadeó de ese modo varias veces, cada vez más rápido. Dunbar la miraba sin reaccionar, con los ojos entreabiertos. La serenidad se esfumó.

De entre los árboles llegó un gruñido ronco. Lentamente, Dunbar giró la cabeza en aquella dirección y vio al oso pardo salir al calvero. Olfateaba la tierra. Al principio ni siquiera miró hacia la cabaña, como si no fuera de su interés. En el corral, los caballos se arrojaban contra el cercado y los unos contra los otros. John Dunbar miró aturdido a su alrededor. Le extrañó no experimentar urgencia. No había sacado ningún arma al porche. Tampoco tenía fuerzas para entrar en busca de una.

En el río seguían bailando los destellos. Todo sucedía a plena luz del sol. La temperatura era suave. Graznidos de gaviotas y cantos de aves del bosque. Los caballos frenéticos eran la única nota discordante.

Parecía dispuesto a irse, el oso, a punto de dar media vuelta y desaparecer entre los árboles, cabeceando en gesto de disculpa por el alboroto causado. Pero entonces el perro salió ladrando de debajo de la cabaña y se le encaró.

El oso retrocedió unos pasos. Luego trotó hacia delante, en dirección al vociferante perro, hasta el centro del descampado, donde se alzó sobre las patas traseras. Contrajo el morro y rugió estirando la cabeza. El perro, envalentonado, corría de un lado a otro cerrándole el paso hacia la cabaña. El oso se dejó caer sobre las cuatro patas y lanzó un zarpazo tentativo. El perro retrocedió. La garra del oso se elevó de nuevo.

Un golpe seco. En el hombro del oso había aparecido un boquete del que chorreaba la sangre. El animal agachó la cabeza como si reflexionara sobre lo sucedido. Miró en derredor. Otro boquete. Este en el cuello. Reculó dos pasos y se dejó caer sentado. De la boca le manaba espuma ensangrentada. La masticó, se relamió y se derrumbó de costado, las patas estiradas y rígidas.

El perro gemía y correteaba, ansioso por olfatearlo y sin atreverse a acercarse. En el corral se acalló el bullicio. Se hizo el silencio en todo el calvero, a la espera de lo que pasara a continuación.

La humareda de los disparos pendía en la atmósfera inmóvil. Atravesándola, un hombre a caballo salió de entre los árboles. Sostenía un flamante Winchester Yellow Boy apuntando al cielo, la base de la culata apoyada en un muslo. Llevaba otras dos monturas de la brida, cargadas de bultos. En cuanto desmontó, el perro se puso a brincar a su alrededor meneando la cola e intentando lamerle la cara.

El hombre le acarició la cabeza. Mientras tanto, escrutaba al oso, el corral, la cabaña y a Dunbar. Luego los árboles y el río, y de nuevo a Dunbar.

Con el perro metiéndose entre sus pies, el hombre se acercó a la cabaña, apuntando a Dunbar con el rifle. Vestía impermeable amarillo, traje, chaleco y corbata negros, camisa blanca, sombrero

hongo también negro.

Las manos donde pueda verlas.

Por suerte, a Dunbar le obedecieron los brazos. Parecía un murciélago gigante deslumbrado por una linterna.

Muy bien.

Como más tarde John Dunbar podría comprobar, cada vez que el hombre hablaba todo lo demás desaparecía. Era como si, al margen de la distancia a la que se encontrara, siempre que abría la boca lo hiciera pegado a tu cara, en primer término.

¿Quién eres tú? ¿Y dónde está mi hermano?

John Dunbar. Si tu hermano es el que construyó esta cabaña, está enterrado colina arriba.

¿Qué le pasó?

Le atacó un oso.

No. Te ha atacado a ti.

A mí no me ha atacado ningún oso, dijo Dunbar. Las palabras salían arrastrándose de entre sus labios.

¿Fue ese que está ahí?

¿Cómo voy a saberlo? Tu hermano llevaba mucho tiempo muerto cuando lo encontré. Creo que el oso le sorprendió mientras trabajaba. No sabía su nombre, así que no pude escribir nada en la tumba.

Dunbar no pudo seguir manteniendo las manos levantadas. Las bajó muy despacio, hasta posarlas sobre las rodillas. El hombre no dejó de apuntarle con el rifle.

Se llamaba Josiah. Josiah Canton. Y no me sorprende lo que dices. Me lo imagino perfectamente. Mi hermano ensimismado en alguna tarea que no merecía tanta atención, sin oír que el oso se le acercaba.

Apartó brevemente los ojos de Dunbar para mirar la cabaña.

Muy acogedora. ¿Y esperaba que ahí viviéramos los dos? Podría haberla hecho más grande, en lugar de levantarla encima de una puta plataforma. Se creía demasiado bueno para pisar el mismo suelo que los demás.

Negó con la cabeza. La expresión se le endureció más aún.

¿Buscas oro?, le preguntó a Dunbar. El perro se había sentado a los pies del hombre y le lanzaba miradas de arrobo.

John Dunbar intentó hablar pero ya no le salieron las palabras.

¿Qué te pasa?

Estoy enfermo, creo, consiguió decir.

¿Y qué has hecho para curarte, John Dunbar? ¿Mereces acaso la sanación?

A Dunbar se le derrumbó la cabeza a un lado, hasta quedar apoyada en una de las orejeras del sillón. Los ojos se le cerraron.

El hombre subió al porche.

No serás tan malo si Horacio se ha quedado contigo. ¿No es cierto, amigo?, le preguntó al perro.

Durante días, John Dunbar entró y salió de la inconsciencia. La primera vez que abrió los ojos estaba en el camastro. Había una hamaca tendida de pared a pared. El hombre fumaba tumbado en ella. Miró a Dunbar y le guiñó un ojo. El perro, que antes nunca entraba en la cabaña, dormitaba en el suelo. El espacio parecía diminuto.

Varias veces, sin llegar del todo a despertarse, sintió que alguien le ponía un paño húmedo en la frente o que le hacía tomar cucharadas de caldo y le secaba lo que se le derramaba por la barba. En otra ocasión se despertó en mitad de la noche y el hombre, sentado en un taburete, le observaba desde demasiado cerca, con expresión de extrañeza.

Una mañana John Dunbar abrió los ojos y se notó extraño. Se sentía bien. Los reflejos del sol en el río atravesaban el cristal que él había colocado en la ventana y aparecían y desaparecían en el techo de la cabaña. La puerta estaba abierta. Se levantó y salió al porche arrastrando los pies. Le deslumbró el brillo de un día radiante.

El hombre fumaba en el sillón, admirando el río. El perro estaba sentado junto a él, con la cabeza en su regazo, disfrutando de las caricias. Dunbar se apoyó en la barandilla. El hombre lo miró de reojo y devolvió su atención al paisaje.

Me llamo Virgil Canton. Pero todos me llaman el Hermano. Al parecer el mérito de todo se lo merecía Josiah, y yo el de nada. Así que soy el Hermano. Pese a ser mayor que él.

Dunbar no dijo nada. Se fijó en que el Hermano llevaba revólver. Había girado la cartuchera de manera que el arma le quedara cruzada sobre el vientre, para tenerla más a mano estando sentado.

Habíamos planeado buscar oro en estos montes. Oro o lo que fuera. Ganar un buen dinero. Josiah se adelantó para elegir el sitio e instalarse. Él tenía la loca idea de hacerse con unas indias para que se ocuparan de la casa. Yo no estaba de acuerdo. Las indias de esta región son de armas tomar. No hay manera de domarlas. Yo era partidario de comprar unas chinas en San Francisco, por correspondencia, y que algún barco nos las trajera.

El Hermano añadió que antes había buscado oro en Alder Gulch, California, donde también había ejercido como juez popular por elección de sus compañeros, que lo consideraban hombre imparcial y de criterio severo, y con la aquiescencia de Dios Todopoderoso, cuya mirada, pesada como el granito, había sentido sobre su hombro todos y cada uno de los días en que había debido afrontar tamaña responsabilidad.

Hablaba sin dejar de acariciar a Horacio, al que se le cerraban los ojos de gusto.

¿Quieres comer algo, John Dunbar?

Respondió negando con la cabeza. Sentía cómo el calor del sol le devolvía las fuerzas. En unos momentos estaría recuperado, como si en lugar de salir de una enfermedad lo hiciera de un sueño largo y reparador. En el descampado no quedaba rastro del oso. La piel, descarnada y salada, sudaba colgada a la sombra.

Dunbar contó con pocas palabras cómo había llegado allí en compañía de los peregrinos y lo que les había sucedido. El Hermano escuchó con atención.

Es curioso, dijo cuando Dunbar dejó de hablar. No fueron esas tus palabras mientras delirabas. Una noche dijiste: «Huyo de la mirada de los que me gobiernan».

John Dunbar contuvo la sorpresa.

También repetiste varias veces que eras el Basilisco. Parecía importante para ti que eso quedara claro.

John Dunbar miró hacia el río.

No lo niegas, luego lo afirmas, dijo el Hermano. Pero como en un principio te presentaste como Dunbar, así te llamaré, aunque si prefieres que…

Dunbar está bien.

Perfecto. ¿Abriste tú esas troneras en la parte trasera de la cabaña y en los costados? Me cuesta creer que Josiah pensara en ello. No habría sido propio de él. Perder el tiempo en fabricar una balda para un solo cuaderno, eso sí.

John Dunbar no respondió.

¿Por qué hablas tan poco, Dunbar? ¿Tienes miedo de que alguien te oiga? Te advierto que siempre lo hay. Alguien a la escucha y que nunca duerme. Alguien que, en cuanto cierras los ojos, te susurra lo que debes hacer y, ¡ay!, te regaña si has sido desobediente, si has osado desviarte aunque solo sea medio paso de la espinosa senda marcada. Yo te lo puedo afirmar.

El Hermano salía algunas mañanas a caballo a practicar catas por los alrededores. Su entusiasmo era tan escaso cuando se ponía en marcha como a su regreso. No parecía albergar esperanzas de descubrir oro en la región, aunque tampoco parecía que eso le preocupara. La mayoría de los días se quedaba en la cabaña, en el porche en compañía de Horacio, siempre con un arma a mano. Había llevado provisiones por mucho valor, que sumadas a las de John Dunbar les permitían vivir sin apenas esfuerzo. A falta de espacio en la cabaña, buscaron una segunda cueva para emplearla como almacén.

No obstante, John Dunbar salía de caza, en particular los días en

que el Hermano optaba por quedarse en la cabaña. Aguardaba la bajamar y vadeaba el río a caballo. Exploró la otra orilla. Bordeó la costa siguiendo una línea de acantilados calcáreos. Oteó el horizonte. Ningún barco. La amplitud del océano atraía su mirada a la par que le acongojaba, le hacía sentirse arrinconado, con la espalda contra la pared. Prefería cabalgar tierra adentro. Entonces la serenidad corría a su lado, brincando con gracia sobre los arbustos, encaramándose a las ramas de los pinos. John Dunbar cazó un alce. La serenidad ni siquiera parpadeó. Se miraba divertida las manos pegajosas de resina.

John Dunbar se había recuperado plenamente. Sin embargo el Hermano no le había dado a entender que tuviera que abandonar la cabaña. Quizá había llegado a la conclusión de que Dunbar se había ganado el derecho a quedarse después de rematar la construcción. Podían pasar días sin que prácticamente intercambiaran palabra.

Una tarde, cuando Dunbar regresó a la cabaña, encontró al Hermano en el porche. Llevaba un revólver al cinto y tenía el Yellow Boy apoyado contra la pared. Pero a diferencia de otras ocasiones, sostenía sobre el regazo un caneco de whisky.

¿Me acompañas, gran cazador blanco?

Dunbar entró a la cabaña en busca de un taburete. La piel del oso estaba clavada en la pared norte.

Bebieron tanto que empezaron a hablar. Más bien cada uno para sí mismo, pero hablar al fin y al cabo. Horacio, tumbado en el suelo, bostezaba aburrido. A los dos hombres les costaba mantener la cabeza erguida. Al beber, parte del licor se les derramaba por la barbilla. Se la enjugaban con la mano y se lamían los dedos. Ya era noche cerrada.

John Dunbar reconoció que, llevado a confusión por el líder de los peregrinos, había dado forma a una fantasía: la de que en aquel lugar podría vivir por fin en paz, como si el río y sus orillas ocuparan una suerte de punto ciego para las fuerzas que a veces sentía que lo gobernaban, imponiéndole una voluntad absurda y dañina que le asqueaba.

El Hermano gruñó comprensivamente y dijo: Quién sabe. Quizá sea así. Quizá las fuerzas que dictan nuestro destino no son las mismas para todos, y a lo mejor no todas ven de igual modo. Quizá este lugar donde Josiah tuvo a bien construir su cabaña sea invisible para los tronos, dominaciones o principados que a ti te rigen, pero no para los que a mí me han correspondido. Si ahora mismo estos dirigieran su mirada caprichosa hacia la faz de la tierra, no verían en este porche a nadie más que a mí, hablando solo, y pensarían que he perdido la cabeza.

Dunbar dio vueltas a esas palabras, entorpecido por el alcohol, y guardó silencio, pues ahora le correspondía hablar al otro.

Y así fue.

Contó el Hermano que el último caso que le había correspondido juzgar en el campo minero de Alder Gulch fue el de un muchacho al que sus socios acusaron de robar parte del oro que habían extraído. Los socios se presentaron una noche en el barracón donde dormía el Hermano y exigieron justicia. Con él al frente, fueron en busca del chico. Por el camino se sumaron docenas de mineros, siempre prestos a ver cómo alguien recibía castigo. El chico, que no tendría más de quince años, se refugió aterrado en su tienda de campaña, desde donde gritó que no había robado nada. Y a continuación abrió fuego contra la multitud. Los mineros respondieron. Los proyectiles arrancaron jirones a la tienda, que acabó por desplomarse. El Hermano gritó que cesara el fuego. Ordenó al chico que, si seguía vivo y podía caminar, se entregara con las manos en alto. No hubo respuesta. El Hermano, desoyendo a los mineros, avanzó en solitario hacia los restos de la tienda. Empuñaba el rifle Volcanic .41 que tenía por aquel entonces. Alzó la lona y se asomó al interior. A cubierto detrás de unos cajones estaba el chico, ileso, llorando y moqueando. Aún sostenía su revólver, con el que hizo amago de apuntar, y al Hermano no le quedó más opción que abrir fuego. El Volcanic disparaba balas cohete, unos proyectiles de plomo con una profunda cavidad en la base, que se rellenaba con pólvora. Era un arma poco fiable, pero a tan corta distancia resultaba imposible fallar. El disparo produjo un estampido que infló los restos de la tienda. La bala cohete le partió el húmero derecho al chico y a punto estuvo de arrancarle el brazo. Se miró el destrozo y cayó desmayado sin ni siquiera abrir la boca. Fue el Hermano quien gritó pidiendo ayuda. Los demás mineros no creyeron necesario tomarse molestias con aquel ladrón, que, al fin y al cabo, iba a acabar en la horca. El médico opinaba de igual modo, pero el Hermano le convenció a punta de rifle para que salvara la vida al chico.

Lo trasladó a su barracón, lo instaló en el catre contiguo al suyo y cuidó personalmente de él durante su recuperación. El médico le había amputado el brazo, y el chico ardió de fiebre durante una semana. El oro robado no había aparecido, aunque sus socios no dejaban de jurar la culpabilidad del chico, y contagiaron su parecer al resto de mineros, que no entendían el empecinamiento del juez por alargar la vida de un ladrón tan despreciable. El Hermano velaba rifle en mano junto al chico y lo alimentaba recurriendo a su despensa privada. Tan bien lo cuidó que el chico, que al principio estaba en los huesos, ganó peso durante la convalecencia. El Hermano retrasó todo lo posible el momento de impartir justicia. Esperaba que el chico se declarara inocente y ofreciera alguna explicación a lo sucedido, pero este no negó la acusación ni reveló el paradero del oro. Se pasaba el

día en silencio, mirándose el muñón.

Sin encontrar razones para seguir postergando lo inevitable, el Hermano lo declaró culpable y lo sentenció a morir en la horca, sin que eso sacara al chico de la apatía. El Hermano ordenó la construcción de un cadalso más alto de lo habitual, pues todo el campamento planeaba asistir a la ejecución y todos y cada uno deseaban verla bien, pero asimismo para asegurarse de que la caída le partiera el cuello causándole una muerte inmediata e indolora. Con ese fin dispuso también una soga más larga de lo acostumbrado.

No contó sin embargo con el sobrepeso del chico después de que él lo atiborrara de comida, ni con que la falta de un brazo le desequilibraría, haciendo que no cayera a plomo sino inclinado hacia el costado izquierdo, ni con el latigazo que asestaría una soga tan larga.

El chico cayó, cayó y cayó, hasta que la soga se estiró por completo y el violento tirón le arrancó la cabeza de cuajo. Cuerpo y cabeza —gracias a Dios, al menos cubierta por una capucha negra— fueron a parar al barrizal bajo el cadalso. Los mineros contemplaron espantados los despojos, alzaron la mirada hacia el juez, quien en una exhibición de responsabilidad mal entendida había ejercido también como verdugo, se dieron media vuelta y regresaron en silencio a sus quehaceres.

Josiah me había propuesto venir juntos aquí, y tras lo del chico acepté. Recogí mis pobres ganancias y me puse en marcha. Pocos salieron a despedirme y nadie, ni uno solo de aquellos miserables, me dedicó una palabra de agradecimiento por mi labor, desempeñada a costa de tantos sacrificios.

En cualquier caso, añadió después de otro trago de whisky, desde que las compañías mineras empezaron a desmoronar el terreno con chorros de agua a presión, poco podíamos hacer los buscadores que preferíamos ir por libre.

Por fin. Ya estaba, pensó Dunbar. El Hermano había desembuchado. Por eso estaba allí y por eso se pasaba los días rumiando en el porche. Ahora podían irse a dormir.

Pero el Hermano no había terminado aún.

Tengo pesadillas con esa puta cabeza. La veo revolverse en su tumba, rasgar con los dientes la capucha con que la enterramos. Y luego excavar hacia la superficie tragando tierra como las lombrices. Y echar a rodar en mi busca. ¿Tú has visto alguna cabeza cortada, John Dunbar?

Por supuesto que las he visto. Cabezas cortadas por los indios. De mujeres y de niños. Las he visto arrastrarse por el desierto. Cabezas con espinas de cactus clavadas en los ojos y hormigas de fuego

saliéndoles de la boca.

Dunbar habló vuelto hacia el río. Sentía, no obstante, la mirada horrorizada del Hermano fija en su espalda.

La oigo rodar, siguió el Hermano. Hace un ruido como el de una rueda de molino. Y no la oigo solo en mis pesadillas. Me siento aquí y oigo la cabeza del chico. A veces se detiene a olfatear el aire y rectifica el rumbo, y luego la oigo más claramente.

El Hermano sujetaba el caneco de whisky sobre las piernas y lo acariciaba con una mano, como si el caneco tuviera pelo y él lo estuviera peinando.

Dunbar bajó tambaleándose del porche y orinó en el descampado. Entró en la cabaña, se derrumbó en el camastro sin quitarse las botas y un instante después dormía profundamente.

También fue el primero en despertarse por la mañana. Cuando salió al porche se encontró con que el sillón no estaba allí. No le concedió importancia. Pensó que el Hermano lo habría llevado a alguna parte. Preparó café. Pero cuando el Hermano se levantó por fin, lamentándose por el dolor de cabeza, miró asustado el porche vacío. Inspeccionaron los alrededores de la cabaña. Dunbar subió a lo alto del macizo rocoso y oteó la desembocadura del río. No encontraron el sillón ni huellas de quien se lo había llevado. El Hermano no se separaba de Horacio.

¿No has olido nada, amigo?, le preguntaba. ¿Ladrarás la próxima vez?

Era un misterio absurdo. Con la caída de la noche, el Hermano insistió en que hicieran turnos de guardia.

¿Crees que tu cabeza agarró una pata del sillón entre los dientes y se lo llevó a rastras?, le pinchó Dunbar.

Por un instante, el Hermano pareció a punto de dispararle.

Tú haz lo que quieras, dijo el Hermano, pero yo me quedo aquí fuera. Horacio, ven conmigo, ordenó, sin embargo el perro se escabulló al hueco bajo la cabaña.

Esa noche no sucedió nada.

Al día siguiente desapareció la puerta. Dunbar había ido a dar de comer a los caballos y el Hermano había subido a una de las cuevas que empleaban como almacén en busca de un saco de harina. No vieron ni oyeron nada. Tampoco en esa ocasión encontraron huellas. La puerta parecía haberse esfumado junto con las bisagras.

John Dunbar volvió a buscar rastros. Se desplazó trazando una espiral a partir de la cabaña.

Haré más café, dijo al regresar con las manos vacías.

Con la distracción, se habían olvidado de alimentar la estufa y el fuego se había apagado. Dunbar volvió a encenderlo pero la estufa

comenzó a expulsar humo.

¿Qué cojones pasa?, preguntó el Hermano entre toses. Yellow Boy en mano, patrullaba entre las troneras y la ventana.

Dunbar apagó el fuego echándole el café frío que quedaba en la cafetera, lo que adensó la humareda. Cogió una escalera, la apoyó en un costado de la cabaña y subió al tejado. El Hermano salió para cubrirle.

Te has vuelto loco. Ahí arriba estás expuesto.

Dunbar desmontó el paraguas de hojalata que coronaba la chimenea. Dentro del conducto encontró un tapón de barro, ramas y musgo.

¿Quién está haciendo esto?, preguntó el Hermano.

Seguro que tu cabeza no ha subido ahí arriba, dijo Dunbar tras desatascar la chimenea.

Cuando volvieron a la parte delantera de la cabaña se quedaron inmóviles. Faltaba el cristal de la ventana. El Hermano soltó una maldición. Pasaron al interior. El Hermano levantó el camastro y lo puso en vertical, cerrando el hueco de la puerta. John Dunbar revisó sus pertenencias. Echó en falta varias de las herramientas que Josiah y él habían usado para construir la vivienda. También una sartén de hierro. También un saquito de sal. También el cuaderno de Josiah. Lo que más le sorprendió, sin embargo, fue encontrar a su lado a la serenidad, que miraba con expresión neutra la balda que hasta entonces el cuaderno había ocupado en exclusiva. El Hermano se esforzaba en distinguir algún movimiento a través de las troneras y mascullaba entre dientes. Dunbar dudó si debía decirle lo de los objetos desaparecidos. La serenidad negó con la cabeza. Horacio estaba tumbado en un rincón, la cabeza entre las patas, avergonzado.

Pasaron el resto del día en la cabaña, atisbando por la ventana y las troneras, sin ver ni oír nada, orinando en una cazuela.

A la caída del sol, John Dunbar, sin hacer caso a las súplicas del Hermano, empujó el camastro y salió al porche. La serenidad fue con él. La ladera estaba en calma. Dunbar bajó los escalones, la mano en la culata del revólver. Posó un pie en la tierra con la suavidad de quien teme accionar una trampa oculta. Se alejó unos pasos. El Hermano y Horacio se habían asomado. Dunbar se fijó en que la escalera que había dejado apoyada en la fachada ya no estaba allí. El banco de trabajo también había desaparecido, y parte de la leña amontonada al abrigo del alero.

Quien está haciendo esto, dijo, no nos quiere aquí.

Volvieron adentro. Dunbar se esforzó por preparar una cena sustanciosa y sabrosa. Puso otra cafetera al fuego. Cuando vio que el Hermano descorchaba el caneco de whisky le recomendó no hacerlo,

lo necesitaba lúcido. La calma de su voz consiguió que el Hermano obedeciera. Después de cenar apagaron la lámpara y se acomodaron en sendos taburetes, uno junto a la ventana y el otro junto a una tronera.

John Dunbar sentía repletas sus reservas de entereza. Si hubiera querido, podría haberse tumbado en el suelo y quedado dormido. Durante sus primeros días en la región había disfrutado de un gran sosiego, y asimismo mientras finalizaba la construcción de la cabaña. Ahora, sin embargo, se sentía mejor aún, lo que no cesaba de sorprenderle. Se encontraba a medias perplejo, a medias regocijado.

Le despertaba una gran curiosidad la identidad de sus acosadores, pues había concluido que tenía que haber más de uno. ¿Hasta dónde estarían dispuestos a llegar en su empeño por expulsarlos? Se sentía tentado a resistir el asedio por la sola razón de poner a prueba las capacidades fantasmales de aquellos desconocidos. ¿Se desvanecerían uno a uno los troncos de la cabaña? ¿Él o el Hermano, cediendo a los nervios, echarían mano del revólver y encontrarían la pistolera vacía, pese a que menos de un segundo antes, cuando iniciaron el movimiento, el arma estaba allí, dejando sentir su tranquilizador peso en la cadera?

El Hermano no abrió la boca en toda la noche pero no dejó de ir de una tronera a otra ni de tropezar con todo. Por fin, cuando el cielo empezó a agrisarse, se calmó.

Todo lo hice por Josiah, dijo. Para que supiera que también yo puedo hacer bien las cosas.

John Dunbar pensó que el Hermano hablaba para sí mismo, así que no dijo nada.

Y el hijo de puta se deja matar por un oso. Estas cosas solo me pasan a mí.

El Hermano guardó silencio un momento, viendo cómo amanecía.

¡Maldita sea!, exclamó de pronto. ¡Josiah!

Empujó el camastro y se lanzó al exterior sin ni siquiera comprobar si había alguien fuera. Dunbar alcanzó la entrada de un salto. El calvero estaba desierto y no había movimiento entre los árboles. Rodeó la cabaña manteniéndose pegado a la pared. Vio al Hermano correr ladera arriba.

Lo alcanzó en la tumba de Josiah. El Hermano contemplaba boquiabierto el agujero donde antes habían reposado los huesos. Dunbar no dedicó más que un vistazo a la tumba.

Tenemos que volver, dijo.

Oyeron entonces a los caballos.

Dunbar y el Hermano corrieron de regreso. El cercado estaba abierto. Llegaron a tiempo de ver cómo el último caballo cabalgaba

espantado hacia el río. El Hermano no pudo contenerse más y abrió fuego con el Yellow Boy hacia los árboles. John Dunbar tiró de él gritándole que debían ponerse a cubierto.

Cuando estaban a punto de entrar en la cabaña, una daga atravesó el aire y se hincó con un golpe seco junto a la puerta. En lugar de meterles prisa, la repentina aparición del arma blanca los detuvo en seco. Dunbar miró hacia atrás pero no vio a nadie. La daga tenía mango de marfil de morsa, forrado con tiras de cuero para mejorar el agarre; las tiras estaban teñidas siguiendo el patrón: verde, rojo, amarillo. El talón del mango se hallaba tallado en forma de cabeza de animal salvaje, quizá un puma, quizá un oso.

¡Son indios!, gritó el Hermano, maravillado, y arrancó la daga antes de que Dunbar lo metiera en la cabaña de un empujón.

Había bastado pronunciar la palabra «indios» para que Horacio, que hasta entonces había permanecido en la cabaña con el rabo entre las piernas, rompiera a ladrar. Dunbar tuvo que retenerlo a patadas mientras volvía a cerrar la entrada con el camastro. Si no lo hubiera hecho, el perro habría salido corriendo.

Dunbar se arrodilló junto a la ventana y atisbó el calvero. En pie en el centro de la única estancia, el Hermano miraba la daga sin dejar de reírse. La hoja era tosca pero estaba bien afilada; hierro siberiano, trocado o robado a cazadores de pieles rusos. El perro corría en círculos, ladrando frenético y dejando tras de sí un reguero de orina.

Indios… ¡Tronos, dominaciones y principados, recibid mi agradecimiento! ¿Te das cuenta, Dunbar? ¡No son más que indios! Unos indios apestosos. Cortadores de cabelleras. Comedores de intestino de bisonte. Gracias a Dios Todopoderoso.

¡Cierra la boca y ponte a cubierto!

¡Eh, vosotros, pieles rojas! ¿Ya os habéis pintarrajeado la cara? ¡Pues podéis empezar a cabalgar en círculos gritando como subnormales! ¿Me habéis oído? ¡Me cago en el Gran Espíritu y en la puta danza del sol! ¡Ah, y una cosa más! ¡Devolvedme los huesos de Josiah u os meteré una bala en cada ojo o haré lo que haya que hacer para que no emprendáis el viaje a la tierra de los espíritus!

Más calmado, añadió hablando para sí mismo: Veamos… Tenemos agua, armas, munición… Todo lo necesario. Será jodido pero nada fuera de lo normal. Tranquilo, Horacio, saldremos de esta. Ya sabes cómo funciona, amigo.

Le acometió otro ataque de risa. Las flechas indias se clavaban en las paredes de la cabaña. Cada chasquido hacía que se le redoblaran las carcajadas.

John Dunbar le asestó un puñetazo en la mandíbula.

¡Cállate, imbécil! Estamos en una cabaña de madera, en mitad de

un descampado, sin nadie que pueda ayudarnos y no sabemos cuántos salvajes hay ahí fuera. No tienen más que prenderle fuego al tejado.

El Hermano sacudió la cabeza para espabilarse.

¿Y qué importa? ¡Míranos! ¡Mírate! ¡Podrías acabar tú solo con toda una nación india! ¡Y además tienes mi ayuda y la de un perro mataíndios!

Coge el Winchester y cubre la parte trasera, dijo Dunbar. Yo me ocupo del frente. Haremos turnos para vigilar los flancos.

El Hermano asintió.

Tienes razón. Tienes muuucha razón. Debemos tomárnoslo en serio. Administrar la munición. Disparar solo cuando les veamos el blanco de los ojos. Y guardar la última bala para nosotros. ¿No es lo que se dice siempre? Hay que conservar la calma hasta que sepamos cuántos indios asquerosos nos atacan. Luego llegará el momento de divertirnos. ¿Cierto? Tengamos muuucha calma. Para ti es sencillo. Eres un hombretón de pocas palabras. Un líder nato, a tu pesar. Necesitas algo más que una daga india y unas pocas flechas para desatarte.

El Hermano embistió de repente contra Dunbar, golpeándole con la cabeza en el centro del pecho. Rodaron por el suelo. Forcejearon, se lanzaron puñetazos poco atinados, derribaron los escasos muebles. Mientras tanto, las flechas seguían impactando contra la fachada.

Horacio ladró a los dos hombres, que no dejaban de revolcarse, hasta que se aburrió. Sin nadie que le prestara atención, el perro se acercó a la ventana. Se alzó sobre las patas traseras y apoyó las delanteras en la pared. Dunbar había dejado las contraventanas entreabiertas y Horacio terminó de abrirlas empujándolas con la nariz. Volvió a bajar al suelo. Echó una mirada a los hombres; el Hermano intentaba arrancar una oreja a mordiscos a Dunbar. Horacio retrocedió hasta el centro de la cabaña, se relamió, tomó carrerilla y salió por la ventana de un salto.

John Dunbar y el Hermano lo vieron de reojo. De inmediato se desenredaron, se pusieron en pie y recogieron las armas, que habían soltado durante el forcejeo. El Hermano fue más rápido y siguió a Horacio por la ventana, a la vez que berreaba: ¡No lo toquéis! ¡Es el perro de Josiah!

Dunbar llegó a la ventana justo a tiempo de ver cómo la primera flecha alcanzaba al Hermano. Muchas más llovieron desde todas partes. Algunas lo atravesaron por completo y prosiguieron su trayectoria perdiéndose entre los árboles, y de inmediato desde esa dirección llegaba otra flecha, como si el proyectil hubiera dado media vuelta. Había transcurrido un instante y tenía una docena de flechas en el cuerpo. Horacio lo miraba espantado. El Hermano se desplomó

sin haber apretado el gatillo del Yellow Boy.

Desde los árboles llegó una exclamación de triunfo. John Dunbar disparó. Hubo un grito y todo quedó en calma. Ni siquiera Horacio ladraba.

Recargó a la vez que lanzaba ojeadas al descampado. Aún no había visto ni a un solo indio. La cabeza y el torso del Hermano no tocaban la tierra, apuntalados por tantas flechas como tenían clavadas. Oyó gemidos.

Empujó el camastro para despejar la entrada. Arrancó la piel de oso de la pared y se la echó por encima. Las patas traseras se arrastraban por el suelo tras él. Empuñando un revólver y sujetando la piel, corrió hasta los árboles.

Un indio yacía en el suelo apretándose el vientre con las manos. La sangre se le escapaba entre los dedos. Llevaba un poncho de tiras de corteza de cedro trenzadas y mocasines de piel de salmón. No era más que un niño.

John Dunbar se sacudió la sorpresa de encima como quien espanta un mosquito. Se aseguró de que el niño no llevara ningún arma escondida y se lo cargó bajo un brazo como un saco, ignorando los gemidos de dolor y los pataleos. Seguidamente colocó la piel de oso de manera que los tapara a ambos y emprendió el regreso a la cabaña. Confiaba en que los salvajes no dispararan por temor a herir a su compañero, y en que, si no tenían reparos en hacerlo, la gruesa piel detuviera las flechas.

El dolor hizo que el indio se quedara quieto, pero cuando pasaron junto al Hermano, se puso frenético de repente. Jaleó, rebuznó y se rio a carcajadas. El barullo excitó a Horacio, que arrancó de nuevo a ladrar, se metió entre las piernas de Dunbar y empezó a dar saltos, intentando hincar los dientes en el indio. A punto estuvo de arrebatarles la piel de oso. Dunbar lo apartó de una patada y el perro le mordió la espinilla y no se la soltó.

Con el niño retorciéndose bajo el brazo, con el perro a rastras y temiendo que las flechas llovieran en cuanto la piel de oso terminara de deslizarse, logró llegar a la cabaña.

Dejó caer al indio al suelo, se zafó del perro de otra patada y volvió a bloquear la entrada con el camastro.

El sudor le corría a chorros. Atisbó por las troneras y la ventana sin ver ningún movimiento. Cerró las contraventanas para que el perro no volviera a escaparse, aunque en ese momento no le habría importado. Horacio se había encogido en un rincón, desde donde enseñaba los dientes al niño indio.

Dunbar pudo ahora ver mejor a su prisionero. No tendría más de diez años. Los ojos le bailaban en las cuencas y musitaba palabras

ininteligibles. Por lo demás, había vuelto a quedarse inmóvil, presionando con las manos sobre el orificio de bala. El poncho de corteza estaba empapado de sangre. A Dunbar le llamó la atención el perfil de su rostro. La frente retrocedía en un acusado plano oblicuo prosiguiendo la línea de la nariz. Las tribus de la zona practicaban la esclavitud. A los niños les deformaban el cráneo cuando eran bebés para diferenciarlos de los esclavos. También le faltaban varios dientes, y tenía otros mellados, y cicatrices en la cara y en los brazos.

Veamos cuánto aprecio sienten por ti, dijo Dunbar dando rienda suelta al Basilisco.

Le pisó el vientre al niño, que al principio resistió apretando los labios. Pisó hasta arrancarle un alarido.

Así me gusta.

El niño cerraba con fuerza los ojos pero no podía contener las lágrimas. No sobreviviría a aquella herida, pensó Dunbar, pero eso sus compañeros no lo sabían.

Entreabrió las contraventanas y gritó: ¡Salid donde pueda veros! ¡Salid si no queréis que os lo entregue en pedazos!

Silencio.

Torturó un poco más al niño. Con saña. Al indio lo habían educado bien. Parecía dispuesto a morir antes que volver a quejarse, no digamos que a suplicar. La serenidad no perdía detalle, recostada contra una pared. Dunbar se arrodilló. Apartó las manos del indio y presionó en la herida con el puño, como si pretendiera hundir todo el brazo en el orificio. La sangre manó a mayor ritmo y el niño chilló por fin.

Dunbar hizo un alto. No quería que se desmayara todavía. Se limpió la sangre en la pernera del pantalón.

Horacio ladró de nuevo intentando asomarse a la ventana. Dunbar lo apartó. En el centro del descampado había dos mujeres. Una era, quizá, de mediana edad; la otra, sin duda una anciana. Vestían ponchos de corteza trenzada como el del niño y sombreros de ala ancha del mismo material. Las dos llevaban insertado en el labio inferior un disco de madera pulida que se lo estiraba y hacía que les colgara sobre la barbilla. Cada una sostenía un arco y llevaba una maza de hueso de ballena a la cintura.

La mirada de John Dunbar saltaba entre ellas y la línea de árboles, incapaz de creer que no hubiera nadie más.

La más joven señaló con el arco hacia la cabaña y luego a sí misma. Repitió el gesto varias veces.

John Dunbar aguardó, sin acabar de comprender. La serenidad atisbaba por encima de su hombro y Horacio no dejaba de armar estrépito.

La india más joven abrió la boca, se señaló el interior con el índice y negó con la cabeza. A su lado, la anciana abrió la boca y volvió a cerrarla. A las dos les habían cortado la lengua. La primera india reiteró el gesto de señalar la cabaña y luego a sí misma.

¿Quieres al niño?

Asintieron las dos.

Dadme los huesos. ¿Me entendéis? Los huesos que sacasteis de la tumba.

Dunbar las señaló a ellas, luego señaló colina arriba. Gesto de cavar. Gesto de sacar. Las señaló a ellas de nuevo y se señaló a sí mismo.

Los huesos. ¿Me entendéis? Dadme los huesos y yo os doy al niño. Luego os vais. Vosotras. Lejos.

Apartó la vista un instante para hacer callar al perro de una patada. Horacio reculó. El niño indio yacía inmóvil. Dunbar confió en que solo hubiera perdido el sentido.

Cuando miró de nuevo por la ventana, la india mayor sostenía con el brazo estirado la bolsa de piel que antes llevaba en bandolera. La sacudió. John Dunbar oyó el tintineo.

Dejad los huesos en el suelo. Y los arcos. ¡Rápido! ¿A qué estáis esperando? He dicho que los arcos también.

Empujó el camastro y se asomó a la puerta, apuntando a las mujeres con un revólver.

¡Atrás! ¡Más lejos!

Las mujeres retrocedieron sin dejar de mirar la cabaña. Dunbar levantó al niño con un brazo y salió sosteniendo el revólver alzado. El indio colgaba inerte. Lo dejó junto al cuerpo del Hermano.

¡Quietas! ¡No os mováis todavía!

Cogió los arcos y la bolsa con los huesos. Retrocedió hacia la cabaña sin perder de vista a las indias. En cuanto pisó el porche, la más joven soltó un alarido y corrió hacia el niño. Lo tomó en brazos y se alejó con él. El niño se le escurría. Ella se tambaleaba. Todo sin dejar de gritar. Los dos desaparecieron entre los árboles pero los gritos continuaron oyéndose.

La india anciana no se había movido. Con la barbilla alzada y expresión arrogante, miraba a Dunbar. Él partió los arcos contra la rodilla.

¡Largo, vieja!

La india negó con la cabeza. Le señaló. Se señaló a sí misma. Señaló hacia el río.

¿Qué dices? ¡Vete!

La anciana le señaló. Se señaló a sí misma. Señaló hacia el río. Descolgó la maza de hueso de ballena que llevaba al cinto y la dejó

caer. Hizo una seña a Dunbar para que la siguiera y echó a caminar colina abajo sin mirar atrás.

Quédate aquí, dijo Dunbar.

La orden podía ir dirigida tanto a Horacio como a la serenidad.

Salió de la cabaña revólver en mano. Por el camino recogió el Winchester Yellow Boy del Hermano, lo sujetó apuntando al suelo y dio unos golpes en el cañón por si le había entrado tierra. No dejaba de mirar a su alrededor, sin poder creer que los responsables del fantasmal saqueo de la cabaña no hubieran sido más que dos mujeres y un niño.

Siguió hasta el río a la india, que se metió entre la vegetación de la orilla, montó en una canoa e indicó mediante señas a Dunbar que hiciera lo mismo. Él vaciló. Había una segunda canoa atada a la primera, y en ella, tendido sobre un lecho de ramas de pino, un cadáver amortajado con mantas.

Dunbar subió a la canoa de la india. Remaron río abajo, hasta un punto cercano a la desembocadura, donde la vieja volvió a arrimarse a la orilla. Hizo señas a Dunbar para que se apeara y esperara. Él se quedó en pie en tierra. Ella negó con la cabeza y le pidió que se sentara en el suelo. Dunbar dedujo que tenían que esperar allí.

La marea estaba bajando. Dunbar vio a la india desenrollar las mantas que cubrían el cadáver. Era un hombre adulto; la cara ya gris. Llevaba un coleto de cuero adornado con conchas pintadas de colores y pantalones de ante. La india le colocó sobre el pecho un arco, un carcaj y un añejo mosquete con llave española, al que le faltaba el guardamonte y que tenía calada una bayoneta herrumbrosa. Depositó junto al cuerpo varios saquitos de piel; provisiones para el viaje al más allá, supuso Dunbar. Por último, le encasquetó al muerto una máscara de madera policromada que imitaba la cabeza de una orca. Sentada a los pies del cadáver, dio inicio a una salmodia sin palabras, interrumpida de cuando en cuando por un sonido como de ventosidad, que producía apretando una vejiga inflada de cabra.

Dunbar esperó paciente. Vigilaba su espalda, sin embargo, como precaución por si volvía la otra india.

La salmodia se interrumpió de pronto. La india miró a Dunbar y le señaló un punto de la orilla. Al descender la marea había quedado a la vista la entrada de una cueva. La boca era baja y estrecha, lo justo para que una canoa se colara por ella. La india abrió una bolsa abultada y el tufo que salió de dentro hizo que Dunbar se olvidara del cadáver. Estaba repleta de pescado medio podrido: peces de un palmo de largo, similares a las caballas. La india sacó una flecha del carcaj del muerto e insertó seis peces en la punta. Puso gran cuidado en que todos quedaran en paralelo y con la cabeza apuntando en la misma dirección. Bajó a la orilla con la bolsa y la flecha y se agachó para

encender fuego. Cuando asomaron las llamas, les acercó los peces por el extremo de la cola, y Dunbar vio con asombro cómo empezaban a arder con una llama pequeña pero persistente. Eran eulacones, muy ricos en aceite.

La india entregó a Dunbar la bolsa con el pescado, que tenía una correa para colgarla al cuello, así como la flecha transformada en antorcha. Imperativa, le señaló a él, señaló la canoa con el muerto y señaló la entrada de la cueva. Desató las canoas y repitió los gestos. Señalar a Dunbar, señalar la canoa y señalar la entrada de la cueva. No esperó respuesta. Tomó asiento en la orilla y retomó la salmodia y las ventosidades emitidas con la vejiga.

¿El hombre que yacía engalanado era el hijo de la anciana, el esposo de la otra mujer, el padre del niño?, se preguntó Dunbar. ¿Habían viajado hasta allí para disponer sus restos en la cueva, que era quizá un lugar sagrado? Pero se habían encontrado con la cabaña, y con él, y con el Hermano, mancillando el sitio. Y ahora que ni el niño ni la india más joven podían hacerlo, le correspondía a él, a Dunbar, entrar en la cueva con los restos del guerrero, como compensación por los daños causados o a lo mejor solo por el hecho de hallarse allí. Evidentemente, la anciana no estaba en condiciones de hacerlo. Los preparativos la habían agotado. Tosía y canturreaba con la mirada perdida en la otra orilla.

La boca de la cueva era demasiado baja como para entrar montado en la canoa, así que John Dunbar dejó a los pies del muerto su revólver, el Yellow Boy y la bolsa de eulacones, y se metió en el río. En una mano sostenía en alto la antorcha, con la otra tiraba de la canoa. El agua le llegaba al pecho. Entró así en la cueva.

El primer tramo consistía en un túnel angosto, excavado, supuso, por un riachuelo que manaba por el interior del macizo e iba a desembocar al río. A su espalda, la salmodia fue bajando de volumen hasta apagarse.

No tardó en llegar a una cámara de grandes dimensiones donde había una playa de guijarros. Una parte del techo se había derrumbado, dejando que entrara la luz. No obstante, la cueva proseguía en forma de un túnel por donde discurría el riachuelo. La profundidad del agua era menor a partir de allí: lo suficiente como para que la canoa flotara pero no tanto como para que Dunbar fuera montado en ella. No le quedaba más remedio que llevarla a remolque, usando la cuerda que con ese fin había en la embarcación. El túnel era, por suerte, amplio. Antes de seguir adelante, clavó un par de eulacones más en la flecha. Sin poder evitarlo, recordó la cueva de los mormones, donde años atrás había entrado como miembro de la expedición Drummond.

Había tramos en que el riachuelo era tan poco profundo que la

canoa se quedaba embarrancada. Después de que eso sucediera un par de veces, se ató al pecho la cuerda para tirar mejor de la embarcación. Sostenía la antorcha con el brazo estirado hacia delante; gotas de aceite ardiendo se desprendían de los peces. Si no fuera por la antorcha, se movería en una oscuridad absoluta. Se preguntó cuánto tendría que profundizar en las entrañas del macizo. La copiosa provisión de eulacones le tranquilizaba y le preocupaba.

Avanzaba bajo una bóveda geológica erizada de estalactitas. Vio nuevas galerías abrirse a los costados pero se ciñó al curso del riachuelo. Las llamas alumbraban pinturas en las paredes. Monigotes con cuerpo de persona y cabeza de ciervo. Una ballena. En rincones apartados y donde la roca era más suave, genitales femeninos de un rojo encendido.

La galería se ensanchó. Por un costado discurría el riachuelo, mientras que al otro se extendía una ribera subterránea de piedra y barro. Varadas en aquella ribera había canoas como la que arrastraba Dunbar. Una infinidad de canoas. Todas en paralelo entre sí, con la proa hacia la corriente. Y en cada una, restos humanos.

Las primeras canoas eran las más antiguas, unos residuos esponjosos y desmoronados que apenas dejaban intuir la forma ahusada de la embarcación; en el centro, unos huesos. La luz de la antorcha no llegaba al final de la ringlera. Sin dejar de alimentar el fuego con eulacones, Dunbar siguió adelante.

Había cientos de canoas. La galería continuaba en línea recta como la nave de una catedral. Llegó a un derrumbe. Las rocas habían hecho añicos algunas canoas. Tuvo que pegarse a la pared de la galería para pasar. Al otro lado proseguía la fila.

Con el agua por las espinillas, remolcaba su canoa, cada vez más preocupado por la profundidad de la cueva. Sopesó la bolsa de eulacones. Estimó que no había llegado a consumir la mitad pero que le faltaba poco. Evitaba mirar los despojos de los indios, aunque no siempre lo conseguía. Algunas canoas llamaban la atención por ser mayores y estar más engalanadas. En esos casos, por debajo de las máscaras zoomorfas asomaban largos cabellos, los atuendos eran más amplios y se hallaban ricamente ornamentados con conchas y púas de puercoespín.

Nuevos derrumbes y rocas aisladas desprendidas del techo. Los impactos habían esparcido los huesos. Colgaban brazos sobre bordas carcomidas. Tropezó con esqueletos sumergidos mientras vadeaba corriente arriba.

Cientos no, miles de canoas. Toda una civilización de cadáveres, tendida debajo de donde él había terminado de construir una cabaña confortable, de donde había dormido sin pesadillas y de donde había acariciado la idea de vivir para siempre, lejos de todo el mundo.

Tropezó y casi dejó caer la antorcha al agua. En cualquier caso, las llamas estaban a punto de apagarse. Clavó seis eulacones y arrancó los restos de los carbonizados.

Al avivarse las llamas vio que casi había llegado a su destino. Un poco más adelante las embarcaciones concluían. Sin embargo, la galería y la ribera subterránea continuaban, ofreciendo espacio para innumerables canoas más.

La última embarcación era diferente. Sus dimensiones triplicaban las del resto. Una canoa apta para la navegación en alta mar, provista de una proa ornamentada que se proyectaba hacia delante a semejanza de un bauprés, y lo bastante robusta como para abrir el hielo.

En el centro de la nave se alzaba un trono de madera ocupado por los restos de una mujer. Se mantenía erguida, imaginó Dunbar, gracias a sujeciones ocultas. La cabeza alta, las manos sobre los reposabrazos del trono, las rodillas y los pies juntos. Llevaba un vestido, un delantal y una capa, todas las prendas de corteza de cedro y ribeteadas con piel de nutria marina. Sobre sus hombros se extendía una copiosa cabellera negra, todavía lustrosa. Tratándose del último cuerpo depositado en la cueva, era el menos deteriorado. Aún no se le había desprendido el disco de madera insertado en el labio inferior. Una suerte de velo confeccionado con conchas enhebradas le cubría los ojos. Sobre el regazo sostenía un hacha ceremonial en cuya hoja de cobre se reflejaba la llama de la antorcha.

Dunbar tuvo un escalofrío mientras contemplaba asombrado a aquella reina de la muerte. Trató de imaginar los esfuerzos que habría costado acarrearla hasta allí. Evidentemente, no lo había hecho una sola persona. La mujer sonreía a los cuerpos esparcidos a su alrededor. Habría dos docenas, caídos unos sobre los otros, rodeados de puñales, hachas y mazas. Debieron de ser los porteadores, pensó Dunbar, los cuales se habían sacrificado entre sí una vez concluida su labor.

Algunos de los cadáveres eran más recientes. ¿Acaso habían peregrinado hasta allí para ver a la mujer y entregarle su vida aunque ella ya estuviera muerta? ¿Qué habrían sentido en presencia de aquellos jirones de pellejo? ¿Aun así le habrían susurrado promesas de lealtad y de amor eternos? Todos los cuerpos en torno a la gran embarcación eran masculinos y todos estaban desnudos.

Empujó su canoa a tierra y la colocó en la misma posición que las demás. Sin demorarse, emprendió el regreso. En la bolsa quedaba menos de la mitad de la provisión de eulacones. Ahora que no tenía que remolcar la canoa avanzaba con mayor rapidez, pero no por eso el camino de vuelta se le hizo más corto. Intentaba no pensar en la oscuridad superpoblada que dejaba a su espalda. Aguardaba a que los eulacones estuvieran a punto de consumirse antes de clavar otro. Con

cada paso aumentaba la angustia, en forma de un peso en el pecho que le desequilibraba y dificultaba los movimientos.

Cuando llegó a la cámara donde el techo se había venido abajo se dejó caer sobre el lecho de cantos rodados. Jadeante, miró el cielo a través del agujero, los pinos y las matas de cicuta en la cresta del macizo. La antorcha se extinguió. No quedaban más eulacones en la bolsa. La marea había subido. La pequeña galería por la que había entrado en la cueva estaba inundada. Tuvo que esperar horas antes de poder salir. Mientras tanto recordó que se había olvidado su revólver y el Yellow Boy del Hermano en la canoa, ofrendas involuntarias para aquel guerrero, fuera quien fuera.

Atardecía cuando subió la ladera. Las indias se habían ido. John Dunbar se detuvo a contemplar cómo ardía la cabaña, de la que ya se había hundido el tejado. Las pavesas se elevaban hacia el cielo violeta.

Atado a la cerca, un caballo resoplaba y daba corcovos, asustado por las llamas. Del cuerno de la silla colgaba la bolsa con los huesos de Josiah. Los saltos del animal se veían entorpecidos por el *travois* que le habían atado. Las indias le decían así a Dunbar que se llevara los restos del Hermano, que no se le ocurriera enterrarlo allí. El cuerpo continuaba donde cayó. Lo habían decapitado.

Cargó al Hermano en el *travois*.

Oyó un gemido.

Horacio no se atrevía a acercarse. Dunbar se arrodilló.

Ven aquí.

El animal corrió a su lado y le lamió la cara. Juntos vieron cómo la cabaña terminaba de consumirse. Entre los troncos humeantes asomó la estufa de hierro, resplandeciendo al rojo vivo. El perro se apretó más contra Dunbar, que lo serenó acariciándole la cabeza.

Horacio es un nombre estúpido. Tendremos que buscarte otro.

MUDA

…parecía estar bien, así que retrasó un poco más el momento de salir del Mercedes. La rampa de adoquines que subía hasta la cochera estaba cubierta de ramas, hojas y jirones de corteza de eucalipto. Más ramas que la tormenta había arrancado asomaban entre la hierba sin cortar. El coche de su hijo le bloqueaba el paso. Jon nunca había aprendido a bajar la rampa marcha atrás.

El padre subió con pasos cortos y lentos, por culpa de sus rodillas y para no resbalar en el verdín de los adoquines. Había limpiado la cuesta con agua a presión hacía un año. Desde entonces nadie lo había vuelto a hacer. Al menos, Jon había retirado el cartel que anunciaba que la casa estaba en venta.

Por el camino encontró destrozos. El macetero de piedra que adornaba el descansillo de la escalera exterior estaba volcado. No se podía achacar todo a la tormenta. Frente a la casa, un talud herboso descendía hasta el seto que cerraba la propiedad por la parte baja; al otro lado: la carretera y el Sella. En amplias zonas del talud la tierra estaba revuelta y pisoteada por pezuñas.

Se asomó a la ventana del salón, donde a Jon le gustaba trabajar. No había nadie. Se preguntó si debía llamar al timbre. Luego se distrajo pensando en cuánto necesitaba la fachada una mano de pintura y, por la fuerza de la costumbre, acabó entrando con su llave. Al subir las escaleras hacia la planta de arriba tuvo que sujetarse a la barandilla y hacer un descanso a mitad de camino.

¿Estás bien?

Jon lo miraba desde lo alto de la escalera; un tazón de café en una mano y la otra en el bolsillo de los vaqueros. La rigidez de la postura, con los hombros cuadrados y vuelto de medio lado, daba a entender que no pensaba bajar a ayudarlo, quizá también que le cerraba el paso. El padre hizo un gesto apaciguador con la mano, a lo mejor en petición de calma, o de tiempo, o de disculpas.

No te esperaba.

Vengo a ver qué tal.

¿Qué tal qué?

Pues todo. ¿Muy fuerte la lluvia aquí?

Bastante.

¿Y viento?

También.

El padre señaló a su espalda.

Han vuelto a entrar los jabalíes.

Jon suspiró.

Vamos, sube.

… apartada a un lado. El padre apoyó las manos en la cadera y adoptó aquel gesto a lo Charlton Heston: enseñar los dientes en parte con desafío, en parte con decepción por la necesidad de desafiar, en parte con placer anticipado por la victoria. Sin dejar de mirar al techo, caminó alrededor de donde había estado la cama.

¿Pero cómo diantre? ¿Es un tronco o una rama? ¿Qué es?

Jon, apoyado en la pared de brazos cruzados, miraba por la ventana. El sol brillaba en la ría, llena por la marea alta. Estaban a principios de junio pero en la habitación hacía fresco y olía mucho a humedad.

Era una rama de eucalipto, gruesa como un tronco. Había atravesado el tejado justo encima de donde había estado la cama de Jon, en su habitación de niño. El extremo desgajado colgaba a media altura. Jon había usado las sábanas para secar la lluvia. Formaban un montón sucio en una esquina, junto a escombros y hojas. La madera del suelo estaba hinchada. El padre tanteó una tabla con la punta del zapato. Se hundió y volvió a curvarse hacia arriba.

El padre salió de la habitación. Jon siguió mirando por la ventana. Lo oyó bajar las escaleras. Lo oyó subir.

El agua ha llegado a la habitación de abajo. ¿Dónde dormiste anoche?

No dormí mucho. En el sofá de la sala.

Hay más habitaciones.

Ya lo sé.

En otro rincón del cuarto seguían sus maletas.

¿Estabas durmiendo cuando pasó?

No. Estaba en la cocina.

Menos mal. No hay que lamentar males mayores.

Jon negó con la cabeza. Estaba pálido y había adelgazado, se fijó su padre.

Me ha llamado Gallardo, dijo el padre. ¿Te ha llamado también a ti?

Jon reaccionó por fin.

A mí no. ¿Qué quiere?

Va a venir. Esta tarde.

¿Para qué?

Pues para ver si ha pasado algo serio. Estará preocupado, digo yo. Vamos, espabílate y enséñame el resto.

El hijo seguía pegado a la pared. El padre amagó el gesto de ponerle la mano en el hombro, a lo mejor como muestra de cariño, a lo mejor para animarlo a moverse. Al final, ninguna de las dos cosas.

¿Cómo estás?

… con bastones de marcha. En la ladera detrás de la casa se había deslizado el terreno. No mucho pero en varios sitios. Un laurel desplomado. En la tierra amontonada contra la fachada picoteaban gorriones y tordos. Huyeron, se posaron en un muro de contención y se quedaron a la espera. El padre estiró la cabeza. La rama de eucalipto asomaba del tejado.

Vamos a ver por ahí.

Siguió subiendo la ladera. Con la punta de los bastones buscaba escalones excavados en la tierra, viejos y endebles. Jon rezongaba. Lo seguía de cerca y en tensión, con un brazo estirado por si…

… días que le había llamado Katharina y le había pedido que fuera a ver si Jon estaba bien.

¿Por qué no va a estarlo? Está trabajando. Aprovecha hasta que haya que entregar la casa.

Me quedo más tranquila si vas.

¿No le puedes llamar tú?

Le he llamado pero ya sabes.

¿Qué hay que saber? Estará triste por lo de la casa. Es normal, ¿no? ¿No es mejor dejarlo tranquilo?

No. Creo que no.

Luego, esa mañana, le había llamado Gallardo, irritante y con exigencias, y el padre había ido a Ribadesella con la disculpa de…

… y tiró de la rama hacia abajo hasta que cedió. Retrocedieron de un salto los tres. Cayeron trozos de escayola empapada y una teja que se hizo añicos. El extremo desgajado colgaba ahora un poco más abajo. Gallardo torció la cabeza para mirar por el agujero. Alzaba el labio superior en un gesto feo, de asco e incredulidad, como si en lugar de ver el cielo se estuviera asomando a una alcantarilla. Se frotó las manos y las metió en los bolsillos del Barbour.

¿Y ese estaba aquí dices?

En la casa. No durmiendo, dijo el padre.

Ya, porque si no… ¿Y hay algo más?, preguntó Gallardo señalando la puerta y echando la cabeza hacia delante, con prisa por salir de la habitación.

Esto se puede arreglar, dijo el padre sin moverse. De todas maneras había que cambiar las tejas.

Sí, sí. No importa. Vamos afuera.

En la parte trasera de la casa, subió la ladera para ver de cerca los deslizamientos de tierra. Resbaló varias veces.

Me cago en Dios y hasta en la Virgen…

Subía ayudándose de pies y manos.

Hostia puta…

En lo alto, resopló mirando a su alrededor como si ya fuera el dueño de la propiedad. De momento solo había desembolsado la entrada.

¿Y ya está?, preguntó a gritos.

¿Ya está qué?

Que si esto es todo lo que ha jodido la tormenta. Esto que se ve.

Eso es todo, dijo el padre. ¿Verdad?, preguntó a Jon, que asintió.

Gallardo siguió examinando el terreno.

No subáis, ¿eh? Si no hace falta…

Un momento después ya había bajado.

Tendría que haber traído las botas, joder. Se me han empapado los zapatos nuevos.

Ni el padre ni el hijo dijeron nada.

Bueno, pues entonces nada grave, concluyó Gallardo.

Solo el techo de la habitación.

Eso no importa.

¿No importa?

Para nada. Total, lo voy a tirar todo abajo.

Transcurrieron unos segundos.

Dijiste que la ibas a convertir en hotel rural.

Eso está descartado. ¿No te lo había dicho? ¿No? Es un trabajo de la hostia. Mejor tirarlo todo y hacer chalés. Está por ver cuántos. Los vendes y te desentiendes. A tomar por culo.

Gallardo había apoyado un pie en un escalón de piedra y se limpiaba el barro de los zapatos con pañuelos de papel.

Así que por mí no toquéis el agujero. Como si se cae todo el techo… Bueno, aunque si ese va a quedarse aquí… En fin, añadió dirigiéndose al padre y tendiéndole la mano, todo en orden, ¿verdad? Seguimos según lo acordado.

Seguimos, claro, dijo el padre, y asintió, y luego se dio cuenta de que tenía que estrecharle la mano. Lo hizo brevemente.

Gallardo miró la hora en el móvil, exclamó algo entre dientes y se despidió a toda prisa. Los pañuelos manchados quedaron abandonados en el suelo.

Parece que no hay nada de lo que preocuparse, dijo Jon. Va a hacer chalés. Cerramos la puerta del cuarto y no volvemos a asomarnos ahí. A tomar por culo. Como dice ese.

¿Te importa si descanso un poco antes de irme?, dijo el padre con voz floja. Enseguida te dejo tranquilo. Querrás trabajar.

La verdad es…

… la misma ropa que la víspera.

¿Qué haces aquí, aita?

Voy a sacar esa rama de eucalipto de la habitación. Luego ya veré cómo se puede cerrar el agujero, aunque sea de manera provisional.

¿Por qué?

Pues porque todavía es nuestra casa y no me gusta verla en este estado. Además, tú estás aquí.

Traes equipaje.

No creo que acabe hoy. Y no voy a andar yendo y viniendo a Oviedo todos los días. No te importa, ¿verdad? No te molestaré.

Jon resopló.

Claro que no. Es tu casa.

¿Sigues durmiendo en la sala? ¿Por qué no vas a la habitación del fondo? ¿No estarás más cómodo?

Jon hurtó la mirada. La habitación del fondo era donde solían dormir sus hijos cuando todos iban de visita en verano.

Supongo que, si te vas a quedar, es mejor que deje libre la sala.

Claro que sí, dijo el padre con ánimo forzado. No creo que hayas descansado mucho en ese sofá.

Anoche volvieron los jabalíes.

¿En serio?, preguntó el padre, como si se tratara de un infortunio y a la vez como si la noticia le alegrara. No los viste entrar, ¿verdad? Tengo que localizar por dónde se cuelan. Pero eso luego. Ahora voy a ponerme la ropa de trabajo y ver qué herramientas hacen falta para lo de la rama. Por mí no te preocupes. Tú vuelve a…

… el alero. Jon subió por la escalera usando una sola mano. En la otra, la sierra y el hacha. Se puso en pie haciendo equilibrios.

Apoya los pies en los canales entre las tejas, le recomendó el padre desde abajo. ¿Prefieres que suba yo?

Ni hablar.

Mientras se acercaba a pasitos hacia la rama oyó a su padre decirle

que al menos el pronóstico era de varios días de buen tiempo.

Ramas más pequeñas salían de la principal, impidiendo que se colara por el agujero hasta el suelo de la habitación.

¿Cómo lo ves?

En el primer momento no ubicó de dónde venía la voz. Del agujero. Su padre había entrado en el cuarto.

No lo sé. Supongo que bien. ¿Me oyes?

El padre dijo que sí.

Voy a cortar las ramas más pequeñas. Luego la grande. Eso ya desde dentro.

Es un buen plan. Adelante.

La rama grande estaba en posición casi vertical. Jon tomó la sierra y atacó las pequeñas. Las cortaría empezando por las de arriba y siguiendo hacia abajo, dejando para el final las que se apoyaban en las tejas. Afianzó los pies. Buscó la postura más cómoda posible. La punta de la rama llegaba más arriba de su cabeza. Entró pronto en calor. Cuando hacía un descanso, miraba al otro lado de la ría, al pueblo, que presentaba su mejor cara para el inicio de la temporada de verano. Llevaba desde la víspera tratando de no pensar en que iban a demoler la casa. La mera idea parecía insensata, imposible, como si a alguien se le ocurriera derruir las pirámides de Egipto. No podía imaginar Ribadesella sin su casa, como si esta fuera el pilar maestro que sustentara todo lo demás: el puente que comunicaba las orillas, la ría con sus mareas…

Las ramas cortadas iban formando un montón.

¿Qué?

Que si necesitas otra herramienta.

No. La sierra va bien de momento.

¿Unos guantes?

Tampoco.

Me gustaría ayudarte.

No te preocupes.

Jon siguió cortando.

¿Qué?

Que hasta cuándo te vas a quedar.

Jon se enjugó el sudor de la frente. Si serraba no oía a su padre. El hueco entre la rama y las tejas era estrecho. La voz le llegaba floja. O a lo mejor a su padre le costaba hablar más alto.

No lo sé aún. ¿Prefieres que deje la casa vacía?

No, no, no. Para nada. No lo decía por eso. Era solo por saber.

Vale.

¿Qué?

Nada.

¿Estás trabajando en algo? ¿Hay algo que quieras terminar aquí?

Jon no podía decirle que no había ido a trabajar ni a descansar. Llevaba una semana en la casa. No hacía más que ver películas en el ordenador. La única tarea que se había impuesto era llamar todos los días a sus hijos. Las conversaciones eran siempre breves, repetitivas y desganadas, y cuando colgaba se sentía más alicaído que antes. Los niños no parecían molestos por tener que quedarse con su madre ni preocupados por la ausencia precipitada y sin explicaciones del padre.

La noche de la tormenta estaba en la cocina sirviéndose un whisky cuando oyó el estrépito. Al principio no entendió lo que estaba viendo. En aquella habitación no había cambiado nada en décadas y ahora la rama de un árbol asomaba del techo. La lluvia bajaba por la madera envolviéndola y se vertía sobre la cama como por el caño de una fuente. Mientras empujaba la cama y subía sus maletas a la cómoda, le sorprendió sentirse tan sereno, el desapego con que presenciaba cómo se iba inundando la habitación donde había crecido. Cerró la puerta y extendió al pie varias toallas para que el agua no saliera al pasillo. Poco más podía hacer, se dijo. Fue a por el whisky y retomó la película que había dejado a medias.

A la mañana siguiente llegó su padre. No le sorprendió. Cuando lo vio detenido a mitad de las escaleras, cobrando aliento, se dijo que su visita era inevitable, como si cualquier daño sufrido por la casa activara una llamada de alarma en su cabeza.

¿Aita?

¿Sí?

Es mejor que te apartes. Por si la rama se suelta de repente o cae algún trozo del techo.

Ya estoy apartado.

Bien.

Jon apoyó la sierra en otra rama.

¿Y tu amiga no va a venir?

¿Mi amiga? ¿Emilia?

Sí.

No era mi amiga, aita. Éramos pareja. Pero ya no estamos juntos.

Esperó unos segundos, sin empezar aún a serrar.

No lo sabía. Vaya. ¿Y desde cuándo… no estáis juntos?

Hace ya unos meses.

No tenía ni idea.

Ahora sí, Jon se puso a serrar y no se detuvo hasta que una rama pequeña cayó al tejado. De inmediato arremetió contra otra, moviendo la sierra atrás y adelante lo más rápido que podía.

Tuvo que parar. No estaba en forma. Comía poco y mal.

¿Quieres una cerveza?

Jon se quedó unos segundos mirando al agujero antes de responder.

Va a tener un hijo.

¿Quién?

Jon apretó los labios y negó con la cabeza. Se apoyó en la rama.

Emilia. Ha vuelto con su pareja de antes. Van a tener un hijo.

Estaba temblando. Había sudado y la brisa era fresca. Las gaviotas vociferaban sobrevolando la ría. Ellas también desaparecerían junto con la casa.

Te saco una cerveza. Yo la tomaré sin alcohol. Creo que queda alguna.

Bebieron en pie, junto a la escalera apoyada en el alero.

¿Por eso estás aquí?

Entre otras cosas. Pero sí. Sobre todo por eso.

Los niños no son mala cosa, probó a decir el padre, y luego: Lo siento.

Jon, resentido, volvió a…

… hachazo y la rama cayó por el agujero. Se oyó un golpe. El extremo superior continuaba asomando por el tejado.

¿Todo bien ahí abajo?

Todo bien, respondió el padre.

Antes de bajar, Jon lanzó al suelo las ramas más pequeñas y las tejas rotas que había alrededor del agujero.

En la habitación, la base de la rama se había clavado en el parqué ablandado por la lluvia. Parecía un árbol que creciera a través de la casa.

Esto será más fácil, dijo el padre. Cortar por aquí, dijo señalando un punto a metro y medio del suelo, y luego más arriba. Puedo hacerlo yo.

No, aita.

Quiero ayudar.

Ya me…

… y lo encontró en el sótano, donde el padre guardaba sus herramientas. Cuando Jon era niño, usaban aquel espacio como bodega. Con el tiempo, las botellas fueron cediendo lugar a las herramientas. Hacía mucho que Jon no bajaba allí. Se quedó sorprendido al ver que las estanterías ya no bastaban para dar cabida a todo lo que su padre había ido acumulando. Había material de fontanería, de jardinería, de carpintería, de albañilería, docenas de

botes de pintura, amperímetros, un compresor de aire, un torno de mecanizado… Toda una estantería estaba ocupada por manuales técnicos descargados de internet, impresos, encuadernados y etiquetados en el lomo. Todo aquello era necesario para el mantenimiento de la casa.

Su padre no le oyó. De espaldas a él, mascullando, seleccionaba herramientas y las dejaba con cuidado sobre una vieja mesa de dibujo reconvertida en banco de trabajo. Ninguna era necesaria para cortar la rama. Elegía lo que iba a rescatar. Jon se preguntó qué pensaba hacer con aquello —un soldador de estaño, un frasco de alcohol isopropílico, una pistola de pintura…— en su apartamento de Oviedo, donde ni siquiera tenía cuarto trastero. Se había trasladado allí cuando la casa de Ribadesella empezó a resultar demasiado grande y triste para él.

De pronto, sin que Jon lo viera venir, la emoción le atenazó la garganta. Se escondió detrás de una estantería y confió en que su padre, duro de oído después de haber pasado toda su vida laboral entre maquinaria pesada, no le oyera llorar. Las lágrimas empezaron a correr y le pareció que podrían seguir haciéndolo durante horas. Se tapó la boca con las manos. Se dobló por la mitad. El dolor le subía desde el pecho a la garganta en forma de espasmos. Consiguió contenerse un instante, lo justo para oír cómo su padre dejaba más herramientas en la mesa de dibujo. Con la visión nublada por las lágrimas, miró desesperado alrededor, en busca de algo que salvar para él. De pronto, todo dependía de eso.

En el suelo, apoyada contra una pared había una fotografía enmarcada. Se había tomado desde la otra orilla de la ría. Un helicóptero mosquito sobrevolaba el agua; tras él, perfectamente centrada, la casa, aún en construcción, y la ladera caliza que la albergaba, donde todavía no se habían excavado terrazas ni plantado árboles. La fotografía se había hecho en una edición del Descenso Internacional del Sella; el helicóptero era de alguna de las televisiones que cubrieron la carrera piragüista. Aquello podría ser algo que mereciera la pena rescatar. Pero de inmediato se preguntó qué haría con la foto. ¿Ver a diario aquel recuerdo de la casa no sería más doloroso que dejarlo allí y que acabara en un contenedor de basura junto con el resto de enseres abandonados? Y si se la llevaba, ¿se podrían eliminar las manchas de humedad que emborronaban la fotografía? Todo era demasiado complicado. No veía nada halagüeño. Le gustaría que alguien respondiera las preguntas por él.

Cuando consiguió recomponerse, se enjugó las lágrimas y se acercó a su padre. Ya había acabado su selección y guardado las herramientas elegidas en bolsas. Contemplaba todo lo que aún abarrotaba las estanterías. Al encontrarse con la mirada de su hijo y verle los ojos hinchados, apartó la vista.

¿Tú quieres algo de esto?

¿Quién, yo? ¿Para qué?

… sin entender qué estaba viendo. El padre se acercó el móvil a los ojos.

¿Qué es?

Habían cenado en la cocina. Tomaban el postre; el padre, fruta; el hijo, otro vaso de vino. Jon no tenía pensado contárselo, quería ahorrarle eso, pero había acabado sucumbiendo a la presión del silencio. Hasta que su padre llegó, había pasado días sin pronunciar palabra ni oír a nadie, con la excepción de las breves conversaciones con los niños. Ahora, sin embargo, con su padre sentado delante de él, masticando sin decir nada, el silencio era lacerante. Salvo cuando estaban trabajando o a la hora de las comidas, cada uno se retiraba a su parte de la casa. Se evitaban, temerosos de que cualquier palabra o un mero cambio de expresión pudiera ser un insulto involuntario.

Mientras buscaba la foto en el móvil se dijo que solo lo hacía por tener algo de lo que hablar.

Es de la cueva.

El padre la miró un instante más, le devolvió el teléfono y siguió pelando una naranja.

Jon le contó cómo la última vez que pasó una temporada en la casa, justo después de separarse de Katharina, había entrado en una de las cuevas que había en los alrededores, la mayor de todas, justo frente a la entrada de la propiedad. La cueva tenía quince metros de profundidad. En la familia siempre habían pensado que se trataba de nada más que una galería, y que la cueva en sí era mucho mayor, otra más de las numerosas que perforaban el macizo, donde también se encontraba el yacimiento rupestre de Tito Bustillo. El fondo de la cavidad estaba cegado por una avalancha solidificada de barro. Cuando Jon era niño, el perro de la familia tenía la costumbre de meterse por un pequeño agujero entre el barro y el techo rocoso. Sus ladridos se oían muy lejanos. Una vez tardó un día en salir.

Cuando Jon estuvo solo en la casa, llevado por la necesidad de hacer algo, ensanchó el agujero por donde entraba el perro y llegó a una cámara en cuyo techo había lo que se veía en la foto: pinturas rupestres ocres y negras, monigotes de cuadrúpedos a la carrera.

El padre se metió en la boca un gajo de naranja. Miró la foto de nuevo, sin asomo de curiosidad, nada más que cavilando.

¿Quién más lo sabe?

Jon respondió que Katharina. Ella fue a visitarlo poco después de que descubriera las pinturas y él se las enseñó.

Supongo que de ella nos podemos fiar.

Jon le aseguró que sí. Últimamente albergaba muy pocas certezas pero esa era una de ellas. Añadió que había cerrado el túnel con tablas.

Bueno, pues entonces ya está, dijo el padre. Que se ocupen de esas pinturas los nuevos dueños, si alguna vez las encuentran.

¿Eso es todo? ¿También esto lo dejamos atrás?

El padre se llevó otro gajo a la boca y se limpió los labios con la servilleta.

¿Qué más quieres que hagamos?

… dicho que no.

El padre alzó las manos en gesto de paz y volvió a sentarse en la silla, en un rincón de la habitación.

Como quieras. Pero no creas que no puedo darle un poco al hacha.

También puedes ir a hacer otra cosa. No hace falta que te quedes ahí sentado mirándome trabajar.

Es por si me necesitas. Si me voy y me llamas, a lo mejor no te oigo. Mi oído no es lo que era.

Jon volvió a empuñar el hacha. Las ventanas estaban abiertas de par en par; lo mismo la puerta de la habitación y también la de la casa. La brisa del nordeste circulaba con libertad, cargada de un flamante olor a verano. Jon manejaba el hacha y el suelo se iba cubriendo de astillas de eucalipto. Cuando se detenía a descansar, se sorprendía de encontrarse bajo techo, y de que su padre estuviera allí, sin quitarle la vista de encima, tratando de mirarlo de manera neutra pero sin conseguirlo. Esto último le irritaba sobremanera. Levantó el hacha y se quedó inmóvil. Bajó la herramienta.

Tengo miedo de que mis hijos lean algún día lo que escribo, dijo, que piensen que no los he querido bastante. Que encuentren motivos para culparme.

El padre se encogió como si acabara de verse expuesto a un frío extremo, igual que hacía cada vez que se abordaba una cuestión intima.

¿Y es así?

Jon respondió con rotundidad que no.

Entonces no veo el problema. Siempre puedes hablar con ellos y decirles que no les guardas rencor, que los quieres.

Claro que no les guardo rencor, le espetó Jon, apretando el mango del hacha con los nudillos blancos.

Su padre volvió a encogerse. Con la mirada gacha, respiró hondo y se masajeó una rodilla.

Por supuesto. No es justo guardar rencor a los hijos. O al menos, a unos hijos como los tuyos. Ni siquiera sé si «rencor» es la palabra

adecuada. Las palabras son cosa tuya, no mía. En cualquier caso, habla con ellos.

Jon se calló que había llegado a sentirse tan ofuscado y encerrado en sí mismo que a veces le parecía que hablar quedaba fuera de sus capacidades.

No es solo eso, dijo por fin. También está la araña.

¿Qué araña?

No es ninguna araña de verdad, dijo Jon. Yo lo llamo así. Al malestar. A una melancolía que no sé de dónde viene. Y lo que me preocupa es que, aunque hable con ellos y me harte de jurarles que los quiero, o aunque no hable y se lo demuestre con hechos día a día, aun así, pueda transmitirles el malestar, que se sumará a los que ellos se irán ganando por su cuenta a lo largo de la vida.

Se calló, avergonzado de lo pobres que habían sonado sus palabras, de la manera tan abrupta como había revelado algo que para él era tan importante, de no haberse tomado la molestia de preparar a su interlocutor para que apreciara debidamente lo que le tenía que decir, a diferencia de lo que acostumbraba a hacer cuando escribía.

Siguió un silencio incómodo para ambas partes, hasta que el padre preguntó: ¿Cómo se lo vas a transmitir, ese malestar? ¿Por eso tienes miedo de que lean lo que escribes?

No lo sé. A lo mejor ya lo he hecho y la araña está ya dentro de ellos.

Deja de decir eso de la araña. No son más que bobadas. ¿Por qué no sigues cortando la rama?

El ímpetu con que habló sorprendió a Jon. Fue como un bálsamo. Por un instante, su padre había rejuvenecido. Lo miró boquiabierto.

A juzgar por su inmovilidad, su padre debió de interpretar que le había herido. Cerró los ojos y se masajeó las sienes como si le doliera la cabeza.

Hablas de cosas muy complicadas para mí.

Abrió los ojos y miró a su hijo con algo próximo al temor, como si le asustara lo que este pudiera decir a continuación.

Para ser alguien que se dedica a escribir, me sorprende que tengas tanta necesidad de hablar. ¿Esto que acabo de decir es una tontería?

Es que ya no escribo.

Y entonces, ¿qué haces?

Jon dio unos hachazos flojos.

Antes mantenía controlada a la araña escribiendo. La emparedaba en las historias. Dejaba que los personajes lidiaran con ella.

Hizo una pausa. Su padre lo miraba con el ceño fruncido.

Pero ya no funciona. Cargo con ella a la espalda. Yo y nadie más.

¿Por qué? ¿Desde cuándo?, preguntó el padre. Pareció como si le

hubiera costado terriblemente formular estas preguntas. Pero Jon no respondió, así que todavía hubo de hacer una tercera: ¿Desde lo de tu amiga?

Jon asintió.

He llegado a pensar que solo escribía para doblegar el malestar. Y si eso ya no sirve, ¿para qué seguir?

Le asqueaba todo lo que había escrito, como si fuera un montón de vendas usadas, sucias de pus.

Un par de hachazos más. Bajó el hacha de nuevo. Hincó la hoja en la madera del suelo.

¿No has pensado que a lo mejor no es tan complicado?, preguntó el padre con timidez. ¿No has pensado que esa araña…?

Tuvo que callar unos segundos tras pronunciar la palabra, como si de su boca hubiera escapado algo insoportablemente vergonzoso.

¿No has pensado que a lo mejor eso que tú llamas de esa manera es algo que se puede curar tomando pastillas o hablando con alguien que sepa más que yo de estas cosas?

Jon miró la ría y el pueblo al otro lado de la ventana. Por un instante se preguntó qué estaba haciendo allí, rodeado de trozos de madera, con un hacha a los pies, cuando podría estar paseando por la playa, cuando podría sentarse en una terraza, pedir una cerveza y abrir un libro.

Dado que su hijo no decía nada, el padre comentó: Bueno, ahora sí que no nos queda más remedio que vender la casa.

¿Perdón?

Si no escribes ni trabajas, necesitarás dinero.

Jon experimentó un mareo. Lo que su padre acababa de decir trastocó súbitamente todos sus recuerdos recientes, alterando el orden, la magnitud y los personajes que figuraban en ellos. Por unos segundos fue incapaz de discernir entre causas y efectos. ¿En realidad él era el responsable de que fueran a deshacerse de la casa? ¿Lo era el futuro hijo de Emilia? Si volvía a escribir, ¿acaso todo se revertiría? Tuvo que apoyarse en la rama.

No sé qué hacer, dijo.

El padre se puso en pie. Autoritario de nuevo.

Coge esa hacha. Corta la rama. Cuando vuelva, no quiero verla aquí. Y luego recoge todo esto. Limpia tu habitación.

¿Cuando vuelvas?

Necesito salir, dijo el padre cruzando la puerta con paso resuelto.

¿Adónde?

… una expresión muy diferente: satisfecho de sí mismo, con una sonrisa que mostraba todos los dientes y que no iba dirigida a nadie

en particular, desde luego no a su hijo.

Lo he encontrado.

¿El qué?

El sitio por donde entran los jabalíes.

Al cabo de unos segundos, Jon preguntó dónde era. Su padre se pasaba una mano por la cabeza, pensativo. Recorría arriba y abajo el pasillo, incapaz de quedarse quieto. Estaba descalzo. Había dejado las botas manchadas de barro junto a la puerta. Tenía rota la punta de ambos calcetines. Dijo que cerca de la cueva, en la linde con la finca contigua. Antes, el límite estaba cerrado por una cerca de alambre, pero algunos postes se habían podrido y caído. Al otro lado había monte virgen, una maraña de maleza y árboles diríase que impenetrable.

Miró el reloj.

Todavía me da tiempo.

Se sentó en la banqueta que había en el recibidor y se calzó de nuevo.

¿Para qué?, preguntó Jon.

Para ir a la ferretería y comprar algo con lo que cerrar esa entrada.

Jon dijo que no había prisa. En realidad, ni siquiera hacía falta. ¿Qué importaba que los jabalíes revolvieran la tierra del jardín?

Prefiero ir ahora mismo, dijo el padre sin escucharle. Y voy a hacer algo más. He buscado en internet trucos para espantar a los jabalíes. ¿Y sabes qué he encontrado? Aqua Velva.

¿Cómo?

Aqua Velva. El after shave. No les gusta el olor. Voy a comprar unos frascos y vaciarlos allí.

¿No es el after shave que usas tú?

… pasear por la playa. Había mucha animación. Jon ni siquiera se había dado cuenta de que era sábado.

El Ayuntamiento se había dado prisa en retirar la broza que la tormenta había arrojado a la arena. Caía la tarde y las terrazas de los locales estaban repletas. La gente contemplaba el mar con una sonrisa dichosa, como si estuvieran ante una pantalla de cine.

Cerca del final de la playa, pasaron frente a la casa donde la madre de Jon había vivido después de separarse. Ninguno dijo nada, ni siquiera miró hacia allí. Una pareja se levantó dejando su mesa libre en una terraza y se apresuraron a ocuparla.

Al igual que les sucedía a los demás, su vista quedó prendida del paisaje, pese a lo familiar que era para ambos: el horizonte marino, la ermita de Guía a la derecha, el monte del faro a la izquierda. Imperturbable. Verano tras verano. Jon lo examinaba con los ojos

entornados. Todo era tan real como lo había sido siempre; no obstante, su impresión era la de contemplar un trucaje: una fotografía de tiempos mejores provista de animación.

Lo vio todo un poco más claro después de tomarse una cerveza y pedir otra.

¿Qué tal estás?, le preguntó su padre.

Voy a tener agujetas.

Eso es bueno. Mañana cerraremos el agujero en el tejado. Tengo lo que hace falta.

Callaron cuando la camarera le trajo a Jon la bebida.

¿Luego quieres ir conmigo a Oviedo?, preguntó el padre.

¿Luego?

Cuando haya que entregar la casa. O mañana mismo, si lo prefieres. En cuanto terminemos la reparación. Mi apartamento no es grande pero nos las apañaremos.

Unos cuantos surfistas apuraban los últimos momentos de luz. Jon los contempló simulando que consideraba la oferta.

Gracias, aita, pero no hace falta. Volveré a mi casa.

El padre suspiró.

Como prefieras. Yo te lo tenía que proponer.

Y añadió: ¿Cuándo crees que volverás?

… la posó sobre el tejado. Al tramo de uralita le quedaban líquenes adheridos. Su padre lo había limpiado con agua a presión. Jon no le preguntó de dónde lo había sacado.

¿Qué tal?, preguntó el padre desde abajo.

Las ondulaciones de la uralita no encajaban con las de las tejas.

Regular, dijo Jon.

Ahora quedará mejor.

El padre estaba vertiendo mortero de cemento en un cubo. Añadió arena y agua. Era poca cantidad, se las podría haber apañado con una paleta de albañil, pero se empeñó en subir del sótano un aparatoso mezclador de cemento. Le pasó el cubo a su hijo, que, con poca destreza, aplicó la mezcla alrededor del agujero y colocó encima la uralita.

Ahora toma esto.

Su padre le entregó un bote de espuma selladora de poliuretano.

¿No hay que esperar a que fragüe el cemento?

El padre descartó la pregunta con un gesto despreciativo, como si eso fuera algo que hacían otros, pero jamás alguien como ellos.

Acuérdate de humedecer las superficies antes de echar la espuma.

Jon rellenó los huecos que quedaban entre la uralita y las tejas. Al

terminar, cayó sobre él un gran abatimiento. Se quedó sentado mirando la ría, sin voluntad ni energía para bajar del tejado.

Cuando por fin se puso en movimiento, encontró a su padre al pie de la escalera, asimismo con expresión postrada.

Después de lo que me contaste ayer, he estado pensando, dijo el padre, y calló.

Un momento después lo intentó de nuevo: Me pregunto si a lo mejor eso que sientes, el malestar, es en parte culpa mía, o de tu madre.

Sin bajar aún del tejado, Jon tardó un poco en responder.

¿Te acuerdas de cuando fui la primera vez a Estados Unidos?

El padre asintió, desconcertado.

Yo no me olvidaré nunca. Llegué a San Francisco agotado por el vuelo. También intranquilo. Tenía muchas ganas de estar allí pero no sabía bien qué iba a hacer. En cualquier caso, dijo y tomó aliento, lo primero que hice cuando llegué a la habitación que había alquilado fue llamar a casa, y contestaste tú. ¿Te acuerdas?

La verdad es que no.

Entonces tampoco recuerdas la conversación que tuvimos.

El padre reconoció que no.

Pero supongo que imaginabas cuál era mi situación.

El padre no dijo nada.

Te dije que ya estaba instalado, y entonces tú me preguntaste si tenía lavabo en la habitación, y yo te dije que sí; me preguntaste si había probado el agua del grifo, y también te dije que sí; me preguntaste si tenía algún sabor especial, y te dije que no me lo había parecido; me preguntaste si los enchufes eran de 125 o de 250 voltios, te dije que no lo sabía; tú resoplaste y me preguntaste si quería algo más y luego me pasaste con ama.

No me acuerdo de nada de eso.

Fue así.

Permíteme que lo discuta. Te gusta deformar las cosas.

Esta vez no, dijo Jon, y rompió a reír.

¿Qué te pasa?, preguntó el padre con un asomo de ofensa. ¿De qué te estás riendo?

De nada, perdóname, dijo Jon conteniéndose. Y no lo creo, aita. No creo que tú o ama tengáis la culpa.

Bueno, pues me alegro, dijo aliviado. Pero en el caso de que fuera así, lo siento. Ya sabes que puedes contar conmigo para…

Sí, ya lo sé, respondió Jon con demasiado ímpetu.

Para huir del silencio que siguió, el padre recogió las herramientas. Mangueó el cubo donde había preparado el cemento. Incómodo,

evitaba la mirada de su hijo.

Mientras seguía con la vista los movimientos de su padre, todos ordenados, todos en respuesta a un propósito consciente, lúcido y específico, Jon obtenía de él la serenidad necesaria para articular sus pensamientos. Regresó de nuevo al momento en que a través de una tercera persona —alguien que ni siquiera le caía bien— supo que Emilia estaba embarazada y vio ahora por primera vez, con suma claridad, como una película que se proyectara ante sus ojos, provista de cronología, de causas y de efectos, todo lo que le había sucedido desde aquel punto. Había perdido entonces, de inmediato, como una bombilla que se funde, toda la seguridad en sí mismo, y, junto con ella, la medida modesta pero muy preciada de desenfado cosechada en los últimos años, un desenfado que le había permitido controlar el malestar, incluso burlarse de él rebajándolo a materia de ficción, con la osadía hinchada y quebradiza del niño que empieza a afrontar sus miedos. Hasta ese momento creía haber encajado bien la vuelta de Emilia con su expareja. Se había venido preparando para ello, a sabiendas de que se trataba de una seria posibilidad. Pero la noticia del embarazo, una cuchillada de por sí, le obligó además a reconocer lo mucho que en realidad le había dolido aquel abandono, con lo que el padecimiento se redobló. Se quedó aturdido durante días, un periodo durante el que apenas habló con nadie, ni comió ni durmió. Y en ese estado no se había percatado de lo total y repentina que había sido la pérdida de la seguridad en sí mismo y del desenfado. Cuando por fin lo hizo, se sintió como quien se baja del metro y, cuando ya está en la calle, descubre que le han robado la cartera durante el viaje, y se queda parado en mitad de los transeúntes, convertido en un estorbo para los demás, mientras se palpa los bolsillos con expresión desamparada.

Desde entonces se sentía confuso, más incluso que dolido. La confusión lo sobrevolaba todo, y no sabiendo qué hacer, se sentía afligido, como si este sentimiento fuera una opción por defecto impuesta por alguien ajeno a él, o, y esto le angustiaba más, una consecuencia de la costumbre o de la herencia, y rebelarse contra tal imposición o hábito en favor de una alternativa más saludable exigía un desembolso de voluntad que, de momento, escapaba a sus posibilidades.

Pues esto ya está, dijo el padre. Ahora tú descansa. Yo voy a cerrar el paso a los jabalíes. Para eso no necesito ayuda.

El padre hizo un descanso para comer y volvió al trabajo. A media tarde, entró en casa explicando ufano y con abundancia de detalles cómo había…

… propuso.

¿Ahora?

El padre le dijo que cuándo si no. Él volvía a Oviedo por la mañana.

Tenemos que celebrarlo, añadió.

¿Celebrar qué?

Al padre se le desinfló el entusiasmo.

Que hemos cerrado ese agujero. Que hemos estado unos días juntos. ¿Desde cuándo no hacíamos algo así? ¡Claro que hay motivos para celebrar! Vamos, dúchate, vístete.

Fueron en el Mercedes. Jon miraba de reojo a su padre, que no dejaba de sonreír; este se sentía útil y necesario, tal era el verdadero motivo de celebración.

En el aparcamiento no había muchos coches, lo que era buena señal. El padre no había hecho una reserva; nunca lo hacía, le parecía demasiado sofisticado, y contaba con que, fueran cuales fueran las circunstancias, el camarero, el *maître* o el propietario de turno tendría la deferencia de encontrar un hueco para él. Solo iba a sitios donde eso pudiera suceder.

R, el dueño del restaurante, se acercó a darles la bienvenida. El padre le devolvió el saludo junto con unas fuertes palmadas en la espalda. Luego R se volvió hacia Jon, hubo una breve duda, sonrisas incómodas y se abrazaron con torpeza. El padre de Jon los observaba complacido. Habían ido juntos al colegio. La última vez que se vieron, hacía un par de años, R había engordado; ahora, había vuelto a adelgazar. Llevaba un corte de pelo moderno, de barbería, y una camisa de estilo arriesgado, con un estampado que imitaba la piel de serpiente. Tenía mejor aspecto, pese a las ojeras enraizadas. Jon se fijó en que también se habían producido cambios en la decoración del local, que cada vez recordaba menos a la casa de comidas que había regentado la tía de R y que él heredó.

Claro que hay una mesa libre. Para vosotros, siempre. Venid conmigo.

De camino, el padre agarró a R por el codo, como si fuera aquel quien los guiara, en lugar de a la inversa.

Ya había visto que había gente en la casa, le dijo R a Jon cuando estuvieron sentados, pero nunca puedo pararme a saludar. Ya no tengo tiempo para nada. ¿Qué tal estás?

Jon dijo que bien. ¿Y tú?

R resopló y dijo que él también lo estaba.

No te he visto pasar frente a la casa, dijo Jon. Antes te delataba el ruido de la moto.

Es que la moto ya no la tengo. Compré un BMW hará un año o así.

¡Enhorabuena!, dijo el padre. Entonces te va bien.

Bueno, no va mal del todo, dijo R alisando una arruga del mantel. En cualquier caso, hay que concederse un premio de vez en cuando, ¿no? Aquí os dejo la carta. En un segundín estoy con vosotros. ¿Algo de beber mientras?

Estaban ocupadas la mitad de las mesas y los comensales solo parecían tener cosas gratas que contar a los demás.

El padre comía, bebía sidra y no dejaba de mirar con satisfacción a su alrededor. Habló de lo bien que le estaba yendo el negocio a R y de las reformas que había hecho. Cada vez que R se acercaba a la mesa, la sonrisa del padre se ensanchaba, como si, en lugar de un nuevo plato, le trajera buenas noticias.

Tendrías que aprovechar, ya que estás en Ribadesella, para quedar alguna vez con R, ir a tomar unas cervezas, le dijo el padre a Jon. Seguro que hablar con un amigo te ayuda.

Jon asintió. Aunque sabía que su padre tenía razón, le costaba tomarse en serio el consejo, viniendo de alguien que apenas contaba con amistades. En realidad, Jon ignoraba en qué y con quién ocupaba el tiempo su padre.

Mientras tomaban el postre, R se sentó con ellos. Jon le preguntó por M, su mujer, ¿seguía siendo la cocinera? Los tres se conocían desde que eran niños.

R dijo que ahora tenían otra cocinera. ¿Es que no les había gustado la cena? Los dos insistieron en que les había gustado mucho.

M dejó de trabajar cuando tuvo al crío, explicó R. Los horarios del restaurante son muy esclavos. Además, el crío está muy enmadrado. No se queda con nadie más que con ella. Bueno, y conmigo, y aun así chillando y dándome patadas. Le diré que habéis venido. Seguro que se pone contenta. ¿Vas a quedarte por aquí?, le preguntó a Jon, que respondió que unos días. Entonces puedes venir a casa a cenar. Los lunes cerramos. A M le darás una alegría. Ya nunca vemos a nadie.

Jon le aseguró que iría en cuanto le invitase.

Ya estás invitado. Mañana. O mejor la semana que viene. Así lo preparamos mejor. Tú todavía seguirás por aquí, ¿verdad?

Jon respondió que sí, consciente de la mirada de su padre.

Y ya me enteré de lo de los chalés, dijo R. Gallardo cenó aquí la semana pasada y me lo contó.

Ante el gesto contrariado de los dos, R se disculpó diciendo que en Ribadesella todo se sabía más pronto que tarde.

¿Os puedo preguntar por qué la vendéis?

El padre de Jon respondió que ya casi nunca iban por allí, y que con una casa tan grande y con un terreno tan complicado o estabas continuamente encima o…

Claro, claro, dijo R. Eso me habían dicho. ¿Sabéis cuántas

viviendas van a hacer o si hay planos o algo?

El padre de Jon se encogió exageradamente de hombros.

Parece que tú sabes más que nosotros.

R se mostró incómodo de pronto. A un camarero que pasaba junto a la mesa le ordenó que les trajera una botella de orujo y tres vasos. Una vez que la bebida estuvo servida, les preguntó, sin levantar la mirada del mantel, si les importaría que se interesara por lo que Gallardo iba a construir.

Siempre me ha gustado vuestra casa. Eso ya lo sabéis. Pero comprarla yo… Qué va. No me llega el dinero. Estuve preguntando por ahí cuánto pedíais.

El padre de Jon no dejaba de asentir comprensivamente.

Pero supongo que si hacen adosados, o algo así, serán más económicos.

El padre le aseguró que, por supuesto, no les importaba. En su caso particular, se alegraba de que, al menos, alguien cercano, que era casi de la familia, siguiera viviendo en la finca.

Todavía no está decidido, claro, respondió R, abrumado por el entusiasmo del padre de Jon. Pero M y yo lo hemos hablado, y le dije a Gallardo que me mantuviera informado.

Jon hacía girar el vaso entre los dedos, sintiendo trastocada la percepción del tiempo. Por unos segundos fue como si su amigo de la infancia ya estuviera viviendo en su casa. Entonces, ¿dónde pasaría él la noche? Ni siquiera le habían dado tiempo a recoger sus cosas. Quizá hubiera algo que quisiera llevarse como recuerdo. En ese mismo momento, mientras ellos terminaban de cenar, M estaría en la casa bañando a su hijo o poniéndole el pijama. La habitación sería la de Jon y se encontraría intacta, tal como estaba cuando él era niño.

¿Estás bien?

Jon levantó la vista y se topó con los ojos de su padre, que lo miraba como si les hubiera aguado la sobremesa.

Es que este orujo es un poco fuerte, dijo R, acudiendo en su ayuda.

De regreso en casa, el padre se disculpó y se fue a la cama. Había perdido la costumbre de beber, dijo.

Jon salió a la terraza de la planta superior y se sentó a leer. Cuando se aburrió, apagó la luz y continuó sentado, mirando la ría.

Al cabo de un rato vio a los jabalíes: dos ejemplares adultos y otros tantos jabatos. Entraron en fila india en el jardín delantero; los adultos en primer lugar, luego las crías. Se pusieron a hozar concentradamente en la parte baja. De vez en cuando los mayores miraban a su alrededor pero no encontraban motivo de alarma y seguían levantando la tierra con el hocico. Una cría se aventuró por la pendiente del jardín en busca de más comida. Resbaló o tropezó con

algo escondido entre la hierba alta y cayó dando volteretas hasta donde estaban los demás, que apenas le echaron un vistazo. No se desanimó, sino que, después de sacudirse como si se hubiera mojado, volvió a subir al trote. El otro jabato le siguió con mayor cautela. Jon los observaba sin moverse, disfrutando de sus breves carreras y gruñidos. En lo que hacían los animales no veía solo una mera búsqueda de comida, también regocijo.

El cierre que había puesto su padre no había resultado efectivo, o los animales entraban a la finca por más de un sitio. No tenía importancia, se dijo. Los jabalíes habían transitado por allí desde antes de que su abuelo construyera la casa, y seguramente continuarían haciéndolo siempre.

En ningún momento los animales advirtieron su presencia, ni siquiera cuando se levantó y pasó al interior, quizá porque él ya formaba parte del pasado y, para ellos, había desaparecido. Los jabalíes no lo veían, al igual que no veían la casa ni…

… la bolsa de viaje de su padre. Este se acomodó al volante con una pesada maniobra. Ya se habían dado un abrazo. Jon también le había tranquilizado diciéndole que iba a escribir a sus contactos en varias editoriales. Seguramente alguno podría encargarle una traducción. El trabajo le haría bien. Le obligaría a imponerse una rutina y no tendría que pensar cada mañana en qué iba a ocupar el día.

Concentrado en lo que le estaba diciendo, el padre no advirtió los nuevos rastros que habían dejado los jabalíes. Repitió varias veces que le parecía un plan excelente. Los dos iban en manga corta. Hacía un día incuestionablemente veraniego.

Antes de cerrar la puerta del coche, el padre agitó el índice en el aire y sonrió como si acabara de tener una buena idea.

Te voy a dejar tarea.

Le dijo que arrancara las tablas con que había cerrado el pasadizo que llevaba a las pinturas rupestres. Eran una prueba de que sabían de su existencia. Después tenía que cegar el pasadizo con barro del fondo de la cueva; no debía usar tierra ni piedras de otra procedencia, ya que eso también los delataría.

Ciérralo a conciencia, que nadie pueda sospechar nada. ¿Dejaste algo en el túnel?

Jon respondió negativamente, pero añadió que aún quedarían huellas dentro.

Tampoco hace falta hilar tan fino, sentenció el padre. Tú haz lo que te he dicho. Y si es lo antes posible, mejor.

El padre salió marcha atrás. Jon hizo un gesto de despedida pero

no obtuvo respuesta. El padre, con toda su atención puesta ya en la conducción, miraba la carretera, inexpresivo como el busto de un senador romano.

Se quedó un rato disfrutando del silencio y de los rayos del sol. A su espalda, la cueva le reclamaba.

En lugar de ponerse de inmediato con la faena, pasó sobre un murete, esquivó los pinchos de una hilera de aloes y subió un pequeño repecho, hasta llegar al borde de la propiedad. De pronto, entre los olores a tierra, a eucalipto y a resina de pino asomó el del Aqua Velva. Su padre había reemplazado los postes defectuosos de la cerca y tendido alambre de espino. Al otro lado: una maleza espesa entre la que se abría un túnel de un metro de diámetro. Un poste estaba caído. El alambre se había soltado y asomaba retorcido entre la hierba. En las púas vio sangre y cerdas pegadas. En el suelo, huellas abundantes y más sangre.

Fue al sótano y buscó unas tenazas entre las herramientas de su padre. Sudó mientras cortaba el alambre. El sol…

JOHN & LUCRECIA.

I. HACIA LA CASA

La riada no había intimidado a los habitantes de Portland. Lejos estaba de parecerse a la del año sesenta y uno, cuando el agua cubrió todo el valle del Willamette convirtiéndolo en un lago de medio millón de acres. Barcos de paletas habían abandonado entonces los cauces de los ríos y navegado sobre lo que horas antes eran campos de cultivo. Se desplazaron de granja en granja anunciando su llegada con esperanzadores toques de sirena. Lanzaban una maroma a la chimenea de las casas y tendían una plancha para rescatar a los supervivientes refugiados en el tejado.

Esta vez, una subida de la temperatura a mediados de otoño había causado un deshielo prematuro y el desbordamiento del Columbia y el Willamette. Pero aún había poca nieve en la zona alta del valle y la temperatura ya había vuelto a bajar. Apenas dos pies de agua cubrían las calles. El ambiente era casi festivo. La crecida llegaba solo a los cubos de las ruedas de los carruajes, que no habían dejado de circular, aunque entorpecidos por los botes de remos que muchos vecinos habían preferido para desplazarse y con los que entraban en las tiendas inundadas a realizar sus compras. Los viandantes hacían equilibrios sobre pasarelas montadas en andamios, a modo de aceras improvisadas. De cuando en cuando, por torpeza o a causa de un empujón más o menos intencionado, alguien se daba un chapuzón. Con las risas de los transeúntes como fondo, el desafortunado se debatía entre recuperar su sombrero antes de que la corriente se lo llevara o escupir aquella agua que, al cabo de tres días, apestaba a cloaca. Disimuladamente, ocultándose detrás de las cortinas, toda la ciudad vaciaba sus orinales por las ventanas.

Se había congregado gran cantidad de gente ante el salón Humboldt. Lo mismo venía sucediendo desde hacía una semana, y cada día, a medida que se corría la voz, era mayor el número de espectadores, al principio a pie o a caballo, ahora a bordo de embarcaciones. Los vecinos de la acera de enfrente alquilaban sus balcones y ventanas, también atestados de curiosos que luchaban a codazos para hacerse con un hueco.

El Humboldt no se contaba entre los establecimientos más selectos de Portland. Además del bar y el restaurante de la planta baja, disponía de dos pisos de habitaciones. La azotea la ocupaba una fila de cubículos sin techo, apodados «los pesebres», donde ejercían las meretrices. En esas fechas había en el salón un solo huésped.

Sentado en la terraza que recorría el segundo piso, John Dunbar,

más conocido como el Basilisco, intentaba ignorar a la multitud de rancheros, mineros, marineros, vaqueros, ovejeros, pescadores, vagabundos y borrachos.

El propietario del Humboldt, Cari Fritz, un individuo con bigote engomado y chaqueta y pantalones que no pertenecían al mismo traje y demasiado pequeños, obtuso en la mayoría de facetas pero jamás en lo referido a los negocios, había hecho desmontar la balaustrada del balcón para que no entorpeciera la visión del espectáculo. A los pies del Basilisco sesteaba su perro Horacio.

Fritz salió a la terraza inflando el pecho. Saludó a la derecha, saludó a la izquierda, saludó al centro, dando tiempo para que se hiciera el silencio. En la calle inundada, las miradas se centraron en él. De manera teatral, llevándose una mano ante la boca y haciendo un ruido exagerado, Fritz se aclaró la garganta.

Damas y caballeros, vecinos y visitantes de nuestra próspera ciudad de Portland, orgullo portuario y maderero de la costa del Pacífico, ¡ha llegado el momento que estaban esperando! ¡La hora de la comida!

Dos camareros aparecieron en la terraza cargando con una mesa que colocaron ante el Basilisco. A continuación, un desfile de nuevos camareros cubrió la mesa de fuentes mientras Fritz voceaba los platos.

¡Pata de novillo asado!

¡Bistec de alce!

¡Caballas en escabeche!

¡Almejas al vapor!

Sirvieron pan cortado en gruesas rebanadas, patatas asadas, encurtidos, salsa de rábano picante y una fuente de compota de ciruelas de la que podrían haber comido varios caballos. Fritz había impuesto la condición de que el Basilisco no usara cubiertos ni servilleta. El último camarero le llevó una pinta de cerveza, que Fritz en persona aderezó con un chorro generoso de ron.

¡Damas y caballeros, mejoren la experiencia de ver en persona al célebre y muy temido Basilisco! ¡Coman lo mismo que él! ¡Platos exquisitos preparados en la renombrada cocina del Humboldt!

Como parte del acuerdo entre John Dunbar y Fritz, ningún cliente podía acceder al interior del salón, por lo que el propietario había instalado a lo largo del porche una barra donde se servía bebida y comida. Colgado de la fachada, un cartel rezaba: «hoy en efectivo, mañana a crédito».

Con gesto desganado, el Basilisco sorbió la carne de una almeja y arrojó la concha a la calle. Un niño corrió chapoteando para hacerse con ella. Pareció la señal para que se desencadenara el tumulto de costumbre. Los botes se apelotonaron junto a la barra. Los tripulantes

gritaban pidiendo comida y bebida. Algunas embarcaciones colisionaban contra los tocones de arce, cedro rojo y abeto Douglas tirados en la calle, desperdicios de la actividad maderera que la riada transformaba en peligrosos escollos. Las mujeres del Movimiento por la Abstinencia entonaron un himno desde una acera elevada. Dos dibujantes producían en serie retratos del Basilisco; para ahorrar tiempo, llevaban el cuerpo dibujado de casa, siempre en poses dinámicas y dramáticas, y completaban el rostro copiándolo del natural. Varios vendedores ofrecían las célebres novelas protagonizadas por el pistolero, tanto las firmadas por el desaparecido James Bramble como las de sus muchos imitadores. Un anciano con una levita polvorienta sobre un peto de minero hacía saber a todos que el Basilisco iba en busca de la legendaria ciudad perdida de Quivira. Otro hombre afirmó categóricamente que ya la había descubierto. Varios más se enzarzaron en un debate sobre la relación entre la riada y la presencia del Basilisco en Portland. Apartado de la aglomeración, un ayudante del sheriff cuidaba de que nadie probara su valía retando al famoso visitante. Desde las puertas del Humboldt, dos vigilantes armados con escopetas hacían lo mismo. Varios niños pescaban con cedazos los restos de comida que el Basilisco dejaba caer a la calle. Horacio roía un hueso de novillo.

Sabedor de que podría emprenderla a tiros contra aquellas personas, John Dunbar llevaba el revólver descargado. Comía sin perder de vista la entrada del hotel Arrigoni's, situado en la acera de enfrente y en cuya recepción se despachaban los pasajes para la línea de Oregón de diligencias, servicio que conectaba Portland con Sacramento.

Antes de separarse a las puertas del Paraíso, Lucrecia Grouard le había expuesto sus planes. Volvería a casa en tren. La obligación de atravesar la cordillera de las Cascadas en fechas próximas al invierno la disuadió de encaminarse directamente hacia el este, al encuentro de la línea de ferrocarril. En su lugar, se dirigiría al sur, desandando el camino recorrido por los peregrinos, hasta llegar a Portland. Allí tomaría la diligencia a Sacramento, cabecera de la línea de tren. Pero antes de emprender esa etapa del viaje —seis fatigosos días de trayecto, con parada en todas las localidades mineras del sur de Oregón y del norte de California— era su intención detenerse a descansar en la ciudad. No sabía durante cuánto tiempo. John Dunbar confiaba en que hubiera sido mucho. Al menos, la riada había interrumpido el servicio de diligencias.

Dunbar había cubierto el camino a Portland a marchas forzadas. Mientras estuvo en el Paraíso, apenas había tenido presente a Lucrecia Grouard, pero una vez que había decidido ir en su busca, ella pasó a ser su única idea. Quizá por primera vez en su vida, padecía de

expectación.

En cuanto llegó a Portland buscó el puesto de venta de pasajes, donde resultó que nadie había visto a Lucrecia, o no recordaba haberlo hecho. Plantado delante del Arrigoni's, John Dunbar sopesó sus opciones. El número de hoteles y pensiones en la ciudad imposibilitaba que buscara a Lucrecia de uno en uno. Frente a él, al otro lado de la calle, se alzaba el salón Humboldt. Sin apenas pensarlo, entró en el local y preguntó por el propietario.

Para salpimentar el espectáculo, Cari Fritz le había sugerido que no se limitara a quedarse sentado. De cuando en cuando podía simular un ataque de cólera. Podía gritar que no le gustaba uno de los platos y dar un buen zarandeo a un camarero; Fritz compensaría al dolorido empleado con unos dólares extra. Luego el Basilisco podía arrojar la mesa por el balcón. Era lo que el público esperaba. En lugar de eso, Dunbar prefería desahogarse con el dueño del Humboldt, al que varias veces al día expulsaba con violencia de su terraza. Fritz apenas tenía tiempo para escabullirse antes de que una silla se estrellara contra la fachada.

Harto de comer, Dunbar apuró la pinta de cerveza y un camarero apareció con otra como si hubiera estado esperando con ella detrás de la puerta. De pronto se hizo el silencio.

El Basilisco se había puesto en pie. Limpiándose los labios con el dorso de la mano, se había acercado al borde de la terraza y miraba fijamente hacia la calle. Todos los ojos se volvieron en la misma dirección.

Una mujer se aproximaba a caballo. El animal vadeaba con el agua por los corvejones. Ella devolvía sin temor la mirada al hombre de la terraza. Las embarcaciones se apartaron para abrirle paso. Los dibujantes pusieron una hoja nueva en el caballete y se apresuraron a bosquejar a la desconocida. Un joven, incapaz de seguirla a golpe de remo, saltó del bote y fue tras ella a pie, empapándose, libreta y lápiz en mano.

¡Señorita! Para *The Morning Oregonian*. ¿Cuál es su nombre?

Ella lo ignoró. No obstante, gracias a aquel voluntarioso periodista hoy sabemos que la recién llegada, con su vestido moderadamente corto y un sombrero de húsar adornado con plumas de faisán, era la única de las mujeres presentes, acaso la única en toda la ciudad, cuyo atuendo no iba con dos años de retraso respecto a la moda del este. También le debemos a él la afirmación de que iba perfumada con ámbar gris, secreción con fama de despejar la mente y de ahuyentar a los demonios de la melancolía. Teniendo en cuenta el tufo que desprendía el agua, cuesta creer que el periodista alcanzara a distinguir las sutilezas del perfume de la mujer, si es que empleaba alguno. Pero demos su crónica por buena. Nos gusta pensar que

sucedió así.

Los que estaban más cerca vieron que, a modo de fusta, empuñaba un rascador de espalda con mango de bambú y una mano de hueso en el extremo.

La mujer se arrimó a la barra exterior del Humboldt, se subió a ella directamente desde la silla del caballo y un camarero le tendió la mano para ayudarla a saltar a la entrada.

Un momento después, Lucrecia Grouard salía a la terraza, donde John Dunbar la esperaba nervioso. Lo primero en que ella se fijó fue el perro. Sostuvo el rascador bajo un brazo y se sacó los guantes mirando con interés a Horacio, como si los ojos afligidos del animal le contaran todo lo sucedido desde que ella y Dunbar se despidieron, incluida la muerte de su hermano. Asintió levemente y le acarició la coronilla.

Se llama Horacio, dijo Dunbar. Hay que cambiarle el nombre.

Eso le desconcertaría. Te dejaría de obedecer.

Tampoco me obedece ahora.

Se acercaron el uno al otro. El silencio en la calle se volvió más denso. Todos estiraron el cuello para oír mejor. Él le tomó las manos. Las contempló como si fueran un regalo con el que no supiera qué hacer.

¿Puedo darte un beso?

Lucrecia negó con la cabeza en gesto de reproche. Él agachó la mirada.

¿Y aún me lo preguntas, John Dunbar, después de lo que has hecho para encontrarme? O para que yo te encuentre.

Se besaron delante de todos. La calle reventó en vítores. Los hombres lanzaron sus sombreros y hubo disparos al aire. Las mujeres del Movimiento por la Abstinencia desplegaron las sombrillas como una barrera de escudos tras la que protegerse de tamaña indecencia pública. Varias prostitutas silbaron y gritaron felicitaciones a Lucrecia Grouard. Al borde de la terraza, Horacio rompió a ladrar a la muchedumbre, aunque, dadas las ideas siempre tan particulares de aquel animal, es difícil saber si lo hizo por sumarse a las ovaciones o para ordenarles que se callaran.

¿Qué hacemos ahora?, preguntó Dunbar.

No me puedo ir. Hay demasiada gente. Y algunos parecen poco de fiar.

Y anochecerá pronto. Las ciudades no son seguras por la noche.

Cierto. ¿Qué puedo hacer?, dijo ella.

Tengo un salón entero para nosotros. Yo ocupo una habitación. Horacio otra. El resto está libre. Puedes elegir la que quieras.

Me asusta estar sola pero no me apetece dormir con un perro, dijo ella.

Tomados del brazo, desaparecieron en el interior del salón seguidos por Horacio. Los aplausos se redoblaron. Hubo peticiones a la pareja para que saliera a saludar o a hacer un bis. Como una nueva riada, la multitud se lanzó a la barra. Todos insistían en invitar a una ronda. Reinaba de pronto una camaradería pegajosa, como si fueran invitados a una boda y hubiera llegado el momento en que los azorados novios se retiran a su alcoba.

John Dunbar y Lucrecia Grouard entraron en la habitación.

Vigila, le dijo Dunbar al perro.

Horacio se tumbó en el pasillo, delante de la puerta. De todos modos, Fritz no se atrevería a molestarlos, y además estaba muy satisfecho con la animación en la barra.

Ella se quitó el sombrero. Él se soltó la pistolera. Se abrazaron como si quisieran hundir su cuerpo en el del otro. Dunbar respiró hondo. Ella olía diferente. Durante el viaje con los peregrinos, Lucrecia olía a humo de hoguera, a grasa y a aceite de armas. Entonces unas finas arrugas convergían en sus ojos y en las comisuras de la boca, resaltadas por el polvo y el hollín, como trazos de carboncillo. Ahora su piel era tersa. Las mejillas, más llenas. El pelo le brillaba. Parecía rejuvenecida, acaso una mujer diferente, y eso hizo flaquear a Dunbar. ¿Qué pensaría de él aquella nueva Lucrecia Grouard?

Ella retrocedió un paso para mirarlo con detenimiento. Le acarició la barba.

Ya sé qué vamos a hacer ahora, John, pero ¿qué haremos por la mañana?

Lo despertó el olor a humo de cigarro. Unos segundos después oyó crujir las tablas del pasillo. No era Cari Fritz, que solo usaba tabaco de mascar. Apenas había amanecido. Lucrecia seguía durmiendo. Dunbar se puso los pantalones sin hacer ruido y cargó el revólver.

Al otro lado de la puerta esperaba tranquilamente un hombre. Había llevado una silla para estar más cómodo y fumaba con las piernas cruzadas mientras Horacio dormía a sus pies. Vestía un traje de color café, con chaqueta corta adornada con grecas de gamuza, camisa blanca pachuqueña, corbata de rebozo y botines color miel. Descansando en la rodilla, un sombrero de gringo. Parecía como si lo hubieran afeitado en aquella misma silla unos minutos antes. El aroma del tabaco se mezclaba con el del tónico capilar. Era de piel atezada, calvo, con el cuero cabelludo salpicado de manchas cutáneas, y llevaba un poblado bigote entrecano. Saludó a Dunbar asintiendo con la cabeza. No parecía intimidado ni por la fama del Basilisco ni por el revólver que le apuntaba. Era alguien habituado a manejarse con

gente difícil, así como a cumplir encargos cuyos propósitos no alcanzaba a comprender pero sobre los que nunca se interrogaba.

Se presentó como Pascual Garza y dijo ser nada más que un emisario. Hablaba de forma pausada, como para atemperar el timbre chillón de su voz.

Me han enviado en busca de John Dunbar. De cierto John Dunbar que quizá sea usted. ¿Le molesta si le hago un par de preguntas con el fin de cerciorarnos? ¿Le dijeron acaso que nació en San Francisco?

Nací en San Francisco.

¿Y tendría a bien facilitarme el nombre de su madre? Le ruego que me disculpe lo que parece una impertinencia, pero si se trata del hombre al que busco, le traigo noticias que le beneficiará conocer.

Mi madre se llamaba Zora Elizabeth, dijo Dunbar sin dejar de apuntarle con el revólver.

Garza mordió su cigarro, se puso el sombrero y se levantó.

Eso es muy satisfactorio. Le comunico, señor Dunbar, que es su padre quien me envía en su busca. En realidad, llevamos bastante tiempo detrás de usted. No lo habríamos encontrado si no fuera por este circo que ha montado. Esperaré en el comedor mientras usted y la señorita se visten. Allí estaremos más cómodos. Supongo que en este local nos podrán ofrecer un desayuno digno.

Garza se despidió con un amago de reverencia y se alejó expulsando humo. En el suelo, Horacio se desperezaba.

Dunbar y Lucrecia bajaron al comedor en parte llevados por la curiosidad, en parte a regañadientes; habrían preferido que les llevaran el desayuno a su cuarto y pasar la mañana bajo la colcha. Garza esperaba en una mesa desde la que podía ver tanto la entrada como las escaleras que subían a la planta de arriba. Tenía delante un vaso y una botella de whisky y había encendido otro cigarro. Se puso en pie y se presentó de nuevo en atención a Lucrecia, a la que le retiró la silla para que se sentara. Un camarero llevó a Dunbar y a Lucrecia café y platos humeantes con alubias, tocino y huevos. Dejó en el suelo un plato idéntico para Horacio. Garza se ciñó al whisky. No había rastro de Cari Fritz ni de los guardas armados que acostumbraban custodiar la puerta. El puesto de estos lo ocupaban dos hombres tan morenos como Garza.

Durante un momento, todos guardaron silencio. El único sonido eran los gruñidos de Horacio al zampar su comida.

No creo que mi padre haya mandado a buscarme, dijo Dunbar. No me tenía mucho afecto.

Miró fijamente a Garza y a los hombres de la puerta y añadió: Y era tacaño. Y lleva años muerto.

¿Se refiere a Jerome Dunbar, tasador de tierras en San Francisco?

El mismo.

Garza tomó un sorbo de whisky mirando fijamente a Dunbar. Aclaró que lo que iba a contarle no le correspondía a él, en realidad, decírselo, y que no lo hacía por gusto sino por obligación.

Jerome Dunbar no era su verdadero padre. Su padre se llama James Closter y es propietario del rancho La Tejera en el condado de Monterrey, California.

Lucrecia había tomado la mano de Dunbar sobre la mesa, en gesto de apoyo y para impedirle llevarla al revólver.

Poco después de que John naciera, siguió contando Pascual Garza, James Closter se llevó al bebé a San Francisco, donde vivía su prima Zora Elizabeth, y lo dejó a su cuidado. Un tiempo después, Zora Elizabeth contrajo matrimonio con Jerome Dunbar, junto al que crio al bebé como si fuera su hijo. Closter visitaba periódicamente al niño, sin revelar el vínculo que los unía, y atendía su bienestar mediante aportaciones de dinero que Jerome Dunbar aceptaba gustoso. El plan de Closter era llevarse a John de vuelta a Monterrey al cabo de unos años. No le terminaba de satisfacer el padre putativo, aunque o bien lo juzgó con excesiva benevolencia o no quiso complicar aún más la situación, así que no tomó medidas al respecto. Su equivocación quedó de manifiesto cuando John, a los diez años, harto de las palizas que Jerome Dunbar le propinaba, se escapó de casa.

¿Fue así como sucedió?, quiso corroborar Garza.

Dunbar asintió.

Puso mucho esmero en ocultarse, continuó Garza. Su padre fue incapaz de dar con su rastro. Durante años no supo nada de usted, hasta que esto cayó en sus manos.

Deslizó sobre la mesa una de las novelas del Basilisco escritas por James Bramble. Dunbar la miró sin tocarla.

Digamos que, al margen del nombre del protagonista, su padre reconoció en el personaje algún rasgo familiar.

John Dunbar torció la mandíbula. El desayuno se había enfriado sin que lo probara.

¿Por qué ese hombre, Closter, llevó a su hijo a San Francisco?

Garza se retrepó en la silla. Por el rabillo del ojo se aseguró de que sus hombres no hubieran abandonado el puesto.

Tales intimidades solo le corresponde contarlas al padre de usted. Y aunque me insistiera, yo solo le podría proporcionar historias de oídas, murmuraciones difundidas por camareras y pinches de cocina, cuentos en parte o por completo, no lo que de veras quiere saber.

No sé qué quiero saber, reconoció Dunbar.

¿Y a usted, querida, le gustaría viajar a California?, preguntó Garza

a Lucrecia.

Personalmente, me encantaría. Pero emprender ese viaje no es decisión mía.

Desde luego, respondió Garza. Y dirigiéndose de nuevo a Dunbar dijo: Viajaremos a caballo. No creo que sea usted hombre que guste de ir encerrado en una diligencia. Y a estas alturas, no importa que tarde unas semanas más en volver a casa.

Como si fuera algo que se hubiera olvidado de decir, añadió: Si decide venir conmigo.

El emisario se puso en pie y se despidió de Lucrecia besándole la mano.

Volveré más tarde para que me comuniquen lo que hayan acordado. Hasta entonces, dejo aquí a mis hombres.

Garza abandonó el comedor al mismo tiempo que un mozo de cuadra aparecía ante las puertas del Humboldt llevando por la brida un caballo cuarto de milla. Garza montó desde el porche para no mojarse. Sus hombres dieron la espalda a la pareja, aunque sin albergar ninguna intención de dejarlos a solas.

Dunbar vació al suelo su taza de café, ya frío, y la rellenó con el whisky que Garza había dejado en la mesa. Horacio, con el estómago lleno, se había vuelto a dormir. Lucrecia llamó al camarero y pidió otra cafetera. Le acarició la mano a Dunbar, que miraba con el ceño crispado su taza de whisky.

Ya va siendo hora de que me presentes a tu familia, ¿no te parece?

Esperaron en Portland a que la riada remitiera. Pascual Garza aprovechó el ínterin para organizar el viaje. Mientras tanto, Dunbar abandonó el salón Humboldt y Lucrecia la habitación de alquiler donde había estado viviendo, y se trasladaron a un alojamiento mejor. Cari Fritz se despidió del Basilisco mediante un discurso pergeñado con adulaciones y mentiras acerca de los pobres beneficios obtenidos durante la estancia del renombrado personaje en su salón.

Al cabo de una semana se pusieron en marcha a través de un paisaje empapado y salpicado de ganado muerto. Coleaban truchas en charcos a millas del río. Bandas de niños esquilaban los cadáveres de las ovejas. Avanzaban bajo un cielo gris y plano. La luz sin matices hacía que el paisaje pareciera un dibujo torpe y a medio acabar, cuya visión incomodaba e invitaba a distanciarse.

Se encaminaron al sur siguiendo la vieja ruta Siskiyou. Además de Garza, custodiaban a Dunbar y a Lucrecia cinco hombres: los dos a los que habían visto en el Humboldt y tres más. Viajaban a caballo, salvo un escolta, a las riendas de una carreta donde transportaban los equipajes, los arcones de provisiones y los pertrechos.

Su destino, el rancho La Tejera, les explicó Garza, formaba parte de las tierras que la República de Méjico había cedido en la Alta California para fomentar la población de la zona. Su primer concesionario había sido un capitán de dragones retirado, quien, en 1824, vendió el rancho a Antonio Darío Nasón, un californio que había hecho fortuna comerciando con pieles y sebo en Chile. Nasón era dueño de una goleta con la que transportaba su mercancía de Valparaíso a Monterrey y, cuando adquirió el rancho, estaba viudo y tenía a su cargo a una hija de dieciséis años.

Su señora madre, le aclaró Garza a Dunbar.

Dos años después la joven contrajo matrimonio con James Closter, arquitecto de San Francisco. Closter había sido llamado para construir la casa que remplazaría la hacienda original, de paredes de adobe y suelo de barro, y que Antonio Darío Nasón consideraba insalubre para su hija. En aquel mismo año se produjeron dos hechos de importancia, uno lamentable y otro feliz, o así fue juzgado en aquel momento. El primero: el fallecimiento de Antonio Darío Nasón en un accidente ocurrido durante las obras de la casa. Un pescante con el que estaban instalando sillares se le vino encima. Nasón tuvo reflejos para apartarse y sufrió nada más que un desgarro en un hombro. La herida no parecía albergar gravedad pero le acabó provocando la muerte por tétanos. Tras el fallecimiento, su hija y James Closter se pusieron al frente de La Tejera. El segundo hecho importante fue el nacimiento de John.

Ya en la década de los treinta, La Tejera había salido beneficiada cuando Méjico procedió a secularizar los terrenos de las misiones. El rancho cuadruplicó su extensión. Las cosas no habían marchado igual de bien al cabo de la guerra entre Estados Unidos y Méjico, cuando la Alta California pasó a ser territorio de la nación vencedora. El Tratado de Guadalupe Hidalgo contemplaba que se respetara la propiedad de los ranchos cedidos, y Closter y su esposa conservaron La Tejera, pero solo después de invertir miles de dólares en gastos legales, lo que los obligó a vender parte de las tierras y del ganado. Pese a ello, La Tejera continuó siendo una propiedad muy relevante.

¿Aún vive la señora Closter, la madre de John?, quiso saber Lucrecia.

Ella, Dunbar y Garza cabalgaban delante de la carreta. Los demás se habían perdido de vista, bien cazando, bien destacados a modo de avanzadilla.

Esa, dijo Garza, es una pregunta difícil de responder. Y en cualquier caso, no me compete hacerlo.

Con la disculpa de decir algo al conductor de la carreta, se alejó. A partir de aquel momento y hasta el término del viaje, Dunbar y Lucrecia apenas volvieron a hablar con Garza, más allá de

conversaciones parcas y rutinarias, relacionadas con la marcha. El emisario, cumplida su misión de localizar a Dunbar y convencerlo para que lo acompañara, pasó a guardar las distancias, cuando no a ignorarlos abiertamente.

Eso no molestó a la pareja, que estaba disfrutando del viaje. La carreta los obligaba a avanzar a ritmo relajado, sobre todo una vez que llegaron a las pendientes de la divisoria de aguas entre Oregón y California. El tiempo era fresco pero bonancible. Más que un viaje parecía una larga excursión. Dunbar y Lucrecia avanzaban a la par, conversando mientras comían uvas pasas y bebían de una cantimplora llena de whisky con limón y agua mineral. Los hombres de Garza se ocupaban de cazar, de cocinar y de atender a los caballos. Cuando pasaban cerca de alguna granja, uno de ellos cabalgaba hasta allí y compraba leche y huevos. Por las mañanas, colgaban un cubo con crema de leche de un gancho en la parte trasera de la carreta y, gracias al bamboleo de la marcha, al final de la jornada tenían mantequilla. Los hombres se encargaban asimismo de la vigilancia. Durante la mayor parte del día, Dunbar y Lucrecia no los veían. Horacio iba con unos u otros obedeciendo a su particular capricho.

En un par de ocasiones oyeron disparos en la lejanía. Dunbar se puso en guardia mientras que Garza prosiguió sin darse por enterado. Si algún hecho violento se había producido, formaba parte de otra historia que nada tenía que ver con la suya. Por esta vez, de momento, John y Lucrecia podían relajarse.

Lucrecia había empezado el viaje vistiendo una falda de montar con dos enaguas pero, en cuanto perdieron de vista la ciudad, cambió ese atuendo por pantalones vaqueros y blusas de cambray. Se protegía del sol con un sombrero de ala ancha, aunque, como ella misma decía, ya nada se podía hacer con aquellas pecas. A Dunbar le gustaba que volviera a oler como cuando fueron en busca del Paraíso.

Durante días siguieron la ruta de la diligencia. Empleaban las casas de postas y las posadas para aprovisionarse pero nunca para pernoctar. Eran lugares incómodos, sin privacidad y donde a los pasajeros de la diligencia no se les ofrecía más superficie para dormir que el suelo. Garza los descartaba aduciendo que no eran apropiados para el hijo de James Closter ni para la guapa señorita que lo acompañaba.

Dunbar y Lucrecia pasaban las noches juntos en una amplia tienda de campaña. Garza y sus hombres dormían al raso, un poco apartados. Antes de partir, la pareja se había provisto de lectura para el viaje, pero Lucrecia había dejado de lado los libros de Dickens y de Thackeray y leía a la luz de un farol novelas del Basilisco. Disfrutaba tanto de la lectura como del bochorno de Dunbar.

¿Todavía sigues con eso?, refunfuñaba él.

Ella asentía, incapaz de hablar por culpa de las carcajadas. Él simulaba enfado mientras le enjugaba las lágrimas de risa con la misma ternura que si fueran de congoja.

¿Alguna vez te has montado a caballo saltando desde una ventana?

Por supuesto que no. Ni tampoco conozco a nadie que lo haya hecho.

Pues aquí dice que sí. ¡Desde un tercer piso! ¿Y sabes lo que pasó?

Estaban desnudos debajo de tres mantas. Él le acariciaba el interior de un muslo. Cada vez más arriba.

¿Qué pasó?, preguntó él con voz ronca.

¡Que le rompiste las cuatro patas! ¿Cómo se te ocurre hacerle algo así al pobre animal? ¿No te paraste a pensarlo?

Lucrecia abrió un poco las piernas.

Seguramente no tuve tiempo para pensarlo, dijo él. Estaría huyendo de cinco ayudantes del sheriff o de diez pistoleros vestidos de negro.

Lucrecia cerró los ojos y se mordió el labio inferior. Por fin guardó silencio. Él le acarició los pechos, cuyo peso no le dejaba de sorprender. Se los besó hasta que ella volvió a reír. Le encantaba oírla reír. Nunca había pensado que eso fuera tan importante. Le gustaba todo de ella y se preguntaba cómo era posible, si él solo veía los defectos del prójimo, e igual le sucedía consigo mismo.

Ven aquí, dijo Lucrecia.

Ya estoy aquí.

Ven aquí. Bésame.

Debajo de aquella lona se sentían tan seguros e ignorados como en una madriguera en lo más profundo de una cueva. Se arropaban el uno con el otro. Dormían sin pesadillas, pese a cargar con bagajes que los hacían proclives a ellas.

Dunbar notaba su mente libre de las presencias que antaño lo atormentaban. ¿Acaso la compañía de Lucrecia las había amedrentado hasta expulsarlas? ¿O solo las había hecho enmudecer?

A medida que progresaban hacia el sur y el clima se volvía más benigno, los hombres de Garza se mostraban más alegres, bromeaban entre ellos y jugaban con Horacio.

Siendo ese el ánimo reinante, a Dunbar le costó abordar algo que se sentía en la obligación de hacer. Cuando pasaban bajo el cráter nevado del volcán Shasta, la referencia que señalaba el final de la cordillera de las Cascadas, le preguntó a Lucrecia si quería hablar de su hermano. En Portland, le había contado lo sucedido a Martin Grouard en el Paraíso. Entonces Lucrecia había escuchado en silencio, frotándose las manos como si padeciera un frío repentino, y no había dicho nada; tampoco había vuelto a mencionar el tema. Ahora negó

con la cabeza. Aseguró no necesitar ayuda para pasar ningún duelo, pues ya lo había superado, antes de que su hermano muriera, durante el lastimoso viaje al Paraíso.

Si se hubiera tratado de otra persona, él no la habría creído, pero sí a Lucrecia, que no cesaba de sorprenderle. Entre los motivos de asombro se contaba que ella no hubiera hecho aún mención del matrimonio, la que, según él tenía entendido, era la meta de todas las jóvenes del este. Lo más próximo a mostrar deseos de casarse era su curiosidad, esta sí abiertamente manifestada, por la familia recién descubierta de John Dunbar.

Al margen de cuánto madrugaran, siempre se encontraban a Garza ya en pie, afeitado, con la ropa cepillada y fumando. El extremo incandescente del cigarro apuntaba en la dirección que tomarían ese día. Uno de los hombres preparaba café y otro servía avena a los caballos.

Careciendo de información sobre James Closter, Dunbar veía en el circunspecto Garza un adelanto de cómo podía ser su padre: un hombre seguro de sí mismo, ocasional y moderadamente despectivo, distante y acaso portador de intenciones ocultas. Pero tratándose de nada más que un subalterno, Garza solo podía ser, en el mejor de los casos, una versión atemperada y más manejable del padre.

En ocasiones, durante la marcha, Lucrecia le hacía una seña y picaba espuelas apartándose de la ruta. Dunbar la seguía hasta detrás de una loma o al interior de un sotillo. Soltaban las monturas. Lucrecia le asestaba empujones hasta que él medio se caía, medio se dejaba caer, y ella le desabotonaba los pantalones y se le montaba encima. Los caballos pastaban a su alrededor, alzaban la cabeza y los contemplaban sin dejar de masticar. Durante el viaje con los peregrinos Lucrecia se había sacudido las convenciones sociales y morales del este; presumía de haber dejado de usar una enagua con cada meridiano que cruzaron en la ruta a poniente.

Cuando ella ya había obtenido lo que quería, se levantaba, se acomodaba la ropa y se alejaba satisfecha, ignorando a Dunbar. Él continuaba tumbado, interrogándose sobre hasta dónde llegaría su tolerancia con aquella mujer.

En el hotel de Upper Soda Springs, en la ribera del Sacramento, comieron truchas fritas, se dieron un baño y pasaron la primera noche bajo techo desde el inicio del viaje. Tumbada en la cama, Lucrecia abrió *La suerte de Barry Lyndon*, leyó unas páginas con desgana creciente y apartó el libro resoplando. Había terminado las novelas del Basilisco compradas en Portland, que tanto disfrute le habían proporcionado. Al verla así, Dunbar se sorprendió experimentando una punzada de celos. De pronto envidiaba las capacidades del desaparecido James Bramble. Si él supiera escribir, estaría dispuesto a

burlarse de sí mismo a través de un alter ego con tal de provocar el goce de aquella única lectora. Cada semana llenaría unas páginas que presentaría ante Lucrecia como una nada desinteresada ofrenda. Quizá así, además, el Basilisco quedaría encerrado en el papel y él podría ser nada más que John Dunbar.

Por la mañana cruzaron el Sacramento en barcaza.

Tres días después, cuando Dunbar y Lucrecia salieron de la tienda al amanecer encontraron a Garza levantado como de costumbre. La carreta había desaparecido. El emisario les explicó que uno de los hombres la había llevado a Modesto para venderla. Ya no la necesitarían. Estaban cerca del rancho. Garza y los demás se adelantarían para avisar al patrón de su llegada. Dunbar y Lucrecia proseguirían por su cuenta. Garza les indicó cómo llegar a destino y les cedió un tercer caballo, que cargaría con la tienda de campaña y las provisiones. Los invitó a no darse prisa. La Tejera debía prepararse para recibir al hijo pródigo.

Dunbar, Lucrecia y Horacio los vieron alejarse al trote.

No me gusta, dijo ella.

Dunbar le dio la razón. Si no tenían prisa en llegar, ¿por qué Garza se había deshecho de la carreta? ¿Por qué sin previo aviso les retiraba las atenciones y la vigilancia?

Retomaron la marcha llevando las armas desenfundadas.

Al cabo de dos jornadas se adentraron en una barranca. Acamparon entre chaparros y coníferas, donde podrían encender fuego sin llamar la atención. Lucrecia se encargó de la lumbre mientras Dunbar levantaba la tienda. Cenaron en silencio, con la mirada ensimismada en las llamas. Poco después solo un gajo de luna iluminaba la barranca; la hoguera, apagada con tierra.

Seis siluetas se acercaron empuñando escopetas. Se habían quitado las espuelas para no hacer ruido. Mediante señas, una de ellas repartió órdenes a las demás. Se abrieron en semicírculo alrededor de la tienda y abrieron fuego. El tronido de los disparos rebotó en la pared de la barranca. Se abrieron grandes boquetes en la lona. Cuando quemaron todos los cartuchos, desenfundaron los revólveres y siguieron acribillando lo que quedaba de la tienda. Como una traca final, se produjo un estampido de disparos casi solapados y uno de los hombres soltó un chillido y el resto cesó el fuego. Unas cabezas apuntaban hacia los jirones de la tienda, otras hacia el que había chillado, que había dejado caer el arma y se sujetaba una mano con la otra. El estampido había procedido de un viejo Colt Navy. Ya fuera por bisoñez o por los nervios, su dueño, aclaremos que el más joven del grupo, no había sellado las cámaras con grasa después de introducir la bala y la pólvora en cada una. Al abrir fuego, el fogonazo de la primera carga había detonado el resto.

¿Tienes todos los dedos?, preguntó con voz rasposa el que impartía las órdenes.

Creo que sí.

Cree que sí, dice.

Al menos, seguro que he matado al Basilisco.

A otro se le escapó una risita.

Si estás tan seguro, ve a ver qué hay debajo de la lona, dijo el de las órdenes.

¿Yo?

¿A qué estás esperando?

Los demás se hacían los atareados recargando las armas.

¿Es que nadie se va a atrever?, insistió el de las órdenes.

Ninguno se decidió a moverse. El único sonido eran los resoplidos inquietos de los caballos de Dunbar y Lucrecia, atados a un pino.

Rezongando, el de las órdenes se acercó a la tienda. Sin soltar el revólver, se sacó una botella de un bolsillo del abrigo. La descorchó usando los dientes. Vertió el contenido sobre la lona. Prendió una cerilla, la tiró a la tienda y se apartó apresuradamente. El whisky se inflamó de inmediato. Las llamas se alzaron iluminando los rostros. El de las órdenes era el de mayor edad. Tenía una barba blanca y poblada y llevaba la cartuchera con la funda del revólver por encima del abrigo.

Joder…, dijo.

Había visto que los caballos estaban ensillados.

Tened cuidado. Puede que nos estuvieran esperando.

Un disparo. El de las órdenes y el que estaba a su espalda, un hombre con sombrero mejicano, cayeron alcanzados por la misma bala, los dos en la cabeza. Un disparo más. Otro hombre giró como un trompo y se desplomó.

Los tres restantes se encogieron mirando en derredor.

¡El Basilisco!, gritó uno, y su expresión de miedo se redobló al ver que a John Dunbar lo acompañaba una mujer y que esta venía directa hacia él apuntándole con un revólver a la cabeza y apretando el gatillo.

Cayó muerto entre los chaparros.

Al que le había reventado la pistola escapó a la carrera.

Ve a por él, le dijo Lucrecia a Dunbar. Yo me encargo del otro.

Dunbar obedeció, guiándose por el estrépito de ramas rotas.

El último de los asaltantes, de pelo largo, con pantalones y chaqueta de ante y una faja roja, había buscado cobertura detrás de los caballos, desde donde disparaba a Lucrecia. Ella se refugió tras un pino. Intercambiaron disparos, ella tratando de no alcanzar a los

animales, él haciendo saltar la corteza del árbol, las monturas cada vez más nerviosas, alzándose sobre las patas traseras, hasta que una rompió la atadura y huyó pasando junto a Lucrecia, que soltó la pistola vacía, atrapó el rifle de la funda de la silla y salió de detrás del pino disparando y recargando y disparando… El de la faja roja se sacudió alcanzado por varios impactos.

Lucrecia recargó de nuevo. Fue de cuerpo en cuerpo dándoles puntapiés para asegurarse de que estuvieran muertos. El líder tenía un orificio de bala debajo del ojo derecho. Movía un pulgar de forma refleja, tratando de amartillar un revólver que ya no sujetaba. Lucrecia le apuntó con el rifle hasta que el hombre acabó de morir.

La barranca había quedado en silencio. Las llamas cedían. Se disponía a ir en ayuda de Dunbar cuando oyó un disparo a lo lejos y, mediando una pausa, otro más. Se apartó unos pasos para no recortarse contra el fuego. Aguardó apuntando en la dirección desde donde habían llegado las detonaciones.

Soy yo, dijo Dunbar.

Lucrecia bajó el arma y él salió de la maleza con una mueca asqueada.

¿Estás bien?, preguntó Dunbar.

Ella, arrebolada, respondió que sí y le preguntó lo mismo a él, que asintió. Se palparon la cara el uno al otro como si quisieran asegurarse de que no estaban heridos, hasta que mermaron el asco de él y el arrebol de ella.

¿Le has preguntado quiénes eran?, dijo Lucrecia.

No me dio la oportunidad.

Qué sitio tan horrible para que te maten, dijo Lucrecia.

Horacio salió de donde se había escondido. Olfateó los cuerpos y gimió.

Encontraron a los caballos de los asaltantes a poca distancia. Revisaron las alforjas pero no había nada que identificara a los hombres. Lucrecia preguntó si los habría enviado Garza. Si el emisario quería matarlos, respondió Dunbar, podría haberlo hecho en Portland o, si buscaba discreción, al inicio del viaje. No tenía sentido hacerlos ir hasta California para ejecutarlos. Por otro lado, nadie más que Garza estaba al tanto de su presencia allí.

Dunbar desató a los animales y les palmeó la grupa.

Volved a casa y contad lo que ha pasado.

Antes del amanecer, él y Lucrecia retomaron la marcha sin relajar la prudencia. Ni siquiera se habían planteado la posibilidad de no continuar hacia La Tejera.

II. ANTE LA CASA

Dunbar se puso en pie sobre los estribos.

Hay un hombre allí.

Lucrecia se levantó también. Atravesaban un secarral de piedras y polvo sin sitio donde ocultarse.

Parece que está solo, dijo y desenfundó el rifle.

Se separaron para no ofrecer un único blanco y se acercaron al hombre desde direcciones diferentes.

Estaba sentado junto a un ocotillo seco que se alzaba a su espalda como la cola de un pavo real. Llevaba pantalones y camisola blancos de peón mejicano, aunque parecía gringo o a lo sumo mestizo. La ropa estaba agujereada y polvorienta. En los pies, sandalias de pellejo de oveja, y en la cabeza un sombrero deforme, la badana perdida tanto tiempo atrás que ni la sombra quedaba de ella. A su lado tenía extendido un abrigo confeccionado con mantas viejas, sobre el que había un puñado de higos chumbos y una calabaza hueca que puede que contuviera agua. Ningún arma a la vista.

Buenos días, los saludó.

Tenía los labios cuarteados, los ojos enrojecidos, la nariz afilada. Miraba a Dunbar y a Lucrecia con curiosidad, sonriendo a medias, como si hiciera encajar la apariencia de la pareja con una idea de ellos formada previamente.

Buenos días, respondió Lucrecia. ¿Podemos ayudarte?

El hombre negó con la cabeza sin dejar de sonreír.

Pero yo sí a vosotros.

¿Eres de por aquí?, le preguntó Dunbar.

Podría decirse.

Podría decirse, repitió Dunbar. Empezamos bien.

¿Esperas a alguien?, quiso saber Lucrecia.

Espero. Observo. Hago más de lo que parece.

¿Cómo te llamas?

Juan. Pero algunos me llaman Fatum. Y otros Loco.

Buscamos el rancho La Tejera, dijo Dunbar, que empezaba a perder la paciencia.

Sí, La Tejera. Está cerca. Mucho.

Dunbar señaló en la dirección que llevaban.

¿Vamos bien encaminados?

Juan se rascó la cabeza por debajo del sombrero. Se miró las uñas.

Eso depende. No es fácil de decir.

¿Estamos cerca pero no vamos en la buena dirección?, preguntó Lucrecia.

Juan miró a lo lejos entrecerrando los ojos, como si sopesara qué responder.

Eso depende, repitió.

Entiendo que te llamen Loco, dijo Dunbar.

Juan le clavó los ojos.

Tú solo entiendes lo que te dejan entender.

Dunbar aguijó el caballo, que se acercó al hombre sentado bajo el ocotillo. El caballo estiró la cabeza para explorar con los labios las ramas del arbusto, pero ni un brote encontró.

¿Qué quieres decir?

John, déjalo. ¿No ves que no merece la pena?

Tienes razón, respondió Dunbar, y tiró de las riendas para que el caballo retrocediera.

¿Nos puedes decir cómo llegar a La Tejera?, preguntó Lucrecia.

Puedo, ¿pero de veras queréis ir allí? ¿Queréis ver a James Closter y su ejército?

¿Qué ejército?, preguntó Dunbar.

¿Cómo llamarlo si no? Montones de hombres. Negreros o antiguos negreros. Chinos que antes tendían vías de ferrocarril. Y la casa grande, ese mausoleo donde ni yo me atrevería a entrar. Y la vieja señora, que era dueña de poderes de clarividencia.

Dunbar respiró hondo.

La Tejera, dijo.

Sí, cierto, cierto. Tenéis asuntos importantes que atender en la hacienda, ¿no es así? Con el patrón Closter.

Juan se dirigía a Lucrecia. Intercambió una mirada con ella que se prolongó más de lo que ambos esperaban. A él se le entristeció de repente la expresión. Entreabrió los labios como si quisiera decir algo pero vaciló.

Perdón, dijo y bajó la mirada.

Cuando la alzó un segundo después volvía a ser el hombre de sonrisa necia de antes.

Es muy bonito eso, dijo señalando el rascador de hueso que Lucrecia llevaba metido en el cinturón. ¿Me lo devuelves?

Es mío, dijo ella.

¿Me lo regalas entonces?

¿Por qué habría de hacerlo?

Para tener suerte.

¿Tendré suerte si te regalo el rascador?

Es posible.

¿Y nos dirás cómo llegar a La Tejera?

Juan asintió.

No se lo des, dijo Dunbar.

Pero ella se sacó el rascador del cinturón y se lo tendió al hombre, que se puso en pie como si le dolieran las rodillas y lo tomó y le dio las gracias con exagerada formalidad. A continuación trazó con el rascador una línea en el suelo polvoriento, justo delante del caballo de Dunbar, y ejecutó una reverencia estrafalaria invitándolos a cruzar.

Un silencio.

Cruzó él.

Cruzó ella.

Cruzó Horacio.

¿Ya estamos en La Tejera?, preguntó Lucrecia.

Ahora sí. A partir de ahora las cosas serán diferentes. Ya lo son, pese a que no os percatáis aún.

¿Eres una especie de guardián?, preguntó Dunbar.

Un guardián no. Más bien un mojón. Ya os he dicho que hago más de lo que parece.

Cuando se pusieron en marcha, Lucrecia miró por encima del hombro. Juan había vuelto a sentarse a la sombra del ocotillo y se acariciaba la cara con la mano del rascador.

Al otro lado de una loma el paisaje reverdeció de pronto y se pobló de ganado. Poco después llegaron a una estancia para la pernocta de las cuadrillas de vaqueros. Solo había en ese momento un cocinero, que se quitó el sombrero al verlos, les confirmó que se encontraban en La Tejera y les señaló la dirección de la casa.

Los esperan, concluyó.

Al anochecer, los cencerros del ganado se iluminaron con fuego de San Telmo. Las auras blancoazuladas se estiraban en filamentos que envolvían los cuernos y las pezuñas delanteras como enredaderas de luz.

Lucrecia no quiso cenar nada. Dunbar le preguntó si se encontraba bien.

No lo sé. Me siento rara.

Él quiso saber qué le pasaba pero ella no supo explicarlo.

Ha empezado cuando cruzamos la raya que ese hombre dibujó en el suelo, dijo Lucrecia. Seguro que no es nada.

Prosiguieron a la mañana, guiados por una referencia oscura que asomó en el horizonte y que a medida que avanzaban se definió en las líneas rectas de un pesada mansión gótica.

Pasaron por las casas de los peones, dispuestas a los lados de una

calle polvorienta y patrullada por gran cantidad de perros. Eran viviendas humildes, de adobe, bajas y sin ventanas. Algunas, a modo de aislamiento, tenían el tejado cubierto de tierra, de la que brotaban hierbajos. Los perros le enseñaron los dientes a Horacio, que, sobrepasado en número, tuvo que buscar refugio bajo el caballo de Dunbar, a cuya sombra trotó lanzando miradas torvas a los costados.

Una vieja apartó la manta colgada del vano de la entrada de su casa. Mascullando alguna letanía apócrifa los observó acercarse. Cuando pasaron ante ella, se santiguó tres veces.

Entre el poblado de los peones y la mansión, erigida en la cima de una loma, se ubicaban las construcciones del rancho, repartidas alrededor de la hacienda. Dejaron atrás un molino, huertos y un invernadero. Después de la miseria de las casas de los peones, la impresión allí era de orden y mimo.

¿Dónde están todos?, susurró Lucrecia.

Dunbar no respondió. No habían visto a nadie al margen de la vieja.

Avanzaban ante una hilera de graneros cuando un sonido les encogió el corazón. Duró un segundo apenas y tuvieron que intercambiar una mirada para comprobar la expresión del otro y asegurarse de que lo habían oído realmente, de que no había sucedido tan solo en su cabeza. Algo o alguien había suspirado; la liberación de un aire contenido por una zozobra pasajera, acaso por un ansia negativa.

Al final de los graneros tiraron de las riendas en una plaza enmarcada por una capilla y varios edificios administrativos de buena factura. Las fachadas eran de piedra de cantera, acabadas con cal, y los techos de tejas de barro. La capilla estaba adornada con arcos lobulados.

Gran cantidad de gente se había congregado en la plaza, en cuyo centro sobresalía una horca de la que todavía se mecía el cuerpo de un hombre. Dunbar y Lucrecia se detuvieron al borde de la multitud. Los más cercanos los miraron con temor y retrocedieron. La noticia de la aparición de la pareja voló en susurros y en un momento la atención de todos se había desviado desde el cuerpo de la horca a los recién llegados. Más de un centenar de pares de ojos los miraban fijamente y en profundo silencio. Delante de la capilla, el tronco y las ramas de un par de naranjos estaban forrados de niños encaramados para ver mejor. Integraban la aglomeración blancos, mejicanos, mestizos, negros, mulatos, chinos y unos pocos indios esselen y salineños.

Nadie parecía deseoso de darles la bienvenida, o no se sentían en la obligación de hacerlo, o no se creían dignos. La mirada de Dunbar sobrevoló la multitud y se alejó de ella. En el campanario de la capilla, dos siluetas con rifles se recortaban contra el cielo. Otras tres en el

tejado de la vieja hacienda. Y por encima de todo, sin que fuera posible abstraerse: la mansión, que parecía dueña de una densidad imposible, que allanaba la cumbre de la colina y hacía que las personas, las bestias y las construcciones se inclinaran microscópica pero incuestionablemente hacia su empinado tejado y la torre festoneada de almenas.

De pronto, la multitud se dividió en dos. Desde el cadalso hasta donde estaba la pareja, se abrió un paso por el que avanzó ufano, dando caladas a un cigarro, Pascual Garza.

¡Ya están aquí! Permitan que, en nombre del señor Closter, les dé la bienvenida a La Tejera.

La mención de su padre hizo que John Dunbar volviera a escrutar la multitud.

No está aquí, aclaró Garza. Ya no asiste a estos tristes trámites, aunque seguro que no se le ha escapado ningún detalle. Pero desmonten, por favor. Se encuentran en su casa.

Garza hizo una seña a uno de los hombres, que se llevó a los caballos.

¡Volved a vuestras tareas!, ordenó a los demás, y la multitud se dispersó. Nos había llegado la noticia de que se acercaban, dijo hablando de nuevo a la pareja, pero no estábamos seguros de que estuvieran ilesos. Sabíamos que habían padecido un percance lamentable. Tal ha sido el motivo de la ejecución precisamente.

Ni a Dunbar ni a Lucrecia se les había pasado por alto que el ahorcado era uno de los hombres que los habían escoltado desde Portland: el conductor de la carreta. Al pie del cadalso esperaba un ataúd.

Al final del viaje, les explicó Garza, cuando fue a vender la carreta, ganó unos dólares a cambio de la noticia de que ustedes venían hacia acá.

Lucrecia quiso saber a quién se lo había dicho. Garza expulsó lentamente el humo y frunció el gesto, como si la cuestión fuera motivo de vergüenza o de hastío.

El señor Closter abunda en rivales, cuando no en francos enemigos. Nunca podemos bajar la guardia, dijo señalando a los vigilantes apostados en el campanario y en la azotea de la hacienda. Supongo que la información de que el heredero de La Tejera regresaba a su casa, y de que se trataba del Basilisco, fue demasiado tentadora como para guardársela. El error es mío. Escogí a los hombres anteponiendo su fidelidad y discreción a otras cualidades. Por lo visto me equivoqué, una vez más, dijo mirando con resentimiento al muerto, al que un par de vaqueros estaban descolgando. Pero, por suerte, añadió recuperando el buen ánimo, está usted versado en situaciones difíciles.

Tuve ayuda, dijo Dunbar.

Garza miró a Lucrecia y soltó una carcajada humosa hacia el cielo, curvando tanto la espalda que a punto estuvo de caérsele el sombrero.

Maravilloso. Maravilloso de veras.

Dunbar no participó del buen humor.

No veo ninguna insignia por aquí, dijo.

En La Tejera resolvemos nuestros propios problemas. Les aseguro que a ese hombre se le ha tratado con más imparcialidad de la que habría obtenido de la mayoría de jueces. Nuestro patrón aplica un cuidado extremo a todo cuanto hace.

¿Cuándo le conoceremos?, preguntó Dunbar.

Pronto, les aseguró Garza. Antes hay cuestiones que aclarar. Y ustedes querrán asearse.

Mediante una seña, los invitó a seguirle. Pavos y gallinas paseaban ahora por la plaza. Dos carpinteros habían empezado a desmontar el cadalso y una carreta se había llevado el ataúd.

¿Vive allí el señor Closter?, preguntó Lucrecia mirando la mansión de la colina.

No. En la casa grande ya no vive nadie, respondió Garza escuetamente.

Los guio hasta la hacienda, cuya planta, les dijo, era la de la construcción original, pero el edificio había sido reformado por el patrón. La fachada, de piedra de cantera, lucía arcos, columnas y finos adornos churrigueresco. Comparada con la mansión de la colina, la hacienda se mostraba liviana y acogedora.

En ángulo recto ante la fachada delantera, estaba el galpón de vigilancia, una construcción mucho más sencilla pero asimismo cómoda y aireada. La media docena de hombres que fumaba bajo la enramada no quitó el ojo de encima a John Dunbar. A él le bastó un vistazo para saber que eran personal bregado. Varios llevaban viejas prendas del Ejército; algunas con sombras de galones. Ni asomo de alardes: nadie escupió, nadie sonrió con medio lado de la cara, nadie acarició la culata del revólver como si aliviara un picor. Tampoco incurrieron en la ligereza ni en el desaire de ignorarlo, como si fuera un desharrapado que se hubiera detenido a pedir una herradura de recambio. Se limitaron a calibrarlo, tomando buena nota de lo que habían inferido y haciéndole saber que lo habían hecho. Por un instante, para Dunbar el mundo se redujo a aquellos hombres y a él; un zumbido grave y un olor a cuero sudado le colmaron el cerebro. Cuando Lucrecia le tomó del brazo para entrar en la hacienda, él la miró confundido, sin reconocerla ni saber qué hacía allí una mujer.

Las puertas, de madera gruesa y con clavería ornamentada, estaban abiertas de par en par. Accedieron por ellas a un amplio zaguán y de

ahí a un patio con arquería rodeado por corredores. La fuente que manaba en el centro y las plantas en grandes tinajas de barro completaban el efecto de frescor y recogimiento perseguido en el diseño.

¿Anita?, llamó Garza.

Una joven con blusa mejicana daba maíz a tres papagayos que estiraban las alas en una jaula. Respondiendo a la llamada de Garza, se acercó frotándose las manos en el delantal.

Anita les mostrará sus habitaciones. Reposen ustedes. Luego enviaré a buscarlos para cenar, dijo Garza, y llevándose una mano al sombrero los dejó solos.

Tras conducirlos a dos cuartos contiguos, Anita dedicó una mirada de desagrado a Horacio.

A este perro habría que restregarlo con petróleo.

El animal se frotó contra ella como un gato.

Será mejor que me lo lleve, dijo la chica, y Horacio se fue trotando con ella, para no molestar hasta el momento de su reaparición al final del relato.

La habitación de Dunbar tenía suelo de losetas de barro y paredes de baldosín. Unas vigas de alguna madera de color amarillo recorrían el techo. La cama, con armazón de nogal, era la más grande que había visto nunca. Angustiado de pronto, salió y entró al cuarto de al lado, olvidándose de llamar a la puerta.

Lucrecia lo miró como la había mirado él hacía un momento, con extravío pasajero. Estaba de brazos cruzados ante una ventana orientada a la plaza y protegida por una reja de forja. La habitación era similar a la de Dunbar; variaba solo el color de los baldosines. Lucrecia volvió a mirar hacia fuera. Carros cuba circulaban de camino a las cuadras. Hombres armados entraban y salían del galpón de vigilancia. Ante cada construcción había una mujer barriendo.

Es raro que la hacienda dé la espalda a la casa grande, dijo Lucrecia a media voz.

Contemplaron la actividad del exterior. No vieron a ningún caporal ni a nadie que impartiera órdenes. Todos parecían al tanto de lo que tenían que hacer. Un carro cargado con barriles de salmón en salazón pasó hacia la parte trasera de la hacienda, donde estaba la cocina.

No sabes qué pensar, dijo Lucrecia. Creías que tu padre sería otro ranchero adinerado, pero esa mansión te confunde.

Estaba en lo cierto. Durante el viaje, sin poder evitarlo, John Dunbar había fantaseado con la llegada al rancho, se había dejado arrastrar por conjeturas. Cuando lo mismo le había sucedido en el pasado, siempre había sido en una medida menor. En aquellas ocasiones se había imaginado como el protagonista del momento, y la

ciudad o el conflicto en cuestión, por aparatosos que fueran, como un mero escenario al servicio de su protagonismo. Luego, invariablemente, la realidad se había ajustado a sus figuraciones. Pero La Tejera le hacía sentir rebajado al papel de testigo pasivo.

Como él no dijo nada, ella añadió: Esa mansión lo cambia todo.

Lucrecia sufría alguna desazón. Caminó arriba y abajo por el cuarto. Abrió una caja de madera de cedro llena de cigarros, la volvió a cerrar. Se sacudió la blusa polvorienta y chasqueó la lengua con desagrado.

Alguien llamó a la puerta. Anita se sorprendió al ver a Dunbar pero Lucrecia le dijo que podía pasar. La criada hizo una seña a otras dos chicas con blusas mejicanas que acarreaban una bañera de latón provista de asas. Las seguía otra, tambaleándose bajo el peso de dos cubos de agua que desprendían vapor.

¡Ah, perfecto!, exclamó Lucrecia, de repente alegre. Estaré contigo dentro de un momento, le dijo a Dunbar.

De regreso en su cuarto, él se encontró con dos criadas que terminaban de llenar una bañera idéntica. Un rato después, mientras se bañaba, entró un lacayo que dejó un traje y una camisa sobre la cama y se llevó la ropa sucia. Volvió a entrar casi de inmediato con tres pares de botas.

Para que elija usted, señor.

El traje, de tres piezas, era de estilo mejicano, con las perneras más ceñidas de lo que a él le gustaba, y las solapas de la chaqueta estrechas. Las botas tenían la puntera en V. Se peinó hacia atrás usando los dedos.

Esperó a Lucrecia en el patio, fumando y echando el humo a los papagayos, que se cubrían la cabeza con un ala. Ella apareció con un vestido de seda de dos piezas y relucientes botines con cordones. De la cintura, prendido a una cadenilla, le colgaba un abanico de ébano y seda a juego con el vestido. Sonrió a Dunbar y acarició el chal de cachemira que llevaba sobre los hombros.

Con el pelo he hecho lo que he podido, pero tienes que decirme que estoy muy guapa.

Él lo hizo. Lucrecia olía incluso mejor que cuando se reencontraron en Portland.

¡Ah, ya están listos!, dijo Pascual Garza entrando en el patio.

Tras dedicar cumplidos a Lucrecia les pidió que lo siguieran.

¿Conoceremos ahora al señor Closter?, preguntó Dunbar.

Pronto, pronto. Antes hay alguien con quien deben hablar. Les presentaré a la señora.

Dunbar y Lucrecia intercambiaron miradas de sobresalto. Cruzaron la plaza y su sorpresa se convirtió en perplejidad al ver que Garza los

conducía a un profundo almacén. Esmeradas hileras de sacos, de barriles y de estanterías desaparecían en la oscuridad del fondo. Olía a cereal y encurtidos. El suelo estaba barrido. La impresión fue similar a la de entrar en un recinto sagrado.

A un costado, al otro lado de las grandes puertas correderas, había un espacio delimitado por balaustradas destinado a servir de oficina. Sentada a un escritorio, una mujer revisaba una lista manuscrita. Un cigarro ardía en un cenicero de bronce. El escritorio estaba tan ordenado como el almacén. La mujer estampó una firma al final de la hoja, colocó esta sobre una pila de documentos y puso un lingote de plomo encima a modo de pisapapeles. Entonces cogió el cigarro, se recostó en la silla y miró a los recién llegados. Garza abrió una portilla en la balaustrada e invitó a Dunbar y a Lucrecia a ocupar las sillas ante el escritorio.

Permitan que les presente a doña Alejandra, dijo Garza apoyándose en la balaustrada. Sin ella La Tejera no podría funcionar.

La mujer le dedicó una sonrisa cómplice.

Es una forma de decirlo, comentó, y volvió a su adustez previa, que Dunbar y Lucrecia asumieron como su expresión más asidua.

Era evidente que aquella mujer no podía ser la madre de John. Andaba por la mitad de la cuarentena, igual que él, aunque su rostro se mantenía casi libre de arrugas. El cabello, muy oscuro, lo llevaba recogido con abundancia de horquillas. El vestido negro hacía juego con su mirada. Fumaba con un codo apoyado en el escritorio mientras que con la otra mano tamborileaba sobre la superficie, observando a Dunbar y a Lucrecia, sentados frente a ella. Como le había venido sucediendo desde que llegó a La Tejera, John Dunbar se sintió sometido a valoración. No supo discernir si doña Alejandra estaba satisfecha o defraudada por conocer en persona al Basilisco, pero sí le quedó claro que no se alegraba. En el caso de Lucrecia, la mujer se fijó en el vestido y en el chal de cachemira, que contempló con tanta intensidad que incomodó a la joven. Lucrecia sintió la presión del corsé, que se había puesto por primera vez en semanas. Una vacilación fugaz surcó como un fucilazo la mirada de la mujer. El cigarro se le apagó y Garza se acercó presto con una cerilla.

Así que eres el hijo de James. Si es cierto, nos hemos visto antes tú y yo, aunque ninguno de los dos lo recuerda. Mi padre vino a La Tejera para construir la casa grande. Era cantero. Murió en un accidente durante las obras, igual que tu abuelo, el padre de Elvira Closter. Yo solo tenía dos años y a nadie más en el mundo. Tus padres me pusieron bajo el cuidado de una aya. Seguramente, antes de que James te llevara a vivir con su prima de San Francisco, me asomé alguna vez a tu cuna. ¿Fue así, Garza? Tú ya andabas por aquí entonces.

Garza asintió y sonrió como si padeciera de añoranza.

Elvira me cogió cariño, continuó la mujer. Supongo que porque nuestros padres fallecieron del mismo modo. Así que cuando crecí me puso a trabajar en la cocina y, en las épocas en que ella se encontraba bien, me enseñó a llevar el rancho.

Dunbar había deducido que doña Alejandra los había recibido flanqueada por sellos, plumas y tinteros, y en un entorno tan desacostumbrado, para hacerles notar la responsabilidad que ostentaba. Pensaba ahora que también lo había hecho contando con la dura resonancia que el almacén proveía a sus palabras.

Te preguntarás, dijo doña Alejandra, por qué te cuento esto, y por qué soy yo la primera en recibiros, en lugar de James. Y tras una pausa añadió: O Elvira. Lo cierto es que James no sabe nada de esta reunión. Él espera que todos nos conozcamos en la cena, pero he preferido adelantarme. Es un hombre mayor, fuerte pero cansado, resuelto pero al que la edad ha vuelto excéntrico, lo que es una combinación onerosa. Por otro lado, puede ser que, bien por la emoción, bien por descuido, bien confundido por la nostalgia, haya cosas que se olvide de decirte o a las que reste importancia. Por eso he preferido saltarme sus órdenes por una vez, hablar antes contigo y dejar clara cuál es la situación en La Tejera. Poco antes de irse, tu madre me hizo prometer que cuidaría del rancho. Y eso es, ni más ni menos, lo que estoy haciendo.

Dunbar iba completando la impresión que le producía la mujer. Seguramente ocupaba una posición de importancia pero no tan alta como le gustaría. Si estaban hablando en un almacén quizá fuera porque no tenía libre acceso a un salón o un despacho lujosos, como los que seguro habría en la hacienda. Y Dunbar había visitado suficientes ranchos como para saber que es imposible que funcionen gracias a una única persona, por muy capaz que sea.

¿Adónde se fue la señora Closter?, preguntó.

Doña Alejandra adoptó la misma expresión que Garza cuando fue interrogado sobre la madre de John: una incomodidad o un escrúpulo que podían provenir de la incomprensión o, se le ocurrió en ese momento a Dunbar, acaso del miedo. No obstante, la mujer tomó una calada disponiéndose a hablar. Al parecer, aquel era uno de los temas en que dudaba de la rigurosidad de James Closter, y prefería exponerlo ella sin adornos ni atajos.

Tu madre, John, era una mujer enferma.

¿Era?, preguntó Dunbar.

O lo es, respondió doña Alejandra. Padecía ataques de melancolía. Puede que comenzaran con la muerte de su padre. Tu venida al mundo los exacerbó.

¿Por eso Closter se llevó a su hijo a San Francisco?, quiso saber Dunbar.

La mujer asintió.

Dejaré que él te dé los detalles. Alejarte de aquí fue una ayuda pero no una solución. Los ataques se espaciaron pero nunca desaparecieron por completo. En los peores momentos se comportaba de forma imprevisible y violenta. Se diría que luchaba rabiosa contra su propia melancolía, pero la rabia desbordaba de ella, dijo con la vista perdida en las profundidades del almacén, recordando sucesos presenciados en su juventud. Incluso en las épocas de calma, vivía incómoda dentro de sí misma. Discutía con tu padre acerca de cómo dirigir el rancho. Quienes hacían negocios con La Tejera agotaron las excusas educadas para no tratar con Elvira.

Hizo una pausa antes de proseguir.

Durante uno de sus ataques, Elvira Closter desapareció. Era de noche. Estaba sola en la casa grande. Para entonces James ya se había instalado en la hacienda. De algún modo, Elvira se fue sin que nadie la viera. Por la mañana, James envió a todos los hombres en su busca. Batieron La Tejera y las tierras aledañas. No encontraron rastro de ella, dijo doña Alejandra mirando a Dunbar. Igual que cuando tú te escapaste de tu casa en San Francisco. Supongo que heredaste la habilidad de ella.

¿Cuándo fue eso?

Hace catorce años. Entonces ella tenía cincuenta.

Las cifras pendieron en el aire mientras todos guardaban un silencio pensativo. ¿Cómo podría haber sobrevivido una mujer desequilibrada durante todo ese tiempo?

Interrogamos a los criados. Juraron no haberle prestado ayuda ni haber visto nada. Revisamos las pertenencias de Elvira. No parecía haberse llevado equipaje. Ni una prenda de sus armarios. Tampoco faltaba ningún caballo en los establos. Sencillamente, desapareció.

¿En estos catorce años no ha habido noticias suyas?

Rumores. Falacias. James ofrecía dinero a cambio de información, así que todas las semanas se presentaba alguien asegurando haber visto a Elvira Closter en Méjico o en Arizona, cautiva de los apaches. Un día llegó a La Tejera un antiguo empleado, un peón que había trabajado aquí diez años, antes de montar un rancho de ovejas en el valle de San Bernardino. No quería dinero. Aseguró que había hecho el viaje por el respeto y el agradecimiento que le guardaba al patrón. Nos habló de una banda de asesinos y ladrones que actuaba en la convergencia de Nevada, Utah y Arizona. También hacían incursiones al sur, hasta Hermosillo. Los lideraba una mujer, una vieja ranchera loca. Nadie sabía su nombre pero se la conocía como la Araña.

Dunbar a punto estuvo de ponerse en pie. Se aferró a los reposabrazos de la silla. Lucrecia lo miró de soslayo. Durante sus viajes, él le había hablado de la Araña y de cómo su banda había masacrado la expedición del capitán Drummond. Sobre las visiones y los malestares posteriores no le había contado nada. ¿Cómo hacerlo?

Ni doña Alejandra ni Garza parecieron percatarse de su alarma.

El peón dijo no haber prestado atención a los rumores hasta que coincidió con la banda en un abrevadero adonde él había conducido un rebaño de ovejas. Un grupo de andrajosos con la cara pintarrajeada de manera tan absurda como si quisieran burlarse de los indios; unos a caballo y otros a pie, trotando detrás, algunos tan encorvados que casi se desplazaban a cuatro patas. Dijo que era fácil reconocer a la Araña. Mientras los demás gruñían y se asestaban empellones, ella permaneció al margen, montada en un pinto. Miraba inexpresiva la superficie del abrevadero esperando a que su montura se saciara. Vestía un poncho de lana y le colgaba del cinto un sable de caballería. Cuando la Araña salió del ensimismamiento, recorrió con la vista las ovejas y su mirada pasó sobre el peón como si él fuera una pieza más de ganado. Nos dijo que casi se le escapó un juramento al reconocer a Elvira Closter.

¿Le creyeron?, preguntó Dunbar.

Te lo he contado como un ejemplo de lo que hemos tenido que oír estos años.

¿Comprobaron si decía la verdad?, dijo Lucrecia.

Doña Alejandra le dirigió una mirada fría. Hasta entonces no se había dirigido a nadie más que a Dunbar. Las intervenciones e incluso la mera presencia de Lucrecia parecían ofenderla. Negó con la cabeza, mirando a Dunbar de nuevo.

Para entonces, James se había convencido de que, si su esposa no deseaba volver, nunca lo haría, por muchos emisarios que mandara en su busca. Pensaba que ella vivía en algún sitio bajo otra identidad. Llegó a sospechar que podría encontrarse mucho más cerca de lo que imaginábamos. La creía muy capaz de ocultarse al mismo tiempo que seguía a la vista de todos. Pero nunca ha perdido la esperanza de que algún día regrese.

Doña Alejandra consultó un reloj que sacó del bolsillo del vestido.

Mientras tanto, habiendo renunciado a buscar a su esposa, James ha centrado los esfuerzos en dar con su hijo. Y ahora, si me disculpas, tengo asuntos que atender. Cenaremos dentro de media hora en el patio de la hacienda. Podéis visitar el casco del rancho hasta entonces. Garza, he visto nidos de golondrina al fondo del almacén. Que los quiten.

Por supuesto, dijo Garza.

Dunbar se puso en pie, ansioso por salir de allí.

¿El señor Closter ha tenido más hijos?, dijo Lucrecia sosteniendo el abanico sin abrirlo. Habló con determinación. No iba a permitir que la despidieran tan fácilmente. El abanico de ébano y seda dejó de ser un complemento de su indumentaria para elevarse a símbolo de autoridad. A nadie se le pasó por alto que había formulado la pregunta sin especificar si los posibles hijos los había tenido con la señora Closter o con otras mujeres.

Doña Alejandra se levantó. Los demás vieron el revólver y la pistolera repujada que hasta entonces había ocultado el escritorio. Por primera vez miró realmente a Lucrecia.

¿Tú y este hombre estáis casados?

Lucrecia respondió negativamente y añadió: Igual que usted y el señor Closter.

Dunbar no perdió de vista a Garza, que se había puesto en guardia, ni a la mujer. Se preguntó si ella sabría usar el arma. El instinto le dijo que sí.

He dicho que mi intención era exponer la situación de La Tejera y, al contestar tu pregunta, lo sigo haciendo. La respuesta es no, dijo con un leve desfallecimiento en el tono. La llegada al mundo del hijo de James, tu llegada, añadió mirándole a él, fue el fin de muchas cosas.

Dunbar y Lucrecia caminaron en silencio hasta la plaza. Los hombres ante el galpón de vigilancia habían cambiado; las espuelas oxidadas y la seguridad en sí mismos se mantenían.

¿De dónde has sacado eso?, preguntó Dunbar.

Un peón se detuvo aterrado. Llevaba en la mano una novela del Basilisco. Señaló uno de los edificios de la plaza y se apartó caminando de espaldas. Bajo la enramada del galpón de vigilancia, todas las miradas apuntaban hacia ellos.

Entraron en una tienda bien aprovisionada donde los empleados del rancho podían adquirir maíz, alubias, jabón, paños burdos y otros artículos a cuenta de su jornal. Al pie del mostrador, una caja repleta de novelas del Basilisco. Estaban manoseadas; algunas habían perdido la cubierta; otras se habían desencuadernado y alguien las había recosido con lana. El dependiente les explicó que los empleados las podían tomar en préstamo. El señor Garza había traído varias nuevas de su viaje a Portland, pero de esas no quedaba ninguna; se habían prestado enseguida.

Pasearon un rato más, Lucrecia impresionada por la atmósfera afanosa del rancho y Dunbar digiriendo que Elvira Closter, su madre, había sido la Araña. Las consecuencias que eso podía acarrear se le arremolinaban en la cabeza, enzarzadas con explicaciones posibles y nuevas preguntas. ¿Significaba acaso que su encuentro con la Araña

cuatro años atrás no había sido casual? ¿Su madre lo había identificado de algún modo? Sin embargo, ella no le había revelado su parentesco cuando lo tomó prisionero ni había mostrado indicios de conocerlo. Dunbar descartó por imposible que se hubiera tratado de una mera coincidencia. Se le pasó por la mente que, si Elvira Closter había perdido el juicio, quizá cuando se convirtió en la Araña olvidó su existencia anterior como propietaria de La Tejera, esposa y madre. Aun así, un imperativo subterráneo, manado del instinto o de la insania, la había empujado hacia él. Quién sabía si la Araña lo había rondado durante años sin ser ella del todo consciente, aliviando mediante el asesinato la frustración de no encontrarlo y la zozobra de sentirse gobernada desde dentro. Y así, poco a poco, se habría ido acercando, descifrando huellas en el polvo del desierto, interrogando a desgraciados que habían tenido la mala suerte de cruzarse con John Dunbar, leyendo las líneas de sus muertas manos. Y se le ocurrió que la proximidad de su madre, o la del influjo dictatorial que la gobernaba, quizá fuera la causa de las perturbaciones del ánimo que él había venido padeciendo cada vez con más frecuencia con el avance de la edad.

Evitaba mirar hacia la colina. La mansión se había transformado en una madriguera poblada de amenazas. Pensó que no podría dormir en su proximidad. Las pesadillas se reavivarían. Sostendría de nuevo entre sus brazos el cadáver de Clement. La Araña le acosaría bajo manifestaciones intangibles.

Sintió el arrebato de huir. Se preguntó dónde estaban sus caballos, enojado y nervioso de pronto por no saber dónde los habían guardado. Lucrecia le apoyó una mano en el pecho. Dunbar la miró al borde del pánico, preocupado ahora por ella. Por primera vez, se arrepentía de haber permitido que lo acompañara.

Tranquilo, John. Estaremos bien.

Anita fue en su busca para anunciarles que iban a servir la cena.

En el patio de la hacienda había dispuesta una mesa con cuatro sillones de junco trenzado. Dunbar y Lucrecia llegaron al mismo tiempo que James Closter lo hacía por una puerta del otro extremo, del brazo de doña Alejandra. El patrón iba vestido con un traje de tres piezas y botas abrillantadas. Avanzaba a paso corto y sujeto a doña Alejandra no a causa de su edad sino para contener la emoción. Trataba de sonreír pero las comisuras le apuntaban una y otra vez hacia abajo como si tiraran de ellas unos muelles inclementes. Tenía la nariz grande y ganchuda, poco pelo. Le acababan de afeitar; debajo de una oreja le quedaba un resto de jabón que doña Alejandra le limpió con disimulo.

Dunbar se detuvo, vacío de decisión y de entereza. Por suerte tenía a Lucrecia, que lo tomó del brazo y tiró de él invitándolo a avanzar. Y

de ese modo, guiados por las mujeres, los dos hombres llegaron uno frente al otro. Eran de la misma altura. James Closter asentía en señal de complacencia. A diferencia de todos los demás en La Tejera, no había valoración ni duda en sus ojos, solo afecto. Movió los labios tratando de decir algo, pero la emoción se lo impedía. Apenas pudo pronunciar: «John», y abrazó a su hijo. Al principio Dunbar se sintió incómodo, pero le devolvió el abrazo porque ¿cómo no hacerlo? Igual que en otras ocasiones había sabido que tenía que apretar el gatillo, ahora sabía que debía abrazar a aquel hombre. Lo hizo sin recordar que con su fuerza podía herir a un anciano de setenta años. Su padre no se quejó. También era fuerte. Closter se despegó, miró a doña Alejandra y dijo orgulloso:

Mi hijo. Me gustaría que hubiera más gente para presentárselo.

Ya habrá ocasión, James, dijo ella.

Doña Alejandra se había cambiado el vestido por otro marrón de guinga con un estampado de plumas blancas y ya no iba armada. Se desenvolvía de modo más amigable que unos momentos antes; con falsa llaneza, juzgó Lucrecia.

Dejadme que os presente a Alejandra, alguien muy importante para mí y para este rancho. Y tú debes de ser Lucrecia, querida, dijo James, sonriendo por fin abiertamente. Eres aún más encantadora de lo que me habían contado.

Lucrecia musitó un saludo. Había presenciado el encuentro entre el padre y el hijo con las manos apoyadas en el corazón y los ojos húmedos. Luego se colgó del brazo de John, acariciándolo como podría hacer con un niño que ha actuado con madurez.

Brindemos, propuso James.

Entrechocaron copas de champán servidas por un lacayo. James se disculpó por no haberles dado antes la bienvenida y dijo haberse sentido indispuesto últimamente.

Nada serio, se apresuró a aclarar.

Ha estado un poco alterado desde que supo que llagabais, dijo doña Alejandra.

¡Tonterías!, replicó él. ¿Por qué no nos sentamos?

El padre retiró el sillón a Lucrecia para que tomara asiento. Doña Alejandra aguardó en pie a que alguien le dedicara a ella la misma atención. Dunbar, que ya se había sentado, se puso en pie para hacerlo y obtuvo como respuesta un «Gracias» glacial.

En cuanto todos estuvieron acomodados y les hubieron rellenado las copas, James dio una palmada en el reposabrazos de su sillón. Sonreía con fiereza, enseñando los dientes como si retara al mundo a minar su buen humor.

¿Y bien, querida, de dónde eres?, le preguntó a Lucrecia. ¿Y dónde

conociste a este hombre magnífico?

Cohibida por ser el centro de la conversación, Lucrecia les habló de su infancia en Boston, donde la familia Grouard era propietaria de una factoría textil y un par de minas de carbón, entre otros negocios. James escuchaba con la barbilla levantada, asintiendo satisfecho.

Parece que disfrutabas de una vida cómoda. ¿Por qué venir al 0este?, quiso saber doña Alejandra.

Como respuesta, Lucrecia hizo un resumen del proyecto de su hermano Martin de alcanzar el Paraíso de los hombres y del viaje que ella había emprendido junto con él y los peregrinos. A partir del punto en que John Dunbar se había sumado a la empresa, le dirigió miradas frecuentes a este, buscando su confirmación y aclaraciones. Seguidamente relató su despedida a las puertas del Paraíso y el viaje de regreso a Portland, tras lo que le cedió el relevo de la narración a Dunbar, que les habló de las semanas que él había pasado en el Paraíso y de cómo al cabo había ido en busca de Lucrecia. Fue mucho lo que omitieron, episodios difíciles de explicar a desconocidos o que no deseaban reavivar en el recuerdo. No obstante, James escuchaba fascinado, pedía que se explayaran en este punto o en aquel, soltaba carcajadas y señalaba a doña Alejandra diciéndole: ¿Has oído eso? ¿Te lo puedes creer? Ella respondía con un gesto que era en parte sonrisa, en parte fruncimiento de los labios.

Contar el viaje de los peregrinos y el reencuentro de la pareja en Portland les llevó casi toda la cena. Para cuando terminaron, los lacayos estaban retirando los platos y James había ordenado café, cigarros y madeira.

Es una historia maravillosa. ¡Mucho mejor que las de tus novelas! Alguien tendría que escribirla.

Es mejor que no, respondió Dunbar, incómodo.

Aun así, había agradecido la oportunidad de narrar la peregrinación al Paraíso. Le había permitido sobrellevar la presencia de su padre. También le había ayudado a pasar por alto las miradas de doña Alejandra. Ella solo había dejado de escrutarlo para quitarle a James los cubiertos de las manos y cortarle ella misma la carne o para remeterle la servilleta en el cuello de la camisa, gestos a los que él respondía con un ademán de rechazo, pero luego, al segundo intento de doña Alejandra, se dejaba hacer.

Lucrecia, dinos, pidió James, ¿planeas volver a Boston?

Ella respiró hondo e hizo un mohín. No era un tema de su agrado. Dijo que sus padres habían fallecido y que no le quedaban allegados a los que recurrir. Tampoco quería ser una carga para nadie. Añadió que su hermano había consumido buena parte del dinero de la familia en costear su expedición, y que, para entonces, el resto lo habrían

dilapidado administradores mal escogidos.

Entiendo…, respondió James y, como si deseara desplazarse a temas menos dolorosos, dijo: ¡Contadme qué os ha parecido La Tejera!

Ya les habían servido el café, en tazas de una porcelana tan fina que los invitados no pudieron creer que no se disolvieran al verter en ellas el líquido espeso y ardiente.

No hemos visto mucho…, empezó a decir Dunbar.

Es impresionante, lo atajó Lucrecia. De niña visité las minas y las fábricas de mi familia, y ninguna funcionaba con tanto orden. Y añadió: El orden es el rostro de la eficiencia.

James le aseguró que no podría estar más de acuerdo y se reconoció sorprendido por que una niña hubiera conocido lugares tan inapropiados como una mina de carbón. Lucrecia le contó que su padre la llevaba con él cuando visitaba los centros de producción, y que a ella le encantaba acompañarlo. Tendría que haber sido su hermano quien fuera, pero Martin siempre encontraba disculpas para justificarse. A Martin se le habían dado bien las palabras, quizá demasiado bien.

La Tejera era más que un rancho, les explicó James. Para sobreponerse a las pérdidas como consecuencia del Tratado de Guadalupe Hidalgo, habían ampliado sus actividades. Ya no vivían solo del ganado. Tenían explotaciones de tanino en el interior de Big Sur, una cantera de roca caliza, y gestionaban un par de cargaderos en la costa. Y James estaba convencido de que en el rancho tenía que haber oro; había contratado a un ingeniero de minas que estaba llevando a cabo prospecciones. Cuando diera con una buena veta, La Tejera ya no tendría rivales. Al decir esto, se le endureció la expresión por primera vez en la cena.

Es un lugar magnífico y que todavía puede proporcionarnos muchas alegrías, pero hace falta que alguien lo dirija. No me gusta andarme con rodeos. La Tejera necesita un heredero. Hijo mío, has llegado en el momento en que haces más falta.

Dunbar hizo un amago de replicar pero su padre se lo impidió agarrándole el brazo con una fuerza sorprendente.

Déjame hablar. Y dirigiéndose a Lucrecia: Escuchadme los dos. No puedo ocuparme de La Tejera como antes. Hay personas dispuestas a todo con tal de hacerse con este rancho. Llevan meses presionándome para que lo venda. Y ante mis negativas, planean hacerse con él por la fuerza. Son gente poderosa y sin escrúpulos, muy capaz de ello. Encontrarán el modo de hacerlo pasar por una transacción legal. Esto te escandalizará, querida, le dijo a Lucrecia, procediendo del este, donde tenéis la fortuna de que la civilización y la justicia se hayan impuesto, pero aquí se perpetran abusos a diario. Hasta ahora he

plantado cara, nadie puede negarlo, dijo alzando la voz y atrayendo las miradas aburridas de los papagayos, pero estoy cansado y ellos lo saben.

James Closter tomó la mano de doña Alejandra.

Ha llegado el momento de hacerme a un lado. Hace tiempo que Alejandra y yo queremos viajar, ¿no es cierto? ¿Cuándo fue la última vez que salimos del rancho?

Doña Alejandra sonrió con tristeza y musitó algo, quizá «Mucho», quizá «Nunca».

Queremos conocer Japón, Rusia. ¡Navegar por el Caribe! Eso no significa que abandonaríamos La Tejera. Yo, al menos, no sabría vivir en otro sitio. Pero sí que cedería las riendas, a ti, John.

Dunbar contempló su taza de café. No la había tocado. Temía hacerla añicos entre sus gruesos dedos.

No me esperaba esto.

Como he dicho, no me gustan los rodeos. No tengo tiempo para ello.

Por otro lado…, empezó a decir Dunbar, y la voz se le apagó.

Vamos, habla. Puedes decir lo que sea, con plena confianza. ¿Que no eres ranchero? ¿Que no tienes experiencia? ¡No son razones para negarse! Tendrás buenas personas a tu lado para ayudarte. ¡Yo mismo estaré aquí, aconsejándote siempre que lo necesites!

En realidad, iba a decir que no me conoces.

Te conozco lo suficiente. He leído todos tus libros.

Yo no soy ese hombre.

Muy bien. Como tú digas. Pero te pareces a él lo bastante para nuestros propósitos. Y en cualquier caso, estoy seguro de que eres muy capaz. ¡Mira cómo te libraste de aquellos que fueron a por vosotros!

John Dunbar observó a su padre, comprendiendo de pronto lo sucedido. Había sido Closter el que hizo correr la voz del regreso de su hijo, o le había dado órdenes al carretero para que lo hiciera. Así había podido comprobar cuánto había de verdad en lo que se contaba del Basilisco, a la vez que enviaba una advertencia a sus rivales. En cualquier caso, al carretero lo habían ahorcado sin motivo, más allá de realizar una exhibición de autoridad ante los trabajadores del rancho.

Al volverse hacia doña Alejandra, ella le hurtó la mirada. Era la primera vez que lo hacía. Dedujo que ella también sabía lo sucedido y que no estaba conforme.

Deberíamos dejar descansar a nuestros invitados, dijo ella.

¡No son invitados!, dijo James dejando la taza de golpe en el platillo. Son mi hijo y su acompañante. Y quiero que bebamos juntos toda la noche y que me cuenten más historias.

James, tu hijo y su acompañante han tenido un día muy largo. Lo

ha sido para todos. Además, mañana le tienes preparado a John algo especial. Debe reponer fuerzas.

¡Cierto!, exclamó James. Y tenemos muchas cosas que contarnos.

Hizo una pausa en la que abrió y cerró los dedos como si comprobara que podía seguir haciéndolo. Dunbar advirtió un pequeño temblor.

Mañana hablaremos de tu madre, dijo, y pronunciar estas palabras pareció consumir todo el ánimo que le restaba por ese día.

Se puso en pie apoyándose en los reposabrazos del sillón, les deseó buenas noches con una sonrisa huidiza y, del brazo de doña Alejandra, se alejó hacia el fondo del patio. Bajo las arcadas, los lacayos aguardaban para retirar la mesa.

Poco después, Dunbar y Lucrecia bebían whisky en la habitación de ella.

Ahora que conoces a tu verdadero padre, ¿cambiarás el apellido Dunbar por Closter?

Lucrecia estaba tumbada en la cama, apoyada en una montaña de almohadones bordados, un poco borracha. Se había soltado el pelo y jugaba con el abanico haciéndolo girar en el extremo de su cadenilla.

Eso me desconcertaría. Te dejaría de obedecer.

Tampoco me obedeces ahora.

Él se tumbó a su lado, necesitado de abrazarla. El mullido colchón se hundió por sorpresa bajo su peso y Lucrecia cayó sobre él. Se les derramó el whisky. Ella se rio a carcajadas. Se quedaron tendidos contemplando las vigas del techo, tomando sorbos de licor, desabrochando ahora un botón, sacándose luego las botas, retrasando el momento de comentar la cena, resuelta Lucrecia a sentirse bien y él diciéndose que ella sabía lo que hacía y que seguir su ejemplo sería lo mejor. Rellenaron los vasos, se contemplaron el uno al otro, las cabezas muy juntas, viendo sonrisas desenfocadas y el brillo de los ojos.

¿Quieres convertirte en ranchera?

Ella posó su vaso en la mesilla y lo abrazó.

La Tejera parece próspera, dijo. Podrías dirigirla a tu modo, sin ahorcamientos públicos.

Ese hombre no quiere ceder el mando. A pesar de lo que dice. No sabría hacerlo. Me lo imagino emborrachándose y armando jarana con sus vaqueros, cuestionando mis decisiones como un Lear con botas repujadas, salvo que yo no tengo ninguna hermana a cuya casa despacharlo cuando me harte de él.

No tendrías por qué vivir en esta hacienda. Podrías construir tu propia casa, donde pasar el resto de la vida. ¿No te gusta el clima de California? ¿Sabes una cosa, John? A veces pienso que nunca has

considerado la felicidad como una opción para ti.

El silencio de él fue una forma de afirmación.

Tu vida no tiene que ser como lo decida tu padre sino como lo hagas tú. En cualquier caso, él es un hombre mayor, no le queda mucho tiempo. Y a lo mejor te equivocas, a lo mejor es verdad que quiere disfrutar de la vida que le queda recorriendo el mundo con su concubina. Y tu madre nunca va a volver.

Dunbar apuró el vaso.

Tengo que decirle que está muerta.

Lucrecia, la cabeza apoyada en su pecho, asintió.

Pero cómo podía contarle a aquel anciano que su desquiciada mujer había tomado prisionero a su hijo e, impulsada por motivos que Dunbar no entendía, se había hecho sacrificar por sus secuaces, que la atravesaron una y otra vez con cuchillos. Dunbar, maniatado en el suelo, lo había presenciado todo, y la sangre de la Araña, de Elvira Closter, de su madre, había manado de las heridas innumerables y llovido sobre él, llenándole la boca, apelmazándose en su nariz y provocándole unas visiones más complejas aún de explicar. ¿Acaso las visiones albergaban tanta importancia que su madre se había hecho sacrificar para que él las presenciara, buscando hacerle sabedor de una verdad? Si ese había sido el motivo, fue en vano, pues las visiones no le habían entregado a Dunbar entendimiento alguno, solo tormento y desorientación. De ellas había salido convertido en el Basilisco.

Como si hubiera seguido el hilo de sus pensamientos, Lucrecia dijo que aquel hombre no podía continuar pensando que su mujer estaba viva. Bastaría decirle que John había sabido de su muerte, junto con la de toda la banda. Sin entrar en detalles y omitiendo la implicación del hijo.

Poco después, ella roncaba suavemente, y él, pese a sus temores, se iba adormilando. Cuando todo se desdibujaba, vio la mansión por la ventana. Le extrañó porque la mansión estaba al otro lado de la hacienda, pero el sueño le succionaba con demasiada fuerza como para detenerse a pensarlo. Era plana, como si alguien la hubiera dibujado en un papel y luego recortado, y la sostuviera colgada de un hilo. La mansión se acercó entre volutas de una niebla repentina, trazando una espiral. Se pegó contra la reja de la ventana. Arremetió blandamente contra ella. Dunbar sonrió ante los vanos intentos de la inofensiva mansión de papel.

III. EN LA CASA

En cualquier otro rancho, le dijo a John Dunbar su padre, ¿sabes qué harían hoy contigo? Te llevarían al corral, sacarían de las cuadras al caballo que nadie ha conseguido domar jamás y te retarían a que lo intentaras. Los hombres esperarían que mordieras el polvo pero acabarían viendo cómo el animal se amansa ante tu fuerza y tu pericia. Rituales estúpidos. Nosotros hablaremos de mujeres.

Habían salido de la hacienda después de desayunar. James Closter le había pedido cortésmente a Lucrecia que le permitiera hablar a solas con su hijo. Rodearon el edificio principal y Dunbar vio que su padre se encaminaba a la colina. Los vigilantes armados oteaban desde el campanario. Unos vaqueros salieron de la cocina, donde había concluido el segundo turno del desayuno, saludaron a Closter y montaron a caballo. En la base de la colina había cuevas hacia las que se bamboleaban carros repletos de mercancías para almacenarlas allí.

Anoche hablaste con Lucrecia sobre mi propuesta de dirigir La Tejera. A ella le atrae la idea, aunque no te lo dijo tan claramente. No te presionará para que aceptes. Sabe que solo conseguiría lo contrario. ¿Voy por buen camino?

Dunbar asintió. Habían empezado a subir la pendiente.

Me gusta esa chica, dijo James. Basta oírla para saber que se desenvolvería bien aquí. Pero convencerla a ella no me basta. Tú no te has decidido aún. Y yo también sé que insistir no servirá de nada. Todo lo que puedo hacer es plantear la mejor propuesta posible, depositarla ante ti y retroceder a la espera de que sea de tu agrado. No, no digas nada. Déjame terminar. No me gustan los discursos y quiero acabar con esto cuanto antes. Lo que Lucrecia te dijo anoche te tienta y te repele. Te pareció sensato cuando la escuchabas a ella pero ahora quieres escapar al galope.

Dunbar le aseguró que no era así. James Closter lo miró con dureza, como si le hubiera decepcionado.

No seas condescendiente conmigo.

Esa mañana James llevaba ropa de faena e iba armado con un revólver. Ya habían superado el nivel de las cuevas. La actividad del rancho se desplegaba a sus pies. En la colina no crecía vegetación.

No haría falta que estuvieras aquí todo el tiempo, continuó James. Podrías deambular a tu antojo durante largas temporadas, si quisieras. Lucrecia se ocuparía del rancho mientras tanto. En realidad, sería lo mejor para todos. Las historias que llegaran sobre el Basilisco, ya fueran verdaderas o falsas, y la amenaza de tu vuelta la ayudarían a

dirigir el negocio. Eso sería más efectivo que quedarte siempre en La Tejera. Si nuestros empleados y rivales te vieran a diario, acabarían por perderte el miedo.

La mansión estaba rodeada por un amplio porche que sustentaban columnas de sección octogonal. La parte superior servía de terraza para las estancias de la primera planta. Amplias ventanas francesas comunicaban esos espacios destinados al recreo con el interior. Todas estaban cerradas. El día había amanecido encapotado. La angustia de John Dunbar crecía con cada paso hacia la cima.

James hizo un alto para decir: Sé que no te puedo tentar con dinero ni con poder, pero sí con una casa a la que regresar cuando lo desees, y donde te estará esperando una mujer a tu altura. Además, yo tengo intención de seguir aquí un tiempo. Si aceptaras podríamos seguir conociéndonos. Me gustaría mucho saber cómo es el verdadero John Dunbar. Pero, añadió alzando las manos, no pienso apremiarte. Ya he dicho lo que tenía que decir. Si aceptas, me harás muy feliz. Si no, te despediré estrechándote la mano y aguardaré los nuevos libros del Basilisco.

Habían llegado al porche. Hacía mucho que nadie lo barría. Capiteles de nidos de golondrinas culminaban las columnas.

James simuló admirar el paisaje un momento antes de decir: Algo te atormenta, John, y no es la perspectiva de hacerte cargo de todo esto. Hay algo que se retuerce dentro de ti. En eso te pareces al Basilisco de las novelas.

Dunbar reconoció que así era.

Antes de responder a tu ofrecimiento, del modo que sea, tengo que contarte…

Vamos, suéltalo, le cortó James sacando pecho y adelantando la mandíbula.

Dunbar dijo que, cuatro años atrás, había servido de guía en una expedición científica que iba en busca de huesos antiguos. Al frente se hallaba Joseph Drummond, un capitán del Ejército británico. Se dirigieron en primer lugar al territorio de Utah, donde las cosas no marcharon como esperaban, así que el capitán les ordenó encaminarse a Colorado.

¿Me vas a contar otra de tus historias, John?, preguntó James con impaciencia. ¿Una de las verdaderas o una de las inventadas?

En el viaje hacia Colorado, continuó Dunbar, se habían encontrado con una patrulla del Ejército. Los militares habían sufrido bajas. El teniente al mando, él mismo gravemente herido, les contó que se habían enzarzado en una escaramuza con una banda de ladrones y asesinos. La lideraba alguien conocido como la Araña.

James apartó la mirada.

Ayer, dijo con gravedad, Alejandra habló contigo, ¿no es cierto?

Dunbar asintió.

Estaba seguro. Esa mujer todavía cree que en La Tejera puede pasar algo sin que yo lo sepa. Sigue, le ordenó su padre.

El teniente había enviado un emisario al Campamento Douglas para pedir refuerzos. Días después la expedición se cruzó con un explorador crow del Ejército, que nos dijo que habían dado caza a la banda y acabado con ella. Habían muerto todos, incluida la Araña.

¿De eso presume el Ejército de nuestra gran nación?, preguntó James mirando hacia el rancho. ¿De haberlos exterminado con ánimo vengativo? Conozco a los militares como para saber que es muy posible.

Se quitó el sombrero, agachó la cabeza un momento y se lo volvió a poner. Sonreía, aunque a su estilo bestial, mostrando unos dientes grandes y amarillos como el marfil viejo.

Suponía que algo así había pasado. Tanto tiempo sin saber nada… Cuando aquel peón vino a contarnos que Elvira estaba al frente de una banda de asesinos, supe al instante que era cierto. Y obtuve la disculpa para dejar de buscarla. Ella no quería volver. Y en realidad, yo nunca quise que lo hiciera.

Se pasó una mano por el mentón, negando con la cabeza.

Gracias, John. Tus palabras son dolorosas pero me han traído un gran alivio. Me has liberado de la carga que venía soportando desde hacía demasiado. ¿Y quién me ha hecho el regalo de esa liberación? Mi hijo. Mi hijo desaparecido y al que tanto he echado de menos. ¿Qué es esto sino una compensación natural? Me es arrebatada una esposa y se me devuelve un hijo, que regresa para ocupar su lugar en la familia.

Dunbar no supo qué responder. El asco producido por las mentiras pervivía en su boca.

Está bien, John. No debes preocuparte. Sé cómo te sientes. Nosotros, los hombres de pocas palabras, nos entendemos.

Y dicho esto, James Closter sacó una llave de un bolsillo del chaleco y abrió la puerta de la casa.

Adelante. Hay cosas que tienes que ver.

Pasaron a un amplio vestíbulo que atravesaba la construcción desde la puerta principal a la trasera. A la izquierda, un salón donde podrían haber vivido varias familias. El suelo estaba cubierto por una capa de polvo. Había huellas que iban desde la entrada de la casa a la ancha escalera que subía hacia las plantas superiores; formaban una suerte de sendero, siempre las mismas huellas, unas más borradas por el polvo, otras menos. Alguien —James Closter— visitaba habitualmente la casa y subía aquellas escaleras, supuso Dunbar.

Entrevió una chimenea con repisa de mármol negro, arañas de cristal, jarrones con plumas de pavo real. Los postigos estaban echados.

James se puso unas gafas.

No veo bien en la penumbra. La planta es victoriana asimétrica y el estilo victoriano también, con toques de villa italiana, dijo con una sonrisa que pareció un gesto de disculpa. En parte me alegro de que Alejandra te haya hablado de Elvira. No se me da bien contar historias. Prefiero dejarlo en manos de otros.

Empezó a subir las escaleras y su hijo lo siguió.

Te dijo que Elvira empezó a enloquecer tras la muerte de su padre, y que terminó de perder la razón con tu nacimiento. No fue así exactamente. Cuando la conocí, ella tenía dieciséis años y me extrañó que siendo tan hermosa los pretendientes no hicieran cola bajo su ventana. Pronto lo comprendí. Para entonces, ya hacía años que Elvira padecía ensimismamientos. Oía voces e inventaba ficciones que acaba creyéndose. Aun así, me enamoré de ella. Fui tan ingenuo que pensé que podría ayudarla.

James prosiguió por el sendero de huellas hacia la segunda planta.

Parecía saber más sobre las personas que ellas mismas. Por sorpresa, se plantaba delante de ti y te decía algo que tú nunca te habías atrevido a concretar en palabras y que te dejaba temblando de pura humillación. Entre los peones la tenían por bruja. Nadie se libraba de aquellas afrentas, ni su padre, ni yo. Luego, después del accidente de Antonio Darío Nasón, el estado de Elvira empeoró, y siguió haciéndolo con tu nacimiento.

James se detuvo para mirar de frente a su hijo.

Siempre estabas llorando. Hice venir a un médico, que dijo que tenías hambre. La leche de Elvira no era buena. Busqué a una nodriza y dejaste de llorar. Un día, cuando la nodriza había acabado de amamantarte y te había dejado en la cuna, Elvira la azotó con un látigo hasta casi matarla. Fue después de aquello cuando te llevé a San Francisco. No sé si debo disculparme por haberte alejado de nosotros.

Habían subido hasta la tercera planta.

Por aquí, dijo James, y entró en un dormitorio abuhardillado. En los años siguientes la situación se calmó, hasta que volvió a empeorar. Elvira se instaló aquí arriba. Nunca volvió a entrar en la habitación que habíamos compartido. Al final se negaba a verme. Se comunicaba conmigo a través de un par de criados de confianza, los únicos a los que permitió seguir alojándose aquí. Apenas salía, hasta la noche en que desapareció.

En la habitación había más luz que en el resto de la casa. Un agujero circular de seis pies de diámetro atravesaba el techo dejando ver el cielo. El borde era irregular: vigas astilladas y tejas de madera.

Debajo, el suelo estaba podrido al cabo de catorce años de sol y tormentas.

Los dos criados dormían en la planta baja. Los despertó el estrépito. Dijeron que sonaba como si Elvira estuviera destrozando su habitación. Subieron a la carrera pero encontraron atrancada la puerta. Elvira no respondió a sus llamadas. Seguían oyéndose golpes y crujidos y también gritos. Pensaron que sufría un ataque. Uno fue a buscarme a la hacienda. Cuando llegué, la habitación estaba en silencio. El otro criado dijo que había oído un estruendo muy fuerte y luego nada más. Entre los tres echamos la puerta abajo y encontramos esto, dijo James señalando el agujero en el techo. Elvira no estaba.

Dunbar contemplaba insensible la habitación. Cuando entró en la casa lo hizo temeroso de lo que el lugar pudiera desencadenar, pero nada estaba sucediendo. Visitaba una ruina ajena a él. Oía a James como si le hablara de alguien desconocido.

No quedaban muebles. James dijo que Elvira los había reducido a astillas, aunque no encontraron ningún hacha ni otra herramienta de la que pudiera haberse servido. Las paredes todavía dejaban ver rectángulos más claros allí donde habían colgado cuadros.

No te molestes en buscar. No hay retratos de ella. Ni uno solo. Se los llevó consigo. O puede que para entonces ya los hubiera hecho desaparecer. Es lo más probable.

James añadió que entre los empleados de La Tejera había arraigado la creencia de que la rabia de Elvira había abierto el agujero en el tejado y que ella había ascendido por él. Estaban convencidos de que algún día regresaría.

Según ellos, mientras ese agujero se mantuviera abierto, Elvira seguiría con vida, dijo James, y negó con la cabeza. Cuánta necedad podemos cargarnos a la espalda.

¿Qué crees que pasó?, preguntó Dunbar.

Lo ignoro. Y he renunciado a seguir preguntándomelo. En parte por cobardía. Había demasiado de incomprensible en tu madre. Aunque espero que tú sí puedas averiguarlo.

Dunbar iba a preguntarle a qué se refería pero se detuvo. Había oído pasos en el corredor. Alguien se acercaba arrastrando los pies, arruinando el sendero de huellas.

Se le erizó el vello de la nuca cuando en la habitación entró una figura cubierta con un sudario que colgaba hasta el suelo. Quien iba debajo veía a través de dos agujeros abiertos en la tela.

¡Bien, ya estás aquí!, dijo James.

De debajo de la tela asomó una mano cobriza a la que le faltaban varias falanges. James sacó de un bolsillo del chaleco una moneda de oro que depositó en la palma extendida.

Quiero hacerte un regalo, John. Las respuestas que yo nunca me he atrevido a obtener. Pero seguro que el Basilisco sí. No tengas miedo. Pedrito es un hombre medicina. Haz lo que él te diga. Va cubierto para que, cuando te guíe, puedas ver el rostro que tú elijas.

Vaciló antes de proseguir: Yo no me puedo quedar. Debéis estar a solas. Luego quizá puedas contarme lo que has visto. Si lo consideras conveniente. Si no es así, me alegraré de que al menos alguien sepa la verdad. De que mi hijo sea la vasija que guarda las respuestas.

James lo atrajo hacia él para abrazarlo.

Vas a emprender un gran viaje y puede que cuando vuelvas no seas el mismo, pero yo seguiré aquí y te seguiré queriendo, al margen de lo que hayas descubierto.

De camino a la puerta, le ordenó al hombre medicina: Empezad.

Nadie hizo nada hasta que los pasos de James dejaron de oírse. Luego Pedrito se acercó a Dunbar, sacó de nuevo una mano y le dio unos tirones en la camisa y en los pantalones: debía quitarse la ropa.

Dunbar obedeció sin saber por qué lo estaba haciendo. ¿Porque no podía rechazar un regalo de su padre?

Se desnudó por completo. Pedrito le ordenó por señas que se tumbara en el suelo. Obedeció de nuevo.

El hombre medicina tomó asiento a su lado. Dunbar vio con incredulidad cómo de debajo del sudario sacaba una tortuga, que depositó en el suelo sobre el caparazón. A continuación, sacó un cordón de tiras de piel trenzadas. Aguardó hasta que la tortuga asomó la cabeza del caparazón, luego salieron las patas, que se agitaron inútilmente en el aire. Pedrito agarró con fuerza una de ellas antes de que volviera a esconderla y le ató un extremo del cordón. El otro extremo lo ató a un tobillo de Dunbar.

¿Hay alguien a quien quieras de verdad?, preguntó el hombre medicina.

Dunbar se estremeció al oír su voz. Asintió.

Tienes que decir su nombre.

Lucrecia.

¿Estás seguro? Tu espíritu depende de que me digas la verdad.

Dunbar volvió a asentir. Lucrecia.

El hombre medicina tomó a la tortuga, le dio la vuelta y la sostuvo ante él.

Tu nombre es Lucrecia, dijo, y lo repitió dos veces más. Tú lo traerás de vuelta si hay problemas.

Dejó en el suelo al reptil, que se alejó con parsimonia hasta tensar el cordón. Dunbar apenas notó el tirón en el tobillo.

Pedrito extendió una servilleta blanca. Sobre ella colocó una naranja, un cuchillo y una especie de hongo verde grisáceo. Dunbar le

vio pelar la naranja y luego hacer lo mismo con el hongo y cortarlo en dados. Extrajo un gajo de la naranja, le abrió un corte a lo largo e introdujo trozos del hongo. Se lo dio a Dunbar. Debía comer. Una vez más, obedeció. La acidez de la naranja compensaba el amargor del hongo. Pedrito le dio otros dos gajos rellenos.

No te muevas, dijo el hombre medicina. Todos estamos aquí esperando.

¿Todos?

Todos. Para que elijas a alguno de nosotros.

Dunbar no supo cuánto tiempo permaneció tendido. Pedrito se había quedado inmóvil; sospechó que se había dormido. La tortuga —Lucrecia— probaba a caminar en diferentes direcciones pero el cordón siempre le impedía escapar.

Vio asomar el sol por el agujero del techo. Sus rayos cayeron sobre él y sintió de inmediato mucho calor. Corrientes de energía le recorrieron el cuerpo. Tenía que levantarse y correr, que levantar algo pesado. El calor era insoportable. El sol alcanzó el centro del agujero y se detuvo. Dunbar apretó los párpados. El fulgor atravesaba la carne.

IV. MÁS ALLÁ DE LA CASA

Abrió los ojos en lo que le pareció un teatro. Estaba sentado en el centro del patio de butacas. Volvía a llevar la ropa puesta. En la sala no había nadie más. La única luz procedía de un ventanuco en la pared trasera: un haz que atravesaba la sala y alumbraba un rectángulo blanco que ocupaba casi toda la pared frontal. Polvo suspendido en la luz.

Hola, John.

Sentado en la butaca de su derecha, estaba de pronto Lengua Azul, su antiguo enemigo, tal y como lo había visto justo antes de matarlo de un disparo hacía dos años. El jefe de guerra shoshone parecía muy sereno. Comía un puñado de saltamontes asados.

¿Dónde estamos?

Lengua Azul se llevó el índice a los labios pidiéndole silencio.

Va a empezar la película.

¿Qué?

No importa. No debes tener miedo. He venido para explicarte todo lo que no entiendas. Mira, ya empieza.

Frente a Dunbar, donde antes no había nada más que un rectángulo blanco, se veía una casa en la cumbre de una colina. Era como si mirase a través de un ventanal, salvo que lo que veía era plano e incoloro. La casa de tres pisos, coronada por una torre almenada de piedra, y el paisaje que la rodeaba eran blancos, negros y grises. Tardó un momento en reconocer la mansión donde él se encontraba, o donde se encontraba su cuerpo, pues era consciente de que lo que sucedía no lo estaba viviendo realmente. La mansión, pese a carecer de color, lucía como recién inaugurada: la piedra impoluta, el tejado ileso, enredaderas floridas trepando por las columnas del porche, árboles sombreando el camino que remontaba la colina. Lo que estaba viendo, pensó, parecía una suerte de gran fotografía, pero sobre la que bailaban ralladuras verticales y manchas fugaces. El haz que surcaba la sala parpadeaba; quizá la imagen no era iluminada por la luz sino que viajaba en ella. Lengua Azul masticaba saltamontes con parsimonia.

De forma tan repentina que le causó sobresalto, la casa desaparece dejando paso a un rótulo de letras blancas sobre fondo negro.

LA TEJERA

Con un cambio igual de brusco, la luz muestra un dormitorio pomposo donde una joven termina de hacerse una trenza frente a un tocador. A través de una ventana se ve un horizonte de colinas como el de La Tejera, salvo que no es un paisaje auténtico sino una pintura colgada tras los cristales.

A Elvira Closter le aguarda una sorpresa.

El interés de Dunbar se agudizó. Se oyen unas notas de piano, pese a no haber ninguno a la vista, y es como si la joven las oyera asimismo, ya que alza la cabeza y entrecierra los ojos en un exagerado gesto de escuchar. Se pone en pie, dejando ver que está en avanzado estado de embarazo. Se acerca a la ventana.

La imagen cambia de nuevo para mostrar el exterior tal como se vería desde una ventana de la primera planta. Por el camino sube una carreta acompañada por un séquito de jinetes.

La entrada de la casa, vista de frente. Unas criadas con blusas mejicanas salen al porche, agitan los brazos y abren la boca saludando a los recién llegados, pero no se oye nada más que la melodía del piano. Llega el primer jinete. Dunbar reconoció a su padre, más joven, más fornido, con más pelo. James Closter está exultante, saluda con aspavientos. La carreta se detiene tras él. James señala su carga: una cuna adornada con volantes y lazos. Llegan unos cuantos vaqueros a caballo. Varios desenfundan el revólver y disparan al aire llevados por el júbilo. Las detonaciones generan gran cantidad de humo pero ningún sonido. Las criadas aplauden, asimismo sin ruido. Obedeciendo las indicaciones de James, media docena de vaqueros, más de los necesarios para manejar algo tan liviano, bajan la cuna de la carreta y se la cargan a hombros.

A la ausencia de color y sonido —dejando de lado la música—, viene a sumarse como motivo de desconcierto el modo como se mueven las personas: espasmódicamente y con una gestualidad exagerada.

El dormitorio de Elvira. La joven se aparta de la ventana cuando su esposo y los vaqueros entran con la cuna. Un par de disparos al aire. Llueve escayola del techo. James Closter se dobla de risa. Todos los hombres llevan sombreros de ala muy ancha y copa alta. Elvira se sacude polvo de escayola del pelo. La expresión le vacila entre el susto y la alegría. Los vaqueros depositan la cuna en el suelo y retroceden, se descubren. James Closter toma a Elvira de la mano y tira de ella hacia el regalo.

«*Para nuestro hijo. Se llamará John.*»

Los vaqueros rodean a James y le dan palmadas en la espalda. La imagen pasa a mostrar únicamente a Elvira, que ha quedado arrinconada. Dunbar tuvo por fin oportunidad de verla bien: es hermosa, de piel muy blanca y pómulos llenos, el cabello negro. Ignorada por los demás, la joven renuncia a intentar sonreír.

Elvira oculta un tormento.

Las imágenes se sucedían sin dar tiempo a Dunbar para preguntarse por la naturaleza de lo que presenciaba.

De nuevo el dormitorio. Detrás de la ventana cuelga un lienzo negro con una caricatura de la luna llena y las estrellas. En la cama, Elvira se revuelve en sueños. Lleva el pelo suelto. A su lado, James, con un gorro de dormir ridículo, rematado por una borla, ronca en silencio. Elvira se levanta. Enciende una lámpara que hay en la mesilla. Mira de soslayo, como si le aterrara hacerlo, hacia el rincón donde se encuentra la cuna. La ventana está entreabierta y la brisa que entra por ella mece los lazos y los frunces. Elvira se retuerce las manos. Sufre un arrebato y arroja la lámpara contra la cuna, de la que se alzan llamas. James se despierta y simultáneamente entran en la habitación varias criadas llevando cubos de agua con los que apagan la cuna. Elvira contempla con una sonrisa desquiciada el montón de maderas carbonizadas. James corre a abrazarla. Arruga mucho el ceño y lanza miradas interrogativas a los lados.

«*Algo malo le sucede a mi esposa, pero ¿qué?*»

La luz muestra una vez más el dormitorio. De nuevo es de noche, pero en el lienzo tras la ventana hay pintado ahora un cuarto creciente. Elvira hace muecas de esfuerzo en la cama. Una criada le enjuga la frente con un paño. Un médico con barba blanca y traje negro se inclina entre sus piernas y le da órdenes. La música del piano se ha acelerado.

Un pasillo. James Closter pasea arriba y abajo expulsando grandes nubes de humo de tabaco. Se detiene en seco. Ha oído algo. Corre hacia una puerta contra la que pega la oreja. Abre mucho la boca y los ojos.

En el dormitorio, la criada aplaude y el médico, sonriente, acuna un bulto envuelto en mantas. Irrumpe James Closter y se lo arrebata. Contempla embelesado al bebé. Trata de mostrárselo a su mujer pero Elvira niega con la cabeza y entierra la cara en la almohada. James la mira con lástima pero sus ojos se alegran cuando los vuelve hacia el

niño.

«*¡John!*»

Desde la cama, Elvira mira al bebé igual que había mirado la cuna calcinada. Una sonrisa escalofriante se abre en su rostro. James Closter retrocede con su hijo.

«*¡No!*»

Frente a la casa, James, vestido de vaquero, monta a caballo. Una criada le tiende un bulto envuelto en mantas. James parte al galope y la criada se enjuga las lágrimas.

James pone a su hijo a salvo.

En el dormitorio, Elvira observa por la ventana, apoya la cabeza en el cristal y solloza agitando mucho los hombros.

Transcurren los años.

En una pradera, dos vaqueros inmovilizan a un ternero en el suelo mientras James le aplica un hierro de marcar. Hasta el momento siempre ha aparecido con el rostro afeitado. Ahora lleva un poblado bigote. Los vaqueros dejan ir al ternero. Una joven se acerca y le ofrece a James una cantimplora de la que él bebe. Dunbar reconoció a doña Alejandra, cuando ella era mucho más joven.

En el dormitorio, Elvira, en camisón y con el pelo suelto, mira por la ventana.

James baja la cantimplora y sonríe. Doña Alejandra le sonríe a su vez. Se miran amartelados y sus cabezas se van acercando poco a poco hasta que, justo antes de que los labios se toquen, James se retira y mira a su alrededor disimulando. Ella agacha los ojos.

Elvira se aparta trastabillando de la ventana.

James, con ropa aún de vaquero, muy limpia pese a haberse pasado el día trabajando, se acerca ufano por un pasillo y abre la puerta del dormitorio.

Una vez dentro, se queda paralizado. Elvira le aguarda en el centro del cuarto empuñando un látigo. Él se encoge de miedo, trata de disculparse, pero ella hace restallar el látigo contra el suelo.

La puerta principal de la casa vista desde el exterior. James sale atropelladamente. Le sigue el servicio de la casa, hombres y mujeres

que corren aterrados. Cuando todos han desaparecido, Elvira se asoma al porche. Restalla el látigo. Su pelo, que antes llevaba recogido, está ahora suelto y encrespado.

«*¡Que nadie vuelva a acercarse a mí o se arrepentirá!*»

Entra en la casa y cierra la puerta de golpe.

El tiempo pasa en La Tejera…

Ganado en los pastos, vigilado por vaqueros a caballo.

La hacienda remozada. Ir y venir de trabajadores.

James Closter, ahora barbudo, llega a caballo vestido con ropa de faena. Desmonta en la plaza. Doña Alejandra sale a recibirlo y se abrazan. Ella hunde la cara en el pecho de él, mientras James, preocupado, mira hacia lo lejos.

La cima de la colina ha cambiado. No hay hierba ni flores. Los árboles se han secado y sus ramas parecen brazos terminados en garras. Los troncos se inclinan como si buscaran alejarse de la casa, que está desvencijada y polvorienta.

Dentro también ha habido cambios, vio John Dunbar, perplejo. Elvira deambula en camisón por un pasillo, pero no se trata de un pasillo de verdad sino de un decorado con perspectiva falseada: las paredes y el techo convergen de acuerdo a una geometría imposible de habitar. Ella lleva el pelo aún más encrespado y de las sienes nacen sendos mechones blancos con aspecto de brochazos. Cercos negros le rodean los ojos, desde las cejas al hueso del pómulo.

En el dormitorio las paredes están inclinadas y la puerta y la ventana han pasado de ser rectángulos a tener forma trapezoidal. Elvira se retuerce en la cama, acosada por una pesadilla.

Algo se aproxima.

Una charca de fango oscuro. La superficie borbotea. Se hinchan grandes burbujas que al reventar desprenden volutas de vapor.

La charca desde más cerca. Crece una burbuja. Sigue creciendo. Tiembla sin llegar a reventar. El fango chorrea por su superficie. No es una burbuja sino un huevo. Se agita. Una grieta se abre y por ella asoman dos patas negras y peludas.

Elvira se yergue en la cama y se lleva una mano a la oreja como si quisiera escuchar mejor.

Se acerca titubeante a la ventana.

Las estrellas relucen en el cielo.

Elvira cierra los ojos con expresión dolorida y se masajea las sienes. Vuelve a mirar por la ventana.

En el centro del cielo ha hecho aparición la silueta de una araña. Detrás de ella brilla una suerte de sol del que se propagan rayos que giran como los radios de la rueda de un carro. La araña crece. Se acerca.

John Dunbar se aferraba al respaldo de la butaca de delante.

Tranquilo, le susurró Lengua Azul. A ti no va a pasarte nada.

Elvira se aparta de la ventana lanzando alaridos mudos.

Una habitación de la hacienda. James Closter se despierta alarmado y se levanta a la carrera. Doña Alejandra, que dormía a su lado, lo sigue.

Todo el dormitorio de Elvira tiembla. Un jarrón con flores secas cae de una consola y se hace añicos. La música de piano se vuelve frenética.

James Closter, doña Alejandra y varios vaqueros corren hacia la casa. Luchan contra un vendaval de lluvia y viento. Varios arbustos rodadores pasan dando botes.

El cielo nocturno, surcado por un rayo en zigzag.

Un fogonazo.

Uno de los árboles resecos que hay ante la casa estalla en llamas y se desploma, cerrando el paso a Closter y los demás.

En el dormitorio de Elvira caen cascotes del techo. Ella mira hacia arriba y se redobla su expresión de horror. Dos inmensas patas de araña atraviesan el tejado, la atrapan y se la llevan.

El miedo de Dunbar ha dejado paso a la extrañeza. Las patas de araña parecían más bien dedos cubiertos por la tela de un guante negro y velludo, y, cuando fue apresada, Elvira se había quedado rígida como un muñeco.

James Closter entra en la habitación de Elvira y se frena en seco al ver los destrozos. La llama inútilmente. Abatido, se aproxima a la ventana.

La charca de fango borboteante.

James parpadea. Se restriega los ojos y vuelve a mirar por la ventana.

Un plácido cielo estrellado.

«*¿Alucinaciones?*»

Sale el sol tras un horizonte desértico.

Elvira está tendida en el suelo, boca arriba, desmayada o dormida.

El camisón, hecho jirones, se le pega al cuerpo desvelando sus formas.

El rostro de Elvira visto desde muy cerca. Una araña negra recorre la mejilla, se asoma a la boca entreabierta y se cuela dentro. Elvira arquea la espalda. Su expresión refleja un profundo gozo. De la boca manan rayos de luz.

Se levanta. Los círculos oscuros que rodeaban sus ojos han desaparecido. Se alisa el pelo con las manos mientras mira alrededor. Fija la vista en un punto a lo lejos.

Un jinete se acerca. Tira de las riendas cuando llega junto a ella. Va cubierto con un poncho, fuma un cigarro que sostiene en la comisura de la boca y lleva los ojos casi cerrados para protegerse del sol, lo que le da una expresión de mal humor, ¿o lo hace buscando ser indescifrable para los demás?

«*¿Qué haces aquí, mujer?*»

Elvira salta sobre él. Tomado por sorpresa, el jinete cae derribado del caballo. Ella le arrebata el revólver y le dispara a bocajarro.

El jinete yace desnudo en el suelo. Elvira lleva puesta su ropa, incluido el revólver. Rasca una cerilla contra la suela de una bota y enciende un cigarro. Monta a caballo y cabalga hacia el horizonte.

Por los bordes de la imagen comienza a avanzar una negrura temblorosa; el desierto se ve solo a través de un círculo cada vez más pequeño. Antes de que todo se vuelva negro, el camisón de Elvira pasa arrastrado por el viento.

FIN

El haz de luz volvió a iluminar nada más que un rectángulo blanco. Las lámparas de la sala se encendieron y John Dunbar, deslumbrado, cerró los ojos.

Sintió una brisa fresca. Parpadeó. Estaba sentado en el suelo. Sobre su cabeza, un cielo nocturno. La luna llena alumbraba una llanura desértica. Frente a él, en cuclillas, Lengua Azul continuaba comiendo saltamontes asados. Entre ambos ardía una lumbre.

Reconoció el promontorio con el pino piñonero en la cima. También estaban allí los restos del carromato en que viajaban el novelista James Bramble y su familia cuando fueron atacados por los shoshones. Los buitres aleteaban sobre los cadáveres de los indios que se habían quedado a rematar el saqueo y sobre el del propio Bramble.

Tienes muchas preguntas, dijo Lengua Azul. Es el momento de hacerlas.

¿Qué es la Araña?

Has empezado por la más difícil de todas. No sé responder como querrías. Es un poder venido de lejos. Quizá en respuesta a una llamada formulada sin saberlo.

¿Es un poder bueno?

Lengua Azul negó con la cabeza.

La Araña entra en las personas y las cambia. Con el tiempo, habla a través de su boca y las maneja a su antojo. Se sirve de ellas hasta que las consume.

¿Qué sucede entonces?

La Araña busca otro anfitrión, cambia de forma y penetra en él.

¿Fue lo que me pasó a mí?

Para tu madre, la Araña era una araña. Para ti, la Araña es un basilisco.

¿Por qué me buscó?

La Araña sabía todo lo que sabía tu madre. Puede que viera en ti un terreno fértil.

Mi madre no me conocía.

La Araña sabía todo lo que sabía tu madre y mucho más. ¿El qué? Lo desconozco. No se me han dado todas las respuestas. Pero si yo fuera John Dunbar, me convencería de que fue la Araña quien me eligió, y no Elvira Closter. Eso haría las cosas más fáciles.

Guardaron silencio. A Dunbar le pareció oír disparos en la lejanía, el tumulto de una refriega. No vio nada. Lengua Azul miraba imperturbable hacia el este, por donde el cielo palidecía.

¿Se puede vencer a la Araña?

Los fuertes podéis controlarla.

¿Cómo?

Lo sabes. Lo haces. Buscando la paz. La soledad. O la compañía adecuada. Si no es así, los malos sentimientos se apelmazan y rezuman como ponzoña. Es el Basilisco, que se despereza.

Lo haré. Doblegarlo.

La expresión de Lengua Azul se entristeció. Había llegado el momento de dar la respuesta que sí conocía a ciencia cierta, para la que había sido enviado, pero se resistía a hacerlo.

Volvieron a oírse disparos.

Alguien está luchando, dijo Lengua Azul en tono quedo. Muy cerca, pero estamos a salvo. A salvo de ellos.

¿De quiénes?

No te preocupes por eso. Tú estás donde debes estar. Deja que otros hagan lo que habitualmente haces tú. La tortuga que tienes atada al tobillo no te llevará aún de regreso.

Dunbar dijo que no lo entendía.

No tiene importancia. Me decías que dominarás al Basilisco. Tu verdadera condena, John Dunbar, es que, para poder vivir, necesitas al Basilisco. De cuando en cuando debes dejar que se apodere de ti y desenfunde tu revólver. Si no lo hubieras hecho, no estaríamos hablando ahora. No me habrías matado. Yo habría acabado contigo. Y lo mismo volverá a suceder. Puede que tengas que aliarte con el Basilisco para vencer a mi hijo. ¿Te acuerdas de él?

Dunbar asintió.

Ya es un hombre, siguió Lengua Azul. Sabe quién mató a su padre e irá en su busca. Si no lo ha hecho aún es porque es listo, más de lo que su padre lo fue. No le gustan los juegos. Espera el momento adecuado. Tú serás su prueba definitiva. La que le hará mucho más grande que yo.

Le estaré esperando. Es lo justo, dijo Dunbar, y luego: ¿Qué les pasará a quienes estén conmigo? Las personas a las que quiero. Cuando yo no sea yo y sea el Basilisco.

A esas personas el Basilisco les hace daño y las salva. Igual que hace contigo.

Usaré la fuerza del Basilisco solo para salvarlas.

¿Hasta ese extremo te crees capaz de dominarlo?, preguntó Lengua Azul con tristeza.

John Dunbar respondió resueltamente que sí.

El sol estaba asomando.

Ha llegado el momento, dijo Lengua Azul.

¿De qué?

¿Es que no lo recuerdas?

Dunbar llevaba un revólver al cinto. Hasta entonces no se había percatado de ello.

No esperes más.

Te demostraré que puedo dominarlo.

Como quieras.

Vieron cómo el sol se elevaba. Los buitres seguían arrancando jirones a los cadáveres. El astro alcanzó una altura a la que pareció accionar un mecanismo y algo se puso en marcha.

¿Lo sientes?, preguntó Lengua Azul.

Dunbar, presa de una angustia y un mareo repentinos, no pudo responder. Se aferraba las rodillas. La barbilla pegada al pecho. Los ojos cerrados. Solo tenía que quedarse quieto.

John, todavía tenemos tiempo para otra pregunta.

Lo que he visto antes, ¿es la verdad?

Es una forma de contar la verdad.

Dunbar se puso en pie y arrojó lejos el revólver. Lengua Azul sonreía mientras negaba con la cabeza. Dunbar sintió que había empezado a temblar, pero no era solo él. Todo estaba temblando, cada partícula de aire, cada grano de arena, cada astilla de madera y cada pluma de ave.

De detrás del promontorio emergió un lagarto del tamaño de un vagón de ferrocarril, con escamas de color cinabrio. Tenía las patas en la mitad posterior del cuerpo; la anterior la llevaba erguida, muy recta. Le rodeaba el cuello un collar de oro del que colgaba, a semejanza de una medalla, un espejo desazogado, a cuyos costados se balanceaban los cuerpos sin vida de una comadreja y de un gallo. Un velo de láminas metálicas le ocultaba los ojos y el metal estaba al rojo vivo y de él se desprendían hilos de humo. Flotando sobre la cabeza, una corona de platino. Si el morro del lagarto señalaba hacia una piedra, la piedra se quebraba. La bandada de buitres alzó espantada el vuelo, el lagarto se volvió hacia ellos y las plumas y la carne de las aves se volatilizaron y sus huesos llovieron sobre el desierto con un tamborileo.

Dunbar retrocedió ante el monstruo.

No te alarmes, dijo Lengua Azul sin perder la calma. Esto ya ha pasado.

El lagarto proyectó la cabeza hacia delante, atrapó al jefe de guerra shoshone entre los dientes y lo masticó ante los aterrados ojos de John Dunbar.

En respuesta a sus súplicas mudas, un fuerte tirón en el tobillo arrastró a Dunbar fuera de allí.

V. DESPUÉS DE LA CASA

El hombre medicina estaba tendido en el suelo con el sudario empapado de sangre. Volcada sobre el caparazón, la tortuga agitaba las patas en el aire. De una quedaba solo un muñón. Pascual Garza sostenía el cordón de cuero. Tiraba de él para espabilar a Dunbar.

Vuelve en sí. No lo perdáis de vista.

Había cinco hombres más. Dunbar reconoció a algunos de los que había visto frente al galpón de vigilancia, aunque no entendió qué hacían ahora allí. Parpadeó para enfocar la mirada. Era de noche. La luz provenía del farol que sostenía uno de los hombres. Los demás apuntaban a Dunbar con rifles.

Si intenta algo, disparad, dijo Garza.

Dunbar se sentía mareado y muy sediento. Dudaba que las piernas pudieran sostenerlo. Lo que había visto seguía sucediendo en su cabeza, todo al unísono: Lengua Azul sentado tranquilamente junto a él en aquella suerte de teatro al mismo tiempo que la bestia lo devoraba. Dunbar volvió la cabeza a un lado y vomitó.

Vosotros dos, dijo Garza, vestidlo y atadlo. Antes de que se reponga.

Los hombres obedecieron sin ni siquiera hacer una mueca de asco.

Antes de que lo sacaran de la habitación, Dunbar miró sin querer por el agujero del techo. Apartó los ojos, aterrado, diciéndose que no debería haberlo hecho.

Dos de los hombres lo ayudaron a bajar las escaleras sujetándolo por debajo de los brazos. La cabeza se le bamboleaba, hacía gestos de negación rechazando lo que veía: una araña con ojos de mujer y patas gruesas como troncos que expulsaba chorros de vapor por la boca. Asustados, los demás hombres no dejaban de apuntarle.

En el porche doña Alejandra arengaba a los trabajadores reunidos ante la casa. Entre ellos y los escalones mediaba una ordenada hilera de cadáveres, cada uno alumbrado por un farol colocado junto a su cabeza. Casi todos eran guardias del rancho, aunque también figuraban algún peón y un par de criadas de la hacienda; Anita era una de ellas. Más hombres armados vigilaban a los trabajadores.

Llegaba sonido de disparos desde las construcciones de La Tejera, también gritos y llantos. Un almacén estaba en llamas y una cadena de personas se pasaba cubos de agua para apagarlo. Jinetes con armas en ristre rondaban los aledaños de la hacienda.

Vestida de negro y con un revólver colgando de la cadera, Doña

Alejandra aseguraba a los empleados que nada iba a cambiar para ellos. Aunque ahora el rancho tuviera otros dueños, ella seguiría al frente del día a día. Así había acordado que fuera. De todos modos, el que prefiriera irse, era libre de hacerlo.

Todos seremos más prósperos que con el patrón Closter. Ya no tenemos enemigos. Nadie pone en peligro La Tejera, dijo señalando a John Dunbar, que, con las manos atadas a la espalda, se sostenía a duras penas apoyado en una columna.

Volved a vuestras casas y no os preocupéis por nada. Los que quieran abandonarnos, espero que al amanecer ya estén lejos de aquí.

Nadie replicó. La congregación emprendió en silencio el descenso de la colina.

En el suelo del porche yacía un cuerpo cubierto por una manta. Las botas que asomaban eran las de James Closter.

Doña Alejandra se acercó a Dunbar.

No lo lamentes. Ha acabado como él siempre quiso hacerlo: defendiendo su casa. Se ha llevado a unos cuantos por delante antes de que pudiéramos sacarlo de ahí. Se había hecho fuerte delante de la habitación donde estabas.

Dejó pasar un instante antes de añadir: Ofrecerte el rancho fue nada más que la vacilación de un viejo, el fruto de un momento de debilidad. En realidad, esto, dijo doña Alejandra inspirando los olores a humo y pólvora quemada, era lo que prefería. Así es mejor para todos. No haber previsto que el ataque se produciría cuando tú estuvieras indefenso demuestra que no podía dirigir La Tejera.

¿Lucrecia?, preguntó Dunbar.

Doña Alejandra ordenó que la trajeran. Mientras tanto, un jinete se acercó al trote e informó de que los guardias que se habían refugiado en las cuadras acababan de rendirse. Dunbar reconoció a Juan, el Loco. Seguía vistiendo harapos y llevaba metido en el cinturón el rascador de hueso.

Llevaron a Lucrecia en volandas. En cuanto la soltaron, cayó de rodillas. Estaba manchada de sangre, hollín y pólvora. Un ojo se le empezaba a hinchar. En brazos sostenía a Horacio, tan maltrecho como ella.

John, dijo y rompió a llorar, más de rabia que de dolor, pues enseñaba los dientes a los hombres que la rodeaban.

Ha luchado como si el rancho fuera suyo, dijo doña Alejandra. Si sigue viva, no es porque me guste la idea. Pero yo no mato a embarazadas. Si no me lo hubiera dicho en el último momento, ahora estaría entre esos cadáveres. Y ese puto perro ha tenido más suerte todavía.

Dunbar miraba a Lucrecia. El aturdimiento se apilaba sobre él

como losas de granito.

¿No lo sabías?, preguntó doña Alejandra, y resopló por la nariz.

Y el niño de pecho se divertirá sobre el nido del áspid, y el destetado meterá la mano en la cueva del basilisco, dijo Juan, y en respuesta a la mirada en parte interrogativa, en parte colérica de doña Alejandra añadió: Isaías, diez, cinco.

Cierra la boca y trae un caballo para ellos. No hace falta que sea uno de los mejores.

Apoyando la mano en la culata del revólver, doña Alejandra se acercó a Dunbar.

Te dejo ir por la misma razón por la que se lo permito a ella, dijo con parsimonia, asegurándose de que sus palabras quedaban claras. Tu padre ha muerto. Yo no quería que sucediera pero sabía que acabaría siendo así. Cúlpame si lo deseas, pero cuando lo hagas recuerda también que tú, tu mujer y tu hijo seguís con vida gracias a mí. Además, nadie quiere provocar en demasía al Basilisco, ¿no es cierto?

Entre varios hombres bajaron a Dunbar y a Lucrecia del porche. Juan los esperaba con un caballo.

Lucrecia se subió a la silla y se colocó al gimiente Horacio en el regazo. Como doña Alejandra no permitió que le soltaran las ligaduras a Dunbar, hubo que ayudarlo a montar a la grupa.

Escóltalos, le ordenó doña Alejandra a Juan.

A ellos les dijo: No volváis nunca por aquí.

Juan aguijó su caballo, llevando al otro de la brida.

Atravesaron el casco del rancho. Todos con los que se cruzaron se detuvieron para mirarlos. Nadie se atrevió a decir nada.

A partir de aquí seguís solos, dijo Juan una vez llegaron a terreno abierto.

Miró a la pareja y al perro. No estaba claro quién se apoyaba en quién ni quién sujetaba a quien. Se sostenían y eso bastaba. La sangre a modo de cola. El grupo temblaba, sorbía por la nariz, resoplaba entre los dientes.

Juan le entregó las riendas a Lucrecia. Luego les introdujo un rifle en la funda de la silla.

Es viejo pero fiable. No tiene munición, por supuesto. En las alforjas hay comida. No es un mal final, les aseguró. Aunque ahora no lo sabéis, una parte de esas lágrimas es de alivio.

Acercó una cantimplora a los labios de Dunbar y lo dejó beber hasta saciarse. Se la ofreció a Lucrecia, que se refrescó la cara y colgó la cantimplora del cuerno de la silla.

Conserváis todo lo importante, dijo Juan. Tenéis mucha suerte de haberos conocido. Y yo he tenido suerte también, por haberos visto

con mis propios ojos y podido comprobar que lo que se dice de vosotros es cierto.

Hizo un mohín de tristeza antes de añadir: Perdón. Nada ha sido culpa vuestra.

Dunbar y Lucrecia lo miraron con una incomprensión que tuvo que abrirse paso entre el aturdimiento y el desconsuelo.

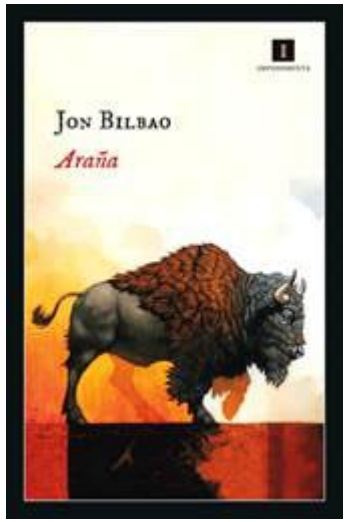
Cuidad uno del otro como mejor sepáis. Y dejaros cuidar. Yo os aseguro que seréis felices. Al menos un tiempo. No puedo prometer más pero eso ya es mucho.

Se sacó el rascador del cinturón y se lo devolvió a Lucrecia. A continuación miró hacia el rancho y chasqueó la lengua. Dunbar y Lucrecia miraron en la misma dirección. La casa de la colina estaba en llamas. El fuego la envolvía en silencio, discretamente.

Para que todos sepan que las cosas han cambiado, dijo Juan, algo tenía que arder.

Lucrecia Grouard, John Dunbar y Horacio se pusieron en marcha. A su espalda siempre la casa incendiada, todo lo opuesto a un faro.

Vuelve Jon Bilbao con la esperada continuación de la magistral «Basilisco». Un western hermosísimo y vibrante en el que dialogan fantasmagóricamente pasado y presente.



El huraño pistolero John Dunbar guía a unos peregrinos a través de Estados Unidos en busca de una tierra prometida reservada solo a los varones. Durante el viaje, entabla relación con Lucrecia, la única integrante femenina de la expedición. Jon, autor de las historias protagonizadas por Dunbar, rememora su infancia en Asturias y emprende con sus hijos un accidentado viaje de documentación por el desierto de Nevada. A su vez, Katharina, su expareja, visita París durante una tormenta de barro de apariencia bíblica y se encuentra con alguien a quien no esperaba volver a ver. Al final, todos los personajes se acaban topando con la Araña, de origen incierto e influencia dañina, que guarda un vínculo estrecho tanto con Dunbar como con su creador.

«Jon Bilbao es uno de los escritores más dotados de la actualidad. Domina un trozo del mundo que ha conseguido hacer suyo y donde prima la atención al detalle.» —**Juan Ángel Juristo, *ABC Cultural***

«Cada obra de Bilbao es una celebración de la narratividad, del gusto por contar inexcusable en cualquier relato.» —***El Cultural***

Jon Bilbao. (Ribadesella, 1972) es autor de los libros de cuentos

«Como una historia de terror» (2008, Premio Ojo Crítico de Narrativa), «Bajo el influjo del cometa» (2010, Premio Tigre Juan y Premio Euskadi de Literatura) y «Física familiar» (2014); así como de las novelas «El hermano de las moscas» (2008), «Padres, hijos y primates» (Premio Otras Voces, Otros Ámbitos) y «Shakespeare y la ballena blanca» (2013). En Impedimenta ha publicado los libros de relatos «Estrómboli» (2016) y «El silencio y los crujidos» (2018) y «Basilisco» (2020). Actualmente reside en Bilbao.